Costas y Montañas:
diario de un caminante

Amós de Escalante

SENTIR, pensar y saber, son los tres orígenes de un libro; o brota del corazón, o nace del entendimiento, o se engendra en la memoria, lenta y sagaz ordenadora del caudal adquirido. Hijo del sentimiento, el libro habla a imaginaciones adolescentes o femeninas; no les sugiere textos ni citas, pero las penetra, filtra en ellas y tiñe, informa o modela cuanto en ellas se elabora: hijo del discurso, habla a la razón madura y sosegada, la fortalece o la enerva, la despierta o la aletarga, excita la contradicción, enciende la controversia, robustece ideas flojas o hace enflaquecer las más arraigadas: hijo de acendrada ciencia, alimenta el espíritu, aclara los ojos, despeja y dilata los horizontes antiguos, abre otros nuevos, afirma el paso para recorrerlos y registrarlos. Facultades todas tres de un espíritu único y cabal, formas de una sola substancia, manifestaciones de una misma esencia, sensibilidad, entendimiento y memoria no andan tan desviadas entre sí, ni obran con tan perfecta exclusión e independencia, que en el ejercicio de cualquiera de ellas deje de clarearse y transcender la acción propicia y auxiliadora de las otras sus hermanas. Peto en casos nace el libro para hablar al ánimo de compleja y varia muchedumbre: necesita tentar las modulaciones diversas de la fibra humana, espiar sus momentos, dar a la vez pasto a la razón indagadora y fría; satisfacer el apetito, tan parecido a la avaricia, del curioso de toda erudición, y no desengañar a ninguno de tantos corazones como buscan más ancha vida en la de otros corazones, no contentos con la porción y medida que les cupo en suerte, y llene ocasión la inteligencia de no dejar en huelga medio alguno más de concertar su empleo con la frecuencia, el pulso y la extensión posibles.De estos asuntos vastos que piden al escritor su alma entera, que así le toman sus largas meditaciones en horas de recogimiento o en horas de hastío, como la cosecha mal cribada y hecha penosamente en los secos papeles de la biblioteca, como sus latidos íntimos y sus imaginarios vuelos por el libre y diáfano ambiente de la fantasía, es la descripción de una comarca.No queda descrita una comarca cuando se han recopilado laboriosamente las efemérides y aspectos de su suelo, sus fastos y memorias, los acontecimientos de su historia, sus apariencias y eclipses en las evoluciones famosas de la sociedad o del mundo, los nombres de sus hijos claros, la serie de sus padecimientos y sus triunfos; centón acumulado por la erudición y la paciencia, filiación a lo sumo, pero no retrato. El retrato, para serlo acabado, ha de hablar a quien lo mira, no con la excusada voz de su garganta muda; con la voz no menos clara y expresiva, más sincera, por cierto, de sus facciones y su gesto; con la voz de sus canas que proclaman su edad, con la de su tez que denuncia la profesión o la raza, con la de su frente despoblada que cuenta los estudios o los extravíos, con la de sus ojos que declaran acaso lo que el alma calla, acaso lo que el alma dice, pero sin acaso, y con plena certidumbre, lo que el alma siente, lo que el alma busca, lo que el alma puede. Y retrato ha de ser la descripción de una comarca para que ocurra a las

curiosidades diversas, opuestas a veces y enemigas, que han de pedirle satisfacción unas, y otras espuela.

El trozo de paisaje más limitado y breve, páramo o selva, desierto o marina, ¡cuánto pide para ser descrito con limpieza y acierto, con el toque vigoroso y sobrio que ha de reproducirlo a los ojos del leyente, tal cual lo recogió la impresión misma del observador, impresión de amenidad o de terror, de frescura o de aridez, de gracia o de compasión! Y toda condición de ingenio es inútil, y toda habilidad ociosa, si la pintura no conserva el quid humano, misterioso, invisible e indescifrable, alma de la naturaleza, sin el cual la naturaleza no vive, no refleja en la mente, ni suena en el corazón. Porque el hechizo del paisaje, mies o breña, poblado o ruina, está en la criatura humana ausente o presente, la que lo vivió, lo vive o lo vivirá, resucitada por el recuerdo, descrita por la observación actual, evocada en los limbos del porvenir por la lógica de la comparación o los ardores del deseo. Visión que, imaginada o positiva, ocupa el yermo y la industrial colmena, el claustro y la campiña labradora.Tanto el asceta a quien la soledad conforta, como el peregrino a quien la soledad amedrenta, hallan a su semejante en ella, para perdonarle o para temerle. No tuviera la soledad halago si no fuera espejo a la contemplación del alma que en ella mira reflejarse, claros y distintos, virtudes y vicios, ajenos y propios, no tuviera medicina, si no fuera cálido ambiente que bebe y seca el vapor del llanto humano; no tuviera poder, si no fuera vasto océano donde el pensamiento se sumerge y halla, para bien o para mal, jugos que lo nutren, lo esfuerzan y lo vigorizan. Sus misterios, horrores, armonías y grandezas, lo son o dejan de serlo, cobran valor o lo pierden en proporción de la parte que el espíritu del observador toma o deja en el universal concierto de las gentes. Por eso la solicitan aquellos cuyo pecho tiene más estrecha y necesaria comunicación con la humanidad, sea para amarla o sea para maldecirla; para acecharla o huir de ella; para acariciarla o herirla; penitentes o misántropos, filósofos o poetas, enamorados o bandoleros.

Cuando, por otra parte, el libro no tuvo precursor, ni halla el arrimo y sombra de ascendientes ni contemporáneos; cuando todo es materia primera y ruda, falta de rudimentaria preparación y labra inicial en las manos que lo aderezan y componen; cuando la historia política yace entrañada y obscura en ciertas cartas de fuero, de donación o de privilegio, en tratados de paz y de alianza, de navegación y comercio con aledaños o extranjeros; pergaminos yertos, texto escueto y desnudo, aún virgen de refinada crítica y maduro fallo; cuando la social se esconde en escrituras de fundaciones pías, en cláusulas de testamentos, en perdurables litigios que guardan los archivos de las familias, rico e inexplorado tesoro, auténtico padrón de usos públicos y costumbres privadas: cuando la artística no pasa de alguna piedra funeral o votiva, del monumento anónimo, del indicio evidente, pero no bastante y discutible de los

apellidos; cuando la militar se pierde en las empresas colectivas de la bandera madre, donde no es posible seguir aquella vena generosa de sangre intrépida, que arrancando hinchada y llena del solar montañés, corre a verterse a borbollón o gota a gota en mar y en tierra, por todos los campos de pelea, enflaquecida a intervalos, pero inexhausta, repuesta y constante, amasando el eterno pedestal de la gloria española y dejando su caudal precioso sumido, olvidado en la fábrica a cuya edificación sirve y cuya firmeza asegura, entonces la suma de tiempo, de trabajo, de fatiga, de meditación y de lectura, excede a cuanto, concentrando su tibieza y agotando su esfuerzo, puede emplear una inteligencia flaca, inconsistente y movediza. Condiciones son éstas que atañen esencialmente al fondo y substancia de la obra; tiénelas además su forma, y no menos tiranas, no menos absolutas, no menos difíciles de guardar y ser cumplidamente atendidas.Es la literatura contemporánea esencialmente crítica, carácter de su índole decadente; su inspiración adolece de parasitismo, nace de otra inspiración predecesora y madre, de la cual toma substancia e impulso; es una segunda generación artística que no parte inmediata y originalmente de la naturaleza, sino que tiene cuna intermedia en otra creación del arte, encarnación, interpretación primera de la causa inspiradora. No por eso tiene límites su esfera ni deja de ofrecer ocasión y espacio a la acción sublime y desahogada del más generoso numen. Una de sus mejores palmas y coronas será siempre la de no envolverse en austeridades misteriosas, sino de comunicar con todo lo circumambiente; la de no aspirar a lo alto, visión augusta, concentrada, personal y esquiva, sino radiar a la vez en torno, expansiva, humana y fácil. Y como la eficacia del sentimiento es más certera y alcanza a mayor número que la de la razón, da al sentimiento mayor lugar y hace de él más frecuente y absoluto empleo.

No fué todo espontaneidad en esta laudable alteración del gusto y la manera. Trájola consigo el creciente imperio de la mujer en la sociedad contemporánea, Imperio que, como toda dominación nacida de causas legítimas y necesarias, hace surgir en torno suyo y se apropia cuanto conviene a su consolidación y a su prestigio. La literatura contemporánea piensa continuamente, y con fruto, puesto que coba usurario precio de su cuidado, en la mujer y en el niño. Cuanto más se ocupe de la inteligencia de aquélla, menos habrá de trabajar para la del segundo; a través de la inteligencia materna, vivífico medio que funde todo hielo, quebranta toda roca e ilumina toda tiniebla se nutre más rica y provechosamente la inteligencia infantil; y sabido es que, si algo no olvida el hombre en su vida, es lo que aprendió de una mujer, madre o hermana; oraciones y cuentos.

En obsequio a la inteligencia femenina, viva pero inquieta; penetrante pero mudable; rápida pero ardorosa y vaga, la ciencia ruda viste galano estilo; escribe libros especiales; la trae a fijarse en las fórmulas abstractas de la gravitación, envolviéndoselas en la exposición sonora de la armonía universal, tan grata a su pecho, esencialmente resonante, ayudándose de tres agentes irresistibles, luz, distancia y misterio; la impone en las recónditas labores de la atracción molecular, disfrazándoselas en el cuento de la formación y génesis de la piedra preciosa, tan seductora a sus ojos, fácilmente pagados siempre de cuanto fulgura, escasea y vale. Y obediente a causa igual la elocuencia, hace sitio al período altisonante, melodioso y vago, cierta de que es hacedero y fácil llegar del oído al corazón y estremecerle o seducirle sin pasar por la alquitara escrupulosa del cerebro; y la ciencia histórica, corregida de su solemne y seco aparato, busca al héroe fuera de la ocasión excelsa de su gloria, y sin menguársela, lo humaniza y pone en punto de ser accesible al juicio y residencia de los demás humanos. Este modo literario, feminizado, ameno y vario que procura ante todo el agrado de la forma, rige hoy con ley absoluta, la cual no es posible eludir o desobedecer pena de muerte; eso es de completo desdén y olvido. Ni fué de corto provecho a la porción viril de nuestra raza esa ingerencia del feminismo en el arte; propendia a facilitar los estudios, a amansar sus asperezas y rigores, a compensar en tiempo la inconsistencia, a sustituir con amenidad, ligereza y gracia, la profundidad y la solidez; era camino que sonreía y llamaba, y por él siguieron y siguen, y seguirán con preferencia y deleite, el número mayor de los varones leyentes, si con beneficio o daño de la general sabiduría no es aquí lugar de establecerlo ni demostrarlo; baste apuntar que a no tener semejante camino muchos no siguieran el otro lijoso y áspero, accesible únicamente al duro pie y al ancho pecho de los fervorosos y tenaces.

Uno de los elementos más eficaces, el más poderoso acaso, y de uso más arriesgado con que la novedad cuenta, es la aparición más o menos repetida, más o menos continuada de la persona del autor. La mujer, ser imaginativo y sensible, propende al drama, a la acción, a la manifestación del carácter en presencia de los sucesos y circunstancias de la vida, gusta de mezclar el libro y el teatro; a la narración impersonal, por viva y rápida y pintoresca que sea, prefiere la narración entrecortada por diálogos. Era el sistema que regla la primitiva escena; es el que domina en la augusta cátedra de verdad, cuando el orador alterna su grave y solemne relato del Evangelio con el sagrado comento y aplicación de su doctrina a la práctica y a las inclinaciones del alma, con la melodía musical, impalpables alas del espíritu, sobre las que sube a mecerse en regiones soberanas y puras, cuya mística hermosura no cabe en palabras, ni en humana voz, ni en mortales conceptos.

Sea ahora la necesidad excusa de tan difuso e informe relato. Ya, quien me conozca y se aventure a seguir leyendo, sabe que no hallará satisfechas las justas exigencias de su gusto y su literatura. Inútil fuera pretender a tanto; inútil esperar más completa sazón de tiempo y estudio; inútil imaginar que pudieran llegar mejores días. Tiene límites la inteligencia que no se intenta exceder sin riesgo, y conviene aprovechar las horas, contadas acaso, acaso postreras, en que el corazón late apasionado y caliente todavía. Hay días en que la intensidad del cariño al suelo natal crece y se ensancha en punto que parece superior a todas las facultades sensibles del alma. Son días claros, en sus horas de la mañana, cuando la ausencia, sino os ha entibiado el alma, os ha gastado sus fuegos mejores en tantos y tan varios y tan desordenados afectos, que la imagen de la patria os aparece ya transfigurada y sublime como visión incorpórea y celeste, a la cual ni llega, ni es de valor ni de servicio este amor terreno, eficaz, profundo, desasosegador, tirano, que se siente en la sangre, que se siente en el cerebro, que serpea en las venas, palpita en el corazón, arde en las entrañas, ciega los ojos, arma la mano, descamina el pie, borra el precio de la vida, pone en la lengua la injuria y espanta del ánimo la compasión. Amáis a la patria como a Dios, no como a vuestra madre. En un día de esos, en esas horas estivas, alto el sol, inundada de luz la ribera, poblado de sonidos el aire, risueña la campiña, más risueña la aldea, llegáis a la tierra, que mana ambiente de vida, y en él os envuelve y con él os embriaga y os enajeno; entonces al culto soberano sucede el soberano amor; entonces halláis de nuevo a vuestra madre, y la pasión terrible, brava, con que a la madre se adora. Entonces os pesa, como jamás os hubo pesado, de su postración y decadencia; entonces os duele verla desconocida y desdeñada; entonces antes con los ojos que con la voz, respondéis al extraño que os interroga, y en una mirada, en una frase, compendiáis cuantos merecimientos, en humanos juicios, son causa de encomio o nombradía para gentes y regiones. Entonces quisierais ser el caudal que desempobrece los estados, la voluntad que los levanta y robustece, la inteligencia que los ilustra, el ingenio que los glorifica, el poder que los hace señores y temidos, y hasta el rayo de sol que fecundala tierra, sanea el aire y embellece el suelo. En este sentimiento de la patria no caben tibieza, moderación ni templanza; es superior a toda superstición, más intenso y permanente que todo egoísmo; ingénita y primera religión del hombre, domina fe, supersticiones y creencias; no hay cristiano, el más ascético y humilde, que piense que esa virtud sublime de la humildad, del desprendimiento, obliga, con respecto a la patria; y el pobre de espíritu, el místico, el apartado de toda grandeza humana, desea para la patria, y lo desea vivamente, gloria, poder, fama, riqueza, y lo desea con mayor sinceridad y vehemencia que el mundano envuelto en las inquietudes de su tiempo, hecho a usar de ellas y trabajarlas en su propio medro, y al desearlo no cura de que al volver de la hoja donde quedan escritas las prosperidades y glorias del fuerte y del victorioso, escribe la mano justiciera, ruinas, lágrimas, dolores, del flaco y del vencido.

En tales días, en hora tal nacida la idea de este libro, no era posible abandonarla. Lo posible era renunciar al libro concebido en los desvanecimientos legítimos de la ilusión primera. Lo posible pensar que la Providencia mide el peso a las fuerzas, es próvida, nos manda aceptar con ánimo sereno la propia suerte, y que la codicia de ajenos bienes tanto empequeñece y daña en la esfera del pensamiento, como en la de los tesoros materiales. Lo posible apartarse con fortaleza de estériles ambiciones, y labrar el propio surco a medida del propio saber y de las propias fuerzas.

Correr la tierra corro la corrieron tantas veces hidalgos y aventureros, aunque en son más pacífico y recatado; llamar con el cuento del bordón, como ellos con el cuento de la lanza, a la puerta del solar, de la ermita o del monasterio; atento a la voz de la sangre, a la de la amistad, y de las obligaciones antiguas; seguro en la fe, dócil al ejemplo de mis padres: entretener el tiempo, distraer o aliviar el cansancio de la jornada en coloquios internos con la pasión reina del albedrío; pasión en ellos amorosa o vengativa, de enojo o de soberbia, pasión en mi de entrañable afecto a la tierra que voy pisando, y cuyas bellezas y calidades apunto y celebro a medida que la propia tierra me las hace patentes y conocidas. Echar mi apellido(1), no para homicidas empresas ni cruentas obras, sino para satisfacer la deuda sagrada que al nacer contrajo todo hombre con el suelo que le dió cuna, la de emplear en su servicio la mejor porción de su inteligencia. Echar mi apellido, no porque blasone de caudillo, que en el atropello de la espolonada no sigue la hueste al más jerárquico y digno, sino al más audaz y delantero, más para que alguno de cuantos en filas preferentes obedecen al estandarte generoso de las letras, oiga el grito, siga la voz, logre el laurel de la definitiva victoria. Eso hice, sustituyendo el trabajo lento, ordenado y grave de componer un libro. Y al correr la tierra, el pueblo montañés abriéndome sus templos, nombrándome sus vegas y sus cumbres, trayéndome a memoria cuantos de él escribieron, o le favorecieron o le maltrataron, dejándome oir su palabra estridente o dulce, cautelosa o franca, irá en pedazos contándome su historia. Pueblo que enclava su nombre en la fúlgida historia del gigante pueblo romano, como se clava el tábano a la fosca melena y horada la piel del león y lo desasosiega y postra su majestad, atarazando su gloria con aquel único epíteto de no vencido, trayendo perpetuamente sobre el sol de su perenne y universal victoria el pardo y trémulo celaje de su misteriosa destrucción y muerte. Cuando luego retoña, como el heno segado, más vivaz y más espeso, ya se vislumbran apenas hacia oriente y mediodía los agonizantes destellos de la estrella latina y los ojos del universo son llamados a la vasta, lóbrega, densa y desconocida nube que viene del Norte, y así puede traer en sus entrañas la lluvia que fecunda como la tempestad que asola; así la ráfaga que limpia y sanea, como la centella que abrasa y postra.

El mar le trae entonces nuevos enemigos; el mar, enemigo original suyo, que le ciñe y hostiga con su fragor y su espanto, con sus olas y su extensión ignorada, sin límites, sin fondo, sin sosiego; el mar, que imprime su terror y su misterio a cuanto con él se compadece y relaciona, al ser que le habita, a la nave que le surca, al meteoro que le inflama. Contra aquellos enemigos defiende, no siempre con ventaja, hogar e hijos, tierras y mazorcas: lo desconocido de su origen y su camino, lo extraordinario de su valor y de su audacia, lo nuevo de su rostro, de sus armas, de su arreo, hablan más recio a su generoso espíritu que las fogosas iras marciales o la emulación envidiosa de la venganza, y lo conserva en su memoria, lo transforma, lo reproduce en su fantasía, lo pinta en sus narraciones, lo transmite a su descendencia, en la cual será gloriosa porfía la de afirmar su estirpe tanto entre los patrios paladines como entre los invasores extranjeros. Porque el culto de los mayores, la devoción a lo pasado, el respeto profundo a la estirpe, fué añeja calidad de nuestra gente. Mostráronlo temprano; conserváronlo siempre y honráronse de ser archivo de la edad primera del renacimiento histórico de la patria.

De ellos venía aquel buen Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, que decía que «era peregrino o nuevo entre españoles el linaje que en la montaña no tenía solar conocido». Y decía bien, porque en la montaña lucen como en heráldico museo, armiños de los Guzmanes, calderas de las Laras, tanda de los Mendozas, panelas de los Guevaras, mote angélico de los Vegas, roeles de los Castros, veros de los Velascos; texto original y primitivo de los anales patrios, única letra viva durante siglos para el pueblo que de otras letras no sabía; cifra elocuente y compendiosa de determinados tiempos, de determinadas leyes, de determinadas creencias, de determinados vínculos sociales; no lisonja exclusiva de la soberbia, ni ostentación vacía de la vanidad y pábulo de la ignorancia; prenda de viriles servicios y viriles recompensas; voz figurada de los muertos que hablaba perennemente a los vivos de lealtad, de valor, de olvido de sí mismo, de necesario y nunca regateado sacrificio; corona de merecimientos cuyo pago, para ser cumplido y dejar al deudor satisfecho, había de extenderse más allá de la vida del que los granjeaba y extenderse a sus hijos y descendencia. ¡Grandeza inmensa de alma pensar que de señaladas acciones el pago no era bastante si no alcanzaba a los hijos; y dar la vida y solicitar la muerte, no por propia ambición, sino para blasón de la raza!

Pueblo paciente y constante, que allí donde los efluvios tropicales enervan la fibra criolla o el ardor meridional adelgaza y consume la escondida virtud de la perseverancia humilde, trocándola en suelta y ostensible viveza de ingenio, allí está probando su virtud nativa, vueltos los ojos del alma acaso hacia la patria, pero sin dejarse morder por el venenoso diente de la nostalgia, paciente y

previsor, sobrio y ahorrado, inteligente y cauto. La esfera de aplicación o de ejercicio de la actividad humana se muda con los tiempos; pero tanto cuando el trabajo la fecunda como cuando las armas la ensangrientan, sirve de campo de batalla al trabajo y a las armas, aquella tierra cuyas gentes carecen de paciencia y brío suficientes para vedarla a extraños, para convertir en grandeza y beneficio propios las condiciones íntimas o externas de su nativo suelo. Ya que nos tocó nacer en días de postrición y de tristeza hagámonos fuertes contra el desaliento; para el animoso no hay camino completamente exhausto de merecimientos; los encuentra el buen soldado, en retiradas, en derrotas, en catástrofes supremas de su desbaratada hueste; la resignación no ha de ser flaqueza, sino virtud; no ha de consistir en desesperar, sino en resistir; no ha de dar paz a la mano, fiando en que sus bríos son estériles; no ha de aflojar el corazón, porque sus alientos no serán premiados con palmas que ve y envidia en mano de más afortunados.

Si veis mi libro bien recibido, será razón que os pruebe cuán dispuesto está el ánimo de nuestros compatriotas a acoger lo que a nuestra patria se refiere; si le veis desdeñado, séaos estímulo a pretender con más vivo afán lo que él no alcanzó.

Castro-Urdiales
- I -

La villa.-La playa

Armas, escudo y señal,
castillo, puente y Santa Ana,
nave, ballena y mar llana,
son de Castro la leal.

Por tan concisa manera, en cuatro versos puestos cabe un escudo en los estrados de su casa municipal, describe la villa su blasón, pinta su retrato, y apunta varios indicios de su historia. Padeció guerras, erigió altares, armó galeras, adiestró arponeros; fué militar, devota, marinera, comerciante, y a los ojos de quien, llegándose por mar, descubre aquel extraño arco tendido entre dos perlas coronadas de adarves la una, de pórticos la otra, el heráldico bosquejo conserva su parecido. Pusiéronla sus fundadores sobre las rocas peladas que bate el mar: ¿era espía del agua, centinela de la tierra, fortaleza, puerto, amenaza o refugio?

En su cóncavo seno ofrecía amparo a las naves la naturaleza contra las iras de la naturaleza misma; para ampararlas del hombre, hubo el hombre de fundar murallas. Castro las tiene desde muy antiguo, y al ser ahora derribadas, ofrecen testimonios del segundo siglo de la Era Cristiana en monedas de Marco Aurelio Antonino y su mujer Annia Faustina, halladas entre la argamasa de sus paredes.

Tomó la fortaleza nombre de la población que habla de defender, situada en paraje más bajo y accesible, abierto al enemigo aventurero, a quien no podía detener de cerca con la robustez, ni amedrentar de lejos con la traza soberbia de torres y baluartes.

Tres edades humanas están allí representadas en el cantil de la costa, dentro de una distancia de media legua: Urdiales, la aldea primera, agrícola y pescadora, alimentada por la mar y el campo, tranquila, pobre y estacionaria; Castro, la villa, la sociedad armada, armada por necesidad para defender lo adquirido, nutriendo su fuerza de la más pura sustancia de la aldea, y por la posesión de la fuerza conducida al abuso de ella, a su castigo, el recelo constante de los más fuertes, y el constante desvío de los más débiles; y en fin, la playa, la empresa de ayer, la industria nueva, que por encanto establece, mejora, modifica y crea; que a su vez mina la fortaleza, echa por tierra sus muros, y llama a sí y absorbe y emplea en provecho propio los elementos vitales que a duras penas existían dentro del angosto recinto de piedra.

La letra de sus armas es, sin embargo, a pesar de sus creces y mudanzas, la más excelente pintura que de su romántica fisonomía tendrá nunca la vieja Flaviobriga.

Tal la recordaba mi memoria, vista una y otra vez desde la cubierta de un buque en juveniles días; ahora, llegando por tierra, y con ánimo de hacer posada en su recinto, ofrecíame Castro nueva fisonomía, en nada parecida a mi recuerdo: una torre gótica sin chapitel levantada al borde del agua; espeso caserío apretado como un enjambre en torno de ella, y la ancha cinta de una carretera que le añuda y corre a una y otra parte siguiendo hacia oriente y ocaso los quebrados contornos de la costa.

El fondo, sin embargo, del paisaje no variaba: mar y cielo eran los mismos; azules, profundos; iguales colores tenía la tierra, verdes claros o sombríos, manchados a trechos por las cenicientas peñas de la costa; iguales rumores volaban por el aire, el ronco y vago gemido de la rompiente, el son lejano del viento en las alturas, y sus trémulos susurros entre las hojas, con que remedaba su inquieto y agudo silbar entre la jarcia.

Nunca parecen monótonos los horizontes de la tierra nativa; nunca fatigan la mirada; sondéalos instintivamente el alma, y siempre halla en ellos algo que responde a su sentimiento actual, y según la índole de éste, le halaga, le templa o le gobierna; para ella su luz no palidece ni se enturbia, sus términos se mudan con variedad infinita dentro del perfil que los dibuja, y blandamente arrastrada por el deleite contemplativo, olvidase a veces de la vida que los poblara, como paisajista en cuyos lienzos no aparece, o aparece con significación escasa, la figura humana.

En cambio, al llegarse adondequiera que permanecen vestigios de poblado, como al trabar diálogo con una persona por su nombre sólo de antemano conocida, despiértase en el espíritu deseo ardiente de penetrar su vida entera, y este objeto único absorbe y ocupa las facultades todas del entendimiento.

Guerreras son las memorias más cercanas a nosotros que resucita Castro: sitiada, rendida y abrasada fué una de las heridas hechas a la patria española por el hierro y la tea franceses, y durante la dolorosa guerra de siete años, como uno de tantos escollos de su marina, oía rodar alrededor suyo el fragor de las olas humanas que se chocaban enemigas, tocada muchas veces, por los tiros del combate, sin ser poderosa a hacerle cesar, o desembarazarse de los tenaces guerrilleros que infestaban sus cercanías.

Todavía conserva, como soldado viejo, reliquias del antiguo uniforme: mas ya desceñido su cíngulo militar, de recelosa y ceñuda plaza de guerra, hase tornado hospitalaria mansión abierta y franca a todo pasajero.

Iba declinando el sol cuando yo llegaba a hacer prueba personal de ello.

Sobre un ribazo a orillas de la carretera, ofrécese al viajero la Quinta del Carmen; blanca, luciente, de par en par abiertas sus verjas de hierro, síguense los curvos senderos enarenados de su jardín, súbese la escalinata del alto peristilo, y a pocas palabras cambiadas con un veterano comedido y seco que a

leguas acusa marcial procedencia, se encuentra el peregrino en un cuartito de limpio y modesto adorno, donde suelta su mochila, y se apresta a descansar en consoladora compañía, abriendo sus ventanas a la fresca brisa del Nordeste, que llama en ellas sacudiendo los cristales.

No hay sol canicular cuyo fuego no templen esas ráfagas consoladoras que orean la frente, arrullan el oído, y parece que convidan al espíritu a seguirlas en su fantástico vuelo, como siguen los ojos el de una mariposa, a examinar la región que habitan, donde tornan los aromas y el rocío en que bañan y perfuman sus alas.

Cede el viajero al cariñoso impulso, y desde los balcones de su albergue descubre vasto paisaje marino. Se abre la costa en seno anchuroso, cuyo centro ocupan la villa y su playa; corren al nordeste las quebrantadas tierras vizcaínas; en su oscura mole clarean la entrada de la ría de Somorrostro, las casas de Algorta que cuelgan esparcidas en la pendiente, o se agrupan al pie del orgulloso faro de la Galea, y el arenal de Plencia somero del agua, dilatándose el promontorio hasta morir en cabo Villano, cuyo espolón de piedra caído al mar, asoma aislado encima de las olas. Hacia el ocaso, se escalonan escuetos peñascos hasta los montes de Laredo y de Santoña, perdidos a tales horas en la bruma de oro derramada en la atmósfera por la luz poniente del estío, y enfrente duerme tendida la inmensidad del Océano, cuyo horizonte azul se confunde con el azul purísimo del cielo.

De esta contemplación distraen voces humanas. Los huéspedes se cruzan en las cercanías de la quinta, y sus diálogos y su pintoresco arreo recuerdan que la actual excelencia de la villa está en las olas que mojan sus términos.

Está la playa de baños en una entrada que hace la costa al saliente de la villa, gráficamente nombrada Brazo-mar, donde desagua un arroyo del mismo apellido, que baja del valle de Sámano. Es un arenal estrecho, que limitan erizadas rocas, y donde vienen a morir blanda y acompasadamente las olas rechazadas por la punta llamada de Cotolino, que se levanta en la opuesta margen.

Todo allí es miniatura, fuera de la mar y el monte; todo menudo, todo reducido, pero todo proporcionado y armonioso a la villa corresponde la playa, a la playa las casetas, a las casetas la concurrencia que las usa y llena.

Las diversas escalas del universo femenino veíanse representadas en los diversos grupos, cuyas breves faldas, rojas y azules, blancas y negras, esmaltaban con crudos toques la descolorida arena. Largos rizos que despeinaba el viento, pupilas encendidas en el sol meridional, damas de blasón y linaje, y aventureras sin otras armas que las de su hermosura, con éxito lastimoso esgrimidas, en provecho del diablo. Las playas, grandes o chicas, afamadas o modestas, son tablas en que aparecen a declamar su parte de la comedia humana iguales tipos, idénticos caracteres: una es la luz que los ilumina, uno el salino ambiente que las orea, uno el son que acompaña al drama; en todas se repiten decoración y numen, en todas escenas y papeles.

Salvos el número, el rostro, el habla y el vestido, las bañistas en Castro eran las que el viajero encuentra en el Lido de Venecia, y en el Biarritz de Gascuña, en la Caleta gaditana y en el Sardinero santanderino, en Brighton y en Ostende. Allí estaba la que con el cabo de su quitasol canaliza la arena, y entre rectas y rasgos dibuja disimuladamente una cifra o una fecha, tan pronto borrada como concluida; la que vaga solitaria y grave con un libro entre las manos, más hojeado que leído; la olvidada de sí misma en la contemplación sublime del paisaje; la olvidada de paisaje y universo por un primor o un vicio de su traje o su peinado; la que marisca, saltando entre peñas y médanos, exponiendo el sin rival calzado al filo de las rocas, a la humedad de la resaca, y a la contemplación y comento de émulas y apasionados; la que se embebece y suspira contemplando el vespertino centellear de Sirio, siendo a su vez estrella en que se miran otros ojos apartados y temerosos.

Cruzábanse en el arenal o en las gradas del pabellón los que del agua salían con los que bajaban al agua, cambiando saludos y las acostumbradas frases:

-¿Está buena?

-Deliciosa.

-¡Por largo lo ha tomado usted hoy!

-Da pena dejarlo.

Quien oyese este diálogo sin noción de la escena, un ciego por ejemplo, ignorante del lugar donde se hallaba, no adivinaría fácilmente que el objeto de tan tiernas palabras es el agua del mar.

Llegóse a la orilla un hombre de poblada barba y recio busto, y entrándose por medio de los que sentados o en cuclillas estaban a mojo ásidos a una maroma, o a las manos callosas del marinero que los asistía, se arrojó sobre la espuma de una ola con el aire resuelto y tranquilo de los avezados a tales ejercicios. Sumergióse luego para salvar la rompiente, y salvada, nadó mar adentro con brazo vigoroso, levantándose sobre los anchos lomos de las olas que se sucedían. Único nadador en aquella hora, rompía la monotonía de la escena, y, naturalmente, se llevaba la atención de cuantos en la ribera estaban; y él de lleno entregado al placer del varonil ejercicio olvidado de la tierra, ocupado únicamente del agua que le sostenía, del cielo que le cobijaba, embebecido en las caricias y arrullos de las brisas que orcaban su frente, de la espuma que serpeaba trémula sobre sus hombros, en torno de su robusto cuello, trepaba a la cresta de las olas, o se tendía inmóvil encima de ellas, o giraba moviendo anchos remolinos; o sacando con brío el brazo y alargándole delante de sí, hería con la palma abierta y tendida las aguas, y el ruido seco del azote venía hasta la orilla, alternando con el gemido de las aguas, como alternan, durante la pelea, con el fragor de las armas, las calientes injurias que inspira el enojo y el ay involuntario que arrancan las heridas.

Produce toda lucha cierta embriaguez, más ciega, más ardiente en el inferior cuando son desiguales los combatientes; embriaguez no de miedo al dolor, de miedo de ser vencido, embriaguez que se experimenta, aun cuando no sea

mortal el empeño, en toda porfía, en los juegos más corteses de armas y de fuerza, y que sin duda llega a su extremo de energía cuando contienden de una parte el hombre, su espíritu y su denuedo, y de la otra una fiera de poder desmesurado, de instintos misteriosos, en cuya mansedumbre no cabe confianza, cuya cólera no puede preverse y cuyo solo amago basta a destruir, exterminar y hacer desaparecer al hombre en un soplo, en una chispa, en un átomo indivisible de tiempo.

Súbitamente oyóse retumbar una bocina, causando precipitado movimiento entre los familiares y servidores de las casetas. Dos marineros de edad provecta, descalzos, con sendas anclas bordadas en los anchos y desmayados cuellos de sus camisas azules, parecieron en la playa; dando grandes voces poco inteligibles, movían sus brazos a manera de aspas telegráficas. Eran los salvavidas, hombres diputados por el municipio para vigilar imprudencias y prevenir desgracias. ¿Amagaba alguna? ¿A quién? No seguramente al nadador, que absorto en la inefable melancolía de la tarde, más y más embebecido en su ejercicio, bogaba ya blanda y sosegadamente hacia tierra. Mas apenas afirmaba el pie en la arena entró a él uno de los salvavidas, señalado en el rostro con la misma falta que hicieron famosa Filipo de Macedonia, Aníbal de Cartago y Sertorio de España, y le denostó de temerario. Con igual calma que había recibido los rociones del mar, recibió el bañista la reprensión del veterano, y sin encogerse de hombros siquiera, salió del agua mudo y tranquilo como había entrado.

Ibase diciendo sin duda que el cauto marinero entendía de singular manera las obligaciones de su profesión: las cuales, en su concepto, no consistían tanto en exponer la vida propia cuanto en evitar semejante contingencia, apartando con tiempo al prójimo del más remoto riesgo. No imaginaba que iba a ser pasto de noveleros y desocupados, que horas después contarían las gentes que un señor forastero había estado a punto de ahogarse, y que al amor de tan socorrida fábula, y en los ánimos crédulos de muchos, crecería por el momento la nombradía siniestra del mar, de sus abismos y perfidias.

- II -

La Barrera.-Santa Clara.-El teatro

Desde la playa al paseo, al paraje oficial donde las gentes en hora señalada se encuentran, se saludan, deletrean recíprocamente sus trajes y su historia, se reúnen, conversan, murmuran o divagan.

Llámanle «La barrera», tal vez por la que cerraba una puerta del cercano muro, y tiende sus anchas alamedas entre los escombros de éste y el convento de monjas clarisas.

A un extremo se levanta el moderno teatro; en el otro funda la villa robustos muelles que haciendo retroceder al mar dan lugar a fundaciones que extienden su área y desahogan la población; por eso el mar irritado azota la fábrica y escupe su espuma al curioso que se llega a contemplarla; sacude los sillares y los quebranta y mueve, mas no detiene la obra de la perseverancia humana, que doblando lentamente las hiladas, domina poco a poco el nivel de su contrario, y camina a concentrar tal peso, a levantar tal mole que nunca sobre ellos prevalezcan las más recias tempestades.

De la muralla sólo queda una línea de escombros que señala el recinto. El convento, reedificado como todos los de su orden en el país, probablemente en el siglo XVII, muestra pobre y severa arquitectura, sin otra gala que su extensión considerable. Le hace melancólica compañía una palma nacida junto a uno de los estribos de la iglesia; árbol de otros climas, lozano, sin embargo, como si el calor del santuario hubiese reemplazado en su existencia al sol ardiente de la región nativa.

No hay árbol que despierte con mayor viveza que una palma la memoria de los paisajes a que da expresiva y propia fisonomía. Mística imagen para el cristiano del misterioso Oriente, a cuyo pie brota el raudal purísimo de las tradiciones bíblicas, que ha apagado la sed ardorosa de tantos tristes y cansados, es para el español memoria viva de su árabe, Andalucía; de esa tierra con tanta sangre española redimida, arrancada a las manos del hijo del Agar, mas no a su genio, ni a sus recuerdos, ni a su poesía, que laten y palpitan en su atmósfera abrasada, como laten las brisas del Guadalquivir en las hojas agudas del árbol que siente y ama, providencia, sustento y abrigo del peregrino en el desierto.

La palma de Castro parece una cautiva que en manos de sus enemigos dejó la hueste mora en su funesta acometida a la indomable tierra del Septentrión. El roble cántabro, su vencedor y dueño, la contempla absorto desde el vecino monte, suelo natal suyo, donde permanece recogido y pronto a nuevas batallas. Dejó compasivo a su gallarda y delicada prisionera el amparo y la libertad, suficiente a una doncella, del poblado, y ella, testigo acaso de sangrientos desmanes, acogiese de los brazos que pelean a los brazos que oran, solitaria virgen, buscando el amor y la compañía de vírgenes solitarias. Y hoy permanece velando leal, símbolo de pureza y de constancia, sobre el que acaso fué campo de eterno descanso donde yacen sus compañeras, sus hermanas.

Las crónicas franciscanas cuentan con interesantes pormenores la fundación primera de este convento.

La profesión azarosa del comercio marítimo, ejercitada en costas procelosas y mal conocidas, juntaba en Castro porción de huérfanas y viudas, que habían comprado con temprano luto un bienestar desahogado, o quizás la riqueza.

Ignorancia en piadosa idea con hijas y esposas que, expuestas a igual desgracia, temblaban cada hora por la vida de padres y maridos, con más algunas doncellas deseosas de consagrarse a Dios.

Querían unas orar por sus difuntos, otras encomendar a Dios sus vivos; buscaban aquéllas consuelo en remotas esperanzas, alimentadas por la fe; éstas pedían esperanzas que calmasen la angustia presente, que alejasen el dolor supremo.

Juntas impetraron del papa Juan XXII licencia para establecer un monasterio. Fué les concedida año de 1322, y mediaba ya la fábrica emprendida con religioso celo, cuando un incendio furioso, que devoró gran parte de la villa, redujo la fábrica a cenizas. Seis años después, en 1328, el mismo Pontífice renovaba su concesión apostólica, y las piadosas hembras, auxiliadas ahora con dones públicos de la villa, y particulares de sus convecinos, llevaban a término la construcción y abrían su claustro a las clarisas venidas de Castilla a establecer la nueva comunidad e instruir a sus novicias.

¡Qué sagrado cenobio habrá tenido origen de más copiosas y desconsoladas lágrimas! ¡Cuál habrá nacido de afectos más vivos, más sinceros, más ardientes y profundos! ¡De cuál otro podrá decirse con tanta verdad que tiene por cimientos pedazos de corazones amantes!

Las horas pasan ligeras cuando no está ocioso el ánimo. Ver un sitio, observar nuevas gentes, recordar la historia de una piedra, departir con amigos, entregarse un momento a la mística melancolía que la noche despierta, y es como la oración, que resume y corona las faenas del día, el angelus del alma solitaria, meditar en cosas pasadas y aspirar el ambiente de poesía que en su palabra derrama una inteligencia femenina elevada y culta, tal había sido el grato empleo de las mías.

Quedaba el lindo teatro henchido de espectadores; desdeñosas de la villa y huéspedas de la playa envueltas en cendal blanco, coronadas de flores, guarnecían palcos y patio, mientras en la cóncava altura del moderno paraíso se amontonaba el atezado pueblo del mar y de la brea; entretenidos todos pon las peripecias de una zarzuela no mal representada y bien aplaudida, como si espectáculo tan caído en otras partes hallase espíritu que lo resucitara.

Tres autores de los más felices en este género popular, los poetas García Gutiérrez y Ayala y el músico Arrieta, han hecho diferentes veces largas estaciones en la villa, cuyo paisaje y horizonte marino no han sido acaso de todo punto extraños a la peculiar belleza de sus inspiraciones diversas.

Para cobrar horas adelante mi albergue seguía la luz de los faroles pintorescamente clavados en las ramas de los chopos del camino. Lucía el faro encendido sobre la torre del antiguo castillo, y lucía correspondiéndose con el de Algorta. El marino que corre la costa, va descubriendo a lo largo de ella un cordón de luminosos vigías, que le guían con mudo aviso copiado del que da el cielo con el centelleo de sus estrellas, lazo que te ata a la tierra, mirada que le acompaña y sigue, serena su ánimo y le preserva de mortales congojas,

repitiendo con su variedad infinita de eclipses y destellos, de color y viveza, que a la vera del proceloso camino vela inquieta y constante la caridad de sus hermanos.

- III -

El millar

A la mañana, atraído por el rumor y la frescura de las arboledas hacia el cauce de Brazo-mar, a pocos pasos de la quinta, encontraba un millar romano levantado sobre un pedestal moderno, en cuyo neto se lee restablecida la inscripción del antiguo monumento.

Dice así:

NERO CLAVDIVS DIVI
CLAVDI F CÆSAR AVG
GER PONT MAX TRIB
POTESTATE VIII
IMP IX COS IIII
A PISORACA M
CLXXX

Fué, pues, erigido a distancia de 180 millas de Pisuerga, y en el año noveno de su imperio, por el César Augusto y Pontífice Máximo, Claudio Nerón, Germánico, hijo del divino Claudio, después de haber ejercido ocho veces la potestad tribunicia y cuatro la consular.

Aquel fuste, de asperón rojo, surcado por las lluvias, roído por el tiempo, conserva un aspecto singular de solidez y fuerza que conserva cuanto salió de las manos del pueblo rey. Los años, aun cuando lamen y gastan la piedra, no pueden borrar completamente las letras tan hondamente grabadas en ella, como lo está la huella romana en las generaciones herederas y sucesoras suyas.

¿Dónde estuvo el millar cuando señalaba distancias a caminantes del siglo primero de la Era Cristiana? Medía un camino que los emperadores romanos tendieron sobre la raya cántabra como cadena destinada a ceñir y sujetar los lomos de una fiera indomable, cuyo irritado resuello amedrenta a su opresor y dueño, y cuyos estremecimientos le sobresaltan. Por él cruzaban los soldados de las cohortes destinadas, no a ocupar la tierra de los cántabros, sino a impedir que, levantado por un nuevo arranque de independencia aquel pueblo terrible, invadiendo los comarcanos y despertándolos a la pelea, suscitasen nueva guerra al imperio, tan difícil y desastrosa como la terminada por Augusto. Asombrado su ánimo con las relaciones oídas, en la ciudad o en el campamento, el recluta romano tendía recelosas miradas a aquellas asperezas

que al ocaso descubría, y del pie de ese cipo, la mano curtida del veterano le señalaba en los altos de una marcha las cumbres fuentes de ríos, solares de pueblos, cuyos salvajes nombres no cabían dentro de las cultas inflexiones del habla latina, como no cupieron bajo el yugo Cesáreo los hombres que los usaron.

Bajaba la vía desde las márgenes del Pisuerga a las del Océano, y cerraba por Oriente el anillo en que cogía la indomable tierra Roma, señora del mar, apostada sobre los páramos de Castilla, y segura de los asturianos, enervados por su codicia, despierta al golpe del legón minero. Subsisten sus hitos terminalas en Castro y en Herrera, mas desaparecieron los intermedios, los que pudieran ayudarnos al cabo de siglos a plantear de nuevo el curso y desarrollo de la estratégica vía.

Maestra en las artes de ocupación y de conquista, la terrible invasora sabía que después de quebrantada por el valor militar la virgen energía del salvaje, su fiereza se amansa a vista de otro modo de vivir más concertado y con la experiencia de sus beneficios; aislado el cántabro, fiaba su reducción completa a la acción de la corriente civilizadora establecida por trajineros, caminantes y soldados a lo largo de la nueva arteria.

Pocos años después daban los Flavios nombre a una colonia establecida a inmediación de aquella carretera, y un siglo más adelante restablecía sus murallas, o las levantaba de raíz Castro, que acaso no es otra que la misma Flaviobriga.

Los que esto creen, alegan en su apoyo otros datos fuera del millar de Nerón. Con él se descubrieron y en un mismo paraje, en Otáñez, cerca de Castro, sobre el camino de Castilla, piedras e inscripciones; de ellas un millar labrado, en el cual no llegaron a esculpirse las acostumbradas letras, porque quizás las gentes que en la obra se ocupaban, hubieron de abandonar la tierra sin poner remate a su civilizador trabajo.

No lejos de aquellos sitios habla sido hallada una alhaja de labor singular, un plato argentino de forma circular, esculpido en relieve, supuesto voto o memoria de algún enfermo al manantial de aguas que le dieron medicina y remedio. Así lo describe en sus memorias la Academia de la Historia: «En la parte superior se ve una ninfa, que vierte de una urna el agua que cae por entre peñas. Un joven coge de ella para llenar una vasija; otro la da con un vaso a un enfermo; otro está llenando una cuba colocada en un carro de cuatro ruedas, a que están uncidas dos mulas. A los dos lados de la fuente hay dos aras en que se ofrecen libaciones y sacrificios, y en el contorno la inscripción: SALVS VMERITANA».

El hábil orfebre, queriendo acaso indicar la fisonomía y vegetación del terreno donde el celebrado manantial brotaba, dibujó a uno y otro lado de la personificada fuente dos troncos con hojas de castaño. El indicio convendría a la comarca donde sucedió el hallazgo; pero ¿cuál de los varios lugares de ella donde corren salutíferas aguas, da cabida en su etimología a la raíz umeritana?

¿Y quién sabe si en el lugar donde fué el plato hallado le depositaron manos precavidas o manos criminales? ¿Quién sabe si allí quedó enterrado en la confusión y sangre de militar sorpresa?

- IV -

La Iglesia

No sé de qué enemigos recelaban, qué acometidas de herejes o paganos temían los fundadores de Santa María de Castro, para erigir su templo en el centro de una fortaleza, sobre un áspero escollo, cuya entrada cerraron con muro y cava. Sin duda eran en su tiempo frescas memorias las de aquellas correrías que la intrépida marina de los árabes andaluces había dilatado por las costas lusitanas y gallegas, hasta los confines marítimos de Asturias y tierra de Santillana, como la Historia compostelana refiere en el año 1115 de Jesucristo.

Probablemente le dieron asiento en el de otro santuario, en suelo ya santificado, y acaso en este uso antiguo de fortalecer la casa de Dios y almenar sus cercas no era todo desconfianza o marciales exigencias, sino propósito de ensalzarla rodeándola de atributos de poder, majestad y soberanía.

Quiere la tradición que dentro de este recinto murado y a par del rey del cielo, tuvieran palacio los reyes de la tierra. Autorizase de las reliquias viejas que aun subsisten; dice que Alfonso el Sabio le habitó en ocasiones, que en sus aposentos se ordenó el trabajo de alguna de las Siete Partidas, y hasta señala una angosta y misteriosa puerta, ya tapiada, por donde aquel príncipe glorioso, asombro de su era, afligido en medio de sus prosperidades y merecimientos por la aguda pena de la rebelión y desobediencia de su hijo Don Sancho, pasó alguna vez y se recogió a sagrado, fugitivo si no del hierro, de la insolencia de conjurados y descontentos.

¿Sería a vista de este lijar proceloso de Cantabria, donde soltando el freno del cortesano disimulo, ahogada en llanto el alma del rey poeta de Las Querellas, gritaba doliente con fabla mortal?

Pocos pasos necesitaba andar para poner su trémula mano en los cerrojos ungidos. Frente al dintel por donde salía, levanta los suyos la puerta principal del templo, la que los arquitectos de la Edad Media solían llamar puerta del Perdón, y era ahora para el Monarca puerta del Refugio. Es, al parecer, de lo más añejo del edificio, pertenece al estilo de transición con que el arte salla del siglo XII y de la tradición románica, para entrar en el siglo XIII y en el brioso desenvolvimiento del gusto ojival. La ojiva apunta en su abocinado ingreso, cuyas arquivoltas concéntricas descansan en columnas de fuste corto, capitel

historiado con figuras de animales y basas unidas sobre un plinto igual, alto y corrido.

Pero la edificación fué lenta, y años no pocos y generaciones pasaron desde que los fieles entraron a orar por estos primeros umbrales a Santa María, hasta que vieron cerrarse las bóvedas, y acudieron al clamor de las campanas volteadas dentro del alto cuerpo de su cuadrada torre. Porque el calado pretil que rodea la cornisa, la crestería de los remates que recortan sobre el cielo la seca línea del tejado, la airosa torre, acardenalada a ocaso por el azote permanente de la lluvia y el vendaval, enrojecida a Oriente por el vívido sol de cada mañana, maltratados frente y pecho por las balas que mellaron sus sillares, quebraron sus perfiles y borraron sus limpias aristas, pertenecen a tiempos más adelantados.

Bien andaría la cronología castellana entre los fines del siglo XIV y comienzos del XV y por los reyes de la dinastía de Trastamara, cuando terminó la obra. No era rica la comarca, ni sus magnates y corporaciones poseyeron nunca caudal bastante para emprender suntuosas edificaciones. Opulentos eran los príncipes y prelados de León y de Castilla, y sus fundaciones atestiguan las largas treguas que discordias y escaseces imponían el trabajo útil y pacífico, pero dispendioso, del escultor y el arquitecto; eran tiempos de grandes necesidades públicas; éranlo también de fe, y la fe inducía a menudo a comenzar empresas sin la cabal posesión de medios para terminarlas, y fiando siempre en lo eventual y probable.

Por eso se ayudaban y convenían para sus devotos fines todos los estados y jerarquías sociales, el clérigo y el burgués, el mercader y el artesano; los populares pedían de sus rentas al obispo, el obispo sus limosnas al pueblo; quien no podía aprontar maravedises, prestaba su persona para el trabajo corporal, y esta limosna del bracero, la más alta y sublime que la caridad inspira, engrandeciéndole a los propios y ajenos ojos, era pagada en gracias espirituales, indulgencias y sufragios que Roma a veces, a veces el diocesano, publicaba y concedía a la fábrica y a sus partícipes gratuitos.

Conciertos parecidos solían hacer reyes y concejos, y por tal camino participó quizás en la fundación de la iglesia de Castro el santo rey Fernando, a quien la voz común atribuye la restauración y auge de las iglesias de Cantabria; y apoyan esa voz en algún modo ciertas partes de su arquitectura, la semejanza en traza y no pocos detalles, y la advocación común a Nuestra Señora del Tránsito, que liga a las tres iglesias de Castro, de Laredo y de Santander.

La que ahora visitamos tiene tres naves, sostenidas por columnas arrimadas a un pilarón poligonal; la planta de los sillares que forman el fuste de la columna es ésta: dos tercios forman el cilindro de la columna; el restante entra con talla diversa a hacer el macizo del pilarón central, cuya superficie asoma desahogadamente entre fuste y fuste; en los capiteles triunfa la hoja de yedra, colosal en proporción, pero fielmente copiada de la naturaleza en los detalles; las ojivas son anchas, y su arco, formado por cuatro boceles, con filetes

interpuestos y un aristón achaflanado que adelgaza el perfil de la ojiva, aumenta su luz y realza su elegancia. Una gala tiene que no tienen sus compañeras: galerías fingidas en los machones de la nave mayor, que la visten y aligeran con sus columnas empotradas y trilóbeas ojivas.

El arqueólogo, a luz de su criterio, examinando cada detalle, define su procedencia, señala la era de su advenimiento a la vida del arte, el porqué de su empleo en la construcción, el oficio que desempeña en el monumento; pero el arqueólogo lleva consigo el auxilio de su idioma y el archivo de su erudición, que le ayudan a establecer su opinión y a comunicarla con recíproco deleite a sus lectores.

Careciendo de ambas armas el curioso al pretender describir una construcción cualquiera, sólo consigue amontonar inarmónicas y extrañas voces que, aparte de no realizar su fin, lastiman el oído y ahuyentan el interés. La forma ojival tiene, sin embargo, tan cumplida elegancia, se asocia tan manifiestamente a nuestros instintos y tradicionales inclinaciones, que pocos detalles bastan a la imaginación para pintarse el edificio, comprender su armonía, la paz de sus ámbitos, y sentir la religiosa unción del templo, el áspero ceño de la fortaleza.

En la nave de la derecha, donde arranca la vuelta del ábside, se encuentra un arcosolio, adornado de tosca crestería; sobre la urna, en vez de estatua yacente, una plancha de bronce grabada muestra una figura de hombre en edad madura, largos barba y cabello, unidas ambas manos sobre el pecho en acto de orar, vestido de túnica y manto ricamente orlados, calzado de borceguí puntiagudo, sobre una figura de león y otra de hombre salvaje y velludo, que empuña un tronco.

Enciérrasela figura dentro de un gracioso cuerpo de arquitectura ojival, con varias figuras de apóstoles, que alternan con un blasón repetido y de atribución confusa, dominadas por la de un anciano con un niño en el regazo, puesta en el tímpano de la ojiva; alrededor, en hermosas letras de la llamada gótica del siglo XIV, esta inscripción: « Aquí yace Martín Ferrández de las Cortinas, que finó el primer día de Marzo; era de 1409 años. Aquí yace Catalina López, su mujer; finó a ocho días de Mayo: era de 1411 años. Aquí yacen sus fijos Lope Ferrández, Johan Ferrández, Diego Ferrández, a quien Dios perdone.»

De la consideración social del sujeto dan testimonio el lugar y la forma de su sepultura; de sus virtudes personales los símbolos agrupados a sus pies. Solía ser en memorias sepulcrales la figura del anciano con un niño en brazos representación mística del tránsito del alma cristiana y de su acogida en la mansión pacífica, en el seno de Abraham: así como el león representaba la vigilancia perenne, y el salvaje humillado bajo la planta humana, las pasiones carnales vencidas y sujetas; el dibujo es puro, la composición armoniosa y rica, y la plancha pudiera ser obra de artista alemán o flamenco, en cuyos países usaban y era mayor el progreso de las artes.

Adoptaron los señores castellanos estas laudas metálicas para sus sepulturas; Haro trae en su Nobiliario las que posela la familia de Pacheco (marqueses de Villena), en su célebre monasterio del Parral de Segovia, fundación de Enrique IV, príncipe; describe alguno de sus dibujos y copia sus inscripciones(10), y debieron ser de uso frecuente en el siglo XVI, cuando Cervantes hace decir en una de sus comedias a Pedro de Urdemalas, hablando de un alma en purgatorio:

Vila en una sepultura
cubierta con una plancha
de bronce, que es cosa dura.

Poníanse sobre el pavimento de las iglesias, lo cual hace dudar que la plancha de Castro ocupe el lugar para que fué destinada, y que el enterramiento que cubre corresponda a la inscripción.

Podemos salir de la iglesia por otra puerta que mira al Este, puerta moderna, de fábrica lujosa, gusto dórico, columnas exentas y finos materiales; arco que dedica la misma iglesia a los evangélicos vencedores que, partiendo de su modesto coro, subieron a las más altas sillas de la eclesiástica jerarquía: entre los escudos y títulos de uno y otro reverendo prelado, deletrea allí el curioso los del insigne cardenal Lorenzana, que tan gloriosamente perpetuó en la metropolitana de Toledo, primada de las Españas, la tradición de los magnánimos Tenorios y Taveras.

Por este lado los muros viejos, modernos y restaurados, se atropellan y amontonan como en fortaleza batida y desmantelada por enemiga batería; una rampa lleva al faro, otra guía al castillo, otra al fantástico puente que pinta Castro en sus armas, tendido de peñón a peñón, bajo del cual se revuelcan pavorosamente las olas. La ermita, puesta sobre el alto escollo de Santa Ana, ya no es lugar santo, sino miradero, desde el cual la vista se esparce sobre la villa y su ensenada, sobre el mar y la costa. Aquí vendremos pronto a esperar la vuelta de las solas pacíficas escuadras que arma la villa contra la plateada sardina y el voraz bonito.

A espaldas de la iglesia, por cima de las tapias del cementerio, asoma el obelisco de un monumento erigido a la memoria del ardiente publicista Luis Artiñano por sus amigos y compatriotas. Temprana fué su muerte, prematuro el término de su carrera, consagrada toda a estudios fecundos, a empresas generosas. No tuvo espacio para ver los frutos de su abnegación y su entusiasmo, y gozarse en ellos; pero ¡no ha vivido bastante el hombre que logra no ser olvidado al siguiente día de expirar, y deja entre sus semejantes quienes cuiden de su gloria futura y de su recuerdo! ¿Es otra cosa la gloria que ser nombrado por los vivos, cuando ya no existe quien nos llore muertos? Quien mereció sepulcro a su patria, ése ha conseguido el precio más alto que puede tener la vida.

V

La marea.- La hermandad de las villas

Poníase ya el sol, y las velas que parecían esparcidas por el horizonte, se acercaban unas a otras llegándose a la costa. Desde el peñón de Santa Ana se las veía desfilar, saltando sobre las olas, y arriando su aparejo viraban para penetrar en la angosta gola que entre sí dejan los muelles de la dársena. Y lentas y silenciosas, como animadas de oculto espíritu, acostumbrado a la obediencia y disciplina, arrimábanse las lanchas en ordenada hilera, la proa a tierra, descansando del trabajo de la mar, sobre las aguas serenadas y tranquilas del puerto.

Aprestábanse a desembarcar los marineros: unos aferraban las velas, cargaban otros con los remos, y otros se repartían las cestas de los aparejos, los tabardos embreados, en tanto que mozos, mujeres y chicos acudían a la descarga de la marea. Llaman marea los pescadores de Castro a la pesca de un día, al resultado de una jornada, a la riqueza que la escuadrilla del gremio mareante arranca a los senos del Océano, entre su partida y su arribada, desde el oriente al ocaso de cada sol.

Pronto cubrió la rampa, apilado en montones, tantos como lanchas, el copioso botín de los marineros. Había entre aquellos peces algunos tan corpulentos, que a duras penas los arrastraba un hombre membrudo. Traíanlos agarrados por el angosto engarce de la cola, barriendo las piedras con el agudo hocico, y pintando en ellas una estela roja.

Aparecían las hacinas de cadáveres erizadas de aletas curvas y afiladas como gumías árabes; en su base serpeaban hilos de agua y sangre que, siguiendo la inclinación del suelo, corrían hacia el mar o se perdían en las anchas juntas de los sillares; y los cuerpos, tendidos, despidiendo a la luz crepuscular acerados reflejos de su tersa piel, mostraban no sé qué apariencia de vida en el iris de topacio de sus ojos redondos y fijos, y en las abiertas agallas, prontas a recobrar el acompasado vaivén de su respiración.

Nos dijeron que era interesante asistir a la subasta y distribución de la marea, y tomamos camino para verlo.

Yo suponía que el cabildo había de tener asiento en una casa vieja, semejante a las que en otras partes he visto, de las cuales aún no ha muchos años Santander conservaba alguna, con puerta y ventanas ojivas, torres transformadas en viviendas a favor de un tejado sobre el almenaje, y una escalera exterior agarrada a la escabrosa mampostería, como tronco muerto de una yedra centenaria; mas cuando en la calle adonde nos habían encaminado

preguntamos a las mujeres, nos indicaron un edificio de fachada reciente y buen aspecto, decorado con molduras de yeso.

En cambio, el aposento interior, cuando se hubieron reunido en él las gentes de la subasta y dado comienzo al acto, ofrecía un cuadro de Rembrandt. Sentáronse el alcalde y prohombres de la corporación delante de una mesa, en una especie de tribunal levantado sobre gradas al extremo de la sala; cerca de ellos se agruparon algunos señores y curiosos de los estacionales visitadores de la villa; a lo largo de las paredes ocuparon asientos numerados, parecidos a los de un coro de iglesia, cuantos pensaban participar de la contienda y hacer postura; y allá en el fondo, entre la puerta y una cancela que partía el sitio, con balaustres de madera, se encontraba el pueblo. Algunas bujías sobre la mesa del tribunal, o colgadas del techo, alumbraban la escena; una tinta gris, opaca, bañaba el recinto, resultado del macilento color del revoque, del natural de la madera desnuda y del humo ambiente de pipa y tabaco; más diáfana en las inmediaciones de la luz, más obscura en los extremos, donde brillaba a intervalos el ascua de un cigarro avivada por las labios que lo saboreaban.

Pocas palabras hablaron entre sí los que presidían el acto; el principal de ellos, el que se sentaba en medio, no pronunció una sola; era un hombre maduro, seco, de rostro curtido, apretada boca, nariz aguileña y ojos amparados de pobladas cejas; rapadas las barbas, conservaba los arranques de ellas entre ojo y oreja, suficientes para mostrar lo cerrado y negro del varonil adorno: busto de granito, semblante sereno, que si el fuego interno de las ideas anima y dilata pocas veces, tampoco palidece y se contrae al amago de riesgos exteriores. ¡Cuántos vendavales han azotado su piel curtida! ¡Cuántos rociones del mar ha secado el sol sobre ella!

Leyéronse en voz alta los nombres de los buques y de sus patrones, y la cifra de la carga de cada uno de ellos; levantóse a la izquierda del presidente otro marinero de parecido tipo, más desaliñado en traje y persona; asemejábanse en los sombreros echados atrás, como para dejar frescura a la frente y al pensamiento amplia libertad y desahogo, y en el rollo de tabaco, apurado casi, pero encendido todavía, que uno y otro revolvían entre dientes; se diferenciaban en las facciones acusadoras de mayor severidad y entereza en el alcalde; las de su subalterno, con una condición más blanda y flexible, anunciaban en la jerarquía moral una distancia entre ambos sujetos, equivalente a la que los distinguía en el orden social.

Delante de la mesa, en medio de la grada, se levantaba hasta la cinta de un hombre una urna prismática, cuya base superior parecía partida en divisiones convergentes, e inclinadas hacia su centro; el mecanismo de esta máquina extraña se reveló luego.

Cantó el alguacil con voz hueca y perezosa: «¡cuarenta!» y el ruido se apagó suavemente en un silencio general; gritó luego- «¡treinta y nueve!» y tuvo igual resultado; y así, sustrayendo unidades, corrió la numeración descendente hasta

gritar: «¡treinta y seis!», a cuya voz respondió súbitamente un ruido extraño, y una bola blanca saltando sobre la base de la mesa rodó al centro.

Tomó la bola el centinela de la urna, y leyó un número impreso en ella; todos se volvieron hacia la silla señalada con el mismo número, y el que la ocupaba, cuyo nombre pronunciaron varias voces y él mismo, añadió: «¡veinticuatro!» Esta cifra indicaba los quintales de pescado que tomaba para sí el rematante, y la gritada por el alguacil el precio que a la marea ponía el tribunal. Cesó pronto el murmullo excitado por aquel primer lance, apuntáronse los números, y la subasta continuó por tan ordenada y sencilla manera, terminando en poco tiempo.

Sencilla es asimismo la explicación de la invisible máquina. Por bajo del entarimado que cubre el suelo, corren sistemas de palancas aislados, cada uno de los cuales remata por un extremo en una de las sillas arrimadas a la pared, por donde el que la ocupa dispone del movimiento del sistema; el otro extremo va a empujar dentro de la urna un tope vertical sobre que descansa la bola numerada.

Aquella Asamblea popular, ordenada y pacífica, aquel comicio donde con fecunda mesura se agitaban intereses del común e intereses de los particulares, sin torcidos propósitos ni recíprocos recelos, sin violencias de lenguaje, indicio de personal sentimiento, sin destemplanzas de voz, señal de interno desorden del espíritu, contagioso desorden las más veces, recordaban otros tiempos, otras costumbres, otras necesidades, a cuya previsión y remedio acudían nuestros costeños, cuando emancipados de sus reyes castellanos u olvidados por éstos, organizados en potencia marítima, pequeña pero animosa, proveían por si a la independencia de sus aguas, al libre rumbo de sus naves, al desahogo y extensión de su tráfico.

Era Castro-Urdiales centro de la confederación que abarcaba los puertos y villas desde Santander hasta Fuenterrabía; en ella entraban Laredo, Bermeo, Guetaria, San Sebastián con Vitoria, que aunque internada y no marinera se asociaba a los que podían franquearla fronteras menos cerradas que las que por todas partes la envolvían. En Castro se celebraban las juntas, se discutían los pactos, se custodiaba el archivo y se guardaba el sello de la hermandad, signo de su poder, sanción de sus acuerdos, fe que legitimaba sus providencias y las hacía aceptables, obligatorias y cumplideras para todo vecino de cada uno de los ocho concejos asociados. Este emblema de autoridad y soberanía tenía diputados para su conservación tres hombres buenos de la villa, que en 1236 eran los llamados don Pascual Ochanarren, don Bernalt, el joven (hidalgos), y Lope Pérez, el joven.

En el citado año, y a 4 de Mayo, se pactó la confederación y alianza de los dicho concejos, extendiéndose su carta de hermandad, que aún se conserva.

La férrea, disciplina que establecía, condenando a pena capital a contraventores y desobedientes, a cuantos validos de extraño fuero pretendieran alzarse contra lo prescrito en la carta común, a cuantos movidos

de codicia personal no curasen de las limitaciones impuestas a la navegación y al comercio, en beneficio de todos, negándoles a éstos toda forma de proceso todo derecho de asilo, salvo el del aposento real, fué sin duda fundamento y principio de tan sólida constitución, que robustecida la hermandad y creciendo en bríos, llegó a hombrearse con los soberanos. Así en el año de gracia de 1351, envía a Londres sus mensajeros y procuradores Juan López de Salcedo, Diego Sánchez de Lupar y Martín Pérez de Golindan, los cuales derechamente y de poder a poder conciertan con el rey Eduardo III de Inglaterra un tratado de paz y comercio valedero para veinte años, y lo firman y sellan a 1º de Agosto monarca y diputados.

Este es el acto culminante de soberanía ejercido por las gentes marítimas de Castilla y de Vizcaya. Antes y después, celebran convenios, pactan treguas con sus eternos enemigos y rivales los de la costa de Gascuña, territorio entonces de los ingleses: unas veces, como en 1306 y 1309, se ven en Westminster los diputados de la hermandad y los de Bayona, para entender en el recíproco desagravio y restitución de presas(16); otras, en 1353(17), se juntan en Fuenterrabía y acuerdan gobernarse según el más humano derecho de gentes, poniendo término a la vida de invasiones piráticas y marítimos asaltos que unos y otros llevaban. Castellanos y gascones, cuantos por ambas partes negocian, tienen comisión y título de sus respectivos soberanos, y en su nombre y bajo su amparo discuten y resuelven; mas en el tratado de Londres, la hermandad aparece ejerciendo por sí propia uno de los atributos característicos, el más levantado acaso de la potestad suprema, el de pacificación y tregua, el de sobreponerse a las iras y venganzas que arman el brazo del pueblo, de súbditos y gobernados, porque la suma considerable de fuerza que la común acepción concede al poder y le reconoce, más es para regir y enfrenar pasiones de sangre que para excitarlas y moverlas.

Esta independencia y soltura de los pueblos marítimos se explayaba y vivía merced a lo apocada y floja que andaba la autoridad de los reyes castellanos. Se afirma y establece durante la minoridad de Fernando IV (1296), y toca su apogeo y vigor sumo (1351) al inaugurar su reinado el tan desventurado como cruel Don Pedro. Alfonso XI, que sucedió entre ambos, hijo de Fernando, padre del justiciero, necesitaba de todos sus vasallos, grandes y pequeños, especialmente de los que supiesen armar una flota, regir un barco y marinear, para que le fuesen de auxilio en sus repetidas y arriesgadas empresas navales sobre el Guadalquivir y la costa de Andalucía, y si hacia sentir su cetro a sus villas de la costa septentrional, era para ganar su adhesión con mercedes, franqueándoles la industria pescadora, o, lo que más agradecen los pueblos, acudiendo en buena hora al remedio de sus calamidades. Pruébanlo con otros documentos tres cartas reales concedidas a Laredo, una para poder pescar y salar en todos los puertos de la marina de Castilla(18); otra para remediar la desgracia de un incendio acaecido en 1346, que destruyó la villa, eximiéndola

de tributos, servicios pedidos é yantar(19), y la tercera para librar a sus vecinos del diezmo del pescado que pescaran... nin de las ballenas que matasen.

Curioso fuera saber la cifra de naves, marineros y soldados en que la hermandad apoyaba sus pretensiones y su arrogante derecho. Hacia aquellos tiempos, en los confines de los siglos XIII y XIV, cada una de las villas de la costa servían al rey en guerra con una galera armada de sesenta remos, guarnecida de sesenta combatientes, y bien abastecida con espadas, dardos, lanzas y ballestas, armas todas que con el casco del buque quedaban por el rey, terminado el servicio de los hombres, que duraba tres meses, al cabo de los cuales eran libres y quitas las villas que los alistaran. De esta noticia sacarán los versados en estadística la proporción de naos, galeas, ballineres y leños de vario tonelaje con que los marinos cántabros corrían las costas y mares del norte, desafiando temporales, riñendo sangrientas peleas con el inglés, su constante enemigo, acometiendo hazañas que ahogadas con sus perpetradores en los abismos misteriosos del Océano y de la noche, sólo fueron visibles para aquel a cuya mirada no hay sombra densa ni confín inaccesible, y que las escribió y conserva en el inescrutable libro de sus justicias; acaso en el capítulo de las recompensas, acaso en el capitulo de los castigos.

De Castro a Laredo

- I -

Un zagal.-Los Templarios.-Paisajes

Cruzando las huertas de Urdiales, pasando entre la mar y el monte de San Pelayo, que levanta sus labradas cimas y frondosas cañadas a la siniestra mano del viajero, sale de Castro, el camino a Santander, llano, suave, limpio de polvo, porque parece que el rocío de la mar lo mata, y empapa el aire y mantiene la tierra jugosa y fresca. Brioso el tiro y descansado arrastraba el coche con vigoroso empuje; animábale con la voz y la tralla el zagal, vestido de fiesta, y deseoso de llegar a la parada de Oriñón.

¿Qué le esperaba allí? casi era de sospechar, considerando lo cuidadoso de su atavío, su aplanchada camisa, abotonada con tarines isabelinos al cuello, el pañuelo nuevo de seda carmesí toledana, ajustado al cráneo como una venda simbólica, y sobre todo la alegría con que hacía la jornada. Seguían la carretera, en una y otra dirección, numerosos aldeanos y aldeanas; de ellas algunas con las trenzas sueltas sobre la espalda; de ellos muchos cubierta la cabeza de boina azul o roja, o el castor negro de alas blandas, traje de sus vecinos vascongados. Las mujeres se guardaban del sol con su chal plegado en cuadro, puesto sobre la cabeza, a manera del panno de las campesinas romanas; a otras sombreaba un ancho cesto cargado de fruta u hortaliza. El zagal requebraba a las que venían de frente, y restallaba la tralla a espaldas de las que seguían nuestro camino, haciéndolas vacilar bajo el peso de su carga.

Y al requiebro y al trallazo, requiebro también a su manera, contestaban las mozas con sonrisa, nunca con enojo, prueba de lo familiar que les era el diálogo.

Y tras dos juramentos y cuatro chasquidos del cáñamo y media docena de epítetos injuriosos a las bestias, se encaramaba a lo más alto del coche, y allí, serenado de su agitación se mondaba el pecho, y con más garganta que oído soltaba un cantar:

Viva el sol, viva la luna,
viva quien sabe querer,
viva quien pasa en el mundo
penas por una mujer.

Muy lejos de allí, a deshora de cierta noche de invierno, hería mis ojos un mote grabado en la linterna de un coche: padecer para vivir. Recordómelo la canción del zagal en que su autor, como todo héroe de pueblo primitivo, hacía pomposo aparato de sus méritos, aclamando como virtud lo que tal vez había sido necesidad o flaqueza; y era que la copla encerraba una idea generosa, celebraba martirios del corazón, y podía servir, bajo su forma desataviada y sencilla, de elocuente comento al conciso y profundo mote. ¡Oh!, sí; padecer es vivir, no vivió quien no ha padecido; padecer es sentir, y sentir es el uso más generoso y noble que se hace de la vida: padecimiento es la pasión temprana, mal pagada o desconocida; padecimiento la ambición madura, insaciable e inquieta; padecimiento es la vida toda del alma, la del alma justa perpetuamente descontenta de sí misma, desconfiada de su eterno paradero, la del alma réproba agitada constantemente, recelosa del bien que envidia y a la par desea y aborrece. ¡Qué cierto es que el sentimiento no reconoce jerarquías! a igual compás latían los corazones del caballero que orlaba con el sentido mote las fajas de su escudo, y del poeta obscuro, inerudito, que nos legó cifrada en cuatro versos la historia acaso de una vida entera, sin premio ni compensación. Cantar y divisa corren pareja suerte, nacieron de dolor, contentaron una aspiración del alma, pasan por labios indiferentes, y van a arrullar algún pensamiento solitario, tristemente recogido en lo más obscuro de la conciencia.

Tierra de caballería es esta que visitamos, tierra de blasón, donde todavía las armas esculpidas del solar dicen algo a los ojos del campesino, que torna del monte con la antigua partesana al hombro trocada en dalle segador.

Sobre un peñasco de la montaña se cubren de follaje los muros de una gallarda torre, por cuyas dislocadas piedras trepa la cabra golosa a morder los renuevos de la parietaria; cuéntanse en los contornos y en voz baja misterios de su cárcel subterránea, cerrada ya por los escombros de las bóvedas derrumbadas sobre su boca. ¡Qué de tesoros dice que encerraba! y los encierra todavía, porque si algún codicioso tentó la prueba de llegarse a ellos, tuvo lastimoso e inmediato castigo. No podía tocarlos mano de hombre, porque hablan sido precio de sangre como los treinta dineros de Judas; y vedándolos a

la avaricia humana, el ciclo parecía ponerse de parte de los perseguidos contra sus perseguidores; no reconocía la razón del castigo, y lo que había sonado en la tierra como justicia, era a sus ojos, imposibles de ofuscar, odio y venganza. Pendón partido de blanco y negro, símbolo de paz al hermano, de muerte al infiel, ondeaba plantado en su almenaje; bandera del templario, del pobre conmilitón de Cristo, que salía a la batalla vestido de tosco hierro, «más cuidadoso», dice San Bernardo, «de poner miedo, que avaricia en el ánimo de su enemigo». La pelea con ellos era cruel y sangrienta, ensañado el sarraceno con no esperar botín de ricas armas y preseas.

Y, sin embargo, eran opulentos, opulentos hasta cegar de envidia a príncipes y reyes, que hicieron su despojo condición de la paz y vida de sus estados cristianos; y como el despojo no era fácil por fuerza, uniéronle mañosamente a una sentencia capital; así también se quitaban de delante los testigos y víctimas de su rapacidad y celos; así también se curaban del miedo de sus latentes iras y meditadas venganzas. Pero acaso en más de un paraje, como en Castro, las piedras se derribaron sobre el oro e hicieron estéril la matanza, ocultándoselo a los envidiosos y verdugos.

Ayudaron nuestros templarios gallardamente a la reconquista, y es gloria de su Orden en Castilla haber salido limpia de toda abominación del proceso que la condenó a exterminio en todos los reinos cristianos; si tenían pecados de orgullo y prepotencia que expiar, la expiación fué dura y completa. Su historiador español Garibay los pinta, y es tristísima pintura, arrojados de sus conventos y encomiendas, expuestos a la insolencia de pecheros y villanos, acosados por campos y aldeas, mendigando asilo, escondiendo sus gloriosas divisas, despedidos de la hueste, negado a su desesperación el campo de batalla y la gloriosa tumba del soldado muerto por armas, necesitados de solicitar amparo del rey Fernando IV, para salvar su inerme y desconsolada vida. Al morir obscurecidos, pobres y odiados, purificados por el martirio, podían ofrecerse a Dios, repitiendo la letra escrita en sus estandartes, letra de los humildes y resignados: Non nobis, domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.

A una vuelta del camino desaparece la torre de los Templarios: álzanse a un lado las verdes lomas de la montaña, encima de las cuales asoma su calva mole Picocerredo, gigante de piedra que presenta al mar su flanco tajado, erguido, quebrantado y rudo, mientras desciende ondeando muellemente hacia las sierras interiores, cubriendo su áspera dureza con risueñas capas de céspedes floridos. Al otro tiende su llanura azul, su horizonte infinito el Océano. Manso y sereno parecía dormir, y el vago rumor de la vecina rompiente ahogado casi entre los murmullos de la tierra y de la vida, semejaba el lento resuello de su respiración tranquila. Las gaviotas silenciosas se cernían en el aire, moviendo a un lado y otro su cabeza inquieta, cuyos vivaces ojos negreaban sobre el blanco plumón.

Parte la carretera el pueblecito de Islares, deja a su derecha un verde islote, y torciendo rápidamente a la opuesta mano, penetra en la ría de Oriñón. La marejada escupe sobre el camino, el zagal moja en el agua la punta de su tralla, y cobra nuevo brio para castigar al ganado, nuevo aliento para correr y nueva voz para cantar; pero la canción de ahora suena, sin duda, al alcance de quien la inspira; acaso hay recelos de tibieza o temores de merecidos desdenes, acaso flota en el aire la nubecilla de alguna sospecha; para espantarla nada tan eficaz como querellarse de mala correspondencia, y la letra del cantar dice:

Debajo de un limón verde
donde nace el agua fría,
le di yo mi corazón ¡ay!
a quien no le merecía.

Oriñón es un grupo de árboles y casas a lengua del agua y a faldas de un cerro. Báñale el sol cuando se acerca al meridiano; mañana y tarde yace en fresca sombra, derramada por los montes que hacen cauce a la ría, delicioso asilo de poesía y descanso, semejante a tantos otros esparcidos por el suelo de Cantabria; porque allí donde la vida es más penosa, más duro el trabajo, allí con su ley constante de justicia ofrece la Providencia mayor halago a los ojos, paz al alma y diversión al espíritu. El mar sin límite, la peña desnuda, el árbol frondoso, la vena de agua que salta y fluye limpia y sonora por dondequiera, la sierra fragosa, el monte cano, la breña cerrada, la hoz angosta, el valle abierto, la mies y la playa, el bosque y la pradería, otros tantos accidentes, que aislados o juntos, imprimen a la montaña su fisonomía, y la hacen tan amada de sus hijos, tan dulce a su recuerdo, tan luminosa su imagen, norte de tantas aspiraciones, consuelo de esperanzas perdidas, última ilusión de ternura que persevera en el alma cansada y envejecida.

A pocos pasos de la casa de parada, cruza el camino el río de Agüera sobre un puente de madera, trepa en zig-zags por la montaña, salva una cumbre, y vuelve a encontrarse en horizonte abierto.

- II -

El valle de Liendo. -A las Indias

Faldeando la cuesta llega el viajero a dominar el valle de Liendo, separado del mar por el alto Candina. Liendo es un nido, nido de flores, abrigado y fresco, abierto al cielo como alma sencilla, sin doblez ni amaño. La torre de la iglesia en el centro, dos o tres grandes cipreses cerca de ella, algunas manchas de roble, algunos lugarcillos empenachados de humo, símbolo expresivo y

perenne del hogar y de la familia, algunas casas blancas, solas, esparcidas entre prados y huertas, componen la fisonomía primera, en bosquejo, del valle.

Estas casas blancas traen siempre a boca del extraño la misma curiosa pregunta: «¿Quién es su dueño?-«Un indiano»- contesta invariablemente el indígena.

Si el indígena es un niño, o un adolescente, tenga por cierto el preguntador, en la mayor parte de los casos, que una de esas quintas enjalbegadas, ceñidas por verja de fierro, y jardín de dalias y hortensias, es la cifra de sus aspiraciones y deseos, se le aparece en sueños, le causa las indecibles melancolías de la aspiración vaga a lo remoto y difícil, le distrae del Catón y el Fleury si es apocado y tibio, o le empeña en su estudio si tiene ánimo y altos pensamientos; asoma en sus juegos infantiles, y le conforta al ser despertado por la lluvia que cae dentro de su casa a través de las rajas del techo; le hace morder con diente intrépido en la borona seca y fría, y no sentir en sus pies descalzos los guijarros de que está sembrado el camino de la escuela.

Un día su padre, noticioso por uno u otro medio, por confidencia o adivinación, del gusano que hurga la mente del muchacho, le propondrá que marche a Cuba, y esta indicación primera, tan somera y vaga, abrirá a la imaginación infantil de par en par las puertas por donde se aparecen ya definidas y posibles, tangibles y realizables las misteriosas y proféticas visiones de la fantasía. Porque en los vehementes anhelos del alma el primer paso que a su objeto nos encamina, por limitado e indeciso y de corto valer que sea, nos causa el gozo intenso de la realización completa; un gozo más puro y perfecto aún porque nos le brinda sin la triste compensación de las dudas, trabajos, desengaños y asperezas; sin las heridas, incurables acaso, que han de embarazarnos el camino largo o breve entre la posesión y la esperanza.

Ya el muchacho se mira hombre y transfigurado, dueño de su libertad, de su persona, de la casa que ahora visitan holgadamente sin licencia ni atajo, el sol y el agua, las gallinas que vuelan del cenagoso corral al desvencijado balcón, los puercos que se entran hozando del cubil a la cocina sin más ceremonia que dar una hocicada a la desquiciada puerta, casa que ve restaurada, engrandecida, puesta alegremente de blanco y verde, engalanada con pintado balconaje de hierro y bolas de limpio cristal o luciente bronce, asomada por cima de flores y frutales a una cerca firme, y sobre firme ribeteada de verdes vidrios de botella para conjuro de malas tentaciones y escarmiento de merodeadores.

Y se ve a sí propio en los umbrales de ella y cómodamente vestido, recostado en uno de esos mecedores que inventó la molicie criolla y adoptaron los relajados usos europeos, haciendo humear un costoso tabaco, mirando relumbrar diamantes en sus dedos, oyendo sonar en su costado el recio balancín de un cronómetro inglés atado a larga y gruesa cadena que le cruza dobladas veces el pecho, siendo espectáculo, admiración y envidia de un grupo de rapazuelos que le miran asomados al pretil de la verja, tan pobres y sucios e ignorantes de toda holgura en vivir, de todo mimo de la suerte como él lo

estuvo en iguales años, como lo está mientras le hacen olvidarse de ello sus fantasías.

El cura le visita, el alcalde le consulta, el pedáneo le halaga, la Guardia civil le saluda, el cartero le trae cada día un rimero de cartas y periódicos con sellos varios, sobres de mil colores y en lenguas diferentes. Se halla, finalmente, en situación de vivir a su antojo, de gastar sin medida, de «comer sin pedir ni esperarlo de mano ajena, que es pan de dolor, pan de sangre, aunque te lo dé tu padre», como desgarradamente dice Guzmán de Alfarache.

No sospecha lo penoso y largo de la jornada desde el deseo al goce. No imagina lo que hay de tristeza, miseria y padecer, apostado aguardándole en aquella tierra que él juzga de bienaventuranza, y es, al decir de Cervantes, «engaño común de muchos y remedio particular de pocos». No hay quien murmure a su oído el melancólico vaticinio de Cacciaguida a Dante:

Tu proverai si come sá di sale
Lo pane altrui, e com'é duro calle
Lo scendere e l'salir per l'altrui scale,

y si lo hubiera, ¡qué pan puede parecer amargo, a quien ni amargo ni dulce lo tiene!

Y es voz común entre los versados en cosas de Indias que cuanto de más abajo trae sus principios, tanto mayor facilidad de medro encuentra el aventurero desembarcado en sus playas.

Hay sin duda que tomarse con la fortuna como con potro cerril y bravo, al cual se doma sin el regalo y ayuda de freno y estribo, de brida y espuela: en semejante escuela se crían los jinetes duros y desbravadores, no en la que halaga la humana flaqueza y cobardía con blanda silla y seguro rendaje. Sale de ésta el caballero gallardo, lucido a la vista, diestro en primores de paseo y aparato, pero no enseñado a sujetar y rendir la fiera desconocida que el azar le entrega, sin noticia de sus fuegos y su sangre, ni a vencer las duras e imprevistas ocasiones de la guerra y la cabalgada. Anda el uno expuesto a caídas y mortales lances, mientras el otro, superior al riesgo, lo desconoce o lo domina: en cambio trae a todos los usos y relaciones del vivir, no siempre con cristiana sazón y templanza, aquellas calidades ganadas en tal educación, y de las cuales no sabe despojarse ni puede embotarlas, vista serenada y fría, ánimo impasible, mano dura y sorda.

El ambiente moral de los pueblos se forma de efluvios exhalados por sus instituciones y costumbres, como la atmósfera física de elementos resultantes de la acción compleja e incesante de la naturaleza. La fuente que brota en la marina no tiene la frialdad y ligereza del manantial nacido en la montaña; el aire que en las vegas nutre la madera deleznable y blanca del chopo y del sauce, engendra en las alturas la incorruptible y roja del tejo y el alerce, y si no en la esencia varía en los accidentes el fruto de una misma planta cuando nació en parajes

donde bastaron a su sed las lluvias del cielo, y cuando necesitó ser regada por mano del labrador. Vano es pedir al hombre nacido o criado en regiones pantanosas e insalubres sangre pura y pulmón robusto, y es error notorio exigir austeridades cenobíticas y socráticas rigideces, de espíritus formados entre el rudo batallar de sueltas pasiones y deslumbrados propósitos. La cultura europea, atraída por la prosperidad y la riqueza, y las vastas relaciones mercantiles, no bastan a litupiar el aire social de los nocivos fermentos que hacen germinar la esclavitud, la separación de razas, la consuetudinaria soberbia, el odio latente que una y otra causa engendran.

El cuchillo de la realidad inexorable hinca su punta en el pecho del pobre muchacho, y comienza a hacerse sentir cuando sobre el hervor gozoso que experimenta, cae y se lo apaga de pronto el llanto de su madre a la primera nueva de la resolución tomada; porque la pobre mujer recuerda por sus nombres y con personales pormenores a cada uno de tantos como partieron a embarcarse, y que de ellos sólo han vuelto a ver a aquel a quien su hijo mira como insuperable modelo de prosperidad y dicha; recuerda que, cuando volvió, no halló ya viva a su madre, y repara en que de las diarias visitas que hacen oscilar la campana colgada en el arco de la quinta, son las más numerosas las del médico; y si su hijo sólo ve al indiano el día templado y suave en que se solaza y esponja al aire libre, ella cuenta los infinitos en que no se abren las vidrieras, y en que los criados dicen que su señor yace en cama o porque llueve, o porque pica el sol, o porque la estación es cruda, o porque amaga cambio de tiempo.

Y el cuchillo va penetrando poco a poco hacia el corazón, cuando oye que se habla de vender la vaca, o de enajenar una prenda, la de más valor que haya en casa, o de tomar dinero sobre la tierra escasa de suyo, y ya esquilmada quizás por el usurero, para mercarle su arca, su equipo, de modo que no se presente de traza que parezca que va a pordiosear, y le quede algún peso para el bolsillo, peso que en ocasiones, conservado como recuerdo y talismán y principio del trabajo bendito por las lágrimas y privaciones de la familia, ha sido origen y núcleo de la fortuna lenta y laboriosamente acumulada.

Luego se hace un voto a Nuestra Señora de la Bien-Aparecida, y aquel día es todavía día de fiesta para el muchacho, que corre por las veredas con sus hermanos y camaradas, se revuelca en los prados y trepa a los robles de las cercanías del devoto santuario.

Luego viene el día de la marcha al puerto y las despedidas, que no hay para qué pintar, pues son harto sabidos sus detalles. Luego llega el de esperar el embarque en el muelle de Santander, al caer de una tarde de otoño, quizás lluviosa, de fijo triste, sentado sobre el arca roja y el colchón para a bordo que suman su fortuna y buena parte de la fortuna paterna, metidas las manos en los bolsillos, encorvado, silencioso, sintiendo más frío ahora que está calzado, y trae gorra, y vestido completo, y la estación es templada, que cuando con los pies y el cabello al aire, mal cubierto con una camisa haraposa y un calzón

deforme, en lo rigoroso del invierno y en lo áspero del sel, silbaba a las cabras del pueblo y las reunía a pedradas y garrotazos para traerlas a recoger.

No se ha descuidado en preguntar a su padre hacia dónde cae el pueblo, y busca entre las cimas diversas más apartadas o más próximas, cuál por su forma y perfil le parece el monte, y desde la cumbre, donde tiene fijos los ojos, baja su pensamiento el monte abajo, y asiste a cuanto pasa a semejante hora en el lugar; ve rezar a su madre, salir de la escuela a sus amigos, retozar el rebaño en los argomales, y los ojos se le arrasan; oye llorar a sus hermanos pequeñuelos, ladrar al perro favorito, tocar la oración; mira pasearse por el camino real al cura y al indiano, y vuelve a sentir confianza y fortaleza, imaginando de nuevo que todo está hecho: pasadas las amarguras, vencidos los obstáculos, y que el indiano a quien el cura no tutea y el maestro acata, es él mismo, señor ya de casa y de caudal. Y torna a aparecérsele la visión tentadora e irresistible, colmada de atractivos, limpia de las tristes compensaciones que su madre veía, y de otras que a su madre se le ocultaban; no ve, imposible que lo viera, no ve que llegado a tan excelso apogeo de fortuna, ha de echar menos los pocos años, la robusta fibra y cálida y pura sangre de que ahora goza; no ve una sola de las inquietudes que a la fortuna acompañan, ni oye el triste e importuno son de los pedigüeños y quejosos que han de rodearle. Porque es de ley que el indiano, si sudó, si padeció solo y sin amparo de nadie para juntar su fortuna, ésta pertenece a su familia; y familia de indiano, y de indiano rico, crece y se dilata fuera de toda proporción; los vecinos resultan parientes, los afines consanguíneos, y no hay en el lugar voto, calamidad, vocación religiosa o precocidad notable, a cuyo gasto, remedio, dote y estudios no haya de contribuir forzosamente el indiano. Conviene en ello al principio, por ostentación y porque no le hace mal esto de parecer a guisa de señor antiguo, patriarca y sombra de la aldea; mas luego se cansa, y entonces oye zumbar en el aire, o se los traen lenguas oficiosas, los vengativos epítetos: «lacerioso, descastado, mala sangre, cicatero y sin entrañas».

- III -

Agua y sol.-La Leyenda.-Los Velascos

En tanto seguimos nuestra jornada, el coche pasa junto a una ermita de la Virgen, y desemboca en la cumbre de un cerro que domina la bahía de Santoña. ¡Espléndido panorama! ¡Qué contraste de luces y colores!

¡Qué riqueza de vida y de carácter imprimen al paisaje esas entradas que el mar hace en las tierras, rodeándose de sus verdores, dando limpio espejo a sus montes y a sus edificios, ensanchándose a tenderse en sus honduras y esteros, alargando un brazo a tomar el caudal que fluye de las montañas, y enviándoselo con el otro al ancho Océano, como ser pródigo que guardar no

sabe, y para quien no fuera deleite recibir, si consigo no trajera el deleite mayor de dar!

El sol reverberaba sobre la inmensa sábana de agua, esmaltando su azul sombrío, hiriendo los ojos con el vivo centelleo de la marejada. Al NO. se alzaba el monte de Santoña, gigantesca ciudadela, cuyos verdes terraplenes y escarpes de roca viva erizan faros, garitas, reductos, almacenes y baterías: enfrente, y al pie de un cueto cónico coronado de ruinas, destacaba sus tostadas paredes el convento de San Sebastián de Anó, fundación de los Guevaras, sepultura de la madre de don Juan de Austria; mírase en las aguas, por cima de una valla de espinos y laureles, y detrás de sí tiene un vasto paisaje, manchado de colores, los pueblos derramados de Adal, Cicero, Bárcena. Marcando sus términos la curva ría de Marrón, ondea subiendo hacia Mediodía a regar las muertas cepas del viñedo en Colindres y Limpias. Los montes, soberana corona del paisaje, rodean la escena; los montes de cumbres sin número y sin nombre, inmobles, insensibles a los halagos de la noche que los acaricia con el beso y frescura de las nieblas, como a la gentileza del sol que los liberta de la molesta caricia.

Arrimados a los muelles de Santoña negreaban los cascos humildes de algunos caboteros, y alguna vela menuda, como pluma caída del pecho de una gaviota herida, corría la bahía empujada por el viento.

Huérfano parecía aquel mar sin escuadras, plaza de ciudad sin gente, monasterio sin monjes, taller sin obreros, colmena sin enjambres.

Mas si no a los ojos del rostro, ¿por qué no hacerlas desfilar a los de la imaginación? ¿Por qué no pedir a la leyenda lo que la realidad niega? La leyenda es de invención humana, creación de poesía con que la poesía sirve a intereses y pasiones; mas como participante de la poética esencia y sus virtudes, adóptanla los hombres, y por su poética hermosura la guardan, cuando ya la ocasión de su nacimiento es remota, y de ella ni vive raíz ni quedó recuerdo. La leyenda, como el agua, ha de tornarse cuanto más cercana al manantial, no cuando al cabo de largo y bullicioso curso han sido alteradas su limpieza y claridad prístinas.

Trabajada del mar y de los vientos entraba una flota en la bahía. Mas quebrantado por las olas el bajel que hacía cabeza, enarbolando el haron o fanal, gula de sus compañeros, íbase a pique, cuando venturosamente llegó a tocar las arenas de la playa: ¡salve!, exclamaron sus tripulantes en la lengua en que habían aprendido a orar y dirigirse al cielo, y para encontrar luego el paraje de su salvamento les sirvió el grito de su ansia y de su alegría. Y Salve se llama al cabo de largas edades el arenal todavía.

En tanto en la opuesta orilla tomaban tierra marineros y soldados; fatigados de larga navegación, en cuyos azares habían temido perecer, perdida toda esperanza de éxito y de fortuna, sintiéronse movidos del religioso fervor que en todo corazón enciende un riesgo desvanecido, una esperanza nueva, y saludaron la costa hospitalaria con devota invocación a la Virgen, y a los

bienaventurados cuya tutela reconocían, y a cuantas sagradas memorias ¡sancta omnia! eran base y alimento de su fe reciente, juvenil y robusta.

Eran los navegantes de la gente goda establecida en las distintas costas de Escandinavia; venían en auxilio de su raza, cuya raíz a duras penas agarraba en el suelo español, sacudida por guerras y discordias, y remontando el río, mientras lo consentían la altura de las aguas, desembarcaron dispuestos a subir los valles de Ruesga, Mena y de Carranza, para llegar a Castilla. El alto de Seña, encima de Colindres, conserva memoria del primer campamento de la hueste, y sitio donde plantó su tienda y su bandera el caudillo que la guiaba, así como muy lejos ya, en los confines castellanos, el paso de Lanzas agudas recuerda la cercanía de países enemigos o sospechosos, y la necesaria cautela de prevenir armas y acicalar su filo mellado en los primeros combates.

En tanto, el jefe del bajel piloto, se detenía en la orilla izquierda del Ason, para fundar un solar, estirpe de linaje destinado a ser uno de los primeros y más ilustres de la monarquía castellana. Cerca del pueblo de Carasa permanece aún la casa de Velasco, con el nombre del oficio que su fundador tenía a bordo de la flota goda (velasco, hombre del haron o faro); de aquel origen primero, trocado el nombre común en apellido, salieron vástagos distintos a poblar la aldea que se llamó Vijueces, de los famosos que rigieron a Burgos (Lain Calvo y Nuño Rasura), y las villas de Medina y de Briviesca, donde debía empezar su elevación, singularizándose más por artes políticas que militares, ciñéndose la corona condal de Haro, rival de regias diademas, esmaltada de feudos y señoríos, vinculando en sí la más alta dignidad palatina, la Condestablía de Castilla.

No degeneraba de tan soberbio espíritu la semilla que dejaron en la humilde orilla del río cántabro. Allí nació y dominaba aquella descendiente suya, Doña Velasquita, que rodeaba su escudo con franca y ostentosa divisa: Cuanto ves de río a río, todo es mío.

Así el misterio de los orígenes ha sido siempre incentivo y acicate, de la insaciable curiosidad del hombre. Hoy se emplea en investigar el suyo propio; hablarle de orígenes de apellidos, fabulosos o históricos, es suscitar su impaciencia, provocar su desdén, despertar su sarcasmo. ¿Quién sabe si años andando no aguarda la misma acogida de parte de los espíritus investigadores de entonces, a los sistemas e hipótesis en que apura su ingenio para explicar su progreso y aparición primera sobre el globo?

- IV -
Una entrada de enemigos

Lejana de sus épicos orígenes, quebrantada en su poder, y harto menguada en glorias y en fortuna, andaba la nación española, cuando con más certidumbre suena en su historia el nombre de la bahía de Santoña.

A su boca amanecía el día 13 de Agosto de 1639 una escuadra de setenta velas, en cuyos topes flameaba el pabellón blanco y las lises de oro de la Casa Real de Francia, trayendo por general al célebre arzobispo de Burdeos Henry d'Escoubleau de Sourdis. Venía esta fuerza contra dos galeones fondeados en la ría de Colindres, al amparo de algunos cañones asestados en tierra, y cuya presa no podía estorbar la plaza de Laredo, a pesar de sus baterías altas y bajas y su guarnición de 2.000 hombres.

Seis mil puso en tierra al siguiente día el francés, y los hizo marchar al asalto de la villa. La defensa fué floja; retiráronse los españoles a las alturas vecinas, más aterrados, sin duda, del aparato y fuerza del enemigo, que lastimados por sus armas. Don Juan Rejón de Silva que los gobernaba, se prometía al decir de los prisioneros, haber hecho más firme y honrada resistencia; prevenido a menos desigual batalla, o distante de temer tan grueso golpe de enemigos. Pero a bordo de las naves francesas navegaban ayudando al valor y al ansia de combate, órdenes precisas del omnipotente Richelieu, para intentar un golpe sobre la armada o las costas españolas; nadie de cuantos le servían acostumbraba soñar en torcer o resistir su voluntad, y el prelado encargado de ejecutarla tenía, además, para ser ciego y ejecutivo instrumento, el deseo de recobrar un favor que le desamparaba, restableciendo su nombre militar comprometido por esquiveces de la fortuna.

El año anterior habían salido con escasa gloria del asedio de Fuenterrabía, los franceses, obligados por un socorro de españoles a levantarle y descercar la plaza; mas durante aquella facción famosa, el arzobispo encargado del bloqueo marítimo de la embocadura del Bidasoa, había tenido ocasión de acorralar sobre la costa de Guetaria una división española, y abrasarla con brulotes sin recibir daño alguno.

En esta carnicería perecieron, según los partes del vencedor, tres mil soldados de los tercios viejos de Flandes, sin dejarle más trofeo que los tizones del incendio de sus buques apagándose en las olas, pues los más valerosos de aquella milicia sin par, «perecían», dice el padre Fournier, capellán de la armada y testigo de vista, «envolviéndose a guisa de mortaja en sus banderas». (A 22 de Agosto de 1638).

Ni este triunfo ni el recuerdo de otros anteriores estorbaron que surgiesen causas de tibieza entre el cardenal y el arzobispo, quejoso aquél de la condición dificultosa de éste, y respondió a sus exigencias con instrucciones terminantes sobre su proceder ulterior.

Así puesta a punto la armada, corrió a retar los buques refugiados en la Coruña, que no salieron a la mar; pasó frente a Santander, sin amagarla, temeroso de inútiles sacrificios o de un descalabro, y vino despechado a caer con todo el poder de sus navíos sobre Laredo.

Saqueada la villa, desmantelada su fortificación, y embarcada la artillería, organizó una división ligera de fragatas, brulotes y embarcaciones menores que, auxiliada de la marea, embistió a rendir los galeones; defendiéronse éstos, matando dos capitanes de brulotes enemigos, hiriendo de un mosquetazo en la mandíbula al valeroso Duquesne, mozo entonces, mas ya señalado y destinado a gloriosa nombradía; mas acosadas de cerca sus tripulaciones, los desampararon después de darles fuego: lograron los franceses apagarle en el más cercano; el otro fué consumido por las llamas.

En tanto la infantería desembarcada se hacía dueña de la península de Santoña, cuya población y fortaleza sufrían suerte igual que las de Laredo.

De pingüe califican autores franceses el botín ganado en aquella empresa. Su trofeo militar fueron la bandera del galeón preso y ciento cincuenta cañones de calibres diversos: haciendo alarde de humildad, el arzobispo pidió al rey uno de ellos, maltratado y roto, para emplearle en refundir y robustecer una de las campanas de su metropolitana, y tan exigua merced otorgada única y sin dilación, parece sangriento epigrama de las hazañas que premiaba.

En poco estuvo que el prelado hallase en nuestras costas enemigo de su mismo estado y jerarquía. Algunos años antes habla gobernado en ellas las armas de Castilla, entendiendo en aprestos y otras funciones militares, el arzobispo de Burgos, don Fernando de Acevedo. Hay cartas del arzobispo español que atestiguan su celo en servicio del rey y de la patria; mas no consta que tomase parte en ocasiones de sangre, como lo hizo el impetuoso francés. Amansada la fiereza de los siglos medios, ya cada iglesia reclamaba y absorbía la presencia y cuidados de su pastor; usurpábaselos a menudo todavía la corte, mas no ya el campamento; y cuando el rey de Francia, Luis XIII, o más bien su poderoso e incontrastable ministro, solicitaban de Urbano VIII licencias para otra cosa en favor der general-arzobispo, concediósela el ilustrado y piadoso pontífice para ausentarse de su metrópoli; mas se excusaba de extender la dispensa á sævis, de que tan forzosamente había de necesitar en el ejercicio sangriento de su nueva profesión.

Más adelante, la ciudad de Burdeos tuvo licencia de recibir con pompa y conducir a su catedral las banderas enemigas que le regalaba el arzobispo, quien vió consumarse su desgracia en julio de 1641, batido por los españoles delante de Tarragona, cuyo puerto bloqueaba; después de cuyo desastre, y a pesar de la muerte de Richelieu, ocurrida en 1642, ya no tuvo mando militar alguno. Vivió hasta 1645 este pertinaz lidiador, que había constantemente empleado su marcial vocación desde temprano en hacer daño a los españoles, como si previese que de los españoles habla de resultar la ruina de sus ambiciones belicosas.

- V -

El Chacolí.-La bien-aparecida.-Giles y negretes

Si ahora subiéramos río arriba, o por el río o por la carretera, desde el frente de este barrio de la Angustina, donde está el primer solar de los Velascos, llegaríamos a Limpias, famosa un tiempo por sus vinos, que, a semejanza de los de Sicilia y Chipre, nacen a inmediación del agua salada, pero que, faltos al germinar del ardoroso sol cipriota que dora y sazona la uva, del suelo volcánico de Trinacria, que inflama y purifica la savia vital de los sarmientos, no se parecen a los vinos meridionales, ni en calificado sabor, ni en áureo matiz, ni en balsámico aroma. Aún, sin embargo, contienen el germen jovial y bullicioso propio del fruto de la vid; aún sirven para ahuyentar cuidados y olvidar penas. No hace muchos años que en toda la comarca montañesa daban su nombre chacolí, no sólo a la tienda y lugar donde se vendía, sino a todo paraje de huelga, baile y bureo. Ir al chacolí valía tanto como ir de fiesta y banquete rústico, aunque el chacolí no existiera ni hiciese acto de presencia, destronado por licor menos castizo, pero más suculento. La peste yermó los viñedos de Limpias, y es fama que no se han recobrado de su ruina.

A la otra parte del río yergue su cumbre el monte Candiano, a sus pies Marrón sobre un recodo violento del cauce. Las anclas que Marrón fundía para los gloriosos y soberbios navíos de Trafalgar, se enmohecen hoy en el pasivo y obscuro empleo de bolisar la costa.

Luego se engarganta el paso, sobreviene la hoz y sus fraguras, entre las cuales tiene su santuario Nuestra Señora de la Bien-Aparecida.

Aquí reside la fe de toda Trasmiera y no poca parte de los territorios encartados: no con mayor devoción invocan a su Madre del Pilar los fuertes aragoneses, ni con más vivo afecto del ánimo la ofrecen culto y preces. Y cuando llega su fiesta en los hermosos días de Septiembre, los contornos se pueblan de peregrinos y romeros, que vienen a implorar favores o a agradecer los recibidos.

Una ermita de San Marcos existía en el mismo lugar cuando apareció la imagen de la Virgen que hoy se venera. En los primeros años del siglo XVII (1605), ocurrió el suceso: a fines del mismo un rayo desbarató el santuario erigido por la devoción; en la inmediata centuria se pusieron manos a su reedificación, completada en 1739. En los principios y fundamentos de ésta, como en los de toda fábrica piadosa, hace señalado papel un hombre de rara constancia y singular desprendimiento; un hombre que sufre pacientemente proceso y cárcel, porque sus bienes no alcanzaban a suplir la garantía de los caudales tomados en anticipo para la obra; que pasa una y otra vez la mar, y acepta en tierra de Indias el penoso oficio de mendigar, de estrellarse contra la común indiferencia, contra el desvío y la desconfianza; de sufrir probablemente escarnios y palabras duras, nunca escasas para quien se da a granjear dineros destinados a fábricas devotas.

Más apartado y breñoso está el barrio de Bosquemado. En él o en sus cercanías hubo una fortaleza (San Mateo) donde, según la vieja crónica de su nombre, vino a criarse uno de los mayores héroes de Castilla, el valeroso conde Fernán González. Entregáronselo sus padres a don Martín González, caballero anciano, solariego probablemente de esta tierra, por más que la crónica le nombre únicamente con su patronímico y sin el apellido del solar. Cuidóle con celo y con fortuna, si a tan tempranos principios debió el fortísimo soldado algo de las virtudes que ennoblecieron su gloriosa vida; y ya criado, vinieron a Marrón los caballeros y ricos-hombres de Castilla a recogerlo y llevárselo a sus padres, que residían en Burgos.

«Ovieron su consejo -dice la crónica de Arlanza en el tercer capítulo de su libro tercero- los ricos hombres y cavalleros de castilla de alçar por conde y su señor a don fernan gonçalez | fijo tercero del muy Ilustre cavallero conde don gonçalo nuñes et de doña ximena fernandes munia donna fija de nuño fernandez | fijo del rey don hordoño el primero y hermano del rey don alfonso el magno et de don vermudo y de don fruela infantes. Despues de haber sido su padre don gonçalo nuñes e sus fijos y hermanos de este conde mayores fallescidos et con acuerdo de otro su hermano deste conde fernan gonçales llamado don g.º telis y su muger doña flamula et su fijo don ramiro fueron todos los condes y cavalleros de castilla por este conde fernan gonçales á la montaña | el qual asi por las grandes guerras y conquystas que los cristianos con los moros avian como porque la gente era muy esforçada y leal y de muy alta sangre | et comunmente dada mas a virtud y preciarse mas del vien que nynguna otra gente de españa | el «conde don gonçalo nuñes dioles y entergoles a este su fijo fernan gonçales para que le creasen y guardasen y serbiesen como a su persona mesma | Et los montañeses mucho mejor lo fasian cada día ca mucho les agradava el donayre y gesto y fermosura de este nyño ferran gonçales | et parescia en todo un espejo lleno de honestidad | E todos los cavalleros unanymes fueron cerca del lugar de s. mateo en la montaña a do fuera criado y dado a criar a un cavallero ya anciano bueno y de muy esclarecido linaje por nombre don martin gongales muy sesudo que ya por la gran antiguydad no podía usar de pleyto de armas | de cuyo linaje venieron unos que despues fueron nombrados los serranos | por ellos aver ganado un castillo muy fuerte halla cabo la tierra de viscaya puesto en una alta sierra | do fueron dichos serranos | y despues que mudado su nombre mudando ellos su avitacion desamparando el tal castillo que de los infieles avian ganado | y fueron renombrados los salasares que hoy en día son en españa | et como este martin gonçales era de muy buenas mañas ensenaba al conde todas las buenas costumbres | et aquello que le complia facer para tal hombre como el era y el estado en que avia de ser | et el nyño como venia de buena semyente hasia y alabança de Dios acrescentaba fruto ciento al doble | tanto que muchas veces desia aql. cavallero martin gonçales a los otros cavalleros y condes de castilla | que si aqueste nyño visquya | que avia de ser lus y espejo de españa | segun lo

que avnque pequeño en él parescia | e venieron todos ally a marron(35) y traxieronle a vurgos | y enviaron sus cartas a toda castilla | que asi condes como cavalleros y ricos hombres y los procuradores y retores de qualquier lugar viniesen todos a vurgos dentro de ocho días por prober en aquello que era de necesidad».

Por tardos y lentos que los ojos y el pensamiento sean, son harto más veloces que el más ligero pie. Mientras aquéllos cruzaban el río metiéndose por sierras y boscajes, éste, forzado a seguir la carretera, no pasó de Ampuero.

¡Qué de tiempo hace que yo pasé por Ampuero al caer de una tarde de verano! Me acuerdo del sosegado ambiente que se respiraba, de la luz mortecina del cielo, de los diáfanos vellones que se agarraban a los montes circunvecinos, de la fisonomía callada y pacífica del lugar, donde no sobresalía otro ruido desapacible y agrio, más que el repetido martillar de un mozo de herrador, que caballero en su banco enderezaba clavos encima de la bigornia. Los vecinos se agrupaban para la tertulia del anochecer, y las mozas salían a la fuente por el agua del chocolate algunas, por el agua de la cena las más.

Sin embargo, este lugar tranquilo, esta villa mansa y silenciosa, dió cuna y principio en tiempos desconocidos a los dos terribles batidos que por espacio de siglos ensangrentaron y mantuvieron dividida y en armas la tierra de Peñas-al-mar, entre el Pas y el Agüera. Originároнse de odios entre dos familias poderosas por el número y la energía de sus parientes, cuyos apellidos sirvieron para designarlos, llamándose Giles y Negretes. Cuando aparecen sus proezas en los anales escritos, ambos apellidos han desaparecido y no suenan entre los resueltos mantenedores y capitanes de los bandos, que se llaman entonces Agüeros y Alvarados; pero la bandería conserva su título, y lo conserva, como adelante veremos, hasta los tiempos de la dominación austríaca, hasta más de mediado el siglo XVI, época en que no consintiendo la mejor policía del Estado y el progreso de las costumbres campañas particulares a campo raso y por armas, continuaban su rivalidad ambas facciones, disputándose en las villas y lugares el prestigio de la autoridad moral y las varas del regimiento.

La dureza de alma de aquellas generaciones asombra. Convierte la historia de la comarca en una serie de violencias sin cuento, celadas, asaltos, desafíos y batallas campales en que lo más florido y brioso de su juventud perece. Los linajes se arman haciendo leva de vasallos, se arriman a un bando o se apartan de él a impulso de la ciega pasión de un momento; hoy acompañan a los Giles, mañana riñen contra ellos en la hueste de los Negretes; sin previa declaración de guerra se encuentran en un camino dos cabalgadas de bandera contraria, y traban batalla para satisfacción insana de su odio, por hambre de reñir, y riñen hasta retirarse cansados, «fartos de pelea», que dice Lope García, sin haber vencedores ni vencidos.

Y en está pavorosa guerra de vecino a vecino, despliegan asombrosas cualidades de astucia y de valor. El ofensor de un hidalgo no tiene en semejantes tiempos lugar seguro; la ira no se cansa de espiar, aguarda la

ocasión, y usa de ella sin duelo y con presteza; el hogar es a veces campo de batalla, el tálamo patíbulo de afrentosas mutilaciones; el ofendido, acompañado o solo, según cuadra mejor a la seguridad de su venganza, acecha en todas partes, en el camino de una romería, en las puertas de un monasterio, al pasar del vado, en la espesura del monte, a sombra de una tapia, en las tinieblas, al medio día, al yantar, al dormir, al armarse, al cabalgar, al pararse arredrado por un rumor extraño, al arremeter para salvar la trocha o el desfiladero.

La tierra les ayuda: sombría, quebrada, rica en hoces y angosturas propicias a la emboscada, rica en saltos de agua cuyo estruendo ahoga y sume el grito de la víctima, en remansos profundos que guardan irrevocablemente su cadáver, en alturas donde apostar un centinela, en troncos donde poner una señal, en grutas donde esconder un aviso.

Y si antes de la ocasión, la suerte pone al alcance de su brazo un deudo, padre, hijo o hermano de su enemigo, no vacila en herir. Y según le cuadra mejor usa de sus armas, de la lanza con que pelea a caballo, de la espada que esgrime a pie, del puñal con que se autoriza en estrados y ceremonias, del cañivete con que desuella el gamo en el monte, y parte el pernil del jabalí sobre su mesa. De esta manera se perpetúa y eterniza la deuda de sangre entre las familias; el duelo constante entre razas que las cercena y extermina a veces; duelo no exento de cierta altiva generosidad, porque en él se disputa la vida, la vida sola, no los bienes, no el caudal, no la autoridad ni el puesto.

Mal sueño dormirían las damas montañesas; mal reposo tendrían cuando, ausente del solar su esposo o hijo, padre o hermano, no podían fiar la seguridad de su regreso ni en el valor personal, ni en la compañía armada, ni aun en la circunstancia rara de permanecer extraño a discordias y batidos; porque ¿quién estaba exento de asechanza y golpe, por pariente, o amigo, o allegado de cualquiera de los metidos en aquel permanente batallar?

El claro de luna que puestas en el alféizar de su ventana les sonreía, tal vez alumbraba el tiro certero de una ballesta asestada al pecho del caballero; el silencio aromoso de la noche tal vez ayudaba a seguirle los pasos hasta el paraje seguro y cómodo para el homicidio; el rumor que el viento levantaba en las hojas espesas de los castaños, tal vez encubría un grito lejano, que oído de la casa-fuerte le hubiera llevado oportuno y salvador auxilio.

Habríalas, sin duda, entre ellas de varonil corazón, templado al calor de los duros tiempos en que nacieron; pero en su mayor número vivían con la zozobra en el pecho, el llanto en los ojos y el nombre de Dios en los labios; de otra suerte hubiéranse desnaturalizado y no fuera humana descendencia la perpetuada por hembras a quienes el rigor y destemplanza de las costumbres hubiesen robado las augustas calidades de la maternidad humana, piedad, compasión y ternura.

Fué historiador de aquellos lamentables días y sucesos un personaje abonadísimo para pintarlos con fiel colorido. No era de la tierra, pero sí vecino, y en la suya y con los apellidos de Oñez y Gamboa, anda han los bandos no menos encarnizados y divididos. Diez y seis años tenía cuando ya entraba en

campo con sus parientes a sostener un desafío enviado a su padre por los banderizos contrarios; luego peleaba contra infieles y en Castilla, en cuyas guerras vela perecer al segundogénito de sus varones; al mayor se lo mataban después en un encuentro de partidarios, y el tercero, descaminado por la codicia de suceder en el mayorazgo con perjuicio de los hijos de sus hermanos primogénitos, encerraba a su padre ya septuagenario en la torre del propio solar, y con tal violencia consumaba la usurpación.

Había probado, pues, de cuantos rigores y pesares traía consigo el estado febril y desasosegado de los pueblos; puesto mano en los negocios comunes; visto de cerca los hombres y las cosas, y podía maduramente juzgar a sus contemporáneos, entrando en las causas recónditas de sus hechos.

Los ocios de la larga prisión que padecía «temeroso de mal vevedizo, e desafuciado de la esperanza de los que son cativos en tierra de moros, que esperan salir por redención de sus bienes o por limosnas de buenas gentes» -como él mismo dice-, aficiones añejas a leer y escribir de historia, que desde sus mocedades le acompañaron(38), el caudal erudito que poseía, el interés de los sucesos en que fué actor o testigo, el amor al suelo, la ley al linaje, el espíritu de perpetuidad y conservación de todo lo ganado y poseído, que caracteriza las razas montañesas, moviéronle a componer una obra, extraño conjunto de verdad y fábula, y cuyo «nombre derecho», según sus propias palabras, debe ser: «Libro de las buenas andanças e fortunas, que fijo Lope García de Salazar, en XXV libros con sus capítulos é sus tablas en cada uno sobre si de letra colorada.»

Tal fué Lope García de Salazar, señor de las casas de Salazar, de San Martín de Somorrostro, Muñatones, Nograro, la Sierra y otras, merino mayor de Castro-Urdiales, que había nacido en 1399, en aquella torre de Somorrostro, donde padeció cárcel; en aquel lugar al cual tanto amaba que legó a su iglesia el libro curioso resumen de su vida, y que venía de varón en varón de aquel ilustre prestamero mayor de Vizcaya, Lope García de Salazar el viejo, invierto en la cerca de Algeciras (año de 1344) después de vivir más de cien años, dejando la prodigiosa descendencia de ciento veintitantos hijos legítimos o espúreos. Cierto que su rebiznieto contaba ochenta y cinco hijos y nietos de ambos sexos y de una y otra procedencia, y que con tan extraordinaria extensión de su ilustre apellido, había dado lugar a que lo usasen hijos de padres desconocidos, y a un malicioso dicho popular en Vizcaya: Quien nombre no tiene, el de Salazar se pone.

De sus veinticinco libros, los veinte primeros forman una crónica dispuesta a imitación de la general de España, ordenada por el rey sabio, y en ellos se comprende el Génesis, con los anales más o menos fabulosos de los pueblos antiguos de Oriente y Occidente, y la historia de los reinos castellanos hasta los días del autor. Ya en el vigésimo se limita a Vizcaya, su tierra nativa, y en los siguientes describe los títulos, linajes, entronques y descendencias de las familias hidalgas de Bayona a Bayona, y cuenta minuciosamente sus divisiones

y discordias, sus batallas y atropellos. Esta es su parte más interesante, la que anda copiada en archivos y manos de particulares, porque el libro de Lope García, aunque sea mengua y descrédito de cuantos te deben obligaciones, aun no ha visto la luz de la prensa.

Más ancho teatro, transcendencia mayor, otra raíz, otros elementos, más numerosas huestes, y más numerosos analistas por consecuencia, han tenido otras luchas internas, nefandas, entre hijos del mismo suelo, de la misma lengua, de la misma estirpe, que vinieron a reñir en estos parajes sus postreras lides.

Carretera adelante, río arriba, más allá de Gibaja, donde parte a la izquierda el camino a los baños de Molinar de Carranza, está Ramales.

Todos os acordáis de Ramales, ¿no es cierto? Digo todos los nacidos en la triste era de la civil discordia que dentro de esta provincia de Cantabria marcó en dos parajes diversos su siniestra aurora y su sangriento ocaso, en Vargas y en Ramales.

En 1839, en los primeros días de Mayo, días de ordinario claros, gracias a los aires que soplan de Oriente, las gentes subían a los altos de las cercanías de Santander a oir el cañón que tronaba en Ramales. A despecho de la distancia y a favor de la sonora concavidad de los montes, el ronco estampido llegaba, más claro o más débil, prolongado o seco, según la hora, el calibre de la pieza y el punto donde disparaba. En aquellas asperezas se daba una batalla de días, complicada y difícil, batalla y asedio a la vez; combates de artillería y combates de arma blanca; batalla reñida, reñidísima, como qué la sostenían por una y otra parte soldados curtidos y amaestrados en largas campañas sostenidas durante seis dolorosos años, al rigor de todas las penalidades del suelo, de todas las inclemencias del cielo; habíanse buscado y batido en todas las comarcas españolas, llanas y fragosas; las aguas del Arga y del Cinca, del Turia y del Duero habíanles refrescado las gargantas, secas con el polvo de las batallas; habían caminado, sufrido, acampado, vivido en hambre y en miseria, en desnudez y en peste, con la mano puesta siempre en la garganta del fusil y la vista en la posición enemiga; la victoria indecisa había vacilado entre ambas huestes; unos habían escrito en sus pechos y en sus banderas los nombres de Mendigorria, Gra, Chiva y Luchana, otros los de Alsasua, Oriamendi, Barbastro y Maella. Flor de valientes que sobrevive a las dilatadas contiendas, respetada por la muerte, superior a toda flaqueza, extraña a todo temor, cuyo ambiente propio parece el ambiente cálido de la pelea, y que es vanidad y legítimo orgullo de la nación que en sus armas fía y reposa.

¡Qué proporciones épicas toma la guerra en la mente del niño, en la mente del pueblo! ¡Cuán fácilmente nace en ella la leyenda y da forma sublime a las manifestaciones del esfuerzo, de la generosidad, de la virtud humana! Lo que oímos contar entonces no se nos ha olvidado; los nombres de los lugares, la peña del Moro, las sierras de Ubal; los episodios de la lucha, una cueva defendida por un cañón, a cuya boca van cayendo cuantos bravos se atreven a

probar el paso; un coronel que toma de manos de un oficial muerto la bandera de su regimiento, que ha costado la vida a otros oficiales; los nombres de los cuerpos, la Guardia, Luchana, los Húsares, los Guías... y así en una mezcla confusa de paisaje, fuego, matanza, uniformes, hombres y caballos, se nos pintaba entonces la célebre jornada; así la veía yo años más tarde visitando su teatro.

Dos antiguas casas solariegas, la de los Alvarados y la de los Orenses, a uno y otro lado del camino, no paralelas, sino edificadas en ángulo recto, habían sido el centro de la fortaleza carlista. Y a pesar de los trece o catorce años transcurridos, diríase que sitiados y sitiadores acababan de ausentarse después de enterrar sus muertos y recoger sus heridos. El asperón de los muros ennegrecido y quebrantado, el recinto de ambos edificios a cielo abierto, colmado el suelo de escombros, un sillar movido de su asiento por el golpe diagonal de una bala, astillas y cascos, rastros de incendio y de matanza, y en el contorno marcada la huella del foso, la cresta de la empalizada que ensangrentó el asalto.

Al Nordeste y un poco apartado del camino, el cerro de Guardamino, la ciudadela de las posiciones, la última escena del combate, la capitulación y victoria definitiva; mas aquí las cañas hojosas y frescas del maíz, el heno crecido, setos vivos de zarzas y saúcos por donde trepaban lúpulos y yedras, habían disfrazado el suelo y hecho desaparecer toda señal, si alguna había, de las obras del zapador y del artillero. Y en las cercanías, ni un pastor, ni un aldeano que recordase la batalla y quisiera narrarla, ni un soldado viejo que hubiera asistido a ella. El hombre rudo, cuya vida corre en solitaria y constante presencia de la vasta naturaleza, en continuada porfía con ella, campesino o marinero, olvida fácilmente esas glorias, que son para el hombre culto, criado en holgada vida urbana, objeto preferente de estudio y perenne recuerdo.

Laredo

- I -

Antaño.-Memorias imperiales.-La reina loca

«Aunque el mío es de los Cachopines de Laredo, no le osare yo poner con el del Toboso de la Mancha», dice Vivaldo a Don Quijote, encareciendo su propio linaje, y encareciendo más el de Dulcinea con no atreverse a establecer comparación entre ambos. Sin duda, Vivaldo, que era agudo, participaba de la doctrina del caballero sobre la odiosidad de toda comparación de linaje a linaje, o de ingenio a ingenio; pero sobre agudo era cortés, y se complacía en lisonjear la manía de su interlocutor, cuya dolencia de meollo había penetrado.

Fuera cierto el dicho, fuera supuesto con propósito de halagar a Don Quijote, prueba la opinión de que esta tierra gozaba en punto a cosas de alcuña y abolengo. Y no cabe pensar que el caminante hablase en son de burla, pues si

lego en letras humanas el sencillo y valeroso hidalgo, podía tomar como lumbreras y pozos de sabiduría a doctores graduados por Osuna o por Sigüenza, no era fácil engañarle tratándose de genealogías y prosapias, en cuyo conocimiento era consumado y había gastado inocentemente su tiempo, su caudal y su razón.

Es que en los días en que Don Quijote extendía el glorioso ruido de sus aventuras por los cuatro rumbos del horizonte español, Laredo era cabeza de este territorio de la montaña, como lo fué hasta siglos después mientras se llamó el territorio Bastón de Laredo, porque en la villa residía la autoridad superior que lo gobernaba, como lo ha sido parcialmente hasta nuestros días, dando su nombre al regimiento de milicias con que la provincia servía al rey.

Además, en el siglo XVI, era Laredo, como lo había sido en el siglo anterior, puerto militar de Castilla y puerto de embarque de sus reyes y príncipes, y eran familiares a la corte y a los cortesanos, a jefes y oficiales de los ejércitos de mar y tierra, tanto como la situación y medios de la villa, el genio y condición social de sus moradores.

Caída está Laredo desde los días en que los españoles insignes de nuestra grande Era, probaban embarcándose en sus aguas si su robusta cabeza resistía los vaivenes y tumbos de la mar, como había resistido los embates de la vida, la política y la guerra, capitanes de la vega de Granada, legisladores de Toro y de Segovia, primero, y más adelante soldados de Italia y Flandes, procuradores y magistrados de Valladolid y Burgos, prelados de Toledo y Sevilla, doctores de Alcalá y Salamanca, la gloria y el saber, el esfuerzo y la inteligencia, la gala y cortejo de sus monarcas poderosos.

Calda está Laredo, porque su antiguo auxiliar y amigo, el que la traía naves y viajeros, mercancías y caudales, el mar, la desdeña y la abandona y se convierte en su enemigo; porque no solamente no quiere ya arrimar a sus desmoronados muelles flotas de Indias o de Levante, sino que amaga estrellar contra sus escombros la pobre y atrevida lancha con que Laredo persigue al mar y le arranca precaria fortuna en vez de la fortuna desahogada que él pudiera traerle.

Desde la cumbre donde llegábamos, y desde la cual ha corrido la imaginación aventurera hasta los frescos valles de Soba y Ruesga, se domina la villa. Sus hondas calles, que trepan el cerro del Rastrillar arriba, parecen surcos abiertos en un pedregal por yunta torpemente guiada; otras, a manera de cauces agotados, bajan retorciéndose hacia la marina.

Como reliquias de buque derrotado y náufrago, yacen mal sepultados en las arenas, los muelles hollados por el gran Carlos V, y el sol enjuga y deja en playaz o los fondos en que aterró sus áncoras la animosa escuadra de las Cuatro Villas.

En dos zig-zags se descuelga el camino desde la altura y penetra en la villa. Detiénese el coche no lejos de la casa comunal, maciza fábrica levantada sobre toscos pilares; y mientras al otro lado de una empañada vidriera, dentro de un aposento ahumado y bajo, sus compañeros se sientan a una mesa fementida y

mal compuesta y peor condimentada, tiene lugar el curioso para visitar y correr la población y el puerto.

La iglesia de Santa María de la Asunción, donde subió a orar el emperador, desembarcado de su navegación postrera, guarece su ingreso lateral bajo un pórtico del renacimiento, levantado en aquellos mismos días como palio de piedra desplegado al umbral del templo, sobre la áurea diadema, tan grave en peso, tan subida en ley, tan briosamente llevada y tan noblemente depuesta.

Fué la primera iglesia española que pisaba después de apercibido su ánimo al sacrificio de las grandezas humanas; afinojado bajo aquellas anchas ojivas del siglo XIII, meditaba en el acto de desprendimiento, no imitado todavía por alguno de los dominadores de la tierra, y que le sublimaba sobre cuantos le antecedieron en el gobierno de pueblos; «pues quien llegó al superior grado entre los hombres», dice Saavedra Faxardo, «solamente humillándose puede crecer».

Limpias y aseadas las usadas losas del piso, bruñida del roce y del tiempo la madera de sus bancos, y abiertas de par en par las anchas hojas de su puerta, parecían aguardar el cortejo de alguna solemnidad piadosa o regia entrada; mas nadie penetró en el recinto; el sol únicamente entraba a pintar sobre el pavimento sus círculos luminosos, que ganaban lentamente altura y se colgaban del paño de los altares o subían por las labores del retablo.

Los templos henchidos de gente inspiran tierna devoción acaso, sacan las lágrimas a los ojos; en el templo desierto, es la devoción más austera, más honda; y si la ola del llanto se agita dentro de sus manantiales, no es para desbordar y salir fuera, mas para caer sobre el corazón.

El Dios misericordioso que venís a buscar está allí, sobre el ara, pero teméis despertar y traer con el ruido de vuestros pasos al Dios justiciero, de quien os receláis; lo mismo sentís fijos en vuestras entrañas los ojos de los bienaventurados, que pueblan nichos y altares, y os sondean el alma, que los de la yerta estatua sepulcral, a la cual la muerte ha dado algo de la adivinación suprema, y de la cual, como semejante vuestro, no esperáis compasión ni indulgencia. ¿Quién puede con ánimo sereno, y sin que su rostro palidezca o se ruborice, franquear a humanos ojos todos, sin excepción, los íntimos rincones de su cráneo y su pecho? La grave y temerosa impresión de la soledad en el templo, prevalece sobre la intensa y limpia luz meridiana, y la luz inundaba los ámbitos de Santa María de Laredo...

Cuentan que el emperador le dió los facistoles en que se cantan el Evangelio y la Epístola de la misa mayor. ¡Quién sabe si más de un joven levita ve surgir la augusta figura del donador entre las cláusulas del santo libro!

No la hay más completa acaso en la vasta galería de la historia entre los dominadores y caudillos de pueblos, y para los españoles supone una época de grandeza tal, que su contemplación abisma y su estudio dilata el corazón y lo conmueve con la agitación de las causas presentes y vivas.

Ya le encontraremos más adelante cuando pise tierra de España, con todas las esperanzas nacientes de los pocos años; ahora fuera ocasión de tristeza recordar la juventud pasada, los bríos perdidos, la vida que huyó; porque el emperador viene quebrantado, viejo, presa de la gota la mano de la lanza, presos de la gota los duros jarretes con que se agarraba a los lomos del más vicioso bruto y le rendía, marchito y seco el noble rostro, turbia la mirada, doblado el enhiesto cuello, enferma y empobrecida la naturaleza; pero entera y cabal el alma, abrigando todavía dentro de ella el mundo que ha regido, no extraño a ninguno de los grandes cuidados, de los altos pensamientos del imperio, y conservando harto calor en la sangre para no negarse absolutamente, llegada una ocasión de guerra, y tratado de reunir un ejército en el Pirineo de Navarra, a volver a saludar de nuevo, a inflamar con su presencia a sus veteranos del Elba y del Danubio.

La nave que le traía, Espíritu Santo(41), mandada por Antonio de Bertendona, apellido de marineros, notorio y repetido en nuestras crónicas navales, fondeó en Laredo el 28 de Septiembre: en una nave flamenca, Faucon, venían sus hermanas doña Leonor, reina de Francia, y doña María, reina de Hungría, las cuales no desembarcaron hasta el siguiente día.

Salíanle al encuentro memorias de su desventurada madre embarcada en Laredo para ser esposa del borgoñón Felipe. Hasta la lengua del agua vino la gloriosa Reina católica y despidió a su hija, a quien no había de tornar a ver sino llagada el alma, oscurecida la razón, inhábil ya para estimar y convertir en consuelo propio la antigua ternura de familia, y aquellos halagos dulcísimos a cuyo calor se había formado su condición amorosa y leal, causa de su desventura. Criada doña Juana en la corte de sus padres, crisol de virtudes domésticas, escuela de honestidad y de hidalga cortesía, sentía florecer dentro de su pecho risueñas y puras ilusiones, destinadas a morir marchitas por la experiencia inexorable de la vida. Creía en la constancia y duración del afecto, en su perfecto desinterés, acostumbrada a ver cómo los caballeros castellanos, entre las belicosas fatigas de la campaña y los rendidos obsequios de palacio, practicaban el culto de las damas, poética tradición de los días de Juan II, purificada y ennoblecida por la autoridad y alto espíritu de su generosa soberana.

Para su imaginación apasionada y viva, la razón de estado no excluía del techo conyugal la paz, la armonía y la ventura originadas de recíproco y sincero cariño, ni era el sacramento obstáculo a la vehemencia entrañable de un sentimiento arraigado y absoluto.

El príncipe, su dueño, traía harto diversa educación y principios; la casa de Borgoña, que ofrecía notables testimonios de valor, de ambición y de cultura, no se realzaba por su devoción ni por su austeridad de costumbres; dentro del mismo siglo (año de 1430) su jefe, Felipe el Bueno, erigía y perpetuaba, en símbolo de honor y de gloria, el recuerdo de uno de sus carnales extravíos, caballería singular cuya insignia apetecen y buscan altezas y majestades, y que

puesta en ciertos hombros acaso no se aparta de la dorada vergüenza de su origen.

El marido de la princesa española, mancebo sensual y veleidoso, estimaba y tenía por su mejor blasón una extremada belleza corporal, que particularizando su nombre en la jerarquía monárquica, había de ser fácil alimento del vicio, y presa temprana de la muerte.

Mientras vivió pudo doña Juana sentir, como intervalos de su fiebre abrasadora, cierta esperanza de alivio a su pena, alguna vaga vislumbre de mejores horas traídas por el remordimiento o el desengaño; mas ya extinguida la luz en las pupilas, cuya mirada sola pudiera hacerla olvidar su anterior desvío, apagada la voz en la garganta de donde debieran brotar las amantes frases tan largo tiempo soñadas, y nunca antes oídas, todo albor desapareció de aquella alma entenebrecida, cerrándose a toda claridad su mente. Los ayes secos, lúgubres de la insensata, penetraron las reglas paredes, y salieron a la calle donde fueron oídos por el pueblo; la realidad lamentable subió por encima de las cautelas cortesanas, y desvanecidas dudas y respetos pudieron aragoneses y castellanos con justicia apellidar a su reina «la Loca».

Triste destino, que recordado a vista del suntuoso mausoleo de Granada, hace pensar que en ninguna parte tendría expresiva significación como sobre el cuerpo de la heredera de los reyes católicos la sencilla fórmula sepulcral de los primeros cristianos: IN PACE.

Desde 1496 y su mes de Agosto, a 22, en que dió la vela de esta bahía para Flandes, infanta, doncella, fiada en el porvenir y anhelosa de domésticas venturas, hasta la primavera de 1504, en que de la misma playa partió de nuevo ya madre, sin que las maternas alegrías endulzasen su amargura, apellidada princesa heredera sin que el brillo cercano de la primera corona del orbe distrajera su doliente y constante pensamiento, habían corrido los años más bellos, los únicos felices, harto breves ¡ay! de su edad.

- II -

Un amigo.-El luto de las armas.-El puerto de refugio.-Santoña

Sobre la melancolía causada por padecimientos y memorias, pesaba en el ánimo imperial la melancolía del cielo opaco y lluvioso, pues al siguiente día de la llegada, cambió el tiempo y alborotóse la mar, tanto, que de las setenta velas que, según Sandoval, componían la escuadra, no pocas hubieron de refugiarse al puerto de Santander, imposibilitadas de tomar el de Laredo.

Pero sabido es que el cielo aprieta y no ahoga, y luego trajo remedio a la pesadumbre que el emperador sentía, a la inquietud que le apuraba por no haber hallado, al saltar en tierra, prontas a recibirle, las gentes que debieran estar oportunamente prevenidas.

Luis Quixada vino a encontrar a su amo y señor a Laredo; Luis Quixada, el amigo del alma, ese amigo único que tienen todos los buenos y nadie más que los buenos; el amigo de todos los momentos, de todas las ocasiones, de ánimo igual, de serena conciencia, de corazón ancho, capaz de toda indulgencia como de todo sacrificio; el amigo que compadece y no lisonjea, que censura y no lastima, que oye sin impaciencia, ruega sin halagos, aconseja sin hiel y sirve sin altanería. Pocas veces los poderosos logran esa merced insigne, esa lealtad ciega de un pecho noble, esa adhesión invariable de un carácter entero, dueño de su albedrío, dotado de luz e independencia suficientes para ver y juzgar; porque el ejercicio del poder, ¡miseria grande de la humanidad! o bien enflaquece y mata en el corazón humano la sinceridad y la confianza, o bien hace nacer en él la suspicacia y el desvío. Carlos V merecía favor de tanto precio, puesto que la Providencia se lo había concedido.

Quixada era ese amigo suyo, lengua franca, pensamientos honrados, mano leal, reserva impenetrable. En él había depositado el mayor secreto, el único de su vida, el nacimiento de Don Juan de Austria; en él habla fiado la educación del glorioso bastardo, cuyo origen había de bendecir y legitimar el cielo haciendo un día del príncipe el campeón victorioso de la religión y de la patria.

Así le vió llegar con alegría, así hubieron ambos larga y sazonada plática, que despejó el semblante cesáreo y ahuyentó sus nubes, y ya el emperador no se quejó de las molestias del mal y del camino. Quixada estaba cerca, oía las quejas y las consolaba, o ya ofreciendo y procurando el remedio, o ya encareciéndolas, que es uno de los medios humanos de aliviar el padecer donde no alcanza otro.

Martes 6 de Octubre, después de comer, que esto no lo descuidaba el augusto monarca, con frecuente dolor de su fiel amigo, a quien no se ocultaba que el buen apetito del emperador favorecía su dolencia, pusiéronse en camino para Castilla, siguiendo el valle del Ason, subiendo los puertos por Agüera y dirigiéndose desde Medina de Pomar a Burgos.

Otra princesa española, hija también de los Reyes Católicos, y no menos desgraciada que su hermana y madre de Carlos V, hablase hallado en Laredo por el mes de Septiembre de 1501: la infanta Catalina, llamada Catalina de Aragón por los ingleses, de cuyo célebre rey Enrique VIII fué esposa.

Hablase embarcado en la Coruña, en estación tan poco sospechosa como el mes de Agosto para rendir su viaje; y el mar, como un lebrel fiel e inteligente que adivinando instintivamente la cercanía de un riesgo, sale al encuentro de su dueño, y con halagos primero y con violencias después, le defiende el paso, el mar, hinchando sus olas y llamando de sus abismos boreales a los contrarios vientos, atajó el rumbo de la escuadra. Anclaron en Laredo, de donde hicieron rumbo de nuevo a 27 de Septiembre.

Nadie evita su destino, y era el de la infortunada princesa partir el lecho de aquel redomado hereje e insaciable sátiro, sufrir la afrenta del repudio, verse sucedida por una de sus damas, la no menos infortunada Ana de Boleyn o Ana Bolena, que dicen nuestros historiadores, y dar asunto a que el gran

Shakespeare pusiera con justicia en sus labios estas palabras: Thinking that we are a queen (or long have dreamed so), «pensaba ser reina, al menos largo tiempo lo he soñado.»

Y el alío de 1559, y en el mismo mes de Septiembre, que parece el señalado para las regias navegaciones, estaba en Laredo Felipe II, y desde allí escribía al cardenal Mendoza, obispo de Burgos, agradeciéndole su voluntad en ir a esperar a la raya de Francia para acompañar en su viaje a doña Isabel de Valois, destinada a esposa del monarca. Y también hubo tormenta y perecieron gentes y naves y objetos preciosos de arte que la escuadra traía.

Tan desiertas como debieron quedar a la salida del imperial cortejo, encontraba yo tres siglos después las calles de Laredo. En una de ellas, de San Martín creo que se llama, hay un palacio de parda sillería, ancho alero y esculpidos canecillos: el escudo puesto entre sus dos balcones estaba cubierto de estameña negra -y como nadie pasaba tuve espacio largo de meditar sobre lo que la estameña significaba-, e imaginé toda especie de historias antes de dar con la verdadera; porque a pesar de haber oído una y otra vez que las armas vestían luto, como lo viste la bandera, este uso antiguo, esta reliquia de remoto simbolismo y fe remota, juraba tan de recio con las costumbres presentes, parecíame tan ocasionada al olvido de nuestra edad tibia, al sarcasmo de nuestro siglo iconoclasta, que dudaba de su subsistencia como no fuera allá lejos de poblado, al amparo de la soledad, y del desierto, donde se acoge toda religión y todo culto, cuando nace y no tiene todavía fuerza bastante para resistir el ambiente duro de la vida común, y cuando va a morir y le faltan ya las fuerzas para soportar la energía de ese mismo ambiente.

Pero el luto, puesto en armas o en personas, en criatura viva o en piedra yerta, es aviso de la muerte, es testimonio de padecimiento y llanto, de vacío en el alma, de ruina y dispersión, de cuantas aflicciones pueden invadir el mísero ser humano y someterle al martirio del dolor inconsolable; por eso humaniza todo cuanto viste, y al humanizarlo lo hace objeto de interés antes no sospechado. Si antes esas piedras esculpidas inspiraban desdén, al hallarlas en lo sucesivo ese desdén será templado por la idea de que alguna vez pueden encontrarse esas alegorías mudas, obscuras e indescifrables, cubiertas por la fúnebre alegoría del sepulcro, tan clara, tan permanente, tan fácil de comprender, tan difícil de desdeñar.

Yo no recuerdo qué fiesta celebraba Laredo; su orquesta popular, el tamborilero batía el parche y soplaba el pito con bruscas y marcadas transiciones de lo fuerte a lo suave, de lo vivo a lo lento; y sin hacerle caso al parecer, pero atraídos indudablemente por su música, llenaban la plaza consistorial sus pobladores.

Las lanchas dormían; dormían en la bajamar de su cegada dársena.

El alto peñón que defiende de las mares del Norte el menguado fondeadero, ha sido taladrado, y bajo las baterías que le coronan pasa un doble carril a desembocar en la bravía costa, allí ha necesitado Laredo salir a edificar un

puerto de refugio, para sus lanchas acosadas por el Noroeste, el tirano y el verdugo de estos mares. El Noroeste, de siniestro alarido, desigual y alevoso, toma la vela, en cuanto terminada su faena pescadora, o advertida por las amenazas del sombrío horizonte, la lancha vira y se pone en demanda de la costa; y abatiéndola constantemente, ayudado por la mar que se encrespa y rompe y sacude la navecilla, y no la consiente ceñir su orza: ni enmendar su rumbo, la niega el puerto y su gola barreada por la creciente arena, y la trae a perecer sobre las erizadas rocas. Va sin tentar el seguro riesgo de la difícil entrada, los pescadores laredanos hallarán dónde guarecerse del temporal, y tendrán un muro que poner entre el pavoroso furor de los mares y el trabajado casco de sus lanchas.

Desde aquel peñón se espaciaba la vista, arrullada por ese crudo y áspero quejido del agua entre las piedras, cuando sopla la brisa veraniega de Nordeste.

Enfrente, y cortando la línea azul del mar, como uno de esos colosos pintorescos conque el capricho de la naturaleza anima y acentúa el paisaje, surge el monte de Santoña, inmensa roca desigual y gibada, verde promontorio levantado sobre cimiento de rocas, rocas negras donde las roe el mar, rocas blancas donde las hace ceniza el sol. En uno de aquellos escollos siniestros convirtió la fábula a Eritrea, sibila o profetisa, deidad del mundo pagano, o más bien encarnación del numen, jerarquía intermedia entre el olimpo y la tierra, mente de Jove, frase de Apolo, voz febril y trémula de mujer enervada por la abstinencia, el incienso y los ritos.

Ya se habían diseminado por el orbe aquellas creaciones del Oriente religioso, buscando acaso más propicia atmósfera, más fecundo suelo, porque ya el suelo y el aire nativos los desconocían y arrojaban de sí, cuando de pronto, y en medio del Oriente descreído y gastado, sonó la palabra regeneradora y nueva, el grito de la humanidad despierta de su letargo, levantada de su postración, resucitada de su tibieza, dueña de una revelación inesperada, consoladora, que establecía la eterna vida del espíritu, el premio inmortal de las virtudes, la santidad del sacrificio, la ley del amor universal.

A esa voz que oyeron y cuyo poder inmenso penetraron las más altas inteligencias de la sociedad antigua, la vieja teogonía quedó dislacerada y yerta; apagóse la falsa voz que animaba sus mitos; y abismáronse en las aguas, trocáronse en piedras, deshiciéronse en fluido impalpable, resolviéronse en vaga alegoría, en indeciso recuerdo, en sombra, en rumor. Quedó de ellos la forma insensible, el nombre armonioso. Andando siglos, esa forma sola con su belleza singular ese nombre solo con su música dulcísima han de cobrar de nuevo figurada vida, la que baste a seducir el oído, a prendar el pensamiento humano; pero ya el corazón de la humanidad, el centro sensible, nido y fuente de la pasión, ara del fuego inextinguible, les está irrevocablemente cerrado.

Lentamente va Santoña completando el sistema de fortificación que le da nombradía; cada día añade una piedra a su corona mural, y es voz común que

se camina a hacerla inexpugnable. Lo expugnable o inexpugnable de una plaza son los pechos de sus defensores.

Hablan eruditos escritores de una lápida romana hallada en Santoña, piedra votiva erigida a Septimio Severo por los navieros o mareantes juliobrigenses; mas ninguno de ellos la vió y todos la describen y examinan bajo la fe de referencias anteriores. A ser auténtica y auténtico su hallazgo, ayudaría a esclarecer el punto geográfico de la verdadera situación del Puerto de la Victoria de los juliobrigenses.

Las memorias más antiguas y positivas que poseemos de Santoña, son puramente religiosas. Y ciertamente que los sitios se prestaban a una de aquellas fundaciones primitivas que, comenzadas en la obscuridad y apartamiento del yermo, dilataban poco a poco su nombre, ensanchaban sus pertenencias, y a favor del tiempo y de su perseverancia llegaban a ser establecimientos mitad feudales, mitad devotos, centros de cultura y estudio, cuya autoridad manaba a la vez de su rígida disciplina, de su fortuna y de su independencia. Los primeros monásticos en las partes de Occidente mostraron señalada predilección por las costas. En terreno peninsular o aislado nacieron aquellos célebres monasterios de Lerins en el Mediterráneo y de lona y de Bangor en el mar de Irlanda, que en días de dolorosas tinieblas para el mundo conservaron o encendieron luz de benéfica civilización en Francia, en la brumosa Hibernia y en la agreste Caledonia.

Poco le falta a Santoña para ser isla, y fácilmente cierra su término con foso o con cerca. La falda meridional del monte abriga de toda inclemencia un rellano, a la vera del agua, cuyo suelo forma la tierra lentamente desmoronada del peñasco, sustancioso y rico mantillo purificado por el sol y cernido por el viento al caer desde la cumbre a la hondonada; suelo hortelano y fértil donde florece el azahar y madura el limón aromático y jugoso, como en las tibias márgenes del Guadalquivir y el Júcar. A la sombra de sus limoneros se agrupa la población. En la cima del monte se apretaban las carrascas, plegadas y abatidas por el viento marino, y entre sus manchas crece la grama espesa, corta y sazonada por el salobre ambiente que con lengua codiciosa siega el ganado y nutre las carnes del cebón e hinche la generosa ubre de las vacas.

Cerrado, pues, en este gigantesco castro, vivía ya en el siglo IX, y en el año de 863, Montano, abad de Santa María de Puerto, advocación del monasterio erigido en Santoña y que conserva la iglesia parroquial de esta villa. Tenía en su compañía a un cierto obispo Antonio, muy nombrado en escrituras del tiempo, quizás ahuyentado de su diócesis por persecuciones, quizás espontáneamente retirado de ella a la vida penitente y obscura del cenobio. Grandes males debieron sobrevenir, cuando antes de dos siglos la comunidad había sido dispersa, el monasterio desierto, y sus bienes andaban usurpados y repartidos en manos de los naturales. Un peregrino, que decía venir de Oriente, Paterno, llegó a estos parajes, entróse en la abandonada casa, convidó a hacer con él vida conventual a otros fervorosos y desengañados, y se dieron a labrar la tierra y a

plantar viñas y pomares, predicando con el ejemplo y con la palabra. Luego se despertó naturalmente en ellos la idea de los derechos antiguos del monasterio; buscaron y hallaron los títulos e instrumentos, y pretendieron hacerlos valer. Los poseedores de las heredades resistieron lo que les parecía despojo, y siendo más numerosos y más fuertes, arrojaron a Paterno y sus compañeros de Santa María. Fuéles preciso acudir al entonces soberano de esta tierra, que era aquel don García IV de Navarra, llamado de Nájera, el cual, en la era de 1080 (año de J. C. de 1042) ordenó la restitución, poniendo de abad al Paterno y otorgándole los derechos señoriales de jurisdicción y asilo dentro de los términos de la posesión antigua.

Todavía en la era de 1292 (año de 1254) cita Yepes al abad don Fortuño o Fortun de Santa María; luego el monasterio, como tantos otros, queda anejo a Santa María la Real de Nájera, que percibe sus diezmos; y así van fundiéndose en otras más favorecidas o más considerables, y desaparecen dejando su advocación a las parroquiales de los pueblos, las innumerables fundaciones, exiguas y precarias que la Orden de San Benito, en el celo invasor de sus orígenes, derramó por las tierras de Occidente.

Si hubiéramos de juzgar de la humanidad por estas mudanzas de atribuciones y oficio de sus mismas obras, por estos cambios de monasterio en fortaleza, de casa de oración y trabajo en casa de mortales intentos y enemigo recelo, diríamos que la humanidad retrocedía, y de mansos y pacíficos instintos había degenerado en propósitos feroces y de exterminio; más evidente signo de su mejora y progreso seria ver trocada la fábrica de guerra en fábrica de obras piadosas, el hierro del cañón en rueda industriosa, y el acero del sable en artísticos buriles.

De Laredo a Santander

- I -

Una Atalaya.-Los Guevaras. -Bárbara Blomberg

Por una llanada de maíz y heno corre el camino de Laredo a Colindres, de Colindres a la marisma y barca de Treto, donde se cruza la ría de Marrón.

Guarda el paso una torre erigida en la orilla opuesta, atalaya del siglo XIV, semejante a tantas otras como vigilaban los cauces de los ríos desde su embocadura a sus fuentes, y los caminos desde la costa a Castilla. Por que cauces y caminos siguen una dirección misma, advertidos y enseñados los hombres al abrir sus salidas y senderos por las aguas que buscan los suyos con el menor trabajo y fatiga posibles, plegándose ante el obstáculo invencible, sorteando sus dificultades, cediendo en sazón, ganando tiempo y ahorrando esfuerzo.

Esas torres que hallaremos en todas las cuencas de la montaña, en las del Saja y el Besaya como en las del Asón y el Pas, eran la lengua que instantáneamente publicaba y extendía por la comarca la voz de los grandes sucesos, acometidas, invasiones, marchas de huestes, acampamentos y refriegas. La humareda que brotaba de su almenaje de día, la lumbrada que le coronaba de noche eran palabra elocuente y viva, claramente entendida por los infinitos ojos que de distancias diversas lo oteaban, el marinero desde su barca, el labrador desde su mies, el soldado desde su tronera, el leñador desde el monte, el trajinero desde su camino, el pastor desde la sierra, el bandolero desde su guarida, el monje desde su celda, y para cada uno, según su oficio y según la ocasión, tenía significado y acento distinto.

A unos atraía, a otros espantaba; ya esparcía terror, ya lo disipaba. Unas veces era señal para que los habitantes cerrasen sus puertas, los más cercanos se acogieran a la torre con mujeres, hijos y lo posible de su hacienda; otras señal de que el peligro estaba desvanecido, y los campesinos podían salir de su refugio y esparcir su ánimo y volver a sus faenas; era bandera de paz y bandera de guerra, convidaba a armarse o a soltar las armas, a pelear o a huir; era como la manifestación de una voluntad invisible que presidía al gobierno del valle, a su salud y a su custodia.

Libro de interesante lectura compondría el escritor que corriendo las atalayas describiese su situación pintoresca siempre, recordando los sucesos que han visto, el turbión de pasiones humanas que se han agitado y vivido dentro de sus muros o en torno o a vista de ellos.

Pero desde que asomó el caminante a los altos de Laredo, están llamándole los ojos y la curiosidad las doradas paredes de un edificio de aspecto monacal, que sobre un cinto sombrío de verdura se levanta en la orilla del agua, y parece recostado en un cerro.

Ahora que aunque a distancia el camino le rodea y envuelve pasando a Mediodía y torciéndose al Noroeste, el monasterio se destaca primero sobre los lejanos términos del monte de Santoña, después sobre la línea azul de la bahía y el Océano, y al otro lado del montecillo surgen las torres de la villa de Escalante, rojas como las paredes del monasterio, unas y otras del color maravilloso de las torres granadinas, y como ellas dando vívido y caliente tono al paisaje.

De la villa procede el convento. Habíala poblado, en 1246, García Gutiérrez de Ceballos, caballero de antiquísimo solar montañés y de raza de pobladores, porque un ascendiente suyo había hecho en Valdáliga, de donde al parecer su estirpe procedía, otro tanto como García Gutiérrez en Escalante. Los derechos de ahí originados y reconocidos se acumularon en cabeza de una nieta del referido García, doña Elvira Alvarez de Ceballos, sucesora y heredera de sus estados.

Casó ésta con Fernán Pérez de Ayala, ilustre caballero alavés, y en su tiempo les fué reconocida la jurisdicción señorial por privilegio del rey Don Enrique II,

despachado en 1370, y posteriormente confirmado por Don Juan I en 1379 y por Don Enrique III en 1393.

De nuevo recayó en hembra la sucesión, recogiéndola doña Mencía de Ayala, hija de Fernán y de Doña Elvira, los cuales concertaron casarla con un poderoso vecino, don Beltrán de Guevara, señor de las Casas de Guevara y de Oñate, los cuales habiendo dos hijos y estados bastantes para dejar en pos de sí dos casas igualmente honradas en caudal y en alcurnia, capitularon dividir su hacienda entre ambos.

El uno, que se llamó don Pedro, llevó la casa de Oñate y de Guevara; el otro, que se llamó don Beltrán, la de Escalante y de Ceballos. El resumen de los estados de ésta era el siguiente: la villa de Escalante en la merindad de Trasmiera, el condado de Tahalu, el marquesado de Rucandio, la villa de Pontejos, la de San Salvador, la de Gajano y los barrios de Anero. Y en Asturias de Santillana, el valle de Valdáliga, la villa de Treceño, Roiz, Labarces, Lamadrid, la Revilla, el Tejo, Caviedes, y en Polaciones la villa de Santa-Olalla, y en la Puente de Arce la Torre-fuerte con sus heredades y pozos de salmones.

Este don Beltrán de Guevara fundó en el islote de Anó, hacia 1421, el convento de franciscanos de San Sebastián, donde tiene sepultura, con otros de su raza. Los Reyes Católicos otorgaron a los doce frailes que lo habitaban exención de tributos reales y la libertad de poseer un barco para comunicarse con el continente(51). Allí vinieron a sepultarse el hijo del fundador y su heredero don Ladrón, general en la guerra de la Axarquía de Málaga, caballero del Toisón y mayordomo de la princesa doña Juana, muerto en 1503; y don Pedro de Guevara, comendador de Santiago, embajador del César en Polonia; y don José de Guevara, capitán general en el Rosellón y virrey de Navarra, que murió en 1568.

Aquí vino también a yacer Bárbara Blomberg, la madre del ínclito don Juan de Austria, hijo de Carlos V. Era hija de un burgués de Ratisbona, hermosa y habilísima en el canto, afición tenaz del emperador. La honda melancolía que a intervalos le asaltaba desde la muerte de la emperatriz, acaecida en 1539, siete años había, se desvaneció al halago de la voz melodiosa, y la voz plantó su eco tirano, indeleble y profundo, en el lugar de donde había ahuyentado el pesar.

Casóse más adelante con un alemán, Kegell, comisario en los ejércitos reales; tuvo de él dos hijos y quedó viuda. Mas en su viudez no vivió con el recato y modestia a que parecía obligada por las memorias unidas a su nombre.

Tanto fué, que de acuerdo con su propio hijo don Juan, el rey Felipe II dispuso su venida a España.

Estableciόse en San Cebrián de Mazote, en tierra de Valladolid; trasladόse luego a Colindres según los instrumentos históricos, a Ambrosero según la tradición confirmada por las memorias que en Ambrosero quedan y allí encontraremos. En Colindres o Ambrosero murió hacia 1598, y en su testamento dejó ordenado se celebrase su entierro en el convento de Laredo y se enterrase su cuerpo en San Sebastián de Anó.

Y consta que esta última parte de su voluntad quedó cumplida, en el Memorial que uno de sus testamentarios, Agustín de Alvarado, dirigió al rey en 1599, rogándole que de la pensión de 3.000 escudos que la muerta percibía y queda vacante, mande hacer el gasto de su sepultura, la fundación de una misa perpetua por su alma, y la satisfacción de algunas deuda por «haber muerto tan pobre como murió».

- II -

Ambrosero. -Agua al sediento. -Los arquitectos montañeses

Dejemos a la villa de Escalante bañándose como una salamandra en el espléndido sol que inunda su campiña, aunque el trozo de carretera recto y llano que la liga a la carretera que seguimos, convida a visitarla más de cerca. -Mas ahora no tenemos vagar para ello.

¡Oh! si en cada paraje que un recuerdo, un lazo, una afición cualquiera, naciente o añeja, meditada o súbita, nos convida a hacer, posada, cediendo al placer de un momento detuviese mi jornada, nunca llegaríamos al término de ella. ¡Y qué sería de tu paciencia, lector, que amigo o curioso me acompañas! Y sin embargo, qué de veces y en horas señaladas y en señalados lugares de esta peregrinación que se llama vida, te habrás dicho ¿por qué pasar de aquí? ¿A qué caminar más, si el sitio es apacible y el alma encuentra atmósfera apropiada a su anhelar constante e infinito? ¿Por qué no alzar aquí nuestras tiendas como los apóstoles de Tabor, y hacer tranquila y final morada?

¡Qué vida sueña el alma en semejantes ocasiones! Y quizás el solo encanto de esta soñada dicha consiste en la imposibilidad de lograrla. Vano sería intentar torcer el curso de la vida, cediendo al impensado hechizo; allí encontraríamos las amarguras y el hastío de que anhelábamos huir.

Llegaba yo a Ambrosero con aquella cándida ignorancia con que por punto general visitamos nuestra tierra, y que es una de las razones que dieron ser a estas hojas.

A la izquierda del camino, en suelo pendiente y bajo, asoman entre robles y nogales los tejados de un barrio.

-Barrio Madama, me dijo un compañero de camino.

-¿Y por qué se llama barrio Madama?

-Porque en él vivió una extranjera, a quien las gentes del país llamaban así; la madre de Don Juan de Austria.

-Es verdad que no sólo las gentes, sino la correspondencia oficial del tiempo llamó a aquella señora Madama Bárbara Blomberg, Y por cierto que la tradición, afirmada por el título del barrio, me parece prueba evidente, si no harta, de su residencia en Ambrosero.

-Hay otras, dijo mi ilustrador; hay la casa en que habitó y conserva su nombre; hay tapices en la iglesia que fueron regalo suyo; hay papeles en el archivo del Ayuntamiento, según me han asegurado, aunque no los he visto.

Yo los veré, pensaba yo entonces en mis adentros, porque en ellos a no dudar está el completo esclarecimiento de ese punto de historia.

¡Yo los veré! ¡Cuántos propósitos parecidos, instantáneos, sinceros, vehementes, y que no viven más del instante de su generación! En aquel instante parecen fáciles, hacederos; los medios de ponerlos por obra, la ocasión y el tiempo de realizarlos están a mano suficientes y oportunos. Luego se entreveran otros afanes, otros deseos, otras necesidades, otros propósitos quizás en que se emplea y gasta el alma que, aunque inmortal, no es infinita ni universal, ni menos omnipotente.

Aquel día hacía extremado calor; declinaba el verano, y eran las dos de la tarde. A la sombra de unos árboles, acurrucada en el suelo, cruzadas las manos sobre el regazo, caída atrás la blanca bengala que dejaba ver su cano cabello y que lo orease la perezosa brisa, estaba una mujer anciana con un cesto delante en tierra, cubierto con una toalla de inmaculada blancura. Sabido es que esta máquina y aparato, en nuestra tierra, contiene siempre fruta, y fruta riquísima las más veces. Efectivamente, alzó el velo, y asomaron su fresca y vellosa piel hasta docena y media de pavías, de esas pavías llamadas nateras, redondas, gruesas, blancas, con su mancha colorada en medio, parecida a las que al volver de la romería traen en una y otra mejilla las muchachas que las recogen y las venden.

Grato es al mediar una jornada en las abrasadas llanuras de Castilla el racimo de uva que el guarda de los viñedos ofrece sin regatear al pasajero, y no es menos sabrosa la naranja que os espera al término de una cabalgada en los hospitalarios cortijos andaluces; pero nada tan refrigerante y sabroso como la pavia montañesa, que para mejor llamar la sedienta boca, muestra una limpia y cristalina lágrima, cayendo de la herida abierta al desgajarla de su ramo nativo.

Y no es la sola fruta que os brinda al paso su fragancia y su frescura; a par de ella os invitan purpúreos briñones o griñones, que aún no sé cuál sea su nombre verdadero; peras de variedad infinita, y la ciruela claudia de ambarina pulpa y terso hollejo; esto cuando ya desaparecieron las rojas cerezas, consumidas por la estación y los golosos, y cuando aún no negrean entre sus anchas hojas los higos de miel, ni ha caído del árbol la paradisíaca manzana, ópima cosecha del otoño.

Pero no nos distraiga la gula del arte, aun cuando no sea gula aplacar la sed.

Los aficionados a caminar, artistas, cazadores o curiosos, cuantos corren el riesgo de un dilatado ayuno, de un sol inclemente, de un súbito aguacero, saben por demás el profundo agradecimiento que conservan al manjar primero que satisfizo su hambre, a la primera sombra, al primer techo que les dió cobija y amparo. Así es como lugares, al parecer indiferentes o acaso repulsivos, cobran interés y valor singulares para determinados sujetos; así el viandante sorprende a su lector con detalles de paisaje en que éste, más familiarizado con el terreno,

nunca hubo reparado, o despierta su acerba censura parándose donde el lector estimaría prueba de gusto y de mejor crítica el pasar volando y como sobre ascuas.

La iglesia de Beranga, gallarda y espaciosa, domina una vasta vega, tan amena y florida como lo son todas las de la comarca. Luego subimos una cuesta, desde la cual, volviéndonos a mirar, descubrirnos y saludamos el mar y las románticas peñas de las cercanías de Santoña. Luego, en un sombrío recodo del camino, saludamos la devota ermita de Jesús del Monte; salimos de los árboles, volvemos a bajar, y cruzamos la mies donde está Anero, donde está Oznayo, a cuyo mercado también nos prometemos venir como a Ambrosero, y a visitar en su iglesia los enterramientos de los Acevedos.

Después se hunde el camino en una quiebra frondosa, donde pasamos el Miera, que limita el territorio y le da nombre, y que va a caer en la bahía de Santander, a cegársela poco a poco, castigando sus humos de capital, a vengar, matando lentamente su mercantil soberbia, las zumbas y motes con que de tiempo inmemorial da vaya a los valles que riega y a los en ellos nacidos.

Pero al recorrer esta amenísima comarca de Trasmiera, una circunstancia herirá la atención de todo el que se haya ocupado de arquitectura española. Preguntando y oyendo los nombres de lujares esparcidos entre el Asón y el Miera, creerá asistir a una lectura del libro en que el erudito Llaguno reunió los nombres y noticias de vidas y obras de los arquitectos españoles. En el vigoroso impulso que la edificación civil y religiosa recibió en los siglos XV y XVI, salían de la montaña aquellos diestros oficiales de cantería y aparejadores, que sometiéndose a la enseñanza de los grandes maestros, los Siloes, los Machucas y Covarrubias, llegaban a sucederles con no poca gloria suya y esplendor del arte.

No diré del célebre Juan de Herrera, aunque pronto volveré a mencionar su nombre, porque hemos de ver el lugar de su nacimiento, y entonces será ocasión conveniente de recordar su historia.

En Rasines hemos visto la cuna de la dinastía de los Hontañones, tan famosos en la catedral nueva de Salamanca; de Ojebar salieron los Ezquerras, y de Galizano los Huertas, que se hicieron notables ya entrado el siglo XVII en Asturias y en Álava.

¿Y de dónde sería aquel Garci-Fernández de Matienzo, que trabajaba de 1442 a 1446 en la Cartuja de Miraflores? ¿De dónde el Francisco de Limpias, arquitecto de la catedral de Sevilla, y Juan Miguel de Agüero, que trazó alguna de las primeras catedrales americanas, y Juan de Albear, que dejó interesantes memorias en la catedral asturicense, y Francisco de Campo Agüero, que en la de Segovia, donde fué maestro mayor, mereció y obtuvo piadosa sepultura?

De Hazas era Martín de Solórzano, tan notable arquitecto corno lo muestran sus trabajos en la catedral de Palencia. De Secadura, Juan de Morlote, ilustrado en trabajos diversos del último tercio del siglo XVI. De Güernes, Gonzalo de la

Bárcena, célebre fontanero en Valladolid y Simancas. De Voto, Diego de Sisniega, Juan de Ballesteros y García de Alvarado, que participaron en la gigantesca fábrica del Escorial.

Trasmerano era Rodrigo de la Cantera, que proyectó y edificó el gran palacio de los duques de Lerma en la villa de su título, en cuyas abrasadas paredes hemos podido estimar su magnificencia original; y montañeses eran el monje Jerónimo Escobedo, a quien la Reina Católica fiaba nada menos que las reparaciones del acueducto segoviano, y aquel Juan Campero, arquitecto del insigne cardenal Cisneros, de quien hablan tan honradamente la iglesia y convento de los franciscanos de Torrelaguna.

Salían de sus valles nativos sin otra habilidad que la de labrar la piedra; llevaban consigo su natural ingenio, la humildad de su confesada rudeza y el propósito íntimo de observar y aprender; la enseñanza entonces tomaba forma especial, y de la que hoy difícilmente nos damos cuenta; maestro y discípulo se escogían recíprocamente y por afición espontánea, y sus relaciones tenían desde luego mucho de patriarcal y desinteresado. Así fructificaban las lecciones, semilla cuidadosamente arrojada en terreno fértil, a la cual no faltaba el suave y fecundo calor del buen cariño. Así echaban los preceptos hondas raíces y se perpetuaban en su integridad austera mientras la decadencia invadía los dominios del arte y lo arruinaba.

La tradición artística no ha perecido en Trasmiera; de allí salen todavía canteros excelentes que hallaréis trabajando bajo el toldo de estera con que esa industria se guarece en la cortesana Madrid del sol y del agua. Y de esta tierra salen en gran número imagineros, tallistas, escultores de retablos, estofadores, organeros y fundidores de campanas. Y si recorrieseis sus iglesias y estudiaseis sus obras anónimas con juicio sereno, quizás hallaríais en alguna de ellas vestigios de buena escuela, señales que os recordarían los grandes días de la imaginería castellana y andaluza.

- III -

Solares. -Astillero de Guarnizo.-Maliaño.-Muriedas

Estamos en Solares; de aquí parte un camino que os lleva a salvar el agreste paso de las Alisas, de donde dominái is la tierra hasta el mar, tal vez por encima de las nieblas que llenan la hondonada; y más allá al valle de Arredondo, de donde podréis ir a estudiar el Guadiana cántabro, el río de Matienzo, que se esconde y parece luego a la otra parte de la montaña, y la caída del Ason, que se despeña por un tajo vertical, de cuyo filo se desprende en grueso chorro para llegar en menuda niebla al fondo de un pedregal sembrado de gigantescas hayas.

Y en el camino encontraréis quien os muestre el antiguo real sitio de la Cabada, la que fué primera fábrica de fundición de artillería y municiones de hierro colado en España, fundada por flamencos en el siglo XVII, adquirida por

el Estado en la inmediata centuria, y que después de haber abastecido naves y plazas, y acudido también a necesidades del arte y de la industria, fué abandonada por la varia fortuna de los tiempos, por mudanzas en sus condiciones de situación, por esas causas infinitas que traen la muerte a toda obra, a toda especulación humana, por grandes que hayan sido su prosperidad y utilidades.

Estamos en Solares, donde hallaremos afligidos de dolencias varias que vienen a buscar medicina en sus aguas temales. Y a fe que si hay males a cuya curación baste la suavidad del ambiente, la frondosidad del suelo, la amenidad y hermosura del paisaje, han de hallar aquí eficacísimo remedio.

Le da sombra de poniente, y manantial para sus fuentes, y árgoma para sus hornos el monte Cabarga, a cuya raíz pasa la carretera faldeando. El monte Cabarga, al cual aplicó el ilustre padre Flórez un pasaje de Plinio apoyando la sólida critica de su irrefutable libro «La Cantabria». Cantabrite maritimæ parte, quam oceanus alluit, mons prærupte altus, incredibile dictu, totus exæ materia est, dice el célebre naturalista Insubrio, pintando el suelo cántabro y su riqueza en vena de hierro: en la falda meridional del monte están patentes los socavones de la explotación antigua, el cárdeno color de la tierra movida denuncia la metálica esencia que encierran sus entrañas, y el nombre de un sitio, Veneras de Cabarceno, parece convidar a sondearle de nuevo.

En su falda septentrional prevalece el viejo arbolado; a media altura, sobre un escampe, el santuario de Nuestra Señora de Socabarga, bajo la noble cima de Llen, donde se asoma la nieve a anunciar su próxima bajada a Santander y a la marina. Después la cresta del monte sigue ondulando hacia el SO., irguiéndose en un pico escueto, Castil-negro, y por última vez en otra cumbre, la Peñota, desde la cual se derriba a morir en el risueño valle de Villaescusa.

En tanto a nuestra derecha culebrea la ría de Tijero, mansa y silenciosa, escondiéndose entre junqueras, como sucede al mar cuando metido tierras adentro y lejano del lecho natural de su soberbia y su pujanza, hase domesticado y perdido sus fueros y su altanería. Pronto llegamos adonde estas aguas salen de la ría de Santander, que al pie del Cabarga y bajo el pueblo llamado San Salvador, parte las suyas y las sube hasta Tijero por la parte por donde venimos, hasta Solía y Movardo por la parte opuesta entrándose hacia el ocaso.

Y en el curvo vértice de ambas rías de Santander y de Solía, sale a encontrarnos el astillero de Guarnizo. Su suelo parece de propósito inclinado por la naturaleza para que las naves caigan blandamente desde la grada al mar; sus marismas ofrecen vasto espacio para parques de esas maderas singulares que el cieno marino preserva y cura; Cabarga le daba carbón y hierro, y para armamento de sus buques le fundía cañones la Cabada, y anclas Marrón.

No había de faltar quien utilizando tantas ventajas las completase estableciendo en las cercanías modo de hilar la jarcia, cortar la lona y coser las velas para que del astillero saliese el buque dispuesto a luchar con los hombres

y con los elementos, a vivir sil vida de navegación y combates, a explorar costas, correr tiempos y dar y recibir andanadas y abordajes.

Don Juan de Isla, caballero trasmerano del solar de su apellido, lo realizó entrando con ánimo activo, recia voluntad y espíritu hábil en el renacimiento de la marina española, iniciado por Felipe V, continuado por sus sucesores Fernando VI y Carlos III. En la ciudad de Santander hallaremos los edificios que levantó, destinados a aquellas marítimas industrias.

En un tercio de siglo, en el espacio de treinta o cuarenta y cinco años que alcanzaron a los reinados de los tres monarcas, botó al agua el astillero de Guarnizo veintiséis navíos de línea, diez y seis fragatas y otros buques menores. De sus gradas salió el Real Felipe, de ciento cuarenta y cuatro cañones, para señalarse en el combate frente a Tolón contra ingleses, donde el año de 1744 ganó el almirante español Navarro el título de marqués de la Victoria; de ellos el San Juan Nepomuceno, cuya cubierta en 1805 y en el cabo de Trafalgar regó la sangre del heroico Churruca.

Ya sólo de tarde en tarde recuerda su antiguo destino, viendo poner la quilla de un buque mercante. Así se sorprende el forastero al entrar en su iglesia y verla pintada de banderas y trofeos militares. La vida del sitio es vida de ocioso, y ha trocado la viva agitación y el ronco ruido de la construcción naval por el silencio y el sosiego. Le van repoblando quintas y posesiones de recreo: cada una se distingue por una condición particular que la caracteriza y da fisonomía: ésta por su frondosa calle de plátanos, aquélla por su sombría alameda de pinos, otra por su esbelto bosquecillo de castaños a raíz del agua, y no falta cuál se haga notar por las piedras de su portada o la claraboya de un tejado.

Para recibir al último soberano de la dinastía que le había hecho vivir y florecer, engalanóse el astillero un día, y como hidalgo de casa venida a menos, a quien la pobreza alejó de alcázares y ejércitos, y vive de memorias y de referir la vida espléndida y fecunda de sus antepasados, y, recordando la magnificencia de su estirpe, quiere hacer sufrida y tolerada su actual pobreza entre los magníficos y pródigos de la hora presente, ya que no podía mostrarle quillas en grada, cascos en carena, la poderosa escuadra de los tiempos pasados acicalándose y vistiendo el arnés para salir a la mar y ondear altivo su pabellón, pintó en fingidos obeliscos los nombres de los barcos que allí tuvieron cuna. Y los ojos de Isabel II veían desfilar como las sombras de un ejército levantado de su campo de batalla, donde yacía muerto, los fantasmas de aquellas armadas, cuyo sepulcro fueron los anchos mares desde el seno balear al Océano Pacífico. Fantasmas que cruzan, no entre la niebla luminosa de antiguas glorias, sino entre los siniestros celajes de la ingratitud y la venganza, izada al tope una insignia que no es la suya, parecerán hoy a su afanosa mirada otros buques a cuyo bordo oyó resonar tan ardientes aclamaciones y recibió tantos y tan rendidos homenajes.

Aquel día el astillero parecía resucitado en toda su actividad guerrera. Músicas militares, soldados, uniformes, galas de toda clase, afluencia de

curiosos y tropel de embarcaciones en su ribera, y el cañón que con solemne voz retumbaba, aquella voz solemne que aun en regocijadas ocasiones conserva un eco de la muerte, que es su oficio anunciar y esparcir.

Ya vemos el término de nuestro rápido y lento caminar: rápido, cuando adelantándose al andar el pensamiento, salva leguas, sin contemplación a la física fatiga del cuerpo; lento, cuando pródigo de sus horas se detiene y detiene a quien le acompaña en sus digresiones y comentarios sin contemplación al cansancio moral del espíritu.

Ya en el fondo del paisaje se dibujan la ciudad y sus colinas, el puerto y su boca, las aguas y los árboles, las rocas y los faros, y apenas perceptibles los secos mástiles de los buques, inmóviles en su fondeadero, y movibles y vivos la vela y el penacho de humo de los que navegan. Ya se dibuja enfrente de nosotros la calva roca de Peña Castillo, tan semejante a la siniestra sierra Elvira, que allá en Granada parece como una blasfemia satánica entre las celestes bendiciones de su incomparable vega.

En Bóo cruzamos el ferrocarril, y apartándonos hacia la izquierda, dejamos a nuestra derecha la península de Maliaño y su iglesia de San Juan. Aquí quiso Juan de Herrera que descansara su cadáver; explícitamente lo dijo en su testamento, porque de Maliaño traía su descendencia; allí poseían tierras sus padres, y a esta iglesia dejó parte de su caudal para ser invertido en obras pías.

Más adelante llegamos al pueblo de Muriedas. A su entrada, sobre la izquierda del camino, veis una casa de buena apariencia, pintada de pajizo color con sus puertas rojas. Aquí nació Velarde el 19 de Octubre de 1779, ese Velarde de quien no hay para qué decir el nombre, porque su apellido lo dice todo.

Aquel pino cuyo tronco se divide en dos para llevar mejor el peso del ancho quitasol de sus hojas, fué plantado por el joven cadete de artillería. De aquí salió, primogénito de una casa hidalga, para inmortalizar su casa y apellido en una epopeya de un momento, pero de un momento en cuya sublimidad se contienen las mayores grandezas del alma humana.

¡Quién sintió nunca la herida de la patria como aquel oficial, que siendo modelo de sumisión y disciplina, desobedece las órdenes de sus superiores y va resueltamente a empeñarse en el combate sin esperanza alguna!

Esos mueren por la patria, que no entran en pelea fiados en el dudoso trance de las batallas; los que van a morir, porque es necesario que la humillación de la madre no vaya adelante sin que el mundo vea que sus hijos la rechazan; los que quebrantan la ley sagrada del militar, porque están ciertos de redimirse con la muerte; los que aceptan el sacrificio absoluto, entero, irrevocable, sin más estímulo que el santo amor al suelo nativo, infinito, profundo, anterior a toda ley, a todo principio, a todo juramento.

Su breve vida es la vida de un soldado. Pelea haciendo arma de cuanto tiene a mano para suplir la ventaja del enemigo; hace metralla de las piedras de chispa, y cuando llega la hora de acudir a la espada, al arma suprema del

valiente, una bala lo tiende muerto, y el lienzo de una tienda de campaña le sirve de mortaja.

Pero ¡qué muerte, aquella muerte de la cual resucita un pueblo, una nación regenerada en todas las virtudes de la constancia y del esfuerzo!

Al borde del agua, Estaños, nombre singular, si no viene del latino stagnum. Presas y balsas hay en él que todavía lo justifiquen. Aquí suponen las falsas crónicas el palacio y asiento del último señor de Cantabria. La existencia del palacio es falsa, pero la del señor es cierta y merece que contemos su historia.

- IV -

El último señor de Cantabria

En los primeros años del siglo XII gobernaba esta tierra un hombre cuyo valer atestiguan a la par historia y leyenda, letras doctas y poesía popular. Conde Rodrigo González de las Asturias llaman escrituras y crónicas coetáneas al prócer, tipo de la caballería de aquella edad ruda y turbulenta. Nacido de la estirpe clarísima de Lara, esposo de una infanta de Castilla, señor de vasallos y con soberano imperio en cuanto la costa cántabra abarca entre las bocas del Ason y Deva, desde la marina a las vertientes septentrionales de las sierras castellanas; más cierto de su poder, acaso más seguro de su dominio que el monarca mismo de León y Burgos, había de ser soberbio, independiente, mal avenido a tutelas o consejos, y pronto a reñir y resolver por armas todo litigio, toda diferencia.

Era el espíritu que animaba entonces a toda la nobleza española, heredada pingüemente en guerra de moros por esfuerzo propio o por merced de los reyes, necesitados de su ayuda en la fatigosa empresa de la reconquista.

Gonzalo Peláez, conde vecino de Rodrigo y señor de las Asturias de Oviedo, mantenía guerra con su rey por espacio de siete años, y vencido, preso y desterrado al reino de Portugal, que entonces nacía entre los brazos vigorosos de Alfonso Enríquez de Borgoña, meditaba nuevas empresas de armas y la restauración de sus estados, en cuyos aprestos le atajaba la muerte.

Porque la inquietud de los tiempos era grande. Doña Urraca, reina de Castilla y de León, y su segundo marido el aragonés y batallador Alonso, desavenidos y apartados, se disputaban el gobierno y posesión de aquellos estados; fué remedio de esta primera discordia el reconocimiento por rey del hijo de doña Urraca y su heredero, habido en primera unión con Raimundo de Borgoña; los nobles castellanos habían seguido el pendón de su soberana; pero surgiendo luego desavenencias entre madre e hijo, dividiéronse aquéllos, agrupándose unos alrededor del conde don Pedro González de Lara, privado de la reina y hermano de Rodrigo, y apoyando otros al arzobispo de Santiago, Diego

Gelmírez, y al noble caballero Pedro de Trava, quienes, encargados de la tutela y cuidado del príncipe niño, era los más celosos favorecedores del rey mancebo.

Éste no tardó en mostrar prendas notables de carácter; castigó las mal reñidas inclinaciones de doña Urraca, manteniendo alejados de su favor y regias aulas al privado y sus parciales, cuyo orgullo herido no tardó en solicitar contra su señor natural la alianza y socorro del de Aragón, su antiguo enemigo; y Alfonso VII, resuelto a asentar sólidamente su autoridad y su trono, acudió a la necesidad imperiosa de sujetar los rebeldes.

Dudosos del éxito, se habían refugiado muchos de ellos en tierras del conde Rodrigo, desde cuyas asperezas tentaba su mañero hermano don Pedro medios de conciliación, si bien con tan mala fe, que en los breves intervalos que la sumisión duró, anduvo siempre receloso del rey, a distancia de su corte, y guareciéndose de muros, a falta de las inexpugnables montañas que había abandonado.

La guerra entre castellanos y aragoneses pasó en alternativas de encuentros y negociaciones; terminóse por mediación de prelados, y la alta razón del leonés, a quien se hacía patente que para sosegar su casa, érale necesario conservar y unir todas sus fuerzas, y no distraerías empleadas contra sus vecinos. Pocos años más tarde, en una postrera desavenencia, el conde don Pedro, sitiado en Bayona, terminaba su aventurera vida a impulsos de mortal golpe recibido en desafío. Hombre de suerte varia, como fundada en femenil flaqueza.

¿Qué era en tanto del señor de Cantabria? La crónica latina del emperador Alfonso(59), escrita en sus días, por autor notoriamente favorable al monarca, y que calló su nombre, no es asaz explícita en las causas de la constante porfía entre magnate y soberano, ni explica satisfactoriamente la serie de reconciliaciones y desvíos que forma las relaciones de ambos.

Vino el rey -dice- en el año de 1131, a Castilla y a las Asturias de Santillana, contra el conde Rodrigo y demás rebeldes; rindió sus fortalezas, abrasó sus mieses, bosques y viñedos, acosándolos hasta las últimas asperezas de la tierra.

Próximo a ser vencido, no quiso el conde apurar la resistencia, y solicitó por embajadores una entrevista con el rey. Le fué otorgada, y conforme a las condiciones estipuladas, encontráronse ambos contrarios en la margen del río Pisuerga, cerca de Aguilar, acompañados cada cual de seis hombres de su bando.

Era Alfonso poco sufrido: cuidadoso del respeto debido a su jerarquía, y acaso, acaso, impaciente de asegurar en ventaja suya el desenlace, no quiso malograr la ocasión que le tentaba. La crónica dice que oyendo de boca del conde palabras que ofendían su decoro, le asió vigorosamente del cuello, y ambos cayeron del caballo al suelo. Espantados de tal violencia, huyeron los que acompañaban a don Rodrigo, el cual fué puesto y mantenido en prisiones, hasta que hubo restituido a la corona cuanto de ella poseía. Justicia expeditiva, poco ajustada a códigos, pero de uso común entre los que gobiernan a los

pueblos, llámense legión o individuo, cuando impacientados por la resistencia hallan razón de ejercitarla.

Despojado de bienes y honores, hubo de resignarse y prestó homenaje al soberano, confesándose culpado, y éste, por bondad de alma, y sin duda por cálculo político, le dió la tenencia de Toledo con vastos territorios en Castilla y Extremadura.

Así arrancaba al conde de sus temidas breñas, excusándole nuevas veleidades de insurrección con apartarle de los lugares que obedecían a su voz; utilizaba en la frontera de los moros la experiencia militar de un caudillo valeroso, y guardaba para sí aquellas marinas con tanto empeño deseadas.

Este empeño era propio de su ánimo levantado, de su espíritu claro, de sus propósitos evidentes de continuar la obra de su abuelo el conquistador de Toledo, quien había sentado sólidamente la piedra angular de la restaurada monarquía, arrancándola a los cimientos del imperio mahometano, que vacilaba con su falta, y no había de poder restablecerla jamás.

En sus campañas continuadas el rey cristiano llegaba hasta Almería y las costas del reino granadino, donde sus propios ojos, si ya la razón antes no se lo dictaba, le persuadían de que el mar traía a sus tenaces enemigos nueva robustez y nueva vida, que hacía inútiles las heridas dadas por los castellanos. El auxilio reciente de los cruzados ingleses y normandos en la conquista de Lisboa al Alfonso portugués, probaba la eficacia de la organización y fuerza de las armadas, y que sin ellas no cabía esperar decisivas victorias.

La necesidad de poder marítimo para su reino hizo sin duda al emperador conservar en su mano activa y enérgica la montaña. Castilla necesitaba costas, ya las tenía. Alfonso VII tomaba las tierras, su nieto Alfonso VIII las poblaba, dos generaciones después el Rey Santo les pedía naves y marineros que apresuraban y acaso decidían la rendición de Sevilla, y, por último, un siglo más tarde el Rey justiciero sacaba de aquellos puertos y riberas una escuadra capaz de medirse ventajosamente con la más famosa de Aragón, cuyas quillas entorpecían añejas algas nacidas en las olas de Levante y de África.

Es notable que, aun después de recibido en gracia el antiguo rebelde, a quien se fiaban las plazas más importantes del reino y ejércitos para entrar en campaña, ni ahora, ni luego que climas lejanos y guerras habían quebrantado sus primeros bríos, se le consintiera recobrar la herencia de sus mayores.

Esta esperanza ilusoria le animaba acaso, cuando en su recia acometida a los moros andaluces, los vencía y desbarataba, llegaba a las puertas de Sevilla, y tornaba a su rey cargado de presa y de trofeos. Tampoco dice la crónica qué causa hubo para que después de tales pruebas de lealtad y valor continuase mostrando desapacible y ceñudo semblante al alcalde de Toledo; pero se comprende que viéndose éste tan mal pagado, hiciese entrega del mando que tenía, y besándole las manos, despedido de sus parientes y amigos, tornase la vía de Jerusalén.

Para el leal entonces el rey representaba la patria: habíale servido con lealtad y arrojo en sus guerras de Andalucía, de Rioja y de Navarra, y recogía en premio ingratitudes; a la melancolía del desengaño se juntaba en su ofendido pecho la tristeza del destierro. Vedábansele los montes que fueron su cuna, donde había vivido feliz, amado de sus vasallos, poderoso en medio de los hidalgos que le servían y acompañaban, siendo el nervio de su fuerza en la guerra, y para hacerle más oscuro el cielo de la patria, acaso una amargura suprema apretaba el corazón del desventurado.

El linaje de su primera esposa, la época en que el matrimonio fué contraído, hacen sospechar que en él tuviera la razón de estado, la codicia de grandezas más parte que el afecto; sus segundas bodas con doña Estefanía de Armengol, hija del conde de Urgel, celebradas por aquel tiempo (1135), parecen, por el contrario, haber sido premio de un afecto profundo y sincero, a juzgar por la extraña expresión de la carta de Arras, del don Rodrigo a su esposa, otorgada en 1135, y en términos no comunes en semejantes tiempos, poco dados a enamoradas ternezas.

La corta memoria que de doña Estefanía se halla en diplomas del tiempo, no pasa del año de sus esponsales, y acaso esta razón, insuficiente como prueba definitiva, es bastante a hacer sospechar que fué la vida de la joven condesa corta, y su muerte ocasión que esforzó en el ánimo de su esposo la voluntad de peregrinar a Palestina. En la tierra sagrada de Siria peleó como había peleado en España; ganó a los infieles una fortaleza cerca de Ascalón, que ensanchada y bien guarnecida de soldados, armas y vituallas, entregó a los caballeros del Temple, cuyas hazañas había tenido ocasión de admirar y quizás de compartir.

El amor de la patria, y una esperanza vaga acaso de volver a sus hogares montañeses, le hicieron atravesar de nuevo el Mediterráneo; quiso ver al rey y no le fué concedido: odio singular el de este príncipe, a quien sus contemporáneos llaman magnánimo, cuyas hazañas ilustran su reinado glorioso; odio tenaz, cuya persistencia no se alcanza, por más que su origen se explique.

Vagó desesperanzado algún tiempo el proscrito en las cercanías de Castilla, en Navarra y Cataluña, como si quisiera entretener sus dolores contemplando de lejos los horizontes en que había pasado su vida activa, inquieta y trabajosa; pero este lenitivo convenía mal a su carácter entero, el emperador exigía de sus feudatarios que no asilasen al que tenla por enemigo, quien hubo de refugiarse entre los que lo eran de su ley.

Acogióse a Valencia, donde vivió algún tiempo, hasta que dándole los árabes, por causa que se ignora, en bebida preparada el germen de una enfermedad incurable, se halló cubierto de lepra, miserable, abandonado de todos, y tornó a embarcarse para Palestina; no ya paladín aventurero, dispuesto a ahogar sus tristezas y sus pasiones en el furor desesperado de las batallas, sino peregrino humilde, arrimado a un bordón, tendida la mano a la compasión ajena, puesto

el espíritu en Dios, mientras venía la muerte, que esperaba, y le tomó junto al sepulcro del Redentor Soberano.

La leyenda se apoderó de esta figura, cautivada por el relieve y color con que domina una época histórica. La Crónica general le supone uno de los jueces del campo en el célebre reto del Cid a sus yernos los condes de Carrión; el infante don Juan Manuel, en su célebre libro del conde Lucanor(61), cuenta su peregrinación a Palestina, y el común rumor de que la lepra le había sido impuesta por el cielo en castigo de haber calumniado con el pensamiento a su esposa. Finalmente, Sota asegura que en su tiempo las gentes del campo cantaban en la montaña romances, cuyo argumento eran las aventuras del célebre caballero, uno de los cuales comenzaba:

Preso le llevan al conde,
preso y mal encadenado.

También en las frías asperezas de Liébana hallaréis su memoria, si venís a visitar el viejo templo de Piasca, que fué monasterio y fundación suya, donde quiso que sus trabajados huesos reposaran, y donde acaso reposan.

Santander

Hic patria, amor fides.

- I -

Ingreso

Ahora, lector amigo, has de consentir que a guisa de huésped honrado por inesperada visita, te acompañe a ver y registrar los rincones de esta amada casa mía, sin olvidar sus menores aposentos. Yo llevaré una mano sobre el corazón para impedirle que en este o el otro lugar salte a impulso de un recuerdo, o del habitual cariño, y canse tus oídos de indiferente con divagaciones sutiles o ardientes encarecimientos; no pondré a prueba tu paciencia, si quieres gastar conmigo la que baste a seguir escuetas descripciones, a tolerar juicios que involuntariamente se escapan a quien describe y tienen en su abono ser sinceros; y por punto general dejaré a tu imaginación el cuidado de nutrir de color los enjutos contornos de mi dibujo, de repartir luces y sombras sobre la opaca y monótona narración mía.

Dejando caminos carreteros y peoniles, retrocedamos a tomar el de hierro para entrar de golpe y sin rodeos en el corazón de la ciudad.

Las aguas del mar le arrullan meciéndose a uno y otro lado de la vía. Luego, si has sido aficionado a vivir en compañía de poetas, el paisaje te va a recordar a Dante, a Byron, a Lamartine, a todos cuantos amaron al pino y cantaron su sombra, su tristeza, o el melodioso susurro con que le acarician las auras marinas.

Por sus troncos serpean los vástagos invasores de la yedra y la vid salvaje. ¿Has oído alguna vez el apólogo de Kerner?- Vanagloriosa la vid, derramando sus pámpanos, agarrándose con sus zarcillos y anegando el tronco en la pompa espléndida de sus sarmientos, motejaba al pino y le decía: -«¿De qué sirve tu vivir erguido y yerto, siempre aspirando como insensato al cielo? Heme a mí esparciéndome sobre la tierra, aligerando con mi zumo divino el cansado pie del hombre, regocijando su hogar en el melancólico otoño, ahogando su tedio, encendiendo a sus ojos un nuevo sol, cuando el sol del cielo agoniza y se apaga.»- Y el pino, grave y erguido, respondía: «Triunfa y envanécete en buen hora con las alegrías que das al hombre; ¿mas cuál de esos bienes vale lo que la paz que yo le doy entre seis tablas?»

Allí está sobre la colina el lugar de paz y descanso que el pino ofrece. ¡Paz a los muertos! Allí están los que respiraron ese aire que nosotros vamos respirando, los que vieron este cielo, contemplaron este paisaje con sonrisa en los labios o con llanto en los ojos, latiéndoles el pecho con los varios impulsos de la vida. Allí están los que poblaron los lugares que vamos a visitar, y los animaron con sus pasiones. A ti, viajero, que hallarás los lugares poblados y bulliciosos, ¿qué importa el semblante de los que los llenan? Pero yo echaré menos a los muertos, y en más de un paraje no me los han de hacer olvidar los que los sucedieron. Y buscaré la voz del uno, la mano del otro, y hallaré vacío en el templo, vacío en la plaza y vacío ¡ay Dios! en el hogar. ¡Paz a los muertos! Ellos descansan bajo el cielo amigo, y junto a la tapia que cierra sus restos, no pasan indiferentes. ¡Donde descansaremos los peregrinos y eternos caminantes de la vida!

Mira, o no mires, a esa larga sucesión de casas andrajosas, altas y hendidas, ladeadas y ruinosas, que parecen subsistir de milagro. No pensaban ellas que el viajero las iba a coger por la espalda; miraban a su calle, la calle alta, y para el vecino siempre murmurador y chismoso tenían la mejor cara y el mejor vestido; para el mar, que a fuer de grande es generoso e indulgente, y aunque se pica no se ofende, y aunque murmura no chismea ni muerde; para el mar dejaron lo que no quieren mostrar a la calle, y ahora que el curioso carril se metió entre ellas y el mar, casi no han tenido espacio de componerse y asearse para resistir ventajosamente su inquisición; verdad que, como él anda tan de prisa, cuentan con que no tiene tiempo de curiosear.

Al llegar a Santander, los trenes sueltan su carga y sus viajeros sobre un vasto terraplén a la vera del agua. Así truecan sus mercaderías mano a mano, mar y tierra, el vagón y el buque, barbeando sobre la escollera.

Rodean la estación almacenes y talleres; la vida de la industria esparce allí sus ruidos diversos y multiplicados, y se oye batir el martillo sobre la bigornia, y la sierra en las entrañas de la madera, y gemir la polea ahogada por el cáñamo; y a parque silba la locomotora o vibra la campana, vocea el carretero aguijando su yunta, y se oye la monótona canturía con que los marineros dan compás y unión a sus esfuerzos y mayor fruto a su faena.

Apenas puesto el pie en tierra, como quiera que nos hallamos en aquella jurisdicción que la gente de mar tiene por suya, sin que ordenanzas ni preceptos consigan desheredarla, nos salen al encuentro mujeres de zagalejo corto y pierna desnuda; traen en las manos gigantescas langostas y las ofrecen con voz empañada por la intemperie o la intemperancia. Ya en el siglo XIV, el arcipreste de Hita, al ponderar la riqueza y aparato de un banquete copioso y escogido, decía: «De Sanctander vinieron las bermejas langostas.»

Tostado y bermejo el caparazón como en días del regocijado arcipreste, largas y trémulas las antenas, saltones y negros como endrinas los esféricos ojos, plegadas las convexas planchuelas de la articulada cola, el tipo del crustáceo conserva inmutable al cabo de quinientos años su apariencia; tampoco ha padecido modificación sensible el de sus vendedoras; como en toda raza trabajadora por necesidad, y empleada en faenas duras y violentas, desconócense en ella la frescura y belleza juveniles, o son tan pasajeras, que apenas dan tiempo al observador de percibirlas; en cambio su energía de temperamento alcanza el más subido punto que pudo tener en remotos días, cuando el Estado curándose poco del individuo, éste había de bastarse a si mismo en todos los casos y apuros de la vida. Articulaciones nerviosas y fornidas, teñidas del color ardiente de la vena del hierro las desnudeces que curten el agua y el aire, estridente voz y ronca de terciar dominadora en toda clase de ruidos, tumultos de la plaza, querellas de vecindad o tempestades del cielo; mirada inflexible, ademanes prontos, aire retador, son los indicios de su energía física; la moral se manifiesta principalmente por su elocuencia fogosa, rica en calor y color, esmaltada de apóstrofes, hipérboles y prosopopeyas, iluminada por el gesto ardiente de la fisonomía, sostenida por las plásticas actitudes y arqueo de los brazos; su facundia no se agota, sus fauces no se secan, su garganta no descansa.

Y sus peleas, corno las peleas homéricas, tienen dos períodos o fases, la fase elocuente y la fase activa; provócanse primero en dilatadas pláticas, en que tanto entra el propio elogio como la invectiva y el sarcasmo, la blasfemia y el apodo; enumeran prolijamente las propias cualidades y los vicios de su enemiga, y enardecidas por la inspiración ambas contendientes, dan al diálogo sabor de más positivo choque; las eses silban corno saetas rehilando durante una refriega; el epíteto injurioso se repite sin cuento y con la misma ceguedad con que la mano encarnizada repite sin tino los golpes en el combate; luego llegan a las manos, periodo breve, pero terrible; se embisten a la cabeza y al arma blanca y natural, las uñas; pronto rojean largos chirlos en el rostro,

paralelos y ondulantes, y comienzan a volar madejas de pelo; hasta que vencida una, su castigo suele ser el mismo que manos follonas, ayudadas de una chinela, impusieron a la dueña doña Rodríguez en el castillo de los duques, por deslenguada y bachillera.

Allí próximas están las pescadoras sedentarias, acurrucadas detrás del banco, mal cubiertas de un toldo o un paraguas; delante tienen su apetitosa mercancía, chatas rayas y lenguados, jibias deformes, merluzas y congrios, brecas, barbos y lubinas, peces varios en matices y en formas, abiertos, partidos o enteros, engalanados de calocas y algas marinas, y los fantásticos mariscos, cámbaros, centollas, muergos, mejillones (o mocejones) y percebes.

A la mano tienen un airoso pabellón de cristal y hierro donde ejercitar su comercio amparadas de la inclemencia estacional; pero semejantes a ciertos ánimos que toman por agüero de muerte estrenar vivienda, repugnan y resisten verse encerradas dentro de tan linda jaula. Instinto vigoroso de independencia y libertad las mantiene fuera; acaso la inusitada apariencia frágil y aérea de la reciente fábrica, les dice que no resistirla al duro aliento de sus pulmones, embravecidos en una quimera, y temen que a la primer disputa entre dos vecinas, alaridos y voces hagan estallar los vidrios y derrumbarse la férrea armadura.

Entretanto, preside su aduar un pedestal rodeado de cadenas, haces y cañones, dentro de un cuadrilátero plantado de catalpas. Es la memoria consagrada por sus compatricios al generoso Velarde. Carece todavía de inscripción y estatua; ¿las tendrá algún día? Al bronce de los inútiles cañones que, marcados con la imperial cifra del primer Bonaparte, conserva el Museo militar de Madrid, no pudiera caberle mejor empleo.¡Digna ofrenda consagrar a la apoteosis del glorioso artillero la artillería ganada al enemigo!

II -

La abadía

Por cima de vulgares edificios, y a Mediodía, se levanta una torre cuadrangular, maciza, destinada en su origen a recibir peso más grave que el de las campanas y reloj que ocupan su ático. Estribando en ella corre al Este una nave desmochada, de bastardo estilo, que apoya sus muros en una masa de hastiales, ojivas y murallones, viejos, mohosos, empenachados de hortigas y malvas. Decoración ruda, pero acentuada; imán del viajero que en las ciudades busca, mejor que galas de su riqueza contemporánea, las marchitas facciones de su añeja fisonomía.

Tomando una subida, parte rampa, parte escalinata, que arrastra pegada al paredón más bajo, torciendo luego a la izquierda, nos hallamos en paraje donde puede el espíritu cerrar ojos y oídos a la vida actual, a sir lengua, trajes y usos, para vivir en lejanos tiempos. Era el terreno un cerro escarpado a lengua del

agua, cuyas asperezas domaron a golpe de machones y graderías, quienquiera que fuesen los que lo eligieron para fundación militar o cenobítica. Estamos al pie de la recia torre abierta en ojiva, dentro de cuyo hueco se espacian anchos escalones de piedra, trepando a una calle más alta, y al ingreso principal del claustro y del templo. A nuestra izquierda comienzan otros que suben a la puerta meridional; a raíz de éstos, y bajo el vuelo de su tramo postrero, se alza sombría bóveda; al extremo del lóbrego cañón se mira con deleite lucir el sol, y se adivina el halago del aire ambiente; en una de sus crujías está el portal abocinado del Cristo de Abajo.

La fábrica de la catedral descansa sobre cuatro pilares cortos y robustos que parten esta bóveda en tres naves. Altos zócalos poligonales, fustes cortos, arcos achaflanados, arquitectura del duodécimo siglo. Dobles hiladas de nichos en un lienzo de pared, muestran que tuvo un tiempo fúnebre destino; más antigua es su consagración al culto. Debió suplir a la iglesia en tanto se erigía; y datos ciertos prueban que a principios del siglo XIV se celebraban los misterios divinos en ella y en honra de los mártires Emeterio y Celedonio.

Recibe luz la cripta por dos ventanas que la tornan a flor de tierra a Norte y Mediodía de la torre; la del Norte, abierta en el vano de la que fué puerta, tiene en los tímpanos dos cabezas esculpidas dentro de dos medallones, modelados según estilo del renacimiento. Era tradición en el siglo pasado, que estos bustos, difíciles ya de conocer, eran imágenes imperiales de Santa Elena y su hijo Constantino(64), y esta atribución se comoda con la advocación del Santo Cristo, que acaso fué primitivamente de la Santa Cruz.

Un caracol abierto en el espeso muro, lleva del interior del Cristo al de la catedral; desemboca junto al altar votivo de San Matías, dentro de la nave izquierda.

Enhiesto y firme permanece el esqueleto del templo del siglo XIII: fábricas sucesivas de tiempos posteriores le envuelven y bastardean sus costados, como vegetaciones parásitas que hienden la corteza de un tronco caído en espesura impenetrable, y al cabo de siglos le laceran y roen sus entrañas, únicamente preservado por su fibra incorruptible se conserva ileso el corazón, testimonio de la edad del vegetal centenario: así la nave central conserva su crucería ojiva de labor tosca y perfil airoso, cerrada en las claves con leones y castillos, emblema de los reinos, y el escudo de Burgos, cabeza de Castilla, cuyo puerto era Santander. Y en las fajas de capiteles de donde arrancan los tallados nervios de las naves laterales, corren todavía aquella serie misteriosa de seres fantásticos, quimeras o esfinges, busto de hombre y cuerpo de fiera, postrera reliquia bizantina de la ornamentación del arte, rastro acaso de las encarnaciones mitológicas, y aquellas figuras rasuradas, de larga cabellera y ropas talares, que brotan del anillo del fuste como de una sima sepulcral, y se dirigen al pueblo con ademanes y gestos expresivos, pero que ya ni el pueblo ni los doctos comprenden.

Durante el período dentro del cual cabe suponer erigida la iglesia, por indicaciones de su estilo y traza, gobernaron a Castilla reyes poderosos y magnánimos. Alfonso VIII, que hizo de la Sierra Morena muro fronterizo e incontrastable contra el agareno. Doña Berenguela, ínclita madre del Rey Santo. Fernando III, que hizo pastar tranquilos los caballos de sus mesnadas en las floridas márgenes del Guadaira.

Alfonso VIII, sin embargo, no hubiera esculpido el blasón de un reino que no le pertenecía, y León era dominio de su primo, Alfonso también, que fué luego el noveno en Castilla. En tiempos de San Fernando el arte comenzaba a pulirse; engrandecía sus trazas, afinaba sus líneas, solicitaba del escultor mayor riqueza y variedad; parece, pues, que debió ser en días de doña Berenguela, casada con el citado Alfonso de León, cuando se alzaron y cerraron las bóvedas de la Abadía (1214 a 1230 de J. C.). La escogida matrona a quien cupo el destino augusto de criar en su hijo a la par cumplido rey para la patria y glorioso bienaventurado para el cielo, tenía con Santander lazos de éstos, lisonjeros siempre al pecho femenino, y que éste nunca afloja voluntariamente. Tratada de casar en su infancia (A. C. 1188) con el infante Conrado, hijo del emperador Federico de Alemania, Santander con otras villas y ciudades castellanas formaba parte del dote señalada a la princesa por su padre Alfonso VIII.

De cualquier modo, dentro del centenar que componen unidas la mitad del siglo duodécimo y la primera del inmediato siguiente, comienzan a señalarse en la historia general la villa y su abadía, como favorecidas por los reyes castellanos. Alfonso VII arranca, según vimos, la comarca montañesa de manos del último señor de Cantabria. Alfonso VIII amuralla y fortalece a Santander, legisla el tráfico de su puerto, provee a la administración y regimiento de sus pobladores, y la da en señorío al abad.

Este era en tiempos tan azarosos el medio más seguro de conservar a merced suya tierras tan inquietas y belicosas, apartadas, más que por la distancia, por la aspereza de sus fraguras, de aquellas en que entretenía a los monarcas su eterno empeño de adelantar la frontera cristiana hacia el Mediodía. Doña Berenguela fomenta y continúa las obras de la abadía; y San Fernando, que acaso las termina, consagra en un monumento breve, expresivo y duradero, a la manera heroica de aquellos tiempos, la participación de aquel su nuevo estado en empresas militares, el agradecimiento del soberano, el valor de sus súbditos, y la memoria gloriosa de la hazaña más alta de su reinado: este monumento es el escudo de armas de Santander.

No es el momento de hallarnos bajo los ojivales ámbitos de la catedral, impropio de semejante recuerdo; dentro de ellos oraron los tripulantes de la nave de Bonifaz; sobre esos roídos sillares que nosotros vemos y tocamos, recostaron su mente contrita, vagaron sus ojos entristecidos, que no hay quien, próximo a abandonar su patria, los conserve serenos, por más que a la jornada le arrastren entusiastas afectos, y sueñe encontrar al cabo de ella gloria, poder,

honores o riqueza: ¡cuántos habían de cerrarlos para siempre en las marismas del Guadalquivir! Los afortunados volvieron y posaron su mirada encendida por la ardiente luz de la victoria en las piedras donde la habían posado opaca y dolorida; antes y después, pesarosos o regocijados, no apacentaban su imaginación ruda con delirios y poéticas divagaciones; pero bajo la burda estameña de sus jubones medía los latidos de su sangre el vivo compás de los afectos entrañables y sinceros.

¿Quién de ellos traería la piedra que fué pila de surtidor en algún ajarafe sevillano y desde entonces es pila de agua bendita a la entrada de la abadía? - Sus letras esculpidas para celebrar la limpieza y frescura del manantial, parecen hoy encarecer en muslímica frase la virtud del agua consagrada que purifica y lava el corazón.

Labrado en bronce amarillo sobre el respaldo de los bancos donde asisten los procuradores de la ciudad a ciertas solemnidades, habla al pueblo el glorioso blasón, letra viva cuando la voz perpetua de la tradición lo descifra con leal pureza. Y pintado con trasparente e ingenuo color se conserva para cuantos leen en el libro famoso de la Crónica general donde suenan los primeros vagidos de la prosa castellana.

Dice así la Crónica:

«... los moros avien una buena puente con que passavan de Sevilla a Triana sobre barcas recias e fuertes mucho travadas con cadenas de fierro gordas mucho además, e passavan por ella en todas essas partes do querien como por terrenos onde avien gran guarimiento al su cercamiento.-ca toda su mayor guarda por ally la avien e de alli les venia.-otros si los que estavan en Triana la puente les era su mantenimiento todo a el su fecho: e sin acorro della non avien punto de vida. Bien assi entendio el rey Don Ferrando que si les él esta puente non tollese se podría el su fecho mas alongar de lo que non farie, e que por aventura a la cima que serie aventurado de se poder acabar. Desi ovo su consejo sobre este fecho: e mandó a Remon Bonifaz(67) e a otros que fueron llamados de aquesos que eran sabidores de la mar que fuessen ensayar algund arteficio como les quebrantassen por alguna arte la puente: e el acuerdo en que se fallaron fue: que tornaron dos naves las mayores e más fuertes que y teníen -e guisados muy bien de quanto menester era para combatir-en día de Sancta Cruz, tercer día de Mayo-en la Era de mill e dozientos e ochenta e seys años(68). Remon Bonifaz entró en la una con buena compaña e muy abondada de armas-en la otra fueron aquellos que Renon Bonifaz escogió de omes buenos guerreros: e assi estovieron esperando fasta que a hora d'mediodia se levanto un viento fraco non de gran ayuda-e con esto desandieron una gran pieça ayuso onde estavan porque tomassen el derecho viage mejor e viniessen mas rezias-E la nave en que Remon Bonifaz venle descendio ayuso mucho mas que la otra. E el rey Don Ferrando con creencia verdadera de la sancta fé que en e1 avie

mando poner a los mastyles destas naves cruces.-Desi movieron de aquel logar do descendieran-e ydas al medio el coso quedo el viento que non fazie punto del-e fueron los de las naves en gran coyta coydando que non acabarien lo encomengado-mas empero quiso Dios acorrer a la hora con buen viento-mas en rezio que començo. Desi las naves començaron yr muy reçias enderezadas las velas-e yvan los de dentro a muy gran peligro de algaradas e de engaños que por todo logar del arraval tenien posados los moros que non quedavan de les tirar a muy grand priessa: e de la torre del oro esso mismo con trabuques que los aquexavan adeinas-e con ballestas de torno e de otras maneras -e con fondas-e dardos enpeñalados-e con quantas cosas podien que non se davan punto de vagar. E los de Triana eso mismo fazien de su parte quanto podien. Mas quiso Dios que les non fizieron tal daño de que se mucho sintiesen. La nave que y primero llego yva de parte del arraval-e non pudo quebrar la puente por do acerto... mas la otra en que Remon Bonifaz yva-desque llego-fue dar un golpe a tan fuerte que se passo, crala de la otra parte de la puente-E el rey e el infante don Alfonso e los sus ricos omes quando esto vieron con todo el poder la hueste començaron recurrir en derredor de la villa por embargar los muros-e fazerlos arancar por aver logar las naves de se salir en salvo-e asi lo fizieron.-Los moros se tovieron de todo en todo por quebrantados tanto que vieron la puente perdida.»

Y el escritor que años después de acontecido, con tan sobria y mesurada pluma, refería el hecho, describía su teatro y sus menores accidentes, la fortaleza de trabes y cadenas que cerraba el río, las armas y cruda defensa de los moros, el pecho alentado y animoso de marineros y soldados cántabros, la incertidumbre del viento, la religiosa piedad del rey, la solicitada intervención del cielo, el rigor del choque, la rapidez del triunfo, y la decisiva importancia de la victoria, era, tal vez, uno de los canónigos (porque era colegiata ya) que regían la comunidad asilada en esta abadía. Ha sido parecer recibido entre analistas e historiógrafos que el libro de la Crónica general fué compuesto por Jofre de Loaysa, abad de Santander por los años de 1272(69); y otros atribuyeron al insigne Nuño Pérez de Monroy, que ocupaba la silla abacial entre 1309 y 1322, la docta y espinosa tarea de escoger y copilar las noticias y documentos destinados a servir para la ordenación de aquella historia.

La divisa del señor completó el escudo de la villa. Figuraban en sus sellos el abad y capítulo de San Emeterio, dos cabezas humanas(71), símbolo indudable de la tradición inmemorial que acreditaba a su iglesia la posesión de los cráneos de sus patronos los santos hermanos mártires Celedonio y Emeterio, que puestas en jefe, conforme al uso y prescripciones heráldicas, coronan el blasón y te distinguen del de las vecinas villas de la costa, que participes de la empresa de Sevilla, lo fueron también de su gloriosa y desinteresada recompensa.

A Risco no le pareció suficiente prueba de la antiquísima posesión de estas reliquias el nombre de San Emeterio, que en los siglos medios llevó la abadía de

Santander; se ayuda de Moral es, que trae, sin prueba suficiente, a tiempos coetáneos el hallazgo de ellas.

Reducida y pobre la iglesia de doña Berenguela, fué aumentada por uno de sus abades, elevado a la metropolitana de Burgos. Don Manuel Francisco de Navarrete Ladrón de Guevara, arzobispo de Burgos en 1705, que había regido aquella colegial desde 1693 hasta 1699, comenzó el ensanche y obra de la capilla mayor. Sus obreros acomodaron las formas dórico-latinas a la gallarda montea de la nave ojiva, al área estrecha del viejo ábside, ensanchada a expensas de la vecina fortaleza; y el presbiterio, realzado sobre tres gradas de finos mármoles, quedó separado por dos recios arcos torales del resto del edificio. Para cubrir la monótona desnudez del muro plano del fondo, le aplicaron un retablo de viciosa arquitectura, pero de grandiosas proporciones y ricamente dorado.

Un elevado zócalo, dos cuerpos partidos por esbeltas columnas corintias, un remate aligerado por dos ventanas gemelas, un gran relieve central, un grupo encima, cuatro imágenes colaterales, constituyen su ordenación sobria y bien entendida. La reciente corrupción del gusto hizo ondear las cornisas, cortar los remates o rizarlos en cartelas y brotar ligeras vegetaciones parásitas entre el fuste y la basa de las columnas, entre los cuerpos varios del arquitrabe, decorando los entrepaños de nieles y ramajes abiertos en hueco con más gracia que majestad adecuada al sitio.

En el intercolumnio central campea de alto relieve la Asunción de la Virgen, misterio titular de la iglesia; siéntese esta escultura del gusto de la época, que fundaba el equilibrio de la composición en la simetría de los grupos y figuras; pero es de mano diestra, dibujada con firmeza, estofada y pintada con delicadeza y suavidad. Más que obra de imaginero, parece obra de estatuario, concebida para ser labrada en mármoles; ofrece reminiscencias de estudios clásicos, apartándose de la tradición nacional tan viva y gloriosa en Castilla y Andalucía; manera mórbida y ligera, oportuna al asunto, como lo era la robusta y recia de Roldán y Montañés para las trágicas escenas de la Pasión.

Igual manera produjo las estatuas que en los intercolumnios laterales representan los gloriosos mártires patronos de la ciudad y su provincia, en traje militar romano, loriga de cuero, casco empenachado, coturno y clámide derribada a la espalda, permitiendo lucir la airosa proporción del busto y el perfil general de la figura.

Conforme a la tradición católica, rematan el retablo las tres figuras del Calvario; la escena en que se consuma la redención, y en que la palabra decisiva de Cristo liga con lazo indisoluble de dolor y agradecimiento los humanos destinos al herido amor de su madre.

¡Mísero de quien allí no respira auras de paz y de misericordia, de quien en el místico ambiente del templo empapado de los aromas del incienso y de la humedad de los sepulcros, homenajes de los vivos y memorias de los muertos, alimentado del aire de los suspiros, del vaho de las lágrimas, no se siente movido a perdonar y arrepentirse, a sollozar y gemir dentro de sí mismo! ¡Más

mísero aún quien de aquella atmósfera que desahoga el pecho, eleva el corazón e inflama el espíritu, toma para sus entrañas no sé qué invisible germen de insaciables odios y ciegos rencores!

Vosotros los que os recostáis en esos plintos y columnas, y juzgáis impacientes y cansados el recinto estrecho, el culto pobre, opaca y discorde la voz de los sagrados cánticos, porque estáis en el abril de la vida, y el batir de alas de la imaginación os ensordece y sonáis con deslumbradoras esplendideces y pampa magnífica, pensad que nunca habéis de oír música que tan blandamente os hable al corazón, y le amanse en sus desvaríos y altiveces y le levante de sus desfallecimientos.

La imagen de la augusta Señora, a cuyo tránsito glorioso está la iglesia consagrada, prevalece en su recinto, titula sus capillas, realza sus retablos, santifica sus aras. Adórala allí el ánima devota del cielo y de la patria, bajo tres gloriosas advocaciones, veneración honda y constante de los españoles: la de su Concepción Purísima, que aclaman patrona de su tierra, guía de su estado, consolación perpetua de aflicciones y miserias; la del Pilar del Ebro, tutela y escudo de independencia y honra, rodeado de sus firmes y leales aragoneses, pechos de pedernal, roca y fuego; la del Rosario, festejada por el santísimo pontífice Pío V, en agradecimiento y memoria de aquella victoria de las galeras españolas sobre la armada del turco en las aguas inmortales de Lepanto.

En otra parte tiende su simbólico escapulario, vestida del pardo burlel que abrigó el inflamado corazón de Santa Teresa, en otra muestra el yerto cadáver de su Hijo, asistida de ángeles, pero lacerada por aquel dolor sin igual que ofrece como ejemplo a quien afligido la contempla: videte si est dolor sicut dolor meus.

En los demás altares adora el pueblo a sus naturales patronos, al mártir del Calvario, al Salvador glorioso del mundo, al apóstol pescador, hijo de las olas, natural protector de la gente marinera; y adórale en la hora de lágrimas, de contrición, en que, despierta a la voz del vigilante gallo su ruda conciencia le hiere con implacable dolor, dolor de su negación, su apostasía, su miedo.

También tiene allí altar el fervoroso mártir del sigilo confesional, y el glorioso paduano, objeto de ferviente culto femenino. Ninguna de estas capillas pertenece al primitivo plan de la obra; son construcciones greco-romanas de época decadente. Del altar de San Matías, por cuya inmediación penetramos subiendo del Cristo de abajo, hay que hacer mención más detenida. Porque el culto de ese apóstol, culto oficial en Santander, trae su origen de días en que la peste había hecho asiento en la villa, y apenas desaparecía por breves intervalos y amenazaba despoblarla. Es antiguo esto de la peste en Santander, porque entre las tradiciones de su fundación, hay una que asegura que la villa vino a ser fundada donde hoy se halla, porque de su asiento primitivo, más tierra adentro, fueron arrojados por la peste los habitantes.

Pero en 1503, agotados los auxilios y medios humanos, pensaron las corporaciones eclesiásticas y populares en impetrar del cielo un intercesor

especial entre los apóstoles, cuyo amparo alejase el azote que sobre el pueblo incesantemente caía.- «E luego tomaron doce candelas de cera, iguales por peso y medida, y encendida cada una de ellas en igual, e doctada e nombrada cada una a cada uno de los dichos doce apóstoles, e la que postrera quedase encendida que aquel apóstol a quien se habla nombrado la tal candela aquel querían tornar e tomaban por su patrono e amparador, e defensor e guardador del dicho pueblo e de sus alquerías e vecindad, para ahora e para siempre jamás, para que la guarde de todo mal y en especial de pestilencia». Y oída misa mayor por las autoridades y pueblo congregado, sucedió consumirse sucesivamente las velas y quedar postrera ardiendo la dedicada a San Matías; y conocida por tal camino la voluntad del cielo, se acordó tomar e invocar al apóstol por patrono de la ciudad y su término comunal, y hacer villa efigie de talla del Santo, y celebrar fiesta en su día, y llevarle procesionalmente por las calles de la población encomendada a su custodia, con otras particularidades que se contienen en la curiosa acta de voto y capitulación.

Salgamos al claustro por una puerta cuyos machones en su revestimiento llevan la fecha del siglo XV, manifiesta en el estilo de las torres castellanas esculpidas en recuadros alternos, mientras sus jambas y dintel acusan más moderna edad(75). El ancho patio, antiguo cementerio, ha venido al cabo de tres siglos a recobrar la placentera y fresca fisonomía que tuvo en el XVI, cuando un viajero lo apellidaba «huerto amenísimo perpetuamente embalsamado por el fragante aroma de sus árboles florecidos». Una cruz clavada en escabel de piedra abre sus brazos de hierro sobre la tierra bendita, un tiempo lecho de humanas reliquias, cercada de rosas y cipreses, de laureles y magnolias, a cuyo rico follaje dan suave y soñolienta voz las auras pasajeras, nunca dormidas en estos parajes marinos. Todos lo vimos desierto prado, cuando entre su yerba ociosa asomaban los escuetos ángulos de algunas piedras sepulcrales, desencajadas y ennegrecidas por las lluvias.

Rodéase el jardín de arquería ojiva, por donde entra copiosa luz a las cuatro crujías del claustro. Su disposición es sencilla: pilares de planta romboidal, amortecidos vivos y aristas, un doble collarín por capitel y otro por basa. El pavimento de los ánditos cubiertos más bajo que el piso del patio antes de ser renovado en 1782, era un memorial de piedra donde la antigua sociedad, la villa de los siglos medios, con sus gremios, corporaciones, insignias, escudos, dignidades y apellidos, aparecía viva, entera en su organismo detallado y completo, como aparece la ciudad romana en Herculano y en Pompeya, desentrañada de lavas y cenizas volcánicas. Se había formado con lápidas desalojadas de la iglesia del Cristo, probablemente por la idéntica razón que las desalojó luego del claustro; muchas de ellas conservaban grabados los atributos o emblemas de profesiones y artes, instrumentos y herramientas de oficios, costumbre heredada de los primitivos cristianos, seguida durante los siglos de fe, conservada en las comarcas y países pobres e incultos donde únicamente príncipes o magnates podían magnificar sus sepulturas con grandiosos

simulacros y prolijas inscripciones. Completaban el curioso museo lapidario epitafios esparcidos por el claustro, y sepulcros, estatuas y figuras de la nave meridional, que después de haber sido entierro de canónigos, vino a servir para común sepultura de pobres. La ciencia epigráfica, que hoy tan solícita y perseverante busca, reune y compara documentos, que no se ahorra de fatigas ni caudales para restituir, merced a sus esparcidos rasgos, la fisonomía social de señalados monumentos históricos, hubiera estimado en su valor singular tan rara y curiosa galería.

En la nave occidental se abre la puerta de una capilla arruinada, cuya advocación del Espíritu Santo, es memoria y última reliquia del hospicio fundado para doce pobres por el abad más insigne que tuvo la Colegiata.

Ilustre por su sangre, considerado por sus letras, eminente por sus prendas de consejero y estadista, Nuño Pérez de Monroy, brilla con purísima gloria en tiempos harto difíciles para la monarquía castellana. Dos minoridades sucesivas pusieron a prueba la integridad de su carácter, que salió ilesa de tan prolijos y multiplicados riesgos, encarecido su buen nombre con el extraño ejemplo de conservar su dignidad modesta, sin pretender a mayores en la jerarquía eclesiástica.

Cierto que su virtud no estaba sola; apoyábase en el corazón varonil y entero de la matrona regente doña María de Molina, gobernadora de los reinos de Castilla durante la menor edad de su hijo Fernando IV, y posteriormente la de su nieto Alfonso XI. Honra singular y excelencia gloriosa de nuestras dinastías españolas, la de que sus hembras mostrasen en el trono cualidades suficientes para acreditar al más esforzado y prudente varón; estirpe rica, generosa y bendita por Dios, la que dando una Isabel santa a Portugal, una Blanca gloriosísima a Francia, cuenta dentro de nuestra tierra española una Berenguela en el siglo XIII; una María en el XIV; una Isabel por excelencia católica en el XV. Y de esta tradición perpetuada y enaltecida, del hábito de obedecer y servir a una mujer generosa y digna, cuya autoridad y elevación eran justificadas por el ejercicio constante de toda virtud doméstica y pública, nació acaso en la caballería castellana el respeto profundo a la mujer, y tomó nuestra cortesía su carácter austero y grave eximiéndose de la liviana jovialidad que empaña y desdora la celebrada galantería de otras naciones. La cotilla y el chapín bordado terciaban en la vida social con el arrebolado prestigio de haber hollado el escabel del solio con no menor firmeza y gloria que el férreo zapato y el borceguí purpúreo, y fulgía sobre la frente altiva de la dama española, reina del estrado, la soberana aureola de sus semejantes las señoras del solio.

Acechada por el bando de los Cerdas, joven entonces esperanzado y resuelto, cercada de nobles tornadizos y ambiciosos, no muy segura de sus derechos la viuda de Sancho el Bravo, fuera acaso figura menos eminente y ejemplar de nuestra historia sin la asistencia y constante celo del abad de Santander. Porque en el consejo de los príncipes pueden los privados hacerles servicio mayor que

el de procurar su gloria y engrandecimiento; pueden preservar su fama del feo epíteto de codiciosos o malrotadores, y su nombre de torpes manchas de sangre vertidas en traiciones y venganzas; y de favor tan inestimable es deudora doña María a Nuño Pérez, que después de mantener y justificar la pureza de su administración, supo impedir el homicidio consentido por el rey, en la persona de un príncipe don Juan su tío, venido a Burgos a asistir a una fiesta de familia en fe de un seguro real.

No anduvo escasa la reina en pagar la leal asistencia del abad, quien respondió con largueza de príncipe, gastando su hacienda y su crédito en servicio de pobres y de reyes; éstos posaban en sus casas de Valladolid como en palacio propio, y en ellas, al decir de Alonso de Maldonado, cronista de los Monroyes(81), casó aquel don Pedro famoso por sus justicias. Para los pobres fundó asilos en Plasencia y Valladolid, y a su querida iglesia de Sant Medel y San Celedón la dotó con rentas y capellanías, proveyendo a su prestigio con ordenar y regularizar el aparato del culto y lloras canónicas, y a su seguridad con lograr de los monarcas reinantes la confirmación y ensanche de los privilegios otorgados por antecesores suyos, principalmente los del señorío de la Villa, y derechos de ancoraje y puerto, mercedes de Alonso VIII.

Antes de despedirnos de la vieja abadía, recortamos su historia, dejándonos guiar en las tinieblas de las eras remotas por la mano segura y experta del preclaro ilustrador de nuestra historia eclesiástica, P. Enrique Flórez. Piensa el ilustre agustino que en el siglo XII, y por obra de Alfonso VII el emperador, fué convertida en colegial la antigua fundación monástica existente en Santander de tiempos inmemoriales. Otro tanto había hecho en Santillana, y sin duda estos actos de aquel rey emprendedor respondían al pensamiento político de unir estrechamente a su corona y real servicio estos estados, arrancados al dominio feudal de sus señores naturales, como dijimos al hablar del último de ellos, Rodrigo González de Lara.

«No reconozcáis otro señor más que al abad de San Emeterio», decía casi un siglo después (1187) a los santanderinos un nieto de aquel monarca, el glorioso vencedor de las Navas; Alfonso VIII, «o a quien hiciese sus veces en su ausencia, él os nombrará merino que oiga vuestras querellas y las decida, y al abad recurriréis de las decisiones del merino cuando lastimen vuestro derecho; al abad pagaréis censo de la casa que habitareis, de la tierra que adquirieseis, del huerto que labraseis; sea juez en vuestros litigios, y si litigaseis con extraño, venga éste a hacerse oír o dar sus descargos ante el tribunal abadengo. No iréis a la hueste sino cuando el rey cercado de enemigos lo necesite, ni pagarán entrada vuestras mercaderías por mar ni tierra en la villa.»

Con estos privilegios y otras donaciones reales, la abadía crecía lo bastante para que, mediado el siglo siguiente, no pareciera pobre estado para un infante de Castilla, y la poseyese don Sancho, cuarto hijo del Rey Santo.

En su celda abacial de Santander se ocupaba el príncipe en ordenar las horas canónicas, en corregir a sus beneficiados estableciendo penas para los

negligentes en el coro y prohibiéndoles la asistencia a romerías y otros parajes públicos. Y a 5 de Octubre de 1257 firmaba sus constituciones, donde se contienen curiosas cláusulas: «Otro si mandamos, que cuando fuera el Preste a comulgar que vaia con sobrepelliz, y con cruz, y con agua bendita y con lanterna, que bala con candela ardendo y con campana taniendo ante sí, y llebe el Corpus Christi ante sus pechos con gran reverencia, e que vaian con el dos clerigos de la Iglesia de los que han beneficios menores, et que no le desamparen fasta que sea tornado a la Eglesia, y esto que lo mande el sacristan a los clerigos de los beneficios menores... y si fuera de la Eglesia dijere palabra vedada a su compañero, y ge lo podían probar, que sea privado de la racion por ocho días. Demas, mandamos que ninguno non beba en taberna, ni juegue dado, ni faga juego atal que sea contra la honestidad de la clerecia.» Y esta otra de obscura Interpretación: «Demás mandamos que ningun clérigo non dé la mano á ninguno en cimenterio ni en la Eglesia, si no fuera ante el altar quando dijere misa, si non fuese en placentería de todos los canónigos».

Los abades que suceden hasta don Nuño Pérez proveen con igual celo a la prosperidad y prestigio de la colegiata, ya con prescripciones canónicas, ya mereciendo de los reyes la confirmación de privilegios antiguos y donaciones nuevas. De don Nuño ya hemos dicho el celo constante por su iglesia y repetidos favores que la procuró. Él consiguió del rey don Fernando IV la renta de la sal para aplicarla a obras pías, conforme a su mejor voluntad; él tomó de ella lo necesario para la diaria y continua asistencia de doce pobres; él logró que se le confirmase y a su cabildo el derecho de ancoraje en los puertos de las cuatro villas; obtuvo del rey Alfonso XI la mitad de los tributos reales (servicios y pedidos) de la villa para establecimiento de tres capellanes; él al fin logró la merced de que su iglesia fuese excluida de la general disposición dada contra las franquezas y libertades de las iglesias en general, revocándose en cuanto a ella las cartas reales expedidas en nombre del mismo Alfonso por doña María de Molina su abuela y los infantes sus tíos y tutores, en Toro, a 22 de junio de 1316.

Sucédense luego otros abades que, desempeñando cargos en corte, seguían más a menudo a ésta que hacían asiento en la abadía. Así fueron sus derechos invadidos y menoscabados, tanto que a principios del siglo XV, don Juan García, abad de Santander, hubo de recurrir al rey don Juan II en querella y reclamación de ciertos dominios usurpados por vecinos audaces, y el rey, en 16 de Diciembre de 14 10, y en Medina del Campo, proveyó a la petición, disponiendo que su adelantado mayor en Castilla, Diego Gómez Manrique, se encargase de obligar a la restitución a los detentadores.

Muy entrado ya este siglo, la poderosa casa de Mendoza, aumentada con los señoríos de la Vega y el marquesado de Santillana, se apodera de la abadía cuyo báculo empuñan, entre los años de 1486 y 1538, tres prelados de aquel apellido.

Reinaba Felipe II, y era abad don Juan Suárez Carvajal, cuando se promovió por vez primera el pensamiento de la erección en obispado de la colegial de

Santander, uniéndole la de Santillana y otros territorios. Fué combatido el plan por unos y sustentado por otros. Santillana alegaba su supuesta mayor antigüedad y otras razones, solicitando la preferencia para la nueva sede. No tuvo efecto por entonces la concesión ni tampoco en las diversas ocasiones en que se removió la instancia y se pidió su resolución por el cabildo de Santander durante el siglo XVII.

Una bula de Benedicto XIV, despachada en 12 de Noviembre de 1751, erigió finalmente el obispado, cuyo primer titular fué el entonces abad don Francisco Javier de Arriaza, y la colegial y la abadía perdieron sus anticuados nombres para mudarlos en el de Catedral.

La puerta del claustro nos pone en la Rúa Mayor; años hace tenía esta calle fisonomía original y propia; pegado a los restos que aún subsisten del edificio colegial, se mostraba un casón antiguo, obra de nobles líneas, apellidado palacio; su edad, dos siglos, años más o menos; mis coetáneos recuerdan sus pesados cornisones, las macizas repisas cónicas de sus balcones semicirculares, el verdín tornasolado que marcaba a lo largo de la fachada las filtraciones de la lluvia y los penachos de yerba apoderados de sus impostas, donde chillaban escondidos los gorriones voraces.

Los ancianos de primeros del siglo lo conocieron vivienda de un magnate, el conde de Villafuertes, vizconde del Tanaro, y en sus narraciones, doradas por el tiempo y el sol risueño y mágico de los días juveniles, es grato descubrir rastros de aquella vida de señor, monótona acaso, pero serena, y tan distinta de la vida presente. El palacio comunicaba con el claustro de la catedral, y cuentan los ancianos que durante el descanso establecido en las horas canónicas, los canónigos pasaban a la sala de billar del vecino y le acompañaban y se divertían con el taco, el tabaco y la taza de café, a que, a fuer de discreto, era aficionadísimo el conde.

«Fútil detalle y que hace poquísimo al caso» -pensará alguno de mis lectores.

Sin contradecirle ni defenderme, diré por qué no he resistido a la memoria que me lo trajo a los puntos de la pluma. Háme sucedido tantas veces vagar cansado por los libros que pretenden conservar la fisonomía de las edades humanas, y no hallar en ellos sino el postizo arreo de un oficio, el traje con que el hombre se ofrece al público y lo solicita, que cuando por azar en ellos o por descuido del autor asomaba un detalle doméstico, un pormenor de la vida común, mi ánimo se recobraba de su fatiga, sintiéndose entonces y sólo entonces en compañía de semejantes suyos.

El espíritu humano, considéresele individual o colectivamente, tiene sus períodos de crecimiento sucesivo: es infantil primero, dado a admirar y a

levantar con su admiración todo aquello que menos se le parece; luego siente que la admiración sola tiene algo de inconsistente y huero, y se inclina a saber la verdad de las cosas, y la busca, por más inmediata o por más interesante en lo que le concierne y es pertinente a su condición y naturaleza.

Hubo un tiempo en que Aulo Gelio y Terencio Varrón, Plinio y Petronio, domésticos pintores de Roma, dieron más curiosa luz y más clara al terrible pueblo, que sus épicos analistas. Estos gloriosos magnificadores de la patria refirieron cómo el romano organizaba sus ejércitos, imponía sus códigos, colonizaba y combatía; sus poetas menores y escritores de costumbres nos han contado cómo el romano vivía. Nos dejaron el conocimiento minucioso y perfecto del suelo en que el germen fructifica, el análisis de la vena donde escondidamente se engendra y solidifica aquel metal raro que los historiadores nos ofrecen ya forjado y convertido en arma centellante, en prodigiosa herramienta, o en joyel deslumbrador.

Tan ligeras como son y tan de poco momento estas y otras memorias parecidas, tienen el melancólico encanto de lo pasado, y acaso no es ocioso recordarlas.

La raza antigua mengua y se extingue en ciertas ciudades de provincia; sucédela otra vigorosa y nueva con el justo e indiscutible fuero de su actividad, de su energía, de su constancia y de su trabajo; pero imitando a los labradores, que al preparar una tierra usada para nueva sementera, descepan, arrancan, queman y exterminan la añeja raigambre, pretende borrar con su desdén lo pasado, negándolo o escarneciéndolo; suponiendo que la virilidad social del pueblo que habita ha sido instantánea y exclusiva obra suya. Error grave y manifiesta injusticia. Cada edad humana ha puesto su contingente, dado de su savia y de su vida para el crecimiento y sucesión de las futuras, y es vano pretender romper con ninguna de ellas y suponerse desligado y libre de su ascendencia.

Cada estado social contribuye a la economía, orden y movimiento común; cada uno de ellos tiene lugar esencial y funciones propias, sin que haya posibilidad de extirpar o excluir a ninguno de ellos por razón de los excesos a que su propia índole los expone: al militar, porque suele ser prepotente y agresivo; al eclesiástico, porque puede dar en invasor y tenebroso al político, porque se inclina a la falsía; al mercader, porque propende al embuste. Y tan injusto como sería negar a los vicios de cada estado la oposición y equilibrio de virtudes contrarias, tanto sería y tan insensato atribuir a determinado siglo todo cuanto es glorioso para nuestra raza, altitud de ingenio, amor de la justicia, heroicos impulsos, y a otro cuanto la envilece y desdora, cobardía de ánimo, flaqueza e ignorancia.

En las evoluciones y sucesivo movimiento del mundo moral, lo que parece más súbito e instantáneo a nuestros ojos es obra de larga y lenta preparación-trabajo acumulado por la sucesión de los momentos de nuestra raza-. Vicios y virtudes son herencia recibida de nuestros mayores, y que legaremos a los que

nos sucedan. Si queremos estimar su verdadero valor, estudiémoslas con rectitud de propósito y sin pasión en as diversas épocas humanas.

A esta parte, pues, por donde vamos, parte alta y meridional de la villa, llamaban puebla vieja, separada de la puebla nueva o baja por un barranco donde entraba el mar, y cuyas márgenes servían de astillero y atarazanas. Uníalas un puente, donde en trances de discordia vinieron más de una vez a encontrarse y pelearon ambas pueblas. Porque la villa, aunque arrimada al bando de los Giles, tenía dentro de sí inagotable origen de división y guerra en la rivalidad y ambiciones de linajes opuestos, codiciosos de gobernarla y dominar a sus contrarios. Hijos de un mismo apellido se disputaban perpetuamente la preeminencia y posesión de los cargos concejiles, y para rendir en su pro el oscilante fiel de las elecciones populares, empleaban tanto la violencia de las armas como en tiempos más cultos los sutiles enredos de la astucia.

«En la villa de Santander», dice el buen Lope Garcia, «no se falla que oviese bandos sino que todo el mando de la villa avia seido e era en el linaje de Escalante fasta que Gonzalo Gutierrez de la Calleja que era criado e pariente de J. º (Juan) Gutierrez de Escalante se allo con la Rua mayor e con la ayuda de los Giles fizo guerra a los Giles fijos de Juan Gutierrez de Escalante despues de él muerto, e peleando un día con los fijos e sobrinos de Ruy Gutierrez de Escalante a la puente, feriéronse muchos de los de Escalante porque entraron en su barrio, e morió J. º (Juan) de Escalante fijo de Juan Gutierrez el ciego (el viejo?) de una saetada que le dieron por el pie de pasillo, é esta fué la primera sangre vertida entre ellos.»

Ominoso lugar parece la puente para los de tal apellido, porque siglos adelante, y en aquel paraje, amagaban a quien lo llevaba, no virotes de ballesta, sino balas de fusil asestadas a su generoso pecho. Dios le guardó para ejemplo y amparo de sus hijos, y para darle ocasión de perdonar agravios y pagar ingratitudes con favores. También andaba Santander partida en bandos, roída por la sedición, alterado su reposo, interrumpidos sus honrados hábitos de trabajo, que a distancia de siglos y a pesar de la densa capa de experiencia, desengaños, escarmientos y castigos que el tiempo tiende sobre el mundo, la pasión humana retoña al advenimiento de cada generación, con igual brío, irreflexión y empuje.

Otras plumas historiarán estas conmociones e inquietudes; la mía no quiere apartarse ahora de épocas ya serenadas por el tiempo, en cuyos recuerdos se entretiene; mas hay lugares donde no pasa el hombre sin levantar el corazón a Dios y bendecirle, como se descubre y santigua el caminante ante la cruz del humilladero, como el navegante se enternece y ora a vista del escollo donde naufragó su buque y conservó la vida; por eso es la tierra templo sembrado de incógnitos altares, de misteriosas aras, cuya imagen está en el cielo, y cuyos cultos pasan invisibles entre un corazón agradecido y el Criador.

Allí en la Rúa Mayor tiene su solar el antiguo y revoltoso linaje; allí muestra todavía su puerta ojiva del siglo XIV, flanqueada por dos repisas esculpidas de incierto empleo, coronada del sencillo blasón y el apellido, timbres que agobia el orgulloso escudo de los Guevaras, sobrepuesto más tarde en una reedificación o restauro, a causa de traslación de dominio. Las hiladas de sillarejo, su color y labra distinguen en la fachada lo más añejo y lo más reciente. Esta casa, llamada por el pueblo el Navío, sea por su extraña disposición interna, por su forma prolongada y angosta, o por su situación semejante a la del buque que encallada su proa en las algas y el cascajo atraca su popa al terraplén de la ribera, y su vecina señalada con las armas de Herrera, únicas en pie de tan remotos días, son padrón de lealtad y amor patrio. Conservólas el pueblo cuando abatió los solares vecinos castigando a sus dueños de haber faltado a la causa común de la villa, en cierta ocasión memorable.

Aquel triste rey Enrique IV, de lastimosa memoria, era despojado por armas o por intriga de lo mejor de sus dominios; en provecho de los ensoberbecidos grandes de Castilla. Arrancábanle villas, ciudades y castillos, unos peleando contra su derecho, asistiendo al infante don Alfonso; otros pagándose a ley de generosos del servicio que prestaban, amparando su combatida causa. De éstos, el marqués de Santillana, Diego Hurtado de Mendoza, segundo del título, había logrado en su favor donación de la villa de Santander.

Poco lisonjeada del favor y harto mejor avenida con la autoridad realenga, floja a veces, pero más benévola y menos apurada que la de los señores, la villa rehusó entregarse al prócer allegó éste fuerzas en sus estados de Santillana y occidente de la provincia; y puestas al mando de don Ladrón de Guevara, señor de Escalante, las dió por escolta a su merino de Santillana, Juan de Gauna, y al corregidor García López de Burgos, encargados de hacer cumplida la donación regia.

Santander, amurallada y fuerte, determinó resistir; pero antes de probar la fortaleza de sus cercas habla el de Santillana probado, y probado con suerte, la de sus moradores. Corrompidos con dádivas y promesas de otras mayores, tres hidalgos de buena sangre, Fernando Fernàndez de Alvarado, Juan Gutiérrez de Alvear y Gonzalo de Sotórzano, diéronse al enemigo- tanta mano tenían en el gobierno de la villa, que pudieron abrirle franca entrada a la Rúa Mayor, a la colegial y al castillo; aposentáronle en lo mejor de ella.

Sorprendidos, no desconcertados por la traición, los leales se recogieron a la parte baja de la villa, mientras sus corredores y mensajeros extendían por la costa y valles comarcanos la fama del trance en que la villa estaba puesta. Todos respondieron a la guerrera llamada: los pueblos, temerosos de que la tiranía feudal ahogase sus fueros y libertades; los señores, convencidos de que el rey no era competidor para ellos, y lo habla de ser, y temible y forzosamente aventajado el marqués.

Giles y Negretes acallaron sus quejas, vencieron su encono y enviaron sus huestes contra el más poderoso. Sucesivamente recibía auxilios la villa y sostenía recios y cuotidianos combates con los intrusados alevosamente en su seno. Corría la sangre por una y otra parte, morían hidalgos y burgueses; allí cayó de un ballestazo Fernando de Escalante junto al arroyo de Becedo y su desagüe en las atarazanas, entre los cuerpos que señalaban cada día la frontera de ambos bandos y el sitio de la refriega; pero a medida que les crecía el ánimo a los santanderinos, menguábales a sus contrarios, cercados ya y desesperanzados de refuerzo. En tal punto pidieron tregua. Concertóse por sesenta días, durante los cuales la villa de arriba estaría en manos de don Ladrón de Guevara; y si al cabo de ellos no llegaba socorro del marqués, sería entregada a los vecinos.

No descuidaron éstos prevenir las contingencias; aprovecharon la tregua para enviar naves por la marina a solicitar aliados y recursos, y al cabo de días gastados por los hombres del marqués en espiar inquietos día y noche desde los altos muros y troneras que ocupaban, por ver u oír señal que les avisara del suspirado socorro, sólo tuvieron ojos para ver entrar por la ancha bahía las gruesas fustas que traían soldados a la villa, y oídos para oír el vocerío con que eran recibidos vizcaínos y trasmeranos.

Guiaba la animosa flota Juan Alonso de Muxica y de Buytron, señor de Aramayona, poderoso y temido en Vizcaya, aliado antiguo de los montañeses, y a quien convenía tenerlos corno avanzada y muro contra el de Santillana, más poderoso y no menos que él arriscado; allí venía Gonzalo de Salazar, hijo de Lope García, acaudillando sus solariegos de Somorrostro, que dejaron huella de su marcial entrada en el nombre de la calle por donde embistieron y aún dura, y Juan de Agüero, con sus parientes y allegados, con que la villa tuvo en torno de su pendón una lucida hueste de tres mil hombres escogidos y bien armados.

Y ya pudo, sin riesgo de enflaquecerse, rebosar del estrecho recinto y tomar los caminos por donde pudieran llegar los socorros del marqués y establecerse en lugar conveniente, apercibiéndose a recibirlos.

Vinieron éstos al mando del conde de Saldaña, primogénito de aquél, trayendo gente enviada por su deudo don Pedro Fernández de Velasco, primer conde de Haro; mas llegados a la puente de Arce se arredraron y detuvieron, y en tanto se aconsejaban y resolvían, expiraba la tregua. No aguardaron mayor plazo los de la villa; arremetieron con todas sus fuerzas, entraron iracundos la Puebla vieja, hirieron, asolaron, ocupáronla toda vencedores, y la iglesia y el castillo, y derribaron a raíz del suelo las casas de los torticieros.

No vió el débil rey con malos ojos esta resistencia de su villa; revocó la merced y premió adelante su desobediencia y bríos, titulándola muy noble y leal. Los hidalgos de la tierra vieron celebrada su victoria, y entre los cantares y decires con que el pueblo recuerda y perpetúa los sucesos históricos, anduvo buen tiempo esta copla:

A dos condes y un marqués
un caballero montañés
lleva a todos de través.

Sería interesante saber qué parte tomó el abad en estos acontecimientos. Parece cómplice de los amigos del de Santillana, puesto que su iglesia fué de los puestos abiertos al invasor por los conjurados; pero ¿quién era entonces el abad? ¿Cómo se llamaba? ¿Tenía aún jurisdicción señorial? ¿Pertenecía a la familia de los Mendozas, cuyos apellidos encontramos por aquellos años en las sillas abaciales de Santander y Santillana? ¿Era ya abad don García Lasso de Mendoza, nieto del primer marqués de Santillana, el cual años más tarde ocupó ambas dignidades? Curiosos habrá que, acotando las blancas márgenes de este libro, diluciden e ilustren este punto y tantos otros como van quedando al estudio y erudición de mejores ingenios.

¿Cuál fué la puerta franqueada a los agresores en la querella? Siete tenía el muro un siglo después; probablemente las mismas de entonces: los nombres de seis de ellas, conservados en los de las calles a que abrían salida, declaran paladinamente su situación respectiva: Arcillero, Santa Clara, Sierra, San Francisco, Atarazanas y San Pedro; queda por señalar la llamada de San Nicolás. Atendamos a que la Rúa mayor, importante en aquel tiempo, había de tener forzosa comunicación con la campiña; a que en la obra contemporánea citada no se menciona cuál fuese; a que enfrente de ella y por las alturas de las actuales calzadas altas hacia donde hoy están Santa Cruz y el hospital, el antiguo panorama de la villa ofrece una iglesia con advocación de San Nicolás, y colegiremos sin violencia que la puerta de San Nicolás, situada hacia lo alto del paredón de hoy, daba entrada a la Rúa mayor, y por ella de rebato, amparados de la noche, conducidos por los tres hidalgos tornadizos, entraron los soldados del marqués.

Ayúdame, lector, a restablecer el antiguo paisaje, a imaginar derribado caserío de la actual ciudad a Occidente de la cuesta del hospital; a fingir entero el muro, enhiesto su almenaje su pardo lienzo arranca de la Rúa mayor y baja la colina abajo, escalonado en trozos de igual altura y nivel distinto. En lo áspero y encumbrado del terreno el escarpe suple al foso que en la accesible hondonada se abre ancho y enjuto, tal como lo pintan las memorias contemporáneas. El terreno encañado entre esa colina de San Pedro o San Nicolás y la de San Sebastián que corre al Norte de la villa, ondea subiendo hacia Occidente en valle desigual y mies abierta. Una cruz de piedra señala los límites rurales: a uno y otro lado de ella pasan el arroyo y el camino, y arrimado al muro de la ciudad y a la puerta de su nombre, levanta su antigua fábrica el convento de San Francisco. Supón la hora del mediodía en uno de los templados y serenos de invierno: el sol baña las piedras y el matizado suelo, y la gente menuda acude a tomarlo resguardada del sutil Nordeste; el filo de la contraescarpa, el

pie del muro están ocupados por jayanes que duermen, mendigos que se limpian de miseria y hacendosas mujeres de braceros que guardan su pobre colada tendida y remiendan las calzas del chicuelo que en tanto se abriga con el calor del cielo. Alguna rodona de cercenado guardapiés, cortejada por un soldado de la fuerza o de las galeras de Castilla ancladas en el puerto, se aleja por el camino de Burgos, por donde cruzan sollastres y garnijos, dándose groseras zumbas y soeces vayas; los primeros a abastecer su figón de comestibles, exentos de la tasa de la villa; los segundos a recibir al mulatero, cuya recua esperan cargar en la ribera al retorno de las lanchas pescadoras.

De tanto en tanto se detienen y agrupan con otros concurrentes en torno del truhán que recita, con gutural y compasado acento, los sabrosos romances del Palmero o la Infantina; del aventurero que miente peregrinaciones, votos y penitencias testimoniados con talcos, plomos y conchas, prendidos a su rota esclavina y mugriento sombrero, y aunque mal confiados en su veracidad y en su honrada palabra, y dispuestos a zumbarle con epítetos raeces, todavía soldados y marineros, próximos a arriesgarse en navegaciones y aventuras, le buscan a hurtadillas y le pagan en sonantes novenes la peregrinación a Santiago, las estaciones de hinojos ante el Pilar santo de Zaragoza, y acaso acaso un capitán enamorado le colma el oculto bolsón, para que, llegado a Roma, hecha con ardiente contrición la visita de sus siete basílicas, eche el clavo a su fortuna y le consiga del cielo el favor de tornar venturoso y hallar fiel a su amada.

En tanto al umbral de la portería franciscana se atropa la muchedumbre hambrienta que aguarda la sopa. El hidalgo que vuelve de dar su cuotidiano paseo por la solitaria mies del valle, en sabrosa plática con un racionero de la colegial, se ve acosado por los más audaces; recházalos con un ¡Dios los amparel atufado por el penetrante hedor que expiden; pero a tiempo pasa la santera de San Bartolomé del Monte, que sale de la villa de su semanal cuestación; salúdale por su nombre; el hidalgo se detiene, mete mano a su escarcela y suelta una blanca en el taleguillo de la frera; a punto ya de entrar por el arco de San Francisco, cruza otro saludo con el padre procurador de Santa Catalina de Monte Corbán, que pasa caballero en su mula, remangados los blancos hábitos, batiéndole las piernas los hijares de su bestia, y los hombros las alas del fieltro con que se guarda del sol o de la lluvia.

La campana colegial que tañe el Ave María, a la cual responden las de los conventos, parece poner espuelas a la rucia, que repicando el paso toma la cuesta del Cubo y desaparece entre los setos de las huertas. El hidalgo se para y descubre; imítanle muchos de los transeúntes; el racionero reza, las mujeres en lo alto se santiguan, y aunque de mala gana, soldados y daifas bajan la voz y templan la risa. Y, al cabo de breve pausa arrecia el vivo rumor del gentío, las voces diversas, gritos, carcajadas, apóstrofes y juramentos; recobran su acción y movimiento grupos e individuos, y destellan al vivo rayo del sol el jubón recamado del caballero, la acerada gola del militar, el ceniciento hábito del

mendicante, la abigarrada trapería de lisiados y truhanes, y los zagalejos de las mozas de servir que traen lleno el cántaro de la fuente de la Bóveda o de la más lejana, y por ende más concurrida, de Becedo.

- IV -

Dos conventos

Esa portería donde tu imaginación dócil a mi deseo, lector complaciente o compatriota amigo, ha visto amontonarse el tropel hambriento y desarrapado, no era la que en tus días da paso a pretendientes e intrigantes, a paisanos y militares, extraños huéspedes del claustro(99); ni tampoco ese pórtico donde los domingos aguardan mezclados la hora de su rosario hermanos de la orden tercera y acogidos de la caridad, y los días comunes al caer la oración miden las losas y pasean sosegadamente dos o tres padres comentando las nuevas de la ciudad o los negocios de la corporación, al sabor y al humo de un papelillo.

El actual convento lleva la fecha de su reedificación en la fachada: 1639. Gonzaga, general de la orden, que un siglo antes escribía su puntual historia y estadística, pone la fecha de su fundación primera anterior al año 1270, a juzgar de las letras de un sepulcro situado a inmediación del ingreso principal. «No existe -dice- tradición ni escritura de su edad ni fundador». Carezca en buen hora de diploma o instrumento auténtico, mas no puede fallecerle la tradición, nacida de la incertidumbre misma de su origen, fastos del pueblo que a su modo hace la historia inspirado por su gratitud o su rencor.

Tradición tiene el convento, tradición común a las fundaciones seráficas de oscuros principios. Lo que es desdeñado por un cronista imparcial y austero, guardábanlo amorosamente bajo la caliente lana de su sayal los humildes y pequeños, y al desnudarse la monástica jerga, lo conservaron al calor de la seglar sotana, como parte que era, no del traje, sino del alma.

Yo se la oí contar, oscura en tiempo, dudosa en nombres, incierta y confusa como descolorido recuerdo o palabra de anciano, balbuciente y tarda.

Venturoso en guerras, y pagado de esfuerzos y fatigas con el acrecentamiento pingüe de su mayorazgo, vivía la villa cierto hidalgo honrado y temeroso de Dios. Pertenecíanle estas tierras próximas al muro, solar del convento y huertas vecinas, erial entonces infecundo. Cavilaba buscando modo de hacerle fructífero el buen hidalgo, y contra la costumbre de su ánimo resuelto, vacilaba indeciso: ya imaginaba enajenarle, ya resolvía romperle y labrarle, o bien edificar vivienda para si fuera de las lóbregas y estrechas calles de la villa, abierta al sol y al aire con el regalo y esparcimiento de árboles y jardines.

En tales meditaciones vivía; sus convecinos murmuraban sorprendidos del reposo con que parecía mirar aquella parte de su hacienda; censuraban en otro tiempo su actividad, inoportuna a veces, a veces excusada; su constante afán de

mejorar, cambiar, amojonar, partir y descuajar, y ahora le raían por perezoso e indiferente; y ahora y antes, lo mismo de su actividad que de su inercia, concluían idéntica afirmación, a saber: que algún misterio envolvía el proceder del hidalgo, que bien sabido se tendría el por qué de ello, y algunos provechos ciertos aguardaba. ¡Quién acertó nunca con la opinión y gusto de sus convecinos!

Paseaba cierta tarde el hidalgo sus cavilaciones por el camino de Burgos, cuando vió llegar dos frailes de hábito extraño para él, y facha venerable. Se encontraron, y el más enjuto y joven de los forasteros saludó al hidalgo por su nombre, deseándole el favor del cielo. Lisonjeado por la novedad, cortés a medias y a medias curioso, incorporóse a los viandantes para guiar su entrada en la villa. Caminaban despacio y entretenidos; la conversación del fraile, persuasiva y fervorosa, inflamaba lentamente el sencillo corazón del hidalgo. Nacíanle gratas sospechas de que iba hablando con un siervo de Dios predilecto y bendito, y luego las trocó en certidumbre, cuando cercanos a las puertas de la villa el varón apostólico le dijo: «Estas tierras que os turban el sueño y acucian el ánimo, tienen empleo señalado por los designios de la Providencia; Dios las quiere para mansión de los pobres hijos de Asís, y envía a su siervo Francisco a poner la primera piedra de su casa. Hincóse el hidalgo a besar el hábito del santo, y ufano de la elección divina, cedió las tierras para fundación de la orden.»

Singular vacío ocupa en las historias franciscanas el lugar del viaje del gran patriarca a España. Todas convienen en que peregrinó a Santiago de Compostela, y el cómputo de los años de su vida y empleo de cada uno de ellos, hace caer la jornada dentro de los de 1213 y 1214. No la mencionan aquellos tres compañeros, testigos perennes y leales de los dichos y hechos del santo, León de Viterbo, Rufino de Asís y Ángel de Rieti, que dejaron escrita una Memoria expresiva y breve de todos sus actos. Sin embargo, la tradición constante y repetida se afirma con datos y pormenores suficientes para que el grave analista Wadingo admita como positiva y auténtica probanza.

El seráfico mendigo, el bienaventurado caballero de la pobreza, como se titulaba, cuando vuelto de sus vanidades hidalgas trocó martas y brocados por la áspera jerga, y el dorado cíngulo por la soga penitente, goza del prestigio común a todos los héroes populares. Cada región pretende haber sido teatro de sus milagros, todas quieren haberle visto y albergado, haber sido honradas con su elección para asiento o cuna de nueva comunidad, nueva familia. Testimonio, no tanto de piadosa vanidad cuanto del concepto universalmente adquirido de la prodigiosa actividad, incansable celo y eficaz propaganda del héroe.

Como al valor y al brazo de los paladines legendarios se atribuye el vencimiento de todo monstruo, la doma de toda fiera, el remedio de toda calamidad, a la insaciable caridad de Francisco se atribuye el establecimiento de su religión en toda región extrema, tempestuosa y fría, agria y estéril,

inhospitalaria y ruda. Ley eterna de la gratitud humana, que paga todo beneficio con la perpetua memoria de su bienhechor; legado que las generaciones heredan y extienden, acrecentándole siempre, renovándole a menudo, invocándole en horas supremas, en momentos de tribulación; en los apuros de la patria, si el héroe no fué más que héroe; en los aprietos del corazón, si fué santo.

Patria y corazón han de vivir expuestos a dolores y miserias, y recaer en su yugo, por largas treguas que hayan de sosiego y de fortuna; por eso el nombre y culto de sus patronos en la historia y en el cielo, si a intervalos se entibia y decae, no perece ni se extingue nunca. Nadie se lo enseña a los niños, y éstos lo aprenden, y lo defienden, y lo aman, y lo invocan apenas su tierno pecho sufre la ponzoña del dolor primero, apenas siente lastimado ese amor áspero, violento al suelo nativo, que madruga en el alma harto más que la razón y el discurso.

Italia es tierra feraz, opulenta y jugosa, en que la planta hombre nace y crece más vigorosa y ruda, según decía su famoso Alfieri; madre de hijos insignes en virtud y en maldad, en gloria y en infamia, que sobrepujan al tiempo y perpetúan su nombre, alzándole a la más alta gloria o enlodeciéndole en criminal bajeza; preclaros ingenios, esclarecidos capitanes, sublimes santos y torpes criminales o hediondos réprobos.

Italiano y de Asís fué Juan Bernardone, a quien su padre, por amor que a lo francés tenía, y semejanza que entre el genial de aquellos naturales y el de su hijo creyó hallar, dió en apodar Francesco, apodo destinado a altísima fortuna y perenne nombradía.

Ya mozo, tentóle la vanidad un deseo loco de emular en gastos y rumbo a los hidalgos sus convecinos. Logrólo aína; la nobleza menuda de Asís era ociosa y pobre, mientras en casa de Francisco, casa de mercader aplicado y hacendoso, había caudales horros, nunca mejor empleados que en satisfacer sus veleidades de magnífico. Esto pensaba su madre, madre al fin, y que, nacida de estirpe noble, vela de buen grado las aficiones de su hijo, y no se hacía de rogar para sustentarlas.

Guerras y placeres eran la vida en aquella edad de la juventud hidalga en Italia; en guerras y placeres participó Francisco, obedeciendo siempre a las ansias infinitas de su pecho y sin verlas sacias nunca.

Así su imaginación ardiente comenzó a volverse a las cosas del cielo, a sentir la atracción de lo invisible y eterno, de lo inmaterial y permanente; la generosa grandeza de la Redención vino a labrar en su ánimo, la voz del mendigo cobró un eco extraño a sus oídos, y la efigie del Crucificado se animó a sus ojos con la vida dolorosa de una agonía sin remedio y sin fin; el pecador comenzó a sentir el dolor de las heridas del mártir, a oír sus quejas y sollozos: sincero y ferviente, había cedido a las disipaciones mundanas; sincero y ferviente se dejaba envolver y arrastrar por la seducción inefable del misterio.

Prendas de su alma habían sido la compasión y el desprendimiento, virtudes que llevan lejos, muy lejos, a la miseria y a la santidad. Por esto su primer paso en el nuevo camino por donde entraba, ciego de fervor y de esperanza, fué despojarse de sus bienes con provecho de sus semejantes; por eso halló quien le siguiera, quien le acompañara, quien imitase su abnegación. Esas virtudes son el numen del fundador evangélico, su iniciativa, su fortaleza y su prestigio; llaman el favor del poderoso, la limosna del opulento, la personal consagración del pobre y del entusiasta.

Menores llamó Francisco a sus compañeros, y menores se llamaron sus discípulos luego que Inocencio III desde su silla apostólica ratificó y bendijo la nueva comunidad y la nueva regla; menores, porque Jesucristo habla dicho a sus apóstoles: «Lo que hiciéseis a los menores de vuestros hermanos, lo habréis hecho a mí.» Los benedictinos le dan una iglesia suya, arruinada casi, tan pequeña y pobre, que en su lengua italiana la llamaba el pueblo Santa María de la Porciúncula, porque parcela o porcioncilla escasa de tierra era la que la iglesia ocupaba y le pertenecía. Y de tan humilde principio y de seis fervorosos que le asisten y obedecen, parte la orden mendicante a ocupar el mundo.

Rico de amor corno era el corazón del patriarca, encerraba intimo germen de poesía. Educado anticipadamente su entendimiento en la música y en la poesía caballeresca de los trovadores, puesto, por su vivir errante y mendigo, en comunicación constante con la naturaleza, y necesitado acaso de hablar otra lengua que la lengua de la razón y del discurso usada en sus predicaciones, de descansar de la lengua que persuade en la que exalta y conmueve, prorrumpía en aquel himno sublime, il cántico del Sole, en que acordándose del común origen de todo lo criado, llama hermanas a todas las criaturas, convidándolas a alabar y engrandecer al Señor. A su ejemplo riman y cantan sus compañeros y discípulos, el gran Buenaventura, su futuro historiador, Jacomino de Verona, uno de los precursores de Dante, y aquel Jacopone de Todi, autor de la elegía en que la cristiandad entera llora el dolor de María al pie de la cruz.

Y quizás la poesía franciscana y su hondo sentimiento de la naturaleza influyen en el arte y hacen aparecer un nuevo elemento de composición, el paisaje, en tablas y frescos del decimotercero siglo, al renacer la pintura en manos de los prerrafaelista en Sena y en Florencia.

Es San Francisco de las figuras históricas que arrastran consigo y distraen de todo camino cuando se las encuentra. Continúa ejerciendo en los dominios de la imaginación su irresistible ascendiente. No es preciso para ello entrar en un templo corno éste, espacioso y pobre, en cuyo piso lees todavía los números de las antiguas sepulturas; en cuyos machones miras el blasón elocuente de la orden, la cruz soberana patíbulo del hijo de Dios, y clavados en ella el brazo redentor y el brazo penitente, la desnudez divina y el cilicio humano, el sacrificio y la oración, y rojeando a sus pies la sangre, precio, llave y fruto del sin igual misterio.

Pero acaso bajo las anchas bóvedas, prendidos a las imágenes sacras, a las figuras de los escudos heráldicos, a las labores de los sepulcros de los antiguos caballeros, viven recuerdos que prestan viva luz al ambiente y hacen fulgurar la santa diadema del patriarca, que en lo más alto del retablo mayor tiende aún los brazos abiertos al cielo.

Los soles de la vida agostan el alma; pero en su tierra abrasada duerme inextinguible un germen que retoña y reverdece al calor de un afecto, al riego de una lágrima, y como no se olvida la manera de santiguarse, porque viene de enseñanza maternal, tampoco el lugar de la primera oración, de la primera misa, porque en ella acompañó la madre al hijo. En el umbral bendito dejan su carga las aldeanas, fiándola del mendigo que tiende la mano abierta a los fieles; cóbranla cuando salen, y subiéndola sobre la cabeza tornan a su faena; en el umbral bendito deja el alma sus tristezas humanas para entrar dentro de la iglesia como entraba antes de probarlas y conocerlas, alegre, desembarazada, señora de un horizonte breve pero sereno, tan limpio de penas, que para dar alimento a la sed de padecer, sello misterioso de nuestra raza, necesitaba afligirse con el padecer ajeno. No teniáis; al umbral y a la salida hallaréis de nuevo, y no menguado en peso, vuestro fardaje.

En esta iglesia y en su capilla de San Luis, dice Jorge Brawn se verificaban las elecciones anuales de los magistrados de la villa. Los mejores linajes de ella, abusando de su poder, intervenían y violentaban la voluntad popular, o la menospreciaban y se sobreponían a ella cuando no iba conforme con la suya propia. Modos había de preparar el sufragio, concertando su aparente espontaneidad con el provecho de los ambiciosos e intrigantes; pero no siempre alcanzaban o se torcían antes de dar el prometido resultado, y entonces los desesperados no vacilaban en acudir a la violencia, violencia que alguna vez ensangrentó el atrio del templo y acaso los ámbitos sagrados.

Eran los antiguos bandos que, reducidos al recinto de poblado y ya despedidos de sus antiguas cabalgadas y rebatos, perpetuaban su división y odios, buscando la satisfacción de su vanidad en la humillación y derrota de sus contrarios.

Parece que un rey, Juan II quizás, quiso remediar el escándalo, y dió ciertas ordenanzas a la villa para la provisión de los cargos de su magistratura. Eran un modo de transacción y avenencia entre los linajes enemigos, para que de mutuo convenio alternasen en el regimiento y administración municipal. Mas sucedió que algunos de los linajes, bien avenido con la posesión de la autoridad, cuando fué cumplido su tiempo y llegó el de cederla al linaje rival, desentendióse de las ordenanzas y rehusó cumplirlas. Constituyóse entonces un estado de permanente discordia, más grave aún y más escandaloso que aquel al cual habían puesto término las ordenanzas de don Juan II.

Y los Reyes Católicos se vieron en el caso de proveer a su remedio, expidiendo en Madrid, a 30 de enero de 1498, una carta real en que ordenaron, hasta en sus menores detalles, el modo de hacer las elecciones. ¿Fueron mejor

obedecidos que su negligente padre? Es dudoso. En un proceso de mediados del siglo XVI hallo que en el primer tercio del siglo era cabeza del bando de los Giles Juan Ruiz de Escalante, el viejo, «el cual vivía en la Rúa mayor, e proveía la vara de la Hermandat, cuando cabía a su linaje en quien quería». Prueba de que caída en desuso la provisión última, se había vuelto a las ordenanzas anteriores. Y a dos de mayo de 1560, el rey Felipe II, en Toledo, aprobó y confirmó, para que se restituyera a su ejercicio, la carta de los Reyes Católicos, sus bisabuelos.

Otro solar antiguo tuvo la orden francisca en la villa. Diósele en 1323 doña María de Guitarte, viuda de Gonzalo García de Santander, valeroso capitán de las naves de Alfonso X y Sancho IV. Huérfana de hijos y de esposo, y ricamente heredada, la piadosa hembra gastó su hacienda en labrar convento para las hijas del seráfico padre, dentro de los muros, arrimado a su ángulo nordeste entre las puertas de la Sierra y la que de su vecindad se llamó de Santa Clara.

Todavía cerca la clausura el ancho paredón, sobre cuyos altos adarves arraigan laureles e hinojos; todavía subsiste el ábside del siglo XIV, con su rasgado ventanaje, tapiado en días de guerras civiles, sus rudos estribos y toscas gárgolas, y queda parte del cenobio construida en menos remoto tiempo: en el siglo XVII, a juzgar por su arquitectura.

¡Pero cuál se asombraran sus pacíficas y antiguas moradoras si, restauradas por un momento en su retiro, oyeran el constante y bullicioso estrépito que hace retumbar sus ámbitos!¡Y qué famosa ocasión para ejercitar su natural travieso y provocativo tendrían los estudiantes que dentro de ellos corren y vocean, si vieran parecer un día a las venerables madres, y asomar las graves tocas y luengos mantos, poniendo coto a sus juegos y atajo a sus diálogos y palabrería, pocas veces casta y ortodoxal!

Vacío el monasterio por la revolución, destinóse a colegio de segunda enseñanza con el nombre de Instituto Cántabro. Tenla entonces Santander varones de ánimo robusto, que pudieron con justicia aplicarse a sí propios la frase de un héroe de Lope de Vega:

En las guerras soy soldado
y en las paces regidor.

Metidos en los azares de una guerra civil y desastrosa; dudosos los destinos de la patria; sombrío el horizonte y preñado el cielo de siniestros presagios, pusiéronse en mientes llevar a cabo una fundación esencialmente pacífica, cimiento de más tranquilo vivir, centro de luminosa enseñanza, fuente de clara doctrina que, ahorrando a las madres el dolor, a los padres el dispendio de alejar en tierna edad a sus hijos, les dejaba el dulce peso de educarles el corazón, atendiendo a la vez al indispensable cultivo de su inteligencia.

Salían aquellos honrados ciudadanos de guardar la improvisada aspillera y entraban en el salón municipal. Dejaban el marcial entretenimiento de la táctica y su ejercicio para discutir la administración popular, y sin descalzar la militar espuela al regreso de aventuradas expediciones, preparaban y escogían los medios de realizar su intento, dando a su obra sólida trabazón y duradera vida.

Por uno y otro camino llegaron al término donde se compensan el desinterés y la perseverancia: la abnegación y el esfuerzo en el campo, la prudencia y la integridad en la gestión de los intereses comunes, se vieron premiadas con igual felicísimo éxito, y un mismo día celebraron los santanderinos la paz de Vergara y la inauguración de su Instituto.

¡Hermosa coincidencia!; soltar las armas y abrir las aulas; envainar la bayoneta, retirar el cañón amenazador de la angosta tronera y erigir la cátedra del magisterio; apagar la tea y encender la antorcha; tender la mano al enemigo y llevar juntos sus hijos a los bancos del estudio, donde no han de oír predicaciones de odios que enciendan la sangre y armen el brazo, sino principios benéficos y creadores; donde han de aprender las máximas de la moral para amarse, las leyes de la filosofía para conocerse, los misterios de la ciencia para penetrar la admirable máquina del mundo y comprender sus portentos, los ejemplos de la historia para honrar la patria, los encantos de las letras y las artes para estimar la grandeza del ingenio humano, respetarle como a centella de divino origen, como a consolación suprema de ruinas y dolores, como a prenda exclusiva de duración de los pueblos, pues la misericordia del cielo conserva y perpetúa sus obras cuando pasaron y se extinguieron sus leyes, sus armas, su poder, su gloria, y ya no pisa la tierra hombre que hable su lengua y en ella rece, discurra, blasfeme o gima.

Desde 1839, año de su inauguración, ha sido el instituto plantel donde las inteligencias cántabras, preparadas por una labor primera y rudimentaria, han sido nutridas de sustancia y modeladas para sus destinos ulteriores; allí se han iniciado y presentido las vocaciones de todos nuestros conterráneos de la generación actual; allí los que ahora ciñen espada sintieron el primer hervor del militar entusiasmo exaltados por las glorias de la falange, del tercio, de la guerrilla; allí los que guían naves por remotos y tempestuosos mares, vieron la primera luz de los rumbos del cielo en sus fijos luminares; allí los que velan con provechosa constancia en persecución de la fortuna, tuvieron la noción elemental de la economía y del cálculo; allí los que predican al pueblo desde la sagrada cátedra, los que amparan la justicia en el foro, sintieron el misterioso atractivo de la palabra; allí los que manejan pluma comprendieron la áspera grandeza de esta obra excelente y viril, la cual exige de consuno idea, valor, inspiración y trabajo, según frase del más elegante de los modernos críticos franceses.

Allí, en fin, ha sentido, o siente, o sentirá las primeras e inefables caricias de la musa patria, el ingenio, que ha de hacer olvidar este libro mío (si alguna vez mi libro logra fama, siquiera en los estrechos horizontes de la tierra nativa),

trazando en fiel y vigoroso retrato su imagen, inspirado por la voz íntima y constante que oye el buen hijo brotar, doliente de las ruinas, de los recuerdos, del sepulcro sagrado de su madre olvidada u ofendida:

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.

- V -

Los muelles.-La bahía.-Escuadras y festejos

No abusemos de tu paciencia, lector, que andará ya muy al cabo, así como tu aliento aridecido del seco polvo, o hastiado del vapor de moho que tantas piedras viejas despiden.

Vamos a lo que no envejece ni se muda, a lo que permanece y dura, aunque movible y fugitivo, según la expresión de nuestro Quevedo. Vamos al mar, azul y profundo, sonoro y undívago hoy, como lo era en los tiempos en que arrullaba aquí vastas soledades; al mar que vieron en el siglo V los Erulos o Normandos de que nos habla el viejo Idacio, igual que lo ven ahora los mareantes de los clippers que llevan pan a Cuba y de Cuba traen tabaco y dulce.

Aquí está la gala de Santander, aquí su opulencia: aquí suena la respiración de sus anchos pulmones, su rumor sordo de colmena, su correr de tratos y negocios, su rechinar de cabrias, su zumbar de aventadores, su rodar de barriles, su golpear de empaques, su contar sin duelo y sin tregua de cueros, duelas, hierros, tablas, bacalao y fardería: aquí late la vida de su cerebro, aquí suena el oro de su bolsillo, y cruje sobre el papel la pluma de sus escritorios, y susurra en el aire el cuchicheo de sus transacciones y el aritmético y arcano frasear de cotizaciones, precios, cambios y descuentos.

Por aquí rebosó, haciendo estallar el férreo cinto de sus muros, cuando, crecida de villa a ciudad por merced del señor rey Don Fernando VI, le pareció poco y estrecho aposento el de sus antiguas calles, y para edificarse vivienda suntuosa y vasto almacén echó cimientos en el agua, donde no tenía más coto que el de sus dineros y su voluntad.

La voluntad no ha enflaquecido nunca, los dineros han tenido períodos de fluir y prodigarse, y tiempos de escasear y retraerse. Y los muelles, sujetos a las fluctuaciones económicas, empujados en los momentos prósperos, paralizados en los adversos, han ido entrándose mar adelante con la pertinacia de todo lo fatal e incontrastable.

Su fábrica cuenta a piedra en grito y al más sordo, tres períodos sucesivos de construcción desde que, levantado el piso antiguo de la baja Ribera, al promediarse el pasado siglo, paulatinamente creció hasta el Martillo, en cuyas obras suena el nombre del Don Juan de Isla, que hallamos en el astillero de

Guarnizo. Luego, en los días de 1820 a 1823, se alarga desde el Martillo al Merlon, y se apellida Nuevo por su fecha, de Calderón por su diligente constructor y empresario, y al cabo se dilata hasta el desagüe de Molnedo, anónimo, porque se edificó en tiempos en que la asociación es especial y poderoso agente de la actividad humana, y en ella se anegan nombre e iniciativa individuales, por más que de la iniciativa individual tenga toda asociación su espíritu, su energía, sus resultados y sus provechos, y más ligero y menos suntuoso, porque ha nacido en tiempos en que hay muchos vestidos que hacer, y no se puede consumir el caudal en uno solo, suntuoso y de boato. Pero este es muelle epiceno y mestizo; tiene de señor y de obrero, de comerciante y de vago, de taller y casino, de lonja y de paseo. Sin quitarse la honrada librea de su trabajo, el polvo de la harina que le mancha muros y losas, como mancha el polvo de la creta las barbas y manos del escultor, como mancha el polvo de la hulla la piel curtida del cerrajero, cesa, descansa, toma aires de ocioso y de galán, se deja visitar por damas y se hace cómplice de amores y elegantes aventuras.

Otro es el muelle que no reposa ni tiene domingo, ni hora de urbanidad y sociales esparcimientos; el muelle obrero, de pipa y faja, incansable, rudo, polvoriento, escabroso, inhospitalario para todo el que no va a pagar o recibir jornal, a cargar o descargar, a comprar o vender. En este muelle liemos desembarcado. Arranca de la parte meridional de la ciudad y se tiende al Sudoeste a buscar, avanzando por escalones, la distante península de Maliaño y a pedirle su nombre.

Franceses vinieron a construirlo, y un día de verano de 1853, entre músicas y aclamaciones de algunos entusiastas, y las preces que la Iglesia tiene para toda obra beneficiosa y útil de la inteligencia humana, sumergióse en las aguas de Santander, por cuatro o seis brazas de fondo, la primera piedra de la construcción. ¡Cuántos se reían y alzaban los hombros al oír hablar del porvenir y utilidades y ventajas de una empresa cuyo presente se reducía a un sillar sumergido en las aguas, hundido y desaparecido en el cieno de su fondo! La fe es prenda rara; faltábales a los mismos que, partícipes del pensamiento inicial, lo habían transmitido a la actividad y mayores medios de los extranjeros; húbolos que como Esaú vendieron su derecho de primogénitos, es decir, de propietarios primeros en la tierra arrancada al mar, levantada y establecida sobre su extensa ciénaga, por un plato de lentejas, y quizás el descorazonamiento cundía y se arraigaba porque los extranjeros, aparte de las ventajas que de la realización del plan habían de dimanar, legítima recompensa de sus afanes y perseverancias, pedían pocos dineros sonantes.

Pero al sillar inicial y simbólico fueron siguiendo algunas barcadas de sillares. Un día ya asomó el artificial escollo sobre la base de las aguas en su pleamar, y como hitos de una medición fantástica fueron asomando otros escollos parecidos en toda la extensión de la obra proyectada.

Los escollos fueron creciendo y ensanchando, luego se unieron, luego el cieno de las mareas se espaldó en su base y rellenó sus huecos, y los barcos fueron descargando arena al abrigo de aquellos estribos, y el mar, después de porfiar una vez y otra, de roerles los cimientos, de arrancarles las piedras de la base, de minar, arrastrar, hundir y quebrantar, sintióse a su vez quebrantado e impotente contra la tenacidad humana, y cedióle el paso, y se fué retirando, y reconoció, por último, que su destino no era pelear contra el naciente y ya vigoroso y erguido muelle, sino ayudar a su utilidad y empleo, arrimando los barcos y teniéndolos a flote, mientras vomitaban sobre la escollera los depósitos de sus anchas bodegas ó las abarrotaban con las mercancías que la escollera acarreaba.

De tal manera, con uno y otro muelle, alargándose a Vendaval y Nordeste, va Santander abrazando su bahía, a modo de colosal crustáceo que abre la ancha tenaza de sus pinzas para coger la presa.

¿Hasta dónde llegará? ¿Cuál será el límite de su afanosa, lenta y tenaz porfía? ¿Cuántos siglos pondrá la eternidad desde el punto en que yo cuento hasta aquel en que un bibliófilo curtido y seco, empolvado y miope, manuscriba aquí entre renglones de lo impreso, con inefable y egoísta gozo la contestación definitiva a mis preguntas?

Pintoresca ribera contiene el espacioso lago desde la escollera extrema de uno y otro muelle. Allá al Este avanza el cabo San Martín y su inútil batería; un peñón, que parece desprendido de la costa, asoma en medio de las aguas; llámanle los marineros San Mamés, y con este nombre, y en aquel paraje, pinta Brawn, en su Santander del siglo XVI, un islote con una ermita y un puente que le une a San Martín. Si alguno duda de que en trescientos años la mano del hombre y los besos del mar pueden reducir a tan exiguo escollo una piedra capaz de fundaciones devotas, córrase hacia el puerto y cerca de su boca hallará la peña de la Torre, que en días no lejanos mostraba señales de antiguos fosos y parapetos de tierra, que en otros más recientes dió asiento a una ancha tienda de campaña, bajo la cual se guarecía la corte de Isabel II, esparciéndose desahogadamente fuera de ella el numeroso pueblo que formaba el cortejo naval de su reina. Diez años han pasado y ya escaso asiento deja al pie de los curiosos la pólvora que hace estallar el peñón con repetidos barrenos.

Estos cabos y promontorios cierran la vista de la boca del puerto; más allá de ellos se dibujan ya las tierras de la otra parte; el pálido arenal de las Quebrantas, cementerio de náufragos, envuelto siempre en la siniestra bruma de las rompientes; tras de sus dunas tumulares se esconde el santuario de Latas y su romería; luego el arenal del Puntal, que viene y se acerca a provocar a la ciudad frente a sus soberbios muelles; en su descolorida arena negrean las caravanas que bajan de Galizano y Somo a tomar el barco que, abrigado en el redondo seno del Miera, los aguarda. Aquí se derrama en la bahía el alevoso río; ya la barra que levantó para cegar el puerto es muro que resiste a su corriente, la

rechaza y la obliga a ondear y torcerse para buscar camino, a remansar para hacer caudal recoger fuerzas y tentar con mayores ventajas el paso. Y se echa en un refuelle sobre la venta de Pedreña, que, como situada en alto y sobre firmísimo cimiento de rocas, le mira por encima de su tejado con la misma indiferencia con que en tiempos antiguos miraba de más cerca a los huéspedes que llegaban hambrientos y pedían de comer.

Tierra adentro, por cima de lomas y quiebras, blanquea el palacio de Setien, arrimado a unos árboles, señor del paisaje, como lo era en la comarca la raza que le fundó y tuvo en él vivienda largo tiempo. Los nobiliarios cuentan con poéticos rasgos el origen de los Setienes; ¿por qué no recordarlo? Precisamente en esta marina, siguiendo la vera del agua, pasando el melancólico Ambojo y su bosque a raíz de las mareas y su ciprés característico, obelisco perpetuo de los solares montañeses, plañidor que llora sobre su muerto espíritu y apagada gloria, único ser que llora perennemente sobre los muertos, que decía Byron(113); pasando luego un promontorio que llaman del Acebo, aunque ni acebo ni otro árbol hojecen en su pelada loma, llegaremos a Helechas.

No tuvieron mucho que cavilar los etimologistas heráldicos para discurrir que Helechas se llamaba así de lo espeso y crecido del helechal que ocupaba el sitio. ¿Por qué no nos dicen de dónde trae su nombre cierto aquella roca cónica aislada enmedio del agua, que unos dicen de Marnay, otros de la Garza y otros de las Ánimas?

¡La peña de las Ánimas! Nadie dudaría del origen de su dictado si lo llevase un escollo en la procelosa costa, allí donde el terror y la creencia popular oyen el gemido de las almas, cuyos cuerpos arrolla el agua, y los destroza y sumerge con su violencia airada la tormenta, donde el oído fascinado percibe entre el clamor de las olas y el alarido de los vientos el ¡ay! blasfemo del que desespera y el gemido supremo del que se ahoga; pero aquí, silenciosa, en medio de las plácidas ondas que roen calladamente la piedra, ¿qué leyenda extraña, qué visión misteriosa aparecida en doble tiniebla de antiguos tiempos y densa noche engendró el fúnebre título?

En el sene que se forma a Levante de la peña está, pues, Helechas: una iglesia torreada, ennegrecida por las lluvias de ocaso, vecina del agua, señala el pueblo. Normandos o godos hijos de tierras boreales o aventureros de la mar, llegaron y desembarcaron acaudillados por dos príncipes. Recibiéronles los naturales a saetazos y pedradas, armas de aquella edad remota; andaba la pelea reñida y el vencer dudoso, cuando de lo cerrado del helechal y espantadas por la grita y estruendo del combate, partieron siete raposas. «¡Septem! ¡Septem!», gritaron los príncipes, que por lo visto eran latinos, a sus soldados: «¡Feliz agüero!», quiero decir, «¡propitium omen!» Con cuya vista y cuya voz, recobrados los vacilantes invasores, arrollaron a sus enemigos y lograron establecerse en la comarca. Los vencidos, prendados luego de la buena disposición de los príncipes, a quienes apellidaban con el vocablo que les hablan oído en la batalla, los toleraron, y se sometieron gustosos a la mayor

autoridad de su valor y su prestigio, y los príncipes, gloriosos de su hazaña, aceptaron el mote para apellido, fundaron estirpe y se llamaron los de Setien.

Sale de nuevo la costa y se arrima a otra isla que también tiene dos nombres: ¿Se llama de la Astilla o se llama de Pedrosa? A gentes de este apellido pertenecía cuando el Estado la quiso y le fué cedida para lazareto. Triste como todo lazareto, que significa hospital y cárcel, cautiverio y peste, prisión y contagio; un pino la corona, sangrando por las heridas abiertas en su corteza; un almacén vacío la ocupa, y ya comienza a poblarse de sus edificios propios, de tumbas. Detrás de la isla, en el continente, la risueña mies de Pontejos, y entre sus verdores, la piedra curtida de una torre con almenaje y cubos en sus cuatro ángulos. Un rico escudo blasona su frente, puesto sobre la espada de Santiago, timbrado con yelmo y corona de marqués. ¿Es este el solar del apellido y cabeza del título que la coronada Madrid recuerda con filial respeto?

Aquí entra la ría a bañar las desiertas gradas del astillero, y los pies de Cabarga, lugares conocidos. Al otro lado encontramos de nuevo a Maliaño; luego, subiendo hacia el Norte, la torcida canal de los Raos, que se entra hasta la mies de Camargo, pasando bajo el ferrocarril y una y otra carretera.

Como vinimos a Santander costeando la rada, ya estos lugares nos son familiares; vamos encontrando a Estaños y Muriedas; la Peña-Castillo con la iglesia de Loreto agarrada a su costado, santificando su siniestro aspecto; la verde isla del Oleo que produce yeso, los admirables pinos de Campogiro, y atajándonos el paso a las ricas huertas de Cajo, a sus sombríos boscajes, la escollera de los muelles del Oeste, y los vastos terrenos encerrados dentro de ellas, y sus múltiples aplicaciones, marismas, arenal, astillero, huerta, playa de baño y playa de pesca.Y encerrado dentro de este marco espléndido tan a la ligera y de borrón pintado, el lienzo inmenso de agua sobre cuyas espaldas flota esa escuadra de potentes cascos, gallarda cruz y valerosos marineros atentos al silbar de la locomotora, que desde las lejanas breñas y gargantas les viene avisando que abran las escotillas para recibir el trigo cosechado en las vegas del Carrión y del Arlanza.

Y es añejo este servicio que la bahía de Santander presta a los graneros castellanos, como que la naturaleza la ensanchó y ahondó para puerto de Castilla.

Cuando el onceno de los Alfonsos, llamando a sí caballeros y mesnadas, órdenes militares y peonaje de villas y ciudades juntaba hueste a vista y en daño de la morisca Algeciras, dispuso que el abastecimiento y provisiones de su numeroso ejército se hicieran en los puertos de Cantabria, «et apercebióse de mandar a sus tesoreros», dice la Crónica(114), «que enviasen por mucha farina et por mucha cebada a Castiella;... et que lo ficiesen levar a los puertos de Castro, et de Laredo et de Santander el de Bermeo... et que lo troxiesen al real por mar.» Tan ventajosa era la cercanía, y tanto más fácil el acarreo, a pesar de las asperezas y temerosas fraguras de la cordillera cantábrica.

Años más tarde, en el de 1370, rey de Castilla Don Enrique, segundo de su nombre, aprestaba en esta bahía una escuadra, poniendo a su frente a Pero González de Agüero, caballero de Trasmiera y de aquel turbulento linaje tan famoso en las peleas y bandos de la tierra.

Sitiaba el rey a Carmona, donde fortalecidos se defendían los hijos y parcíales de su desventurado hermano don Pedro. Teníanle tomado el Guadalquivir los portugueses, que ayudaban a los sitiados amenazando las espaldas del ejército real e impidiéndole el bastimento. Agüero y sus naves entraron por la barra de Sanlúcar favorecidos del viento y de la marea, y trabando pelea con las portuguesas, rindiendo a unas, desbaratando otras, o poniéndolas en fuga, limpiaron el río de enemigos hasta subir a Sevilla, asegurando la retaguardia y la victoria de Don Enrique.

Por entonces comenzaba uno de sus períodos de calurosa lucha, aquella célebre contienda secular entre Inglaterra y Francia, originada de comunes y mal definidos derechos, que después de poner en riesgo extremo la vida de la nación francesa, terminó con gloria suya en la admirable y breve epopeya de Juana de Arco, la doncella de Orleans. Recientes estaban los beneficios del francés a Don Enrique, como los agravios del inglés, ayudador antiguo de don Pedro, pretendiente a la corona de Castilla, a favor del enlace del duque de Lancaster con una hija del muerto rey y de la Padilla. Así, que recibió benévolamente la embajada que llegó a pedirle auxilio en nombre del prudente Carlos V de Francia.

Trafala un cierto Ivan o Juan de Gales, prócer inglés, desposeído de los estados de su apellido por los reyes de Inglaterra, que al tomárselos con muerte de sus antecesores, quisieron asegurarse la posesión, dando el feudo y título al primogénito de su casa real. Ofendido y ansioso de venganza, servía y servía con celo al enemigo de su rey y de su patria; error frecuente en todo tiempo, apostasía que oscurece las mayores prendas del alma, borrón que empaña la más alta gloria.

Vino a Santander, donde se hallaba a la sazón el rey castellano, y le pidió y obtuvo su escuadra y sus almirantes. Naos y marinos gozaban de buen nombre, ganado en difíciles empresas de mar y guerra, ya en las costas de Levante, ya en las de África y Andalucía. Cuarenta naos gruesas, ocho galeras y trece barcos menores, armados y abastecidos, «ainsi que nefs d'Espaigne sont», dice el viejo Froissart, como término de ponderación extrema, zarparon del puerto; regíanlas Rui Díaz de Rojas, merino que había sido de Guipúzcoa; Ferrán Sánchez de Tovar, famoso en las expediciones navales de dos reinados, y Ambrosio Bocanegra, el genovés, continuando el memorable catálogo de sus compatriotas que habían de pedir ocasión de imperecedera gloria al brío y al arrojo de las banderas y los corazones españoles.

Tan eficaz fué el socorro, diestra y valerosamente conducido, que con un solo combate puso término a la campaña. Dióse frente a la Rochela, cuyo puerto

bloqueaba la Armada inglesa al mando del ilustre conde de Pembroke. Victoria decisiva y completa, cuyos trofeos fueron para los castellanos doce galeras enemigas presas con su general, y el tesoro que conduela para sostener la guerra, más sesenta caballeros espuelas doradas.

Víspera de San Juan, a 23 de junio de 1371, fué la batalla, y al siguiente día, señalado entre españoles, las naves vencedoras, impacientes quizás por mostrarse gloriosas y ufanasen sus patrias costas, daban la vela para Santander. «Gallarda vista hacían -cuenta Froissart-, izadas al tope grandes banderas blasonadas con las armas de Castilla, tan grandes y cumplidas que a menudo tocaban sus puntas en el agua, oyéndose a bordo crecido estrépito de bocinas y trompetas, de dulzainas y tambores.»

Un cronista extranjero nos conserva está animada y breve pintura de la escuadra castellana; mas no hubo en Castilla cronista que ¡los la pintase entrando por las aguas santanderinas, alegrando con salvas y músicas el puerto, esparciendo el marcial alarido de sus victoriosos cánticos por el solitario arenal de Latas, haciendo retumbar la honda embocadura del Miera y el escueto islote de San Mamés, y convidando con el estampido de la pólvora y el cobre, la voz alegre de las campanas de Los Cuerpos Santos, que se alzaba fuerte, clamorosa y viva como la voz de la patria regocijada y feliz a dar a sus nobles hijos el parabién y la bienvenida, mientras percibido apenas en el robusto estruendo, más delgado y oscuro, vibraba el clamor argentino de las clarisas cerradas entre los muros, de los franciscanos apartados en lo bajo y externo de la villa.

Nadie escribió, o el tiempo consumió lo escrito, la febril agitación del pueblo al avistarse las velas desde el cerro de San Sebastián, al ser reconocidas como propias por el ojo experto de los ancianos prácticos, en el aparejo, en la boga, en el corte y campo del trapo, en el modo de tomar el viento y recelar de la costa o arrimarse a ella; nadie el misterioso terror, el misterioso hechizo de lo desconocido, y el tropel en los muelles, y en el almenaje, y por las torres y ventanas de las casas, y el flamear de lienzos al acercarse los barcos, y el gritar, y el preguntarse de cuantos a bordo enviaron prendas de su cariño, y el arrojarse en lanchas y botes, haciéndolos zozobrar, y el bogar sin compás hacia los que llegan entre risas y suspiros, aclamaciones y recelos, y la desaforada impaciencia de la mocedad marinera que, despojándose del compendioso traje, se sumerge en las aguas, surge, sacude la mojada cabellera, y nada a porfía desafiando el afilado tajamar de la galera que avanza rasgando el agua, revolviendo espumas, henchidas e inmóviles las ancha s gavias, símbolo peregrino de fuerza, valor y audacia, o la rodea esperando y recogiendo los tacos del disparado falconete, que caen encendidos y humeando a apagarse en el agua; ni el asomarse a la borda del rostro pálido del herido o del inutilizado, ansioso de calmar ansias supremas, ni el ansia mayor de los que miran parecer uno en pos de otro rostros y rostros sanos o padecidos, sin que ninguno de ellos sea el que esperan.

Nada de esto se escribió, ni era preciso, porque si los sucesos del hombre reunido en sociedad obedecen a causas variables según las ocasiones, los tiempos y las usanzas; los sucesos de su alma, sus dolores, afectos y desengaños, son constantes y se renuevan con la raza en las edades y en el individuo, y no necesitamos que un autor contemporáneo nos lo cuente para saber cómo lloraron las madres del siglo XIV que perdieron a sus hijos en la guerra, o los hijos cuyos padres quedaron en ella, ni cómo la gloria deslumbrante egoísta de los afortunados, hizo olvidar la muerte, el sacrificio, los martirios y agonía de los menos venturosos, cuyas vidas nutrieron el espléndido y fascinador fantasma.

Cronistas también, y cronistas apretados por la muchedumbre de sucesos, por la austera ley de proporción y ceñidos a límites de prolija y seca narrativa, indican los diferentes aprestos navales, las levas y arribos de escuadras que' en son de paz o guerra hacen figurar el nombre de Santander en los ricos anales de la patria. Así le citan al referir Ayala los armamentos contra La Rochela en 1372; Gutierre Díez de Games, los que en 1405 acaudilló Pero Niño para otra campaña de la misma contienda entre ingleses y franceses; Andrés Bernáldez, el desembarco de la princesa imperial Margarita, que venía de Alemania a ser esposa del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, en marzo de 1497, y a la cual hallaremos más adelante en otro lugar de estas montañas; y Sandoval, el del magnífico César Carlos V, a 16 de julio de 1522, cuando venía, castigada la soberbia castellana, a tomar franca y duradera posesión de estos reinos, que habían de ser en su mano el arma más segura y mejor templada de su grandeza y del temor de los extraños.

Pero llegó (A. C. 1570) uno de estos sucesos, llamados especialmente históricos, sin duda porque la historia los consigna y pone en luz, y llegó de improviso. Hubo, entre los testigos del suceso, uno, curioso de escribir lo que vela, o puesto en obligación por amistad o deferencia, de participarlo a ausentes; el tiempo salvó su carta, y con ella una relación curiosa y menuda del caso, de éstas que antes no cabían en la gravedad y extensión de una crónica, y de las que, a impulso de nuevos gustos, hoy se engendran y toman su más rica y sabrosa sustancia las crónicas.

Una tarde de octubre, cubierta y lluviosa, con mar del Norte y vendavales duros, tarde de uno de estos días atemporalados, que sobrevienen a las veces en nuestra costa, y plantan la huella y estrago de crudísimo invierno en medio de las dulzuras y halagos de tardío verano, que tapan el sol, alborotan el mar, desencadenan los vientos, y traen a deshora las noches largas, la desnudez del campo, el naufragio, la miseria y la enfermedad, pareció en aguas del puerto y en demanda de su boca una lucida escuadra de hasta treinta naves gruesas y hermosamente pintadas. Acercóse a entrar la que hacía de capitana; llegáronsela, según su costumbre, lanchas o botes que andaban por la bahía, y supieron que en ella y con su comitiva de próceres y su escolta de soldados

embarcados en la escuadra, venía a ser reina de España la princesa Ana María de Austria, hija del emperador Maximiliano II, cuarta esposa de Felipe II, viudo dos años había de la malograda Isabel de Valois. Ya en la villa sabrían, sin duda, que en su vecina Laredo aguardaban a la regia prometida emisarios de su esposo, el cardenal arzobispo de Sevilla don Gaspar de Zúñiga y Avellaneda, y el duque de Béjar don Francisco de Zúñiga y Sotomayor. Por esto sería mayor la sorpresa de todos, grande el desconcierto de las autoridades, obligadas a atender inopinadamente al hospedaje y agasajo de su augusta huéspeda y séquito, y extraordinaria la alegría del pueblo, ávido siempre de fiestas, ocasión del holganza, de espectáculos nuevos y de imprevista granjería a veces.

Desaviados la justicia y regidores acudieron a lo preciso: despojaron de su dosel a un Cristo para hacer palio a la viajera; señaláronla aposento en el de un vecino inmediato a la puerta de Arcellero, donde probablemente pisó tierra, y para vajilla y utensilio hicieron contribuir con la propia a los mejores de la villa. Estos pormenores, que andaban de boca en boca, recogía y apuntaba un Francisco Carreño, espectador andaluz, si podemos tomar su ortografía como retrato de su pronunciación viciosa, y como indicio de naturaleza la entrañable preferencia con que se ocupa de los cuartagos alemanes que en la escuadra venían; comisionado en Santander para embarcar trigo y enviarlo a Sevilla, donde correspondía con el colegio de jesuitas, según se infiere de ciertas cláusulas de su carta y de haber sido ésta hallada y constar entre papeles de la Compañía.

Desembarcó doña Ana María; era joven, hermosa, blanca de tez, viva de rostro, cualidades sobradas con la de extranjera para prendar a la muchedumbre; mas por si no bastaban a tanto, traía consigo dos de sus hermanillos, niños todavía, los cuales interesaron de manera que luego corrió la voz cierta o forjada de la competencia habida entre ellos y otros hermanos suyos sobre queto dos querían venir a España, competencia decidida en una suerte de dados, aconsejada por el emperado.

Hospedada la reina, el regimiento de la villa agotó su imaginativa para entretenerla aquellos días, haciendo salir las danzas del Corpus y ensayando otras nuevas que la dieron placer y risa. Perseveraban en tanto la mar recia y el tiempo duro, que habían impedido a las naves tomar el puerto de Laredo; mas no sería esta sola causa la de que rindiesen en Santander su viaje, cuando noticiosos de ello los embajadores que la esperaban en Laredo, en tal de apresurarse allegar y ofrecer su homenajea la señora, la enviaron emisarios con ruego de que fuese servida de ir a Laredo, para que no fueran sin duda malogrados los preparativos dispuestos en su obsequio. Trajo la embajada el alcalde Ortiz; no dice Carreño qué especie de alcalde era, si de corte o de la villa; mas no se probó de sutil montañés ni de diestro cortesano, cuando para decidir a la reina no halló mejor argumento que encarecerla los cuantiosos gastos hechos por el duque.

Con ánimo real, contestóle la princesa que el emperador su padre le habla dado con qué poder hacer holgadamente su viaje sin ser costa de nadie, ni necesitar de hacienda ajena.

Y era que aquellos altivos españoles, tomando a pechos la autoridad y respetos de la majestad que representaban, se miraban en dar paso a la cortesía sobre el ceremonial prescrito por la regia etiqueta, creyendo que únicamente el rey puede hacerlo, como puede perdonar, y no lo puede el magistrado que representa, distribuye y ejercita su justicia.

En fin, al quinto día, sábado 7 de octubre, parecieron los embajadores al otro lado de la bahía en Sorno y Galizano; habían venido por tierra desde Laredo, y para atravesar el agua fuéronles a buscar en lanchas tomadas a naves de comercio, con músicas y todo el aparato debido a su representación soberana. La escuadra les honraba con salvas de sus guarniciones, formadas en orden de batalla; los buques fondeados en el puerto con tiros de artillería, y ellos corrían majestuosamente la bahía, aguardando, dice Carreño, la marca, para atracar al muelle sin haber de empozarse en el fango o necesitar ajenos pies para desembarcar cómoda y aseadamente, y quizás también aguardando a que pareciera sobre el muelle la comitiva enviada por la reina, según el tenor de las ceremonias y aparato a que se creían deudores y de que no pensaban escatimarse un ápice.

Efectivamente, en el muelle los aguardaban y los recibieron los señores que desde los puertos de Flandes habían acompañado a la reina, el gran prior de Castilla en la orden de San Juan, Don Fernando de Toledo, de la ilustre casa de Alba, apellido entonces respetado y temido en el orbe a par del nombre de esta España, cuyas armas regía; don Luis Venegas de Figueroa, aposentador mayor que había sido de palacio, enviado del rey en la corte de Maximiliano desde tres años atrás, el de 1567, y acaso el más hábil y activo negociador del matrimonio de la princesa; el almirante de la escuadra, Maximiliano, conde de Boussu, caballero flamenco, buen soldado, levantado a tan alto puesto por influjo y favor del gran duque de Alba, y otros caballeros, entre los cuales, aunque Carreño no lo cite, no faltaría aquel insigne coronel de tercios, Cristóbal de Mondragón, que venía mandando las ocho banderas de arcabuceros walones, embarcadas en la flota para guardia de la augusta persona. Guiaron aquéllos, y fueron los recién venidos a saludar a la reina y besarle la mano.

El día siguiente, domingo, entretenido Carreño en seguir a cada uno de tantos ilustres próceres que se repartieron lloras e iglesias para oír misa, asistiendo con entera pompa, seguidos de criados, pajes, libreas y monteros, sin mezclarse, ni empecerse con el recíproco esplendor, olvidó escribir si la reina oyó misa, y dónde la oyó; pero acostumbrado a ver en Sevilla al cardenal salir en procesión con cruz alzada delante, sorprendióse (y lo nota) de verle caminar a la Colegial sin ella, olvidado de que la sagrada insignia, señal de dominio, no de jerarquía, sólo podía ser enarbolada en el territorio de su iglesia y de sus sufragáneas. Es verdad que apremiado por la salida de un barco, listo para dar

a la vela y llevar su carta, la terminaba apresuradamente el mismo día, domingo 8 de Octubre, no sin añadir, malicioso como todos sus conterráneos, una postdata encaminada a poner de muestra el cómo los magnates se regalaban en su mesa.

Mas en punto a marítimos banquetes, hubo de dejar perdurable rastro en las conversaciones y en la memoria de los santanderinos el celebrado en su bahía a bordo de un inglés, Royal Prince, capitana de una escuadra de catorce poderosos navíos, el día 24 de Septiembre (domingo) del año de gracia de 1623.

Reputados son los ingleses de pródigos y tenaces en la mesa, y en este caso lo acreditaron. Mil seiscientos platos se sirvieron, si no yerra y vió claro un testigo de vista que lo cuenta(127), y de ellos, cuatrocientos de dulces, ¡qué ocasión para golosos! «Salióse bien tarde de él», añade después de descrito el festín, el ingenuo comensal, quien no estaba acostumbrado, sin duda, a las dilatadas sobremesas y amplias compotaciones a que los hijos del leopardo, con exquisito pudor, conservan su nombre griego: symposium.

Es verdad que al brindar, para hacer eco majestuoso a la voz del orador, o para desperezar al auditorio y hacerle volver en sí, y reconocerse entre el vapor cálido y vertiginoso de las copas, soltaba la escuadra su artillería, a cuyo estruendo vajilla y aparadores venían al suelo, con gran ruido de cristalería y búcaros rotos, y solaz y aplauso de los convidados: propia genialidad de bretones.

El que así festejaba su mansión en estos parajes era un pretendiente desairado, aquel Carlos Estuardo, de poca ventura, cuya cabeza y cuya corona cayeron años adelante, en el de 1649, sobre el cadalso de Whitehall, derribadas por el hacha que afilaron la dureza y fanatismo puritanos, y esgrimieron los rencores de Cromwell. Era mozo de grandes prendas, benévolo, inteligente, erudito, mesurado en sus costumbres, pero obstinado y débil. Y según probó su suerte futura, más inclinado a condescender con sus aficiones movedizas que a buscar en la razón madurada y egoísta las causas de las necesidades implacables del Estado y su remedio.

Había venido a España enamorado de una niña, cautivo de su retrato y de la fama que en las cortes publica gracias y desgracias, virtudes y vicios de las familias reales. Y había venido guiado por su imaginación de veintidós años, la cual le decía que su calidad augusta no le excusaba de las obligaciones de galán, que no era de caballeros fiar el premio de una pasión a negociaciones diplomáticas y políticos tratos, y que en tierra de España, afamada entonces por su amorosa bizarría, y a los ojos de una princesa española, sus propios merecimientos habían de ser más elocuente abogado que la sutileza de un embajador.

Diez y siete años tenía la princesa María de Austria(128), hija de Felipe III, hermana de Felipe IV y objeto de tan singular y acendrado afecto. ¿Lo merecía la española?

Hay quienes niegan al corazón su lógica, o alegan que su lógica consiste en no tener ninguna, como si en cuanto es natural, espontáneo y no nacido de voluntad humana, sino a pesar de ella, o sin cabal cuenta de ella, pudiese faltar la relación necesaria y fatal del principio a la consecuencia, de la causa al efecto. Y es común entre cuantos blasonan de observadores y versados en sondear misterios y cuidados del alma, asombrarse de inclinaciones o desdenes, tacharlos de fingidos o absurdos, olvidando o aparentando ignorar que el alma humana es riquísima en secretos, y por mucho que la perspicacia ahonde y los penetre, todavía quedan en ella centros inaccesibles e inexplorados. En esos centros reside el germen cuya inesperada erosión sorprende a cuantos la presencian, por su viveza, por su intensidad, por excesos a que no pocas veces guía o arrastra.

Autores ingleses cuentan que la princesa no fué insensible. Seis meses de fiestas y galanteo, desde Marzo a Septiembre, ayudaron a la natural bizarría del príncipe a ganar su tierno corazón.

Velázquez nos la dejó retratada, ya de más años, con aquel sobrio y armonioso colorido que su mano empleaba a veces como en alarde soberano de la riqueza que sabía encontrar en la paleta menos provista. Los cabellos de la princesa, rubios, espesos y rizosos, dan su tono transparente y ambarino al lienzo; en torno de aquella áurea diadema vaporosa y crespa, más vaporosa y más leve que las pardas plumas con que se engalana, funden y conciertan sus tintas la blanca tez limpia y fresca, los ojos garzos, más cariñosos que apasionados, la boca sonrosada y carnosa, la rizada valona, traher ominoso que emboza el cuello, esconde su morbidez y mata la viveza juvenil del busto, el fondo oliváceo y el paño aceituní del vestido.

Todos se parecen estos rostros austríacos; todos tienen impreso el sello de la bondad, cualidad excelente en príncipes cuando se ampara de entereza y resolución, funesta cuando domina el temperamento y lo envilece y enerva, sello tan persistente y hondo, que así pasa a través del austero gesto de Felipe II, como templa la atonía lastimosa del segundo Carlos. En todos ellos baja invasora la raíz del cabello a hender en su medio la ancha y cuadrada frente, aguileño rasgo que imprime en la abierta y generosa fisonomía del emperador algo del fiero gesto de la reina poderosa de los aires.

La inflexible razón de Estado sobrevino y se interpuso entre ambos amantes. Regía la política española un hombre a quien no apartaban de su camino platónicas razones, dichas o desdichas de enamorados, por más que él lo hubiera sido, y no recatado ni modesto en sus mocedades, don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares. Acompañando al inglés venía otro hombre, favorito también, que no cedía en habilidad ni en carácter al favorito español, Jorge Villiers, duque de Buckingham, tan célebre en el mundo por su hermosura, su audacia y sus aventuras; procaz libertino, corruptor de las costumbres inglesas y causante en no poca parte del odio de clases que con las diferencias religiosas ahondaron la sima en que cayó el trono de Inglaterra.

No son sabidas las causas de la disensión entre ambos personajes; murmuradores hubo que las supusieron de toda especie, celos de marido y celos de estadista. Súbitamente y con sorpresa de la corte española, el príncipe inglés y su acompañamiento tomaron el camino de Santander, donde les esperaba o vino a buscarlos la escuadra. Y aunque honrados oficialmente con la compañía de altos sujetos diputados por el rey, luego cundió que la separación de los favoritos había sido poco afectuosa.

Nada de esto se ignoraba en la villa. Sabíase también que a bordo estaban los magnates españoles, el cardenal de Burgos, Zapata; el célebre conde de Gondomar, de tan alta reputación en los negocios, que era universalmente llamado el Maquiavelo español; los condes de Monterrey y de Barajas y buen número de cortesanos, en quienes siendo ley y hábito el disimulo, nadie echaría de ver si su alegre participación en las fiestas nacía de sentimiento o de mandato.

¿Quién no se figura, pues, los cuentos y dichos que andarían en los honrados hogares santanderinos, la curiosidad de las mujeres, las suposiciones de los hombres, las santiguadas de las viejas, los comentos de los hidalgos, el asombro y decires de los populares? ¿Cómo estarían de gente, sobre todo durante la noche y durante el banquete, y las salvas y el desusado estrépito, los muelles de entonces, los muelles que, arrancando de las Atarazanas, dejando paso al puente, corrían por la Ribera, torcíanse al Norte, a sotavento de la Aduana, y doblando la plaza del Príncipe Alfonso, arrimados al muro, iban a morir delante de la puerta del Arcillero, en el arrabal extramuros de la marinería?

- VI -

La fortaleza

Cuando la escuadra vencedora de la Rochela desembarcó sus prisioneros, lleváronlos a la fortaleza de la Villa «atados con cadenas de hierro», dice Froissart, «usanza de españoles, no más corteses que los alemanes». Allí ocurrió una escena parecida a la que siglos después ocurría en Lombardía, cuando el condestable de Borbón, traidor a su patria francesa y vencedor de sus ejércitos, se encontraba al ilustre caballero Bayardo, herido y cercano a morir, acusadora imagen que e, remordimiento presentaba a su apostasía. Pero en el castillo de Santander eran otros los tiempos y otros los personajes, que lo habían de ser en los campos de Romagnano.

Encontráronse, pues, el ilustre general inglés, conde de Pembroke, y el tornadizo Juan de Gales, el cual, atrevidamente y sin respetar la desgracia de su compatriota, le dijo con acerba ironía:

-¿Venís acaso, conde de Pembroke, a hacerme pleito homenaje de las tierras que lleváis en el principado de Gales, cuyo heredero soy, y que me usurpa vuestro malaconsejado rey?

-¿Quién sois vos, que tales palabras usáis?- contestó el de Pembroke, sorprendido y avergonzado, a su desconocido interlocutor.

-Soy Juan, hijo del príncipe Aymon de Gales, a quien vuestro rey de Inglaterra mató a tuerto y contra toda ley, quitándome mi herencia; halláraos yo en lugar y en ocasión en que reñir pudiéramos, y de igual a igual os probaría la felonía grande que conmigo usásteis vos y vuestros parciales; consejo de ellos fué la sentencia que quitó la vida a mi padre, cuya completa venganza espero tan pronto como la ocasión me la ofrezca.

Mediando entonces Tomás de Saint-Aubin, caballero del séquito de Pembroke, dijo:

-Juan, si entendéis decir y sostener que mi señor el conde o su padre cometieron infamia o que os deban pleito alguno, arrojad aquí la prenda de vuestro reto, el guante o el anillo; no faltará quien lo recoja.

-Cautivos sois -contestó desdeñosamente el provocador y en vano os retaría estando como estáis a la merced de vuestros vencedores; ¿a qué hablar más ahora? Yo os buscaré cuando seáis libres, y entonces tendrán otro alcance mis palabras.

Algunos españoles, aucuns chevaliers et vaillants hommes d'Espaigne-dice Froissart-, que presenciaban la querella, se adelantaron a terminarla, y ya los almirantes no descansaron hasta conseguir que los prisioneros fuesen llevados a Burgos.

Estos prisioneros sirvieron después para el rescate que el rey Don Enrique quiso hacer de las villas y ciudades entregadas en pago de sus servicios a los capitanes extranjeros que le habían ayudado contra su hermano Don Pedro. En Santander se había concertado el precio(133), y así recobró la Corona la ciudad de Soria(134), las villas de Atienza y Almazán y los demás lugares entregados al célebre Beltrán Claquín, el felón de Montiel; así las tierras de Agreda, que habían sido gaje de Oliveros de Mauny.

Esa fortaleza de la villa, única sin duda en el recinto, llega con el mismo nombre hasta la edad moderna. Ni la titula de otro modo el anciano gobernador que la reedifica y pone encima de su ingreso principal esta inscripción: GOBERNANDO LAS ARMAS DEL REY NUESTRO SEÑOR EN ESTAS CUATRO VILLAS DE LA COSTA Y EL PRINCIPADO DE ASTURIAS, POR SU GRACIA Y GRANDEZA, DON SEBASTIÁN HURTADO DE CORCUERA, DEL ORDEN DE ALCÁNTARA Y DEL SU CONSEJO SUPREMO DE GUERRA, MANDÓ PONER A LA PUERTA DE ESTE SU CASTILLO LAS ARMAS. REALES EN 30 DÍAS DEL MES DE AGOSTO DEL AÑO DE 1656.

Y sin embargo, era oportuno haberla titulado de San Felipe, como se llama ahora; porque Felipe se llamaba el rey, y éste ha sido en todo tiempo modo común de lisonja de autoridades y pueblos a soberanos; y quizás entonces recibió el titulo, aunque la inscripción lo calle.

De este castillo era alcaide en 1577 Juan de Escobedo, aquel célebre secretario de don Juan de Austria, cuyo asesinato fué un misterio. Aun ignora la historia, que ignora tantas cosas, y lo ignorará siempre, si el hierro que lo mató en Madrid tras de Santa María de la Almudena, cortó la vida a un ambicioso temible, o castigó a un enamorado audaz y venturoso. Mozo despierto, en situación de conocer las altas calidades de su señor, la voluntad que los pueblos le tenían y el prestigio sin límites con que seguían unánimes su voz capitanes y soldados de los temibles tercios españoles, pudo muy bien dar cabida en su ardiente cerebro a desvanecidos pensamientos; faltábale, empero, una condición capital en conspiradores y políticos, freno en la lengua.

Con juvenil petulancia se había dejado decir, hablando de conspiraciones y descontentos, que teniendo amiga a Inglaterra, «se prodrían alçar con España, con tener la entrada de villa de Santander, y del castillo de dicha villa, y con un fuerte en la peña de Mogro», y cuando, lejos de haberse calmado lo recelos del rey, naturalmente suspicaz y desconfiado, se enconaban y crecían de continuo, poseído ya de la alcaidía del citado castillo, pretende en forma la fortificación de la peña y la tenencia de ella.

Causa había para que, a espaldas de la prehensión, escribiese Felipe II de su puño: «Menester será prevenirnos bien de todo, y darnos mucha prisa a despacharle, antes que nos mate», porque harto penetraba su experiencia de los hombres cuán grandes daños pueden venir al Estado de sucesos no previstos, y que la historia absuelve mejor al poderoso del pecado de tiranía que del de negligencia.

Notable fortaleza debía ser la de un lugar que tan principal papel tenía en la honda política interior de España, en uno de sus momentos más agitados y obscuros. Y mal se da cuenta de ella quien ahora ve su flaco aspecto, y el sin rebozo con que el caserío urbano se apodera de sus escarpes, ciega sus fuegos y domina sus hastiales.

Casi un siglo después, en 1656, con temor de nuevas guerras navales, quiso el Gobierno del rey Felipe IV proveer a la defensa de estas costas, y en 15 de Marzo comisionó a don Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador a la sazón de la tierra de Asturias y residente en Gijón, para que visitando las cuatro villas, y sus disposiciones defensivas, consultase al rey lo que estimara conveniente para su fortificación y armamento. Vino a Santander en 14 de Abril, y hallóla bien preparada de gente, y no mal provista de artillería, pero desmontada y sin fustes.

«Ay en esta villa -dice la consulta- cuatro capitanes de infantería de la milicia de ella y su jurisdicción, que tienen sus soldados muy bien disciplinados, hay muchos mosquetes y los juegan muy bien, y arcabuces, y pocas picas, porque

todos se inclinan al arcabuz, y verdaderamente hacen ventaja a todos los demás de la costa... » «tiene tres castillos, que son el de Henano(138), San Martín y el que está dentro del lugar que llaman de la Villa, dotados de castellanos y gente de guarnición con sueldos; pero hoy se hallan estos castillos con necesidad de esplanadas, colgadiços, encabalgamentos, pólvora, municiones y pertrechos, por cuia falta está con arto, riesgo, y por el peligro de los desembarcaderos de la Magdalena, Sardinero, San Pedro y Nuestra Señora del Mar, puede ser la villa invadida de enemigos y necesita harto reponer la artillería y fortaleza, de modo que se pueda defender por los naturales... « En vista de esto, creyóse conveniente que el don Sebastián permaneciera en la villa para atender a lo necesario, y así se dispuso.

En esta época reparó el castillo y debió hacer colocar la inscripción mencionada, porque afines del mismo año, en 22 de Diciembre, escribe a Madrid al conde de Peñaranda, Presidente del Consejo de Indias, aceptando la regía merced que aquél le comunica, del gobierno y capitanía general de la provincia de Tierra-firme, y es de colegir que abandonaría este gobierno de las cuatro villas, que había tenido desde la primavera hasta terminar el año de 1656.

Otra batería tenla Santander, no mencionada en la consulta de Corcuera, o por olvido, o más probablemente por su estado ruinoso, aunque no era vieja. Habíala alzado diez y siete años antes, en el de 1639, y con motivo de las famosas correrías y amagos del arzobispo Sourdis, el entonces gobernador don Fernando de la Cerda. Era una plataforma para doce piezas, situada en la misma boca del puerto y en el lugar llamado Santa Cruz. De aquí el llamarse esta fortificación de Santa Cruz de la Cerda, y posteriormente de la Cerda solo.

Pronto iremos a ella y la hallaremos benéficamente empleada en sostener una luz que alumbre a los buques el paso de la gola que antes les cerraba. Hace tiempo ya que Santander dejó el ejercicio profesional de las armas, y sólo en ocasiones extremas, y más bien seducida o engañada que por vocación e impulsos propios, ha quemado pólvora.

- VII -

Cercanías.-Mouro.-El Sardinero.-La Virgen del Mar.-Monte-Corbán

Tal vez se hallaría en Santander quien no perdonase a este libro mío callar el nombre de la Compañía, porque en esa iglesia de los discípulos de Loyola, reza y oye misa y lava su alma, y acaso allí fueron benditos sus amores y cristianados sus hijos.

Hay tradición que atribuye esta fundación a aquel Luis Quixada, amigo del emperador Carlos V, de quien hablamos en Laredo; pero mi amigo el erudito

arqueólogo don Manuel de Assas, con quien habrá de contar todo el que quiera escribir de Santander y su provincia, afirma que la fábrica del Colegio fué comenzada en 1603, la de la iglesia en 1607, y ya vimos que el buen Quixada murió valerosamente en 1570.

¿Hízose la edificación por legado suyo y con bienes que le habían pertenecido? Quien resolviese afirmativamente esta pregunta, habría conciliado ambas opiniones, la vulgar y la erudita.

Sea porque se erigieron en los mismos días y por idénticas manos, sea porque en cuantas obras proceden más o menos directamente de los jesuitas, resalta la admirable unidad, principio y base de su organización, ya fuesen ellos sus propios arquitectos, ya trascendiera el espíritu de su disciplina a los arquitectos que empleaban, no hay duda que sus fundaciones se parecen tanto, que, aun sin hablar de las que son hermanas y gemelas, desde luego revelan al observador su común origen y su destino.

El templo es dórico, de una nave cuya bóveda posa sobre pilastras estriadas, y cúpula hemisférica en el crucero. Conjunto frío, como el de todos los interiores greco-romanos, cuando la riqueza del material, el fresco o la escultura no los realzan y calientan.

Pero ¿qué importa al creyente la arquitectura del edificio en que ora? ¿Qué le importan la materia o el precio de la imagen ante la cual se prosterna, si su afortunado pensamiento le forja templos, aras y efigies de formas purísimas, vago color, impalpable substancia y vida celeste? Allá arriba, en región suprema está su alma, allí ora y suspira, allí ruega y consigue, no sobre el mal labrado piso que sus rodillas oprimen, ni ante el polvoroso simulacro, ni dentro de las añejas paredes que el musgo roe y el agua deshace.

Acaso en orden diverso de ideas venga un curioso a registrar, creyendo encontrar aquí resueltas sus dudas, y dicho cuál era en Santander la calle de Don Gutierre, que habrá visto mencionada en papeles del siglo XVII, y quién era ese Don Gutierre cuyo nombre creyó, el que tituló la calle, dejar perpetuado al menos para cuanto durase la villa; y qué beneficios o qué hazañas le habían acreditado para tamaña merced; y cuál la calle de Soportales, porque aquella en que él los alcanzó tenía además de sus soportales otro apellido; y la razón de llamarse del Cadalso otra cuyo terrorífico nombre han ahogado los contemporáneos en el de una inmediata menos ocasionado a románticas sospechas, y, finalmente, si la retorcida y tenebrosa del Infierno heredó tal nombre de la pelea contra los de Santillana que referimos arriba, como aseguran algunos, o si lo trae más propiamente de aquella funesta lepra de los siglos medios, la hechicería, que con sus fueros de consentida no se asustaba de tener albergue en los cimientos y cercanías de la iglesia, como anidan la culebra y el escuerzo a raíz de la tapia en que mora la paloma sin hiel y florecen el casto jazmín y la siempreviva yedra.

Acaso no es Santander la única ciudad donde el pueblo estigmatizó con el reprobado nombre el lugar adonde le llevaban la incurable llaga de su

pensamiento, la tentación perenne de su corazón, el ejemplo de sus caudillos, regidores y maestros, las pasiones todas de su alma, el odio, la envidia, el amor, la venganza, el ansia de riquezas, y el ansia más tirana todavía, insaciable y vertiginosa de felicidad.

¿Quién sabe si ese corvo callejón sombrío no encierra el secreto de la vida del alma humana en los siglos medios, confusa y aún no bien definida todavía? ¿Quién sabe si no iban allí el cobarde a comprar la vida del valiente, el holgazán la fortuna del laborioso, el malvado honras, el vicioso enterezas, y todos a buscar la revelación del vedado porvenir, a sacudir los hierros de su humana y estrecha cárcel, a romper el odioso lazo de esa limitación y apocamiento con que la naturaleza castiga la voluntad y la desespera; a pedir a lo sobrenatural vista más clara que la de sus ojos, alcance mayor que el de su brazo, alientos más briosos que los de su pecho; oro, hierro, sangre, aire vital, propósitos, intentos, audacia, fuerza, cuanto creían necesario y bastante para hacer suyo y apropiarse el universo de lo apetecible, de lo tentador y deleitoso; tantas dichas que el mundo nos tiende y retira si nos llegamos a tomarlas, tantas que nos roba a media miel, tantas que nos muestra entre dudas y sombras, mal definidas, inabordables, y por lo mismo más seductoras y omnipotentes?

¡La omnipotencia! Eso iban a pedir al conjuro del astrólogo, a la cábala del mago, al filtro del alquimista, nuestros progenitores.

Si, pues, de allí salía preparado el homicidio, prevenida la ocasión y afilada el arma; sí de allí salía la calumnia a envenenar el aire, la seducción a manchar el hogar, la impostura a obscurecer inteligencias; si de una de aquellas bóvedas sombrías y mal alumbradas salían en tropel los males todos que hieren, infaman o prostituyen el alma humana dejando tras de sí abierta siempre la espantosa sima y preparada a brotar nuevos enjambres de ponzoñosos gérmenes, merecido tenía el lugar su nombre: Callejón del Infierno.

¿Quién sabe? El remedio de nuestra común ignorancia está quizás dentro de esa casa sobre arcos, inmediata a la iglesia de la Compañía, erigida para regimiento y administración de la villa de Santander, para custodia de sus títulos y foro de sus libertades en días en que España podía aún pintar entre sus blasones las águilas sicilianas, las fajas austríacas, las lises de Artois, las bandas de Borgoña y el león de Brabante, según los áureos escudos que adornan su fachada. De los archivos de su casa municipal y de su casa abadía, de los papeles del pueblo y del señor, de las memorias de gobernante y gobernados ha de sacar Santander su historia el día que quiera poseerla, detallada, completa, fiel, para dársela sin falsa vanidad ni falsa vergüenza a leer a sus hijos.

Y ahora, lector, de nuevo estoy contigo para acompañarte a visitar el paisaje que de lejos ha podido tentar tu curiosidad y tu deseo.

Dos mares tiene Santander que enseñar al forastero: el mar casero, doméstico, útil, manso, apacible a los ojos y al oído, la bahía que hemos visitado; y el mar libre, bravo, proceloso, indomado y rebelde, la costa adonde vamos ahora.

Y vamos por un camino recto, orillado de gallardos chopos piramidales, faldeando el vallecillo de Miranda, camino anecdótico al cual apodaron algunos ingeniosos vía Cornelia, y luego dieran una mano por borrar el apodo, porque el pueblo, con su recto juicio, repitió en són de alabanza lo inventado en son de ironía. Un camino en el cual conviene elegir hora y estación para seguirle, porque en la del verano, por tardes y mañanas, es dominio exclusivo de la numerosa carruajería que trae y lleva enfermos y sanos del Sardinero a la ciudad, y de la tralla de los mayorales y de las nubes de polvo que ruedas y herraduras levantan y esparcen.

Y llegamos a una altura divisoria, sobre la cual está la ermita de los Mártires. Lejos estoy de aquellos parajes, y mi memoria es flaca, pero creo recordar -¿no lo dice una inscripción sobre la puerta?- que en 1843 se edificó la capilla. Costeóla el cabildo de mareantes de San Martín de Abajo, uno de los dos en que se divide el gremio de la ciudad(145), y depositó en ella los bustos de San Emeterio y San Celedonio, que custodiaba antiguamente en una tribuna o balcón abierto en la muralla, junto a la puerta del Arcillero y mirando a su Arrabal.

Ya vimos al visitar la colegial que de muy antiguo, en el siglo XIII, usaban los abades en su sello el símbolo de las dos cabezas. El pueblo que la ve cotidianamente en los actos y acuerdos de su Municipio, que adora los santos cráneos en señaladas festividades del año, y los sigue devotamente cuando en sus días de tribulación y espanto salen a recordarle su fe antigua y a fortalecer su ánimo y su esperanza, profesa aquella tradición que Morales apunta y Risco severamente examina(147), según la cual las cabezas segadas del tronco, caídas al Cídacos y arrastradas por su corriente, llegaron al Océano, y sobre sus ondas traídas, arribaron al puerto a que habían de dar nombre. Y os dirá que allá en los hondos cimientos de la catedral, donde no llegan humanos, yace escondido el barco que las trajo, y desde estos mismos lugares os mostrará en la entrada de su bahía, en el seno de la Magdalena, una roca, la Peña de los Mártires, horadada porque, dando en ella el barco impelido por la corriente, dejóse penetrar milagrosamente la piedra.

Tan populares como fueron en España los mártires de Calahorra, no podían escapar a la musa invasora y altamente popular de nuestro teatro; así tomaron su apoteosis para asunto de un drama don Antonio Coello y el glorioso Rojas. Tituláronlo Los tres blasones de España; y deseosos de ligar la devoción a los heróicos confesores con las más altas glorias castellanas, hacen que en aparición misteriosa el ínclito Rodrigo Díaz de Vivar reciba de aquellos bienaventurados el espaldarazo y la espuela de caballero.

Desde esta cumbre se domina el vasto panorama de alta mar. De aquí caen rápidamente a la marina, carretera, senderos, prados, veredas, cauces y cañadas

a morir como en ancho desagüe en el arenal del Sardinero. Por quiebras y lomas se derrama y esparce la población con libertad completa de gusto, proporciones y arquitectura en sus viviendas, urbanas y rústicas, góticas y suizas, y abajo en la playa tiene su núcleo, su plaza, su estación, su centro de vida y movimiento, adonde la gente afluye y de donde se retira guardando compás de tiempo y de grupos, a semejanza del torrente circulatorio en los vasos del humano organismo.

En tanto llega el momento de examinarla de cerca, nos llama los ojos una cumbre desolada, yerto peñasco erguido a la boca del puerto, en cuya cima, como reliquias de antigua corona, se distinguen restos de una fortaleza. Si tornamos el áspero camino de arena y roca que a esa cumbre lleva, su aridez desaparece o se amansa: su desnudez está cubierta a trechos de tupida grama, de haces de juncos, de manojos de lirios blancos, de purpúreas clavellinas, flor de Cantabria, alegría de sus quemados arenales como de sus heladas cumbres donde la encontraremos.

Al pie del monte, agarrada a los estribos de su base, está la batería de Santa Cruz de la Cerda, convertida en faro, y sus colgadizos y cuartel en establo de vacas. Desde ella, y rastreando todavía las huellas del camino cubierto que unió ambas fortalezas, se trepa suavemente a la cumbre de Hano. El són de las olas que baten eternamente estos parajes nos acompaña, voz del perpetuo combate que los elementos sostienen.

¿Sabes quién quitó a la plaza su avanzado centinela, quién mató a este fornido guerrero, quién postró en el suelo su yelmo, rompió su espada y dejó su cadáver tendido sobre su propio solar a merced del insaciable buitre del tiempo que le roe, le devora y aún no ha podido dar cabo de su durísimo esqueleto? Allí lo tienes, en medio de las aguas, descansando inmóvil como el ictiosauro ahíto de las edades palingenésicas, dormido en el sueño de su victoria y de su fuerza incontrastable. Ese escollo es Mouro, que en los días de invierno, asaltado por las anchas mares, envuelto en espuma, ondeando en el aire tempestuoso blancos penachos, dejando correr sobre sus hombros blancos armiños, recuerda infaliblemente los versos de Quevedo: «Tu pompa es la borrasca.» Mouro, el que Escobedo quería vestir de muros y coronar de almenas, sobre cuya espalda el siglo actual ha hincado un faro, y del cual hicieron batería los ingleses en 1812 para desbaratar y rendir el castillo de Hano que los franceses ocupaban.

He contado varias otras veces el suceso, y me cuadra mal relatar de nuevo la arrimada nocturna de los buques aliados, su sigiloso trabajo, el desembarque y establecimiento de su artillería, y el alba del siguiente día (12 de Agosto) que para los franceses rompe en lluvia de fuego desde el inerme peñón convertido en fulminante nube; pero en la ciudad hallarás quien te lo refiera, quien despertó aquel día al febril redoble de la generala, vió la confusión de la sorpresa y el combate, y botar en las losas de los muelles las balas disparadas

por los barcos ingleses, dueños ya del paso, y correr por las calles los dragones desbocados y ordenar su retirada la guarnición enemiga.

La costa de la otra parte tiene también su fortaleza natural avanzada, el islote de Santa Marina, Santa Marina de Don Ponce, que conserva su nombre en mapas y documentos oficiales, y lo ha perdido en la memoria del pueblo, el cual la llama isla de Jorganes, del apellido de su dueño, o de los Conejos, porque estuvo poblada de ellos.

No era isla esta peña en el siglo XV. Había en ella una ermita de Santa Marina, adonde, movido de espíritu ascético un canónigo de la colegial de Santander, don Pedro de Oznayo, arcipreste de Latas, se había retirado con otros compañeros a hacer vida penitente. Otros ermitaños reunidos en Santa Catalina de Monte Corbán a instancia y por consejo del obispo de Burgos don Juan Cabeza de Vaca, que visitaba su diócesis, habían en 1407 tomado el hábito de San Jerónimo, con cuyo ejemplo y una nueva visita del celoso prelado de Burgos, los de Santa Marina en 1411 se resolvieron a hacer otro tanto.

Ambos monasterios asistían al primer capítulo general de la Orden en Guadalupe a 26 de julio de 1415, representado Monte Corbán por su procurador Fr. Gómez de Toro, y Santa Marina por su fundador Fr. Pedro de Oznayo.

Eran tan pobres de rentas, que en el segundo capítulo general celebrado en 1416 y en San Bartolomé de Lupiana solicitaron por sus procuradores la incorporación en uno de ambos monasterios; decidióse así, disponiendo que quedase con su título el de Santa Marina.

Pero tres años después, en el de 1419, mal avenidas ambas comunidades, quejosos los de Corbán de la aspereza y rigor del sitio, tornaron a solicitar de nuevo su separación, resolviendo entonces la Orden que se hiciese la traslación a Santa Catalina, quedando la fundación isleña como granja o dependencia suya.

Conservaron la iglesia para celebración del culto divino, y quedóse a acabar sus días en aquel nido de su fervor, nido de aves marinas, el fundador Fr. Pedro de Oznayo. Poco vivió: al ano siguiente ya tenía lápida con su efigie de medio relieve y una orla con estas letras: AQUÍ YACE FRAY PEDRO DE HOZNAYO, CANÓNIGO DE LA IGLESIA DE SANTANDER, ET ARCIPRESTE DE LATAS, FIJO DE GARCÍA GUTIERREZ ET DE DOÑA URRACA DE HOZNAYO, EL CUAL FIZO ET DOTÓ ESTE MONASTERIO, QUE FINÓ ANNO DOMINI MILLESIMO QUADRIGENTÉSIMO VIGÉSIMO.

Los huesos del venerable varón y la piedra que los cubría fueron trasladados a Corbán en el año de 1550, y en un rincón del claustro yacieron hasta nuestros días.

Bajemos y sigamos la quebrada costa hacia el Sardinero; pasaremos junto al pinar de la Alfonsina, don de la provincia a su última soberana, antes floreciente y lozano, ya desmedrado y enfermizo: sus árboles se deshojan y

mueren roídos por ignoto mal, acaso por el presentimiento de que troncos y raíces han de hacer sitio a ladrillos y sillares.

Cada mogote de la áspera marina conserva vestigios de su antigua fortificación, permanente o de campaña. Nuestros abuelos la habían erizado de cañones, y el pueblo ha conservado a ciertos parajes el nombre con que los bautizaron sus mayores: «el cañón». En una de estas asperezas erguidas y avanzadas sobre el agua, edifica el Sardinero su iglesia: ¿cómo se llamará, Estrella de la Mar o Nuestra Señora de las Olas?

Llegamos a la celebrada playa. El guijo de los arrecifes desaloja al césped de los prados; el arbusto jardinero hereda la tierra-madre del escajo y del helecho; la brava costa se urbaniza, amansa su faz, desarruga el ceño; el espíritu de silencio y soledad que la ocupaba, voló ahuyentado a recogerse en el horizonte de las aguas, en cuya vasta inmensidad no hay ruido viviente que prevalezca sobre la voz opaca y sublime del desierto, ni obra de hombres cuyo perfil y color no se ahoguen en su luz esplendente e infinita.

En el ribazo de la arroyada se levantan las grandes hospederías, dando a leer sus nombres al más miope, en letras descomunales y bastardo idioma: «Gran Hotel», «Nuevo Hotel». Y entre ambas, cuadrada y cenceña, como puesta en jarras, con rejo y sal propiamente españoles, otra casa de más modesto porte, grita a los cuatro rumbos del cielo su castizo y reputado rótulo: «La Navarra».

Abajo, en las arenas, la pintada caseta ya probada por tormentas y naufragios, cuyos recios pilares baña la pleamar; y su oreada galería tan poblada de oteadores y curiosos corno de bañistas o convalecientes, donde muchos pierden la quietud del alma en cambio de haber recobrado la salud y el vigor del cuerpo. A su frente, desperdigadas por el arenal como guerrilla que precede y cubre apretados batallones que van al enemigo, las tiendas de lona cuyas puertas batidas por el viento parecen alas vivas de gigantescas aves. Y más allá, la sonora rompiente entre cuya blanca y hervorosa espuma negrean cabezas y bustos, suenan voces y prevalece el agudo alarido femenino sobre el ronco y pausado estrépito de las olas.

Pintaba Ovidio con delicia la aparición en su elemento nativo de las Nereidas:

... quarum pars nare videntur,
pars in mole sedens virides siccare capillos
pisce vehi quaedam

y la pintura del vate sulmonense parece tomada de originales cántabros «mientras unas aparentan nadar, otras, sentadas en la playa, tienden a secar sus lozanos cabellos.»

Pero ¿qué mucho que nos acudan los clásicos recuerdos de las aulas, si plantadas sobre un barracón de tablas empavesado con ramos y banderas, nos saltan a los ojos estas letras: NEREO? ¡Grandaevus Nereus de Virgilio! Mas éste,

a pesar de su nombre, ni es grandevo ni dios marino, por más que a imitación de toda la descendencia de Neptuno, neptunia proles, se ejercite en domar y regir con la voz y con la fusta un par de trotones, domitor equitum.

Estos parajes, este mar sublime, esta playa suave, despejada y abierta, tendrán su libro especial un día. Vendrá el geólogo a analizar sus rocas y lanchares, el prehistórico a descubrir sus fósiles, el naturalista a recoger y clasificar sus conchas vivas: vendrá el geógrafo a titular sus cabos y ensenadas, sus fuentes y los accidentes menores del paisaje; vendrá el historiador a decir la razón de sus baterías y armamento, el empleo que ambos tuvieron y si fueron de algún provecho, y a qué generaciones sirvieron, y de qué riesgos y enemigos las guardaron.

Y vendrá el cronista a referir los orígenes y vicisitudes del benéfico pensamiento, sus principios allá en los años 1847 a 1850, con los acogidos de la Caridad, y la ancha tienda listada de azul y blanco, recinto de misterios y aventuras, y el cuadrado edificio, quinta particular ahora, hostería entonces copiosa y regaladamente servida; sus posteriores eclipses, sus reapariciones sucesivas y su postrera, franca y decisiva reinstalación.

Y con él vendrá otro cronista de especie diversa, más impuesto en las cosas y menesteres actuales que en estériles recuerdos de lo pasado; más aficionado a estadísticas contemporáneas que a enumeraciones arqueológicas: más diestro en picar curiosidades presentes que ocupado en merecer póstumos aplausos de un sabio venidero, hurón y desabrido; y vendrá el pintor que dibuja, y el prosista que describe, y el poeta que canta, y el humorista que esparce semilla sutil y leve de vario ingenio, para que el ingenio de cada cual la fecunde y convierta en espiga y substancia, y juntos harán ese libro que aparecerá en manos de todos, a bordo del bote, dentro del coche, bajo la sombrilla, sobre el césped, en el regazo, asomando por el saquillo repleto de la viajera, rebosando del bolsillo abierto del turista. Pero mientras ese libro prodigioso y afortunado se engendra y cuaja en los limbos confusos, aunque limitados y cercanos, del tiempo, no nos olvidemos de llevar adelante el pobre y trabajoso nuestro.

Al Norte, o rigorosamente hablando, entre los rumbos Norte y Norte-Noroeste, cuarto al Norte de este Sardinero, está el gran Sardinero, vasto desagüe de un valle abierto de Este a Oeste. Si subís el curso del arroyo, que en lo más hondo fluye, pasaréis de la arena al pantano, del pantano a la pradera, de la pradera a la mies; pero el pantano ya desecado -las Llamas tiene por nombre-, se convierte en huerta, y ya sin estado intermedio pasa la tierra de la fecundidad a la aridez, del vergel al arenal. A dos pasos de la arena y de la sal crecen higueras, y dan sombra y dan fruto. Es verdad que la higuera es árbol tan pagado del suelo de nuestra patria, que dondequiera se agarra y prospera. Ahí las tienes vistiendo de verde los pardos sillares de la destrozada batería de San Juan, nacidas entre sus juntas, nutridas del aire que absorben sus raíces y respiran sus hojas.

Un promontorio nos ataja, guarnecido por carabineros, Cabo Menor; otro más alto y poderoso asoma detrás de él y se llama Cabo Mayor.

Cabo Mayor, pedestal erigido por la naturaleza al borde del agua, para que a trescientos pies de altura, sobre la haz revuelta de las espumosas olas, pudiera la vigilancia humana señalar al navegante la cercanía del puerto o del escollo, la meta o el abismo, la salvación o el naufragio; para entablar a distancia, a través de la humareda de las nieblas, del vapor de las rompientes, del fragor terrible de las tempestades, y con el buque desarbolado acaso y sin gobierno, diálogos mudos, interrumpidos, breves, pero seguidos con alma inquieta y corazón suspenso, como que de ellos penden vidas humanas.

Las edades sucesivas comprendieron y aceptaron los destinos del erguido peñasco; sobre su cima se encuentra todavía el tosco garitón antiguo en que los marineros encendían sus hogueras de señal y aviso, cerca del soberbio faro que los modernos han erigido. Toda es luz la torre; de día su fuste blanco se destaca y pinta sobre el limpio azul o el brusco ceño del horizonte; los cristales de su linterna reverberan al sol como el agua llovida en el vaso natural de una roca; de noche, su inflamada cúspide a intervalos se obscurece y apaga, como párpados que se cierran, como frente que se inclina rendida por el sueño y la fatiga, y que de nuevo se abren, de nuevo sé levantan dominando la fatiga y sueño, porque su obligación es velar. Allí encuentra el marinero cuando el cielo, la naturaleza, inclementes y sombríos le niegan toda señal de afecto, allí encuentra ojos que le sigan, voz que le llame, aviso que le guíe, compasión, auxilio, caridad, prójimos en fin.

Todo es claridad en aquella torre, que pesa afirmada y quieta sobre sus anchos pies en la robusta confianza de sus treinta y dos años(154); todo, menos la inscripción puesta sobre su entrada para conmemorar la fecha de su fundación y los altos pensamientos que la dieron origen.

¡Terrible costa en días procelosos! La mar irritada, con la espuma que os arroja al rostro, con el espanto de su bramar, con el vértigo de sus remolinos y convulsiones, se defiende del curioso y del atrevido, les cierra sus términos, los mantiene alejados de su insondable orilla. Y penetrando en las cavernosas profundidades de la costa, en aquellos senos de piedra inexplorados, cuyos misterios acaso encarece y multiplica la imaginación humana, acaso no alcanza a sospecharlos ni enumerar su variedad, sus formas, su trascendencia infinita, y donde se oye retumbar el subterráneo estampido, parece que con brazo poderoso ase y estremece los caducos cimientos de la tierra.

Así viene de siglo en siglo sacudiendo y quebrantando el continente; esas peñas caídas en su abismo, que apenas descubren la anegada cabeza con encarnizada furia y rabiosa voz golpeada por las olas, eran acaso límite más avanzado de la costa, base sobre la cual caminaron nuestros ascendientes, y en cuyo socavado centro oían como nosotros zumbar el ronco azote de las aguas.

Mas ¿qué libro no se cierra ante la gloria infinita del mar, a vista de su poder y su hermosura? ¿Quién lo lee retratado por mano de hombre, si lo tiene a su alcance vivo y animado por el invisible espíritu de Dios?

Cada arroyo de cuantos nacen en los ricos manantiales de la marina y de su vega, trabaja para abrirse paso al mar y labra en la costa senos y calas. Dos de ellos, nacidos en los veneros de San Cebrián y de Bezana, después de descansar en cristalinas charcas donde florece el nenúfar, después de mover las macizas piedras de uno y otro molino, forman la ensenada de San Pedro del Mar; más al Oeste, la más angosta de San Juan del Canal.

Entre una y otra encontramos una isla, amarrada a tierra firme por un puente de madera, por el cual, y batidos por el Nordeste que aquí se encauza y redobla su vigor, pasan devotos a visitar el santuario de Nuestra Señora de la Mar. Un manuscrito ya citado pone la fecha de esta fundación en 1400, tomándola de la piedra sepulcral del fundador que yace dentro de su fábrica(156). Es romería devotísima de los marineros; éralo de los antiguos hidalgos de la villa, cuyos escasos descendientes la conservan. De sus bóvedas y paredes cuelgan simulacros de embarcaciones de todo porte y aparejo, ofrenda de naufragios, singularmente expresiva, allí donde la amenazadora voz del Océano no enmudece jamás.

Un camino de sierra, blando y nada fatigoso, nos hace trasponer una loma, a cuya falda meridional se espacia el ancho cuadrilátero del monasterio de Santa Catalina de Monte-Corbán. En su patio y cercanías corren o pasean las negras sotanas de los seminaristas, que han sucedido a los blancos hábitos de los jeronimitas. Pero la sucesión no fué directa, y entre unos y otros alegró aquella vecindad la grana de los uniformes ingleses, o melancolizó el paisaje la figura solitaria de un pastor o de un porquero.

Momentos hace hablamos de los venerables que aquí hacían eremítica vida en los primeros años del siglo XV. Eran Fr. Pedro de Oviedo, Fr. Rodrigo de Osorno, Fr. Gonzalo de Santander, Fr. Gómez de Toro y Fr. Sancho de Islares. También dijimos la visita y consejo del Ilmo. de Burgos, que habían llevado a la Orden de San Jerónimo el eremitorio, erigiéndole en monasterio con autoridad del Papa Benedicto XIII. «Ansí dice el clásico Sigüenza-tienen por fundador y bienhechor en esta casa al obispo de Burgos, don Juan Cabeza de Vaca.» Dicha queda igualmente la incorporación a Santa Marina, sus vicisitudes diversas y el trasplante definitivo a Corbán en 1419.

Sobre la puerta de su franqueada clausura un bulto informe es reliquia de una estatua arrodillada del santo doctor solitario de Belén. No fueron las insensibles lluvias del cielo únicos verdugos y profanadores de la esculpida piedra; fuéronlo las balas de soldados herejes y de cazadores católicos, que hicieron de ella blanco de su destreza y puntería. Consérvase de la construcción primera la iglesia y su entrada ojiva, y sus capiteles de figuras orantes y ópimas vides, y los escudos del fundador timbrados con su pastoral sombrero. El monasterio fué reedificado el siglo último con dineros traídos de las Américas;

sobre su elegante ingreso empotraron una gigante piedra destinada a perpetuar la memoria del bienhechor, su nombre y el tiempo y las condiciones de la restauración, franco uso de la arquitectura, que, adelantándose a la inquisición del pasajero, se delata y cuenta la razón, los medios y el propósito de su trabajo; mas la piedra quedó intocada y tersa, impacientando al viajero como impacienta un libro en blanco a quien le abre convidado por el título impreso en su tejuelo.

Aquí fueron acuartelados los soldados ingleses traídos en 1834 por la Cuádruple Alianza a sostener la causa constitucional. A su devastadora indisciplina, que abrasó la madera y vendió el hierro, resistieron únicamente las piedras más difíciles de ser movidas y transportadas. La historia de su permanencia en aquella casa, abierta por el desorden de sus habitadores a todas las inclemencias del cielo, da curiosa luz sobre la raza, naturaleza y organización de aquellas tropas «excelentes», según palabras de su general Lacy Evans, «para ser traídas en globo al lugar del combate, y, una vez desempeñado su marcial oficio, transportadas por el mismo camino a sitios apartados de todo trato y comunicación humana». Los aldeanos de las cercanías saben esa historia y la cuentan.

El anterior obispo de Santander, ilustrísimo señor don Manuel Ramón Arias Tejeiro, varón de altísima virtud, estableció aquí el Seminario conciliar de su diócesis.

Proveía este monasterio numerosos beneficios en lugares de la montaña, y poseía donaciones muy especiales, aunque no pingües, de reyes y señores. Una dama montañesa, doña Leonor de la Vega, de quien nos tocará hablar muy luego, madre ilustre del insigne marqués de Santillana, le otorgaba en 1428 una donación, que luego adquiría condiciones de venta, de cuanto la pertenecía en el monasterio de Orejo, en Trasmiera.

De Santander a Torrelavega

- I -

Las Behetrías.-Piélagos.-Un Calvario

«Desde la piedra del río hasta la hoja del monte, y desde la hoja del monte hasta piedra del río», no hay objeto ni paraje en el camino que vamos a tomar, con el cual, por tan conocido y sinnúmero de veces visto, no pudiera yo entretenerte, si me olvidase, ¡oh lector!, de que «los gustos de los discretos hanse de medir con la razón, y no con los mismos gustos». Es máxima de Cervantes, y no rehusarás concederme que ya es signo de discreción tener cuenta con lo que la discreción preceptúa.

Distráete con tus propios pensamientos mientras dura la parte de nuestro camino que ya tenemos recorrida y olvidada. ¡Qué curiosidad inspiran los pensamientos de un compañero de viaje! Nadie se deja engañar por la

apariencia, ni admite que el espíritu de aquel extraño no tenga más ocupación que la visible y aparente, la lectura, por ejemplo, o la contemplación del país; ni se conforma nuestro egoísmo con que hayamos de ser materia para él indiferente. Es cierto que le pagamos, y en su presencia, háganos o no nos haga caso, tenemos modo especial de portarnos, más corteses o más desenfadados, extremados en bien o en mal, pero postizos; no somos, en fin, lo que seríamos a solas.

Esta conversación sin palabras, a modo de romanza sentimental alemana, este diálogo mudo camina a veces tan de conformidad y concertadamente, que el silencio suele terminar por una pregunta partida de uno u otro lado, pero que no sorprende al que la debe contestar; y es que no se ha hecho sino cambiar de diapasón, alzar la voz después de haberla usado mesurada o baja por prudencia, por respeto, por temor de despertar a alguien que dormía: y dormía efectivamente la calidad fundamental y característica de la raza-hombre, su instinto sociable, la necesidad de comunicación y armonía, que debiera ser inclinación y precepto, gusto y código, imán y lazo, y que no pocas veces, torcida por nuestra pasión, por el interés y el mal pago, degenera y se cambia en aversión y misantropía.

Nada verás por aquí que te parezca nuevo, como no sea la ermita de los Remedios, arrimada a un árbol solitario. Desde tan lejos no distingues el extraño blindaje que protege su campana de las pedradas de los transeúntes. No sé si habrás observado que una de las tentaciones más vivas en despoblado es la de probar con un guijarro el timbre de los esquilones de los santuarios; algún advertido previó en los Remedios este riesgo, rodeando su campana con uno a modo de medio tonel de madera: el blindaje ha estorbado la puntería al metal, pero no ha resistido el choque de los proyectiles, de que se manifiesta taladrado y conmovido. De la estación de Guarnizo parte un camino al Sur a pasar la ría de Solia y entrarse por los valles de Villaescusa y Obregón, en Penagos y en el corazón de las montañas. Por aquí venían nuestros padres a buscar la férula de los célebres escolapios de Villacarriedo, cuando en su capital no hallaban quien les impusiera en los preceptos de Horacio y la retórica ciceroniana; por aquí venían caballeros en un mulo, fiados a un trajinero leal y honrado, pero más versado en albeitería que en culta pedagogía. Antes de mucho podrán hacerse llevar en ancha y holgada carretela a visitar las remozadas aulas donde pelearon a bostezos y ayunos con el Nebrija y el Guevara.

Estos lugares recuerdan aquella soberanía electiva que en los siglos medios ejercían en su mayor parte los pueblos montañeses, libres de entregarse al señor que más les pluguiera. En algunos de ellos era limitado este derecho a ciertos linajes de la tierra, de los cuales había de ser el elegido; otros gozaban libertad absoluta, y tanto usaron de ella y tanto se dieron a manejos extraños y se enredaron y confundieron con los manejos propios, que en Castilla dióse en

llamar a cuanto era desorden, inquietud, fuerza y escándalo con el nombre de aquel prístino y noblísimo derecho: behetría.

Pagaban las behetrías sus impuestos al rey: la infurción, tributo del suelo; el humadgo, tributo de la casa, y el yantar, para su mesa, y la fonsadera, para su hueste; y estos pechos, cuantiosos, pero de cobranza difícil, negociaba a menudo el rey, canjeándolos por otras obligaciones y descargándose en ellos de deudas o mercedes no cumplidas. Esto hizo Don Enrique III con su hermano, aquel célebre infante don Fernando, a quien los compromisarios de Caspe dieron un día la gloriosa corona de Aragón, y a quien en 1403 la de Castilla debía, por juro de heredad, doce mil doblas, dándole en recompensa de ellas sus derechos realengos sobre las behetrías.

A ese valle de Villaescusa vino enviado por el infante su oficial del cuchillo Pero Alonso de Escalante, y en la aldea de la Concha, ante escribano real y los omes buenos, fijodalgos y labradores del valle, hizo información minuciosa de los referidos derechos, y puso en orden su cobranza.

Cianca, adonde se llega después de pasar la estación de Guarnizo y sus lozanos robles, figura en la que podríamos llamar geografía militar de Lope García, porque apenas cita en su interesante libro nombre propio de lugar, sino para referir sucesos de armas ocurridos o preparados en él. En Cianca vinieron a establecerse hijos de aquella prolífica estirpe de Ceballos, la cual, no pareciéndole bastantes sus repetidos y dispersos solares montañeses, íbalos a buscar fuera(160). Pero los de Cianca no los acogieron bien; hubo bandos y pelearon unos con otros en diversos sitios de la comarca. Venía, en ayuda de los de Cianca, un Pedro Gómez de Agüero, bastardo de este linaje, y descubriendo al trasponer de una loma algunos jinetes, creyólos de sus aliados, y llegóse alegre y descuidado a juntarse con ellos. Dejáronle venir, y ya estaba cerca cuando advirtió su error; eran de los Ceballos. Quiso torcer las riendas y huir, mas tropezó su caballo y cayó en tierra. Vinieron sobre él los enemigos y le mataron. «E tornáronse los de Agüero con el muerto a Trasmiera», dice heladamente el historiador. Cuando el ferrocarril cruza las fragosas y sombrías estribaciones septentrionales del monte Carceña, y sobre el hondo cauce del revuelto Carrimón, harto conocido en un tiempo de cazadores de jabalíes y hoy de los cazadores de sordas o becadas, desemboca en el placentero valle de Piélagos, pasando por encima de la carretera.

Si siguieses por esa carretera de Castilla, la hallarías bordada de «casas de placer», como sin curarse de caer en extranjerismo, decían nuestros cronistas vicios. Y darás con una que echa fuera sus rosales y madreselvas para alegrar tus ojos y restablecer con el fresco aroma de sus flores tu acaso decaído espíritu. Las casas son como las personas: las hay abiertas y cerradas, que convidan a entrar y convidan a no arrimarse, que llaman y que despiden. A la puerta de ésta puedes llamar con confianza plena de que los verdes y floridos vástagos de sus cenadores no engañan, sino que de antemano, y para que no vaciles, y para que sepas dónde entras, quieren darte señales de la acogida que te espera

dentro. Y verás que el calor del doméstico cariño, del cordial y sincero afecto, hasta al yerto suelo favorece, porque en los arriates a uno y otro lado del umbral hospitalario hallarás, en medio de los ardores de junio, rozagante y magnífica, la flor esquiva de los hielos, la camelia.

El Pas, que baja de Toranzo, serpea a lo largo del valle.

Habíanle echado encima un puente de robustísima sillería para someter su inquieta bravura al paso del ferrocarril; pero alteróse un día, hizo cólera, amontonó agua, y retorciéndola en torno de los anchos pilares, los arrancó de cuajo, cual dicen que desarraiga el elefante troncos añejos, y sin encarnizarse en deshacerlos, como quien no tiene saña, dejó los enormes trozos de fábrica enteros, tendidos dentro de su cauce, y allí yacen todavía.

Generoso en medio de su furia; porque a dos pasos del puente y en su margen derecha encuentra una fábrica, industria y vivienda humana, que con una presa le entorpece el paso y le roba caudal para sus menesteres, y no tiene contra él mayor defensa que los ligeros chopos y alisos de su parque, y, sin embargo, la perdonó, y no quiso de ella más que el sobresalto y temor de los que la vivían.

Pues poco más abajo de este teatro de su fuerza y de sus iras, le hallaréis manso y sosegado, metiéndose entre espadañas, por bajo de castaños y robles, moderando su correr como si amara la sombra y buscara descanso; aquí ya su voz no es la de su origen que provoca y desvela, es voz suave, insinuadora, que aconseja o adormece. Diríase que el agua ha envejecido, si el agua no fuera la imagen más hermosa y clara de la juventud perenne, de la vida en su flor y en su fruto, en su expansión constante sobre el mundo, en la transparencia de sus intentos sanos, en la pureza virgen del alma cuando aún no ha sido enturbiada por lluvias y huracanes, por el cieno que la misma corriente mueve, levanta del fondo y arrastra consigo suspendido y revuelto.

Así entra el Pas por los términos de Quijano; así camina al mar, entre los molinos y praderas, los pomares y cerecedas de Barcenillas; escondido del sol bajo las hojas, acompañando el paso del viajero, sin apartarse de la vera de su camino, refiriéndole al oído misterios sin número, que el viajero entiende, pero que no puede repetir a nadie, porque aún no ha sido reducido al modelo preciso, concreto, pintoresco y eufónico de la palabra, el sonido inarticulado, vago, inconsistente, sutil del agua.

Las aguas corrientes no son riqueza sólo, son vida del paisaje.

Como que el agua posee los tres accidentes del vivir; luz, voz y movimiento; luz reflejada como la luz de la pupila, voz ligera y amorosa, soñolienta y grave, como la voz de la garganta humana. No hay soledad donde el agua corre, no hay tristeza donde el agua mana, no hay desierto donde el agua vive. Fecunda el suelo y despierta el alma, arrulla el dolor, ensancha la alegría, es compañía y música, medicina y deleite; sobre sus ondas van blandamente llevados los

pensamientos, os los trae de donde viene, lleva los vuestros adonde va; en ellas se refleja el cielo y podéis contemplarle sin que os ofenda la viva luz del sol, cuando ya la frente se inclina a tierra o porque la tierra la atrae o porque el peso de los años la dobla.

Así corre el Pas hasta que, bajo los arcos de la puente de Arce, se encuentra con la marea que le ofusca la claridad y le amarga la dulzura.

En esta puente de Arce tenía su torre, por los años del rey don Enrique III, un señor Ruy Díaz de Arce, de cuyas violencias hace minuciosa mención el «Pleyto de los Valles». Habíalo buscado ya por homicida la justicia del rey; mas era poderoso, muy emparentado en la tierra, y el rey mismo había ordenado a su corregidor en las Asturias de Santillana, Juan Fernández de Roa, la suspensión de los procedimientos. Insolentóse con esto Ruy Díaz, y fueron a más sus fechorías, tanto, que en l403 fué preso y encarcelado con un su criado Gonzalo de Pando, cómplice e instrumento. No se descuidaron sus parientes, deudos y amigos, y trataron de asaltar la cárcel y libertar al facineroso. Súpolo el fiscal y avisó al entonces corregidor, Gómez Arias, hombre resuelto y de pecho duro, pidiéndole dictase sentencia capital contra los reos antes de que los conjurados se los arrarcasen de las manos. A 27 de Agosto sentenció Gómez Arias el proceso, mandando empozar a Ruy Díaz, como se ejecutó, y que le derriben su torre, y que los valles de Camargo y Piélagos se encarguen de esta segunda parte de la sentencia y del suplicio de horca a que condena a Gonzalo de Pando.

¿Dónde estaría la torre en que anidaba el salteador milano? Ya encontrará su solar el novelista que sepa utilizar la rica mina de caracteres y hechos singulares que los papeles viejos de la Montaña encierran.

Poco corren ya las aguas para entrar en el mar por una boca estrecha, tormentosa y desolada frente a Miengo. ¿Por qué se llamaba este territorio entre las bocas del Pas y del Besaya que desagua más al Poniente, en Suances, la onor de Miengo?(162). Yo sólo sé que estos dos puertos eran de la villa de Santander, la cual tenía el privilegio de la carga y descarga, pesca y salazón en ellos: amparados los naturales de la autoridad del marqués de Santillana, cuyo era el territorio, resistían la gabela y hacían tuerto al derecho de los santanderinos; éstos acudieron al rey don Juan II, quien, sentenció en su favor(163), otorgándoles la confiscación de los buques y mercaderías que pudiesen tomar en contravención a lo legal y establecido. Luego se otorgó a los incursos en penalidad el canje be los bienes confiscados por dinero, y quizás con perjuicio de los de Santander, licencia de comerciar y marinear en estos parajes mediante una fianza o anticipo a la Corona, porque en 1498, a 20 de julio, desde Valladolid, los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel se dirigen en una sobrecarta real al corregidor de la villa de Santander, al cual hacen su mero ejecutor para lo mandado en esta sobrecarta, y al concejo, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y homes buenos de la dicha villa, mandándoles guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir otra su carta «librada de algunos de los

oidores de la nuestra abdiencia e de otros oficiales della e sellada con nuestro sello de cera colorada a las espaldas», en que enviaron mandar al dicho concejo de la villa de Santander «e a la persona o personas que fueran en tomar e llevar los navíos de los concejos del puerto de sant Martín de Larena(164), que luego que con la dicha ntra. carta fuesedes requeridos diesedes e tornasedes e restituyesedes a los dichos concejos del dicho puerto de sant Martín de Larena e myengo todos los navíos e pitiaças que asy les llevarades e tomarades e mandaredes tomar e llevar contra voluntad de los dichos concejos del dicho puerto con todos sus aparejos, segund e por la via e forma que ge se les llevaredes e tomaredes, et ficierades tomar e llevar, pues que avian dado fianças los dichos concejos en la d.cha n.tra corte de quatrocientos mil nirs.».

Nos hemos dejado ir con la corriente, en la franca extensión de la palabra, y no es éste el camino que lleva el tren. El tren va luchando con la pendiente, tomando altura, franqueando las huertas de Vioño, pasando bajo el célebre santuario de Nuestra Señora de Valencia y tomando los floridos campos de Zurita. Desde su altura se domina la fresca vega de Renedo, Carandia y la entrada de Toranzo, donde principia a levantarse la niebla.

Esparcidas en esa vega, unas al aire abierto en los prados otras en las encrucijadas de los caminos, a la sombra de las cercas o de los árboles, están las cruces de un calvario.

Un día de estío, atravesando la vega, hallé los crucifijos vestidos de plantas y flores silvestres. La pobre humanidad aplica humanos consuelos al dolor divino y corona las sienes de Cristo expirante con espadañas, símbolo del agua que restaña la sangre y refresca la herida y viste su martirizado cuerpo de amapolas adormecedoras del padecer y que embotan sus espinas. La pobre y sencilla fe de los aldeanos montañeses acaso quería además endulzar otros dolores y adormecer otras penas, en la efigie del Crucificado, porque en aquellos días se había alzado en la capital española la voz blasfema de los incrédulos, a quienes no satisface el propio descreimiento si no va a herir y estremecer las creencias de otros más afortunados.

Es la impiedad fanática, y, como todo fanatismo, es ciega. No perdona a la conciencia ajena la libertad con que se busca otro juez excelso para sus actos, desengañada de la miseria y, flaquezas de los jueces de la tierra; otro consuelo y amparo a sus dolores, persuadida de la ineficacia y tibieza de los consuelos mundanos. El impío desconoce la caridad, virtud por excelencia humana, piedra angular del concierto social, de la paz entre hermanos, del recíproco amor y la armonía; fáltanle generosidad, que es la caridad del instinto, y paciencia, que es la caridad de la reflexión, y habla a los creyentes como el desalmado que en presencia de niños y doncellas suelta de propósito su lengua disoluta, sin lástima de su candor y su inocencia.

Tal vez no está muy cierto de su impiedad si no ve sus efectos en las lágrimas y el horror de sus semejantes.

La sangre le espanta, pero le sonríe el lodo, y usa de él a manos llenas; no hiere en la carne, pero befa el espíritu; va a buscar en lo más hondo de un alma el ídolo de su fe, el símbolo augusto de sus creencias, y allí te escupe y le abofetea; no lleva a su prójimo al Calvario, pero le encierra en el Pretorio, y agota con él escarnios e ignominias.

Blasona de fuerte y no compadece ni perdona; presume de ánimo sereno y se ofende de la devoción que se postra en el templo, e invoca a Dios. Seduce a un flaco, gana a un cobarde, tornadizos que arrancará de su gremio, oculta u ostensiblemente la hora del supremo bien o de la suprema desgracia, y levanta un eco potente, universal, profundo de dolor y penitencia en el pueblo que rodea contrito y lloroso las aras de su culto.

¿No comprenderá nunca la grandeza del inocente que se castiga por el culpado, del justo que ora por quien le lastima, del mártir que se ofrece por quien ataraza su generoso pecho? ¿No verá nunca ese Dios patente en la tierra sublime de los montes y las aguas, claro y manifiesto al hombre de cuya frente pensativa cae cotidianamente sobre el surco el santo sudor del trabajo, y que para descansar de sus pensamientos y esperar en la fecundidad de sus sudores, ciñe de espadañas y amapolas el domingo las sienes de Cristo?

Ya el camino se engarganta y cierra a todo horizonte y lejana perspectiva. Y va corriendo por una sierra fragosa, descubriendo simas y frondosos bosques, hasta que saliendo a la cima de Tanos, hace alto en la estación y descubre a sus pies la soberbia llanura de Torrelavega.

- II -

El solar de la Vega

De este llano que nuestros ojos descubren, brota la vida en expresión más lata, opulenta y magnífica; vida rica, juvenil, que late en el sano ambiente de las faenas campesinas, en el hervir inquieto de los establecimientos fabriles, en el fresco rumor de dos ríos que se juntan en medio de una apacible vega, en el tráfago de cuatro carreteras que se cruzan y se apartan, en el rumor de las arboledas, en el vaho de la mies, en el murmullo sordo, continuo, penetrante de la población campestre esparcida por honduras y laderas que, como el zumbido de las abejas desparramadas a libar en las flores de la espesura, indica la inmediación de una colmena, del centro activo en que se funde y junta el trabajo y caudal común para multiplicarse, y repartirse, y circular de nuevo alimentando necesidades, deseos, gustos, y aun caprichos de un dilatado pueblo.

Ese centro no se ve desde la altura; déjanle adivinar la aguja de un campanario y los tejados de algunas casas, entrelas cuales se esconde la torre que dió nombre a la villa.

En la vega que la dió apellido se mezclan el Saja y el Besaya, trae aquél sus venas madres de las sierras de Usar, de las altísimas cumbres de Sejos, donde saluda misteriosas piedras célticas, rudos menhires o fantásticos dólmenes, y viene ya cansado de hacer bien, de regar los valles de Cabuérniga, Cabezón y Reacín, y más cansado de oír disputas de historiadores y críticos, y no saber todavía a punto fijo si fué frontera de astures y cántabros, y se llamó Salia en días de Plinio, o Saunlum en los de Pomponío Mela. Tampoco carece el otro de pretensiones clásicas, puesto que desde su origen ve el monte de Aradillos, donde pasó la postrera y final batalla entre cántabros y romanos, pero le aventaja en conocimiento de cosas modernas, porque ha venido a lo largo de las hoces de Bárcena, de Iguña y de Buelna, admirando la prodigiosa construcción de un ferrocarril, que parecía imposible, despeñándose en algunos sitios para desembarazarse de obstáculos y ver mejor el movimiento de las locomotoras, deteniéndose en otros a alborotar golpeando las peñas, en competencia con la voz estridente y dura del vapor y sin poder ahogarla.

Apenas juntos ambos ríos, van a pasar por Barreda. Guardando la barca que aquí salva la corriente, está un venerable solar, alzada su torre sobre un manso cerro, tendida delante una alfombra de hierba, erizado a su espalda un bosque de castaños, de esos castaños seculares cuyo tronco rugoso, informe, roído y averdugado tiene la fisonomía hasta, rudimentaria, informe, gigantesca de las primeras formaciones del mundo, fósil vivo, piedra vegetativa, ceniza con jugos que brotan en verdes hojas y espesos erizos.

En esta casa paró San Francisco cuando cruzó la comarca peregrinando a Compostela; el aposento en que tuvo lecho el glorioso peregrino mudóse en oratorio, donde las generaciones sucesivas de los poseedores del solar han agradecido constantemente al cielo su favor divino y conservado piadosamente su memoria.

Poco más abajo ya la corriente lleva el peso de los barcos, harto aún para sus libres espaldas; por eso a intervalos los deja posar en seco arrimados a los muelles de Requejada, retirándose ella a descansar en lo más hondo de su lecho. Luego se retuerce entre promontorios de roca por una parte y playas de tupido junco por otra, y, en fin, haciendo puerto del perezoso Suances, que puesto en una altura, pasa su vida mirando al mediodía, sale al mar entre dos rocas, el Torco y la de Afuera.

Tornando a subir, los montes de Mercadal, la sierra de Ganzo, rodean y encintan la llanura. Mercadal parece revuelto y conmovido por un sacudimiento subterráneo; su suelo no tiene el color natural de la tierra, de la roca presentada al sol, a la lluvia y al aire en la superficie del globo; es región minera, socavada y removida, cuyas entrañas roe y explora el hombre, codicioso del metal que esconden.

Por encima de Ganzo descúbrese un monte y su atalaya caída, Bispieres, a cuyo pie se esconde la vieja Santillana. Y entre la gola que dejan una y otra sierra, Torres la harinera, Puente San Miguel, Villa Presente, Cerrazo, pueblos

que se escalonan sobre la pendiente del terreno hasta subir a San Esteban de Cildad, uno de los raros sitios que en esta tierra hidalga, pacífica y generosa tenían dramática y pavorosa fama.

Tal es el solar de la Vega. Tal es la cuna de uno de los pocos apellidos cuya histórica huella conserva el pueblo, y aplaude todavía en sus romances y en sus dramas. De aquí salió el primero de este linaje, a quien impacientaba sin duda el estrecho límite, a quien no satisfacían las pocas ocasiones de fama que podía hallar en su tierra, y fué a buscarlas más menudas y en más vasto teatro, en la ambulante corte o en la regla tienda de los monarcas castellanos, dándose a conocer con el apellido del lugar de donde venía. Ya en días de Don Alfonso VII, el emperador, se señalaba Diego Gómez de la Vega. Su hijo o nieto sería el valiente paladín, cuyo nombre calla la historia, el cual debía ganar nuevo y propio apellido que sustituir al patronímico, y añadir al de solar. Al cabo de una batalla, maltratado y rendido de pelear, jadeante y sin alientos, se presentaba ante la hueste cuya victoria había asegurado. «Lasso vienes -le dijo el rey-, lasso seas; y los Lassos de la Vega fueron tanto adelante, que corto tiempo después, en los de Don Alonso el Sabio, era almirante del Océano un Pero Lasso de la Vega.

Hijo de este almirante era un García, quien elidiendo la vocal postrera de su nombre, aparece como el primero de los Garcilasos, que siglos andando habían de ser famosos en los orbes distintos de la gloria. Con él también asoma a presidir los destinos de la familia un astro sangriento, que tarda en ponerse lo que tardan en vivir tres generaciones.

Merino mayor de Castilla, gran privado de Alfonso XI, dice Villazán en la Crónica de este rey, era este Garcilaso «ome que cataba mucho en agüeros». Hallándose en Córdoba la corte, y queriendo Alfonso terminar las civiles discordias que le suscitaban sus deudos, la despierta y ambiciosa dinastía de los Manueles, envió a su merino a tierra de Soria a juntar gentes y recoger armas. A pocas jornadas de Córdoba, los sorteros y cabalistas de que andaba siempre rodeado, ayudaron a Garcilaso a vaticinar que si caminaba a Soria, en Soria hallaría muerte con muchos de los que le acompañasen. Y con esta certidumbre siniestra, el leal caballero, sin cuidarse de evitarla, envió a decir al rey que, pues no podía excusarse de morir, estuviese cierto de que haría que su muerte fuese en honra y en servicio de su señor.

Los de Soria, gente inquieta, muy mezclada siempre en guerras de partido, y cuya conciencia no estaba muy sentada y tranquila, cuando vieron venir al merino con tal aparato de caballeros y soldados, dieron fáciles oídos a parciales y cabecillas de su ciudad, dejándose creer que Garcilaso venía con la justicia del rey a prenderlos y encausarlos. Conjuráronse para evitarlo, y estando Garcilaso oyendo misa con su comitiva en la iglesia de San Francisco, entraron y le dieron muerte con un su hijo Pedro, no inocente, pues la crónica dice que «era muy sin Dios, et tomaba de lo ageno muy de buena manera», y con otros, hasta veintidós infanzones e hijosdalgo. Los pocos salvos de la matanza, fuéronlo por

caridad de los frailes, que los vistieron con sus propios hábitos, ayudándoles a escapar desconocidos.

Dos hijos vivos dejó el merino asesinado en Soria: uno, heredero de su nombre y de su sangriento destino; otro, a quien dieron nombre ya acreditado entre sus ascendientes, conservándole los antiguos apellidos de la casa, se llamó Gonzalo Ruiz de la Vega.

Estos dos hermanos, Garcilaso y Gonzalo, eran mayordomos de los infantes don Fadrique y don Fernando, hijos bastardos del rey y de la célebre favorita doña Leonor de Guzmán, y en calidad de tales asistían en el ejército que el belicoso rey guiaba hacia los confines marítimos de Andalucía, bien resuelto a desalojar la morisma y arrojarla al mar desde las cerradas asperezas de Calpe. Amenazaba a Algeciras y Gibraltar la hueste; llevaban los infantes la vanguardia e iban haciendo redrar de sí las tropas ligeras del enemigo, cuando «aqueste Gonçalo Ruiz» -dice la crónica- cuydando que facia lo mejor, llegó a una puente muy estrecha, que estaba en aquel río del Salado, et con él algunos vasallos de don Fadrique, et por acorrer unos omes de pié que estaban allende el río, Gonçalo Ruiz, et aquellas compañas de don Fadrique pasaron aquella puente, et Garcilaso desque vió que Gonçalo Ruiz su hermano avia pasado la puente, él con algunos vasallos de don Fernando pasó luego. Et estos fueron los primeros que en aquel día pasaron el río del Salado. Et los moros eran en aquel logar más que dos mill et quinientos caballeros, et los christianos eran fasta ochocientos».

Así comenzó aquella famosa batalla del Salado de Tarifa, que había de acabar con el poder militar de los Benimerines venidos a España, fiando en el prestigio de sus africanas victorias la esperanza de restablecer la quebrantada dominación musulmana en España. Así comenzó, por una hazaña de hidalgos montañeses, una batalla que había de terminar y decidir con su firme y resuelta acometida la infantería de los cántabros.

En este paso del río fué donde, ofendido Garcilaso de la insolencia del gallardo moro que traía atado a la cola de su caballo un listón con las letras del AVEMARÍA, cerró con él en desafío, dióle muerte, y puso las azules letras sobre el oro fulgente de su limpio escudo.

Pero ni esta gloria, ni el alto empleo de justicia mayor que tuvo juego en Castilla, le preservaron de las sanguinarias venganzas del rey don Pedro, hijo y sucesor inmediato de Alfonso onceno. En su palacio de Burgos le hizo matar, y que fuese el cadáver arrojado a la plaza, donde se acosaban toros, y donde las poderosas fieras cebaron el asta y la pezuña en los despojos del heroico caballero del Avemaría.

¿Qué había de hacer su hijo, el tercer Garcilaso, sino alistarse entre los enemigos del rey y vengadores de su padre? Siguiendo las armas de los bastardos, se acreditaba de valeroso y esforzado; pero no podía vencer el influjo de su estrella siniestra alta todavía sobre el horizonte.

En la batalla de Nájera aventuraba el infante de Trastámara todo su poder contra el de su reinante hermano, a quien la suerte ayudaba y favorecíale con victoria completa. Entre los cadáveres del campo de batalla quedaba el de Garcilaso de la Vega, último descendiente varón de la rama primogénita. Pero la heredera de la segada estirpe, si no podía por su sexo perpetuar el apellido, quedaba con caudal bastante para ser solicitada por tal varón que entroncase en una de las más altas y próximas a la estirpe soberana de Castilla.

Al día siguiente a la batalla del Salado, el rey, según su magnífica costumbre, había hecho merced a los más señalados de su hueste en la pelea, ricos hombres, hidalgos o escuderos. Allí, en la Peña del Ciervo, donde acampaba, armó caballero a Gonzalo Ruiz de la Vega, su buen servidor, dándole heredades y tierras que le ayudasen a sustentar su buen nombre; y ampliando y precisando mejor sus mercedes en el año siguiente de 1341, le daba en señorío aquellos valles de las Asturias de Santillana, donde radicaba su solar y no corta herencia de sus mayores.

El señorío era el paso de la nobleza solariega a la nobleza titulada; daba jurisdicción, salvos siempre, más en la forma que de hecho, los derechos del rey; constituía estado, y facilitaba con una nueva merced regia el cambio del yelmo o el coronel cerrado sobre el escudo, por una corona abierta y floreada, y la entrada del agraciado en aquella peligrosa oligarquía de que el trono se rodeaba y hacía a menudo vacilar los tronos.

Gonzalo Ruiz de la Vega dejó una hija legítima, doña Teresa, casada con Pero Ruiz de Villegas; con consentimiento de estos herederos, los testamentarios de Gonzalo Ruiz hicieron venta y cesión de los bienes de Asturias de Santillana a Garcilaso, su hermano, y muerto éste en Nájera, su hija doña Leonor era la señora de la Vega.Don Diego Hurtado de Mendoza, de nobilísima estirpe, almirante mayor de Castilla, viudo ya de una esposa de sangre real(178), pretendió y obtuvo la mano de la rica heredera montañesa, y en el segundogénito de esta unión venturosa y en su título de marqués de Santillana, quedaron abogados apellidos y señoríos. Es verdad que nunca en tiempo alguno alcanzó en cabeza de sus sucesores la alta y purísima gloria que en la de este su poseedor primero.

Señora ya la dura raza, y autorizadas por el rey sus justicias, hízose temer acreditándose de inexorable. La natural turbulencia y ánimo independiente de sus vasallos eran domados por el espanto. Contábase en las aldeas; que la torre de la Vega escondía una sima insondable, patíbulo y sepulcro a la vez de los malavenidos con el nuevo dominio, misterioso castigo que amedrentaba a los que veían sin temor alzada frente al solar la horca, instrumento de sumarios procedimientos y sentencias ejecutivas.

Pregunta ahora, lector, a la extinguida tradición si con sucesos de aquellos días tienen lazos de origen los nombres de dos de los barrios de Torrelavega, edificados precisamente al entrar y salir de sus arterias, la Quebrantada y el Mortuorio.

Porque entre dos tan significativos y lúgubres nombres sienta el centro de que te hablé a los comienzos de este capítulo, la colmena a la cual hallas, si llegas en jueves, enjambrada dentro del recinto de su ancha plaza, cuyo piso recuerda el del cóncavo y desnivelado foro de Sena. Agitada, hacendosa, hirviente, despoblándose de los enjambres ya ahítos y repoblándose de los que llegan hambrientos, manteniendo perennes y vivas las dos corrientes de hormiguero humano, la que va y la que viene, fluyendo y refluyendo por calles, caminos, paseos y veredas, a caballo, a pie, en coche, chasqueando látigos, sonando cascabeles, aguijando yuntas, silbando reses, cantando, plañendo, traduciendo en gritos, voces, ruidos y clamores varios, las pasiones todas del tráfico, de labradores y artesanos, de buhoneros y marchantes, la compra y la venta, la ganancia y la pérdida, la alegría expansiva causada por el oro, el placer del negocio feliz, el contento del traje nuevo, de la herramienta extraordinaria, del manjar no acostumbrado; el acento, en suma, confuso, múltiple y turbio, pero ardiente y vivido, del mercado.

Ese es el día de mercado en Torrelavega. De los caminantes y recueros que entre días de la semana halles desparramados por los diversos caminos que cruzan la Montaña, a distancias diversas de sus límites y de su centro, y andando en direcciones opuestas, convergente y divergente, apenas hallarás uno que no venga al mercado de Torrelavega, o que del mercado no venga. Pañeros de Castilla, vinateros de Rioja, pasiegas con el cuévano cargado a la espalda, asturianas con la ancha cesta rellena de aves sobre la indomable cabeza, aperadores, cesteros, mercaderes e industriales de industria y mercaderías varias, de poco y de mucho, de nuevo y de viejo, de rico y de pobre, de nacional y extranjero.

Así es el cuadro que la plaza ofrece; colmada, henchida, intransitable de curiosos, chalanes, baratillos, tiendas y puestos de géneros. Allí los frutos de la tierra: pilas de borona sin moler, recogidas sobre tendidas sábanas; descoloridos trigos de la montaña, el á1aga y el cutiano; tiernas alubias de blanca o roja o azotada piel; sabrosas legumbres y frescas verduras; coles y cebollas, y los rojos pimientos y ajos duros de Quevedo.

Allí los frutos de la mecánica: largas piezas de algodón pintado que el viento flamea, y la vara mide y corta la hábil tijera del pasiego; cintas vistosas de infinitos y vivísimos colores, tentación de la aldeana y ornamento preciado del chaleco de su novio; y lienzos y muebles, hojalatería y barro, utensilio doméstico; y los frutos de la industria agrícola, apiñados quesos, y rubia manteca apellada y envuelta en hojas de rizado helecho. Allí, en fin, el pueblo cacareador y glotón del corral, de amarillos tarsos, colorada cresta y pomposa cola, merecida fama de esta feria, y el guarín humilde, a quien hipócrita pero propiamente llaman los montañeses el de la vista baja, al que todo aprovecha y es a su vez todo provecho.

La pintura de este mercado, con su crudeza de tono y de colores, pedía pluma de afilados puntos, de aquellas plumas castellanas a las cuales no parecía

licencia excesiva usar el sustantivo propio, el epíteto conveniente y oportuno; las que no velaban la idea ni la amortecían velándola; las que escribían a la vez para los ojos y para el oído, trazando cuadros de frase pintoresca cuyo sentido retrataba la forma y el paisaje, cuya eufonía reproducía los sonidos y la voz armoniosa y vaga de la escena.

Pero no olvidemos que estarnos en la cumbre de Tanos. Desde esta cumbre, donde se oye con tan claro acento vibrar despierta la voz de los siglos que dormían, radian tres vías diferentes que nos convidan a penetrar en otros asilos de la tradición, del arte, del espíritu yerto de las generaciones olvidadas. Podemos bajar al llano, salvar la vega, resistir la magia de sus armonías, y caminar a la romancesca Santillana. Podemos seguir sobre las férreas barras la cuenca del Besaya, los montes, y encaramarnos por las vueltas de la asombrosa vía a las parameras de Campos. Y podemos entrarnos en la aspereza que a nuestra mano izquierda se enmaraña, y seguir hasta el fondo del clásico valle de Toranzo, para subir un puerto y asomarnos a Castilla. Una tras de otra, con el favor de Dios, hemos de recorrerlas todas. Tomenlos para descanso y solaz de ánimos solitarios la postrera, que aquí parece menos concurrida.

Toranzo
Illic sedimus etflevimus.

- I -

Confluencia.- Castañeda.-Los Manriques

Valle de recuerdos, tantas veces pisado en todas las edades de mi vida, en la niñez, en la adolescencia, en la juventud, a la luz vana, viva o moribunda, gloriosa o siniestra del espíritu, no debiera tener secretos para quien ha registrado sus vegas y sus lugares, sus collados y sus arboledas, sus montes y sus cauces con el palo del viajero en la mano y con la cartera del curioso a la espalda.

Torres, escudos, ruinas y santuarios debieran ser para quien tantas veces los ha interrogado con afanoso cariño, libro familiar cuyas hojas abriese a cuantos le suceden en impaciencia, a cuantos pisan el mismo suelo con la misma sed inextinguible de saber lo que allí pasó, y qué memorias guardan las piedras mudas, hoy que el afanoso tráfago de la vida ensordece, y falto de oídos que le escuchen, el anciano calla, y en su silencio, como todo germen vital en el vacío, perece la tradición y se acaba.

Nunca imaginé yo que venida la hora tanto tiempo esperada de trazar con fugitiva pluma su imagen fiel y acabada, apenas hallaría otro modelo que la visión primera, limitada y confusa, indecisa como infantil recuerdo.

En días de deseos vagos y dilatada esperanza no soñé con menos que con dar al curioso o al amante de este suelo, completa noticia suya, con pintárselo no

reducido al cuadro de su belleza actual y pintoresca, sino dilatado en la vasta perspectiva de los siglos, donde toda tierra ve la cuna, asiento y sepultura de un pueblo, en el pueblo una serie de generaciones, y en éstas la vida útil, laboriosa, oscura o gloriosa, desenvuelta en las épocas del tiempo. Pero de sus facultades ninguna engaña a nuestra pobre alma tanto como su voluntad propia. Ella supone un término a todo anhelo, y el término llega y nos sorprende antes de haber empleado el intervalo que de él nos apartaba, en preparar y merecer la cumplida realización de lo anhelado.

Los hijos de la Montaña, hijos de madre pobre, nacen pobres, pero con altos pensamientos; pésales su oscura medianía, y para levantarse a más visible y luminosa esfera, buscan el camino más seguro, el de la fortuna. Su claro instinto les dice temprano que el de las letras, trabajoso y exclusivo, no guía al deseado término en la patria española, y merecen excusa de no sentir el aguijón de la gloria, ellos acostumbrados a ver empañada, dudosa y tenida en poco la gloria más legítima y más pura.

¿Consiste la gloria en el aprecio justo de una cualidad superior y rara manifestada en obras? ¿Consiste en la consideración y el respeto tributados constantemente al ser privilegiado; en el aplauso general y recuerdo permanente de sus obras nacidas para bien común, engrandecimiento, utilidad o recreo? ¿O no consiste en nada y es únicamente sueño del alma, falso como todo sueño, y destinado a mantenerla en perpetuo engaño y desconocimiento de la vida?

El Pas separa a Piélagos de Toranzo; el Pas enriquecido con el caudal del Pisueña; en la jurisdicción de Vargas. Ya en Santander nos recordó un puente estos parajes(181) memorias del valor de nuestros padres; pero memorias infaustas, que al recordarse debieran fortalecer y estrechar nuestra unión española como los recuerdos de un azote, de un desastre, padecido en compaña, aprietan siempre, y no pocas veces crean lazos de amistad y afecto entre los hombres.

Aquí llegaron, pocos en número, desiguales en armas, novicios en el arte militar, pero unidos y resueltos. La presencia de algunos soldados era estímulo a su valor y su firmeza. Aquí llegaron y dieron con los enemigos que habían salido a buscar, para cerrarlos a distancia la entrada en su ciudad amada. Y el combate parecióse en algo a aquellos combates legendarios en que un influjo sobrenatural distribuía desigualmente la muerte a un campo, la victoria al otro. Abatióse la guadaña sobre los del infante pretendiente, y quedó el laurel entre los de Santander.

Por eso, para estimar su hazaña, no hay que ir al campo de ella para pesar y medir la sangre vertida; hay que estimarla dentro de la ciudad afligida por el amago y cercanía del enemigo, la víspera de la salida, cuando el desconocimiento del riesgo lo abultaba y encarecía, cuando era preciso vencer todas las resistencias del corazón, olvidar todas las obligaciones, desoir todos los afectos y no tener oído, voluntad ni brazos más que para el deber supremo.

Cuando era preciso vencer y dominar, no el miedo, que eso lo vence la vergüenza, sino el cariño, las lágrimas, la ternura, las deudas más hondas y más sagradas del alma, que solamente a costa de heridas y desgarrones en el alma se vencen.

En aquel sangriento amanecer de una guerra sin misericordia, guerra de agüero dudoso, nutridas las huestes carlistas con tanto número de los mejores oficiales españoles, el combate de Vargas era testimonio y promesa a la bandera isabelina, de que por ella no se ahorrarían los pueblos que la alzaban de decisión y sacrificios. ¡Dios sabe y la patria si lo cumplieron! ¡Dios y la patria saben lo que el ejemplo de nuestros padres pudo, y el oir se en España, como premio a tanto ardimiento, llamar a su ciudad: La decidida!

Partiendo de la confluencia, aguas arriba, el Pisueña riega hacia el Oriente el valle de Castañeda; más al Sur serpea el Pas por las vegas de Toranzo. Sálvalos la carretera sobre dos gallardos puentes: diéronse le de sillería al Pas por más caudaloso, sin duda; porque resuelto y potente quita caudal y nombre al Pisueña, que hubo de recibir entre la cantería del suyo entrepaños de ladrillo y barandaje de hierro; pero lujoso o modesto, no es menos cierto que ya por todas partes reciben y toleran yugo aquellos indómitos torrentes montañeses, acostumbrados a rodar turbulentos y espumosos, libres y tiránicos por su ilimitable madre, entre ruinas de estribos descepados y desmoronadas pilas.

Subamos el Pisueña; angosto y breve es su valle; los árboles que le dieron nombre se han recogido a las faldas de los montes, donde retuercen sus huecos troncos y esparcen la impenetrable sombra de sus ramas espesas, dejando al sol y a agua tender en la llanada el más tupido y risueño terciopelo verde que puedan hollar viajeras plantas; la corriente apenas suena, y en ella se bañan blancos chopos y descoloridos sauces. Dejemos a la carretera seguir su pintoresco destino, cruzar las frescas huertas de Cayón, los páramos de Sobarzo al Mediodía de Cabarga, atravesar el valle de Penagos y llegar a los manantiales de Liérganes.

A corto trecho del fin del Pisueña hemos dejado a la izquierda de la carretera la colegial de Santa Cruz de Castañeda, venerable monumento que vive entero todavía, si quebrantado por los años, sostenido por su fuerza propia, sin remozar el rostro con sacrílegos o bárbaros afeites, sin el prestado báculo de modernas reparaciones; anciano patriarca cuya existencia íntegra y austera no dió cebo a las corrupciones y deleites que preparan la decadencia humana, y al cual la muerte habrá de herir con golpe único, decisivo y súbito, como el del rayo que postra el roble centenario del monte.

Cuando yo llegué al solo arco abierto de su doble ingreso; cuando dentro de sus bóvedas me bañó la frente ese vaho glacial que sueltan las construcciones seculares, sentí vergüenza, pero vergüenza profunda, de haber pasado tantas veces a tan corta distancia, sin desviarme del camino para visitarle. ¡Con cuánto afán medí sus ámbitos, palpé sus piedras, rastrearon mis ojos inscripciones y

sepulcros para penetrar el sentido de sus letras y figuras indescifrables o maltratadas!

Si es cierto que en toda obra humana vive algo del espíritu que la engendró, y el calor de un deseo vehemente y sincero engendra correspondencia entre las almas, la de la antigua colegiata debió perdonar a la mía la indiferencia pasada. De haberse hallado a solas, ¡quién sabe las revelaciones que el alma del viajero hubiera recibido del alma del edificio, espía invisible de conciencias, eco de preces, paño de lágrimas, fanal de la sagrada lámpara, confidente recóndito de miserias y heroísmos, espíritu formado y nutrido de la esencia de infinitas, testigo presente por siete siglos a los misterios un nombre, renovados diariamente dentro del recinto sagrado a la consagración mística sobre el ara, a la reñida pelea de afectos distintos, necesidades, pasiones y deseos dentro del pechó de los fieles, a los sombríos arcanos de la muerte junto a la fosa abierta y el cadáver tendido!

Pero a la sazón ocupaba la nave central pueblo numeroso en son de duelo; alzado bajo el crucero un túmulo de estameña desgarrada y parcheada de rociones de cera; arrodilladas las mujeres en hileras delante de sendos hacheros guarnecidos con gruesos cirios ardiendo, y zumbando en el espacio la solemne liturgia funeral cristiana. Para no turbar las preces me refugié a la nave del Evangelio; a lo largo de sus muros, se dibujaban confusamente nichos anónimos, ataúdes gigantescos de piedra labrados de misteriosas cifras y señales, digno encierro de heroicos despojos; y ya a los pies de la nave un bulto yacente, cuyo perfil humano dibujaba la poca luz recibida por una angosta saetía de la cabecera.

Figura de varón eclesiástico, puesto que cubre sus manos enlazadas bajo el amplio embozo, hincado en el hombro izquierdo un lazo o insignia, de espaciosa faz, nobles facciones, copiosa barba y melena movida en ondas, dormía caídos los párpados, sorda a las temerosas cláusulas del dies iræ que estremecían el ambiente, amortajada por los años que han vestido a la piedra la obscura pátina del bronce.

¿Quién es? ¿Las letras abiertas en la pared inmediata se refieren a éste o a otro muerto? Ciega piqueta las tocó en ma hora, y con idea al parecer de ponerlas todas uniformes y simétricamente, alteró los caracteres y mató su sentido.

Lo que de la inscripción sobrevive, dijo así a mis ojos: AQUI IACE MUNO GONÇALEZ..... DE CASTAÑEDA QUE DIOS PERDONE.-EN LA ERA DE M E CCCILXVIIII AÑOS. Queda sin leer el apellido que sigue al patronímico -¿será de Lara? Esta casa tuvo señorío de añejo tiempo en estos parajes. Y otra palabra, que probablemente indica la dignidad del sepultado, y acaso dice abad.

Calló la salmodia, oí secas y menudas pisadas de clavos sobre el pavimento, y el arrastrar desapacible de malcalzadas suelas femeninas, semejante al rumor de la espuma sumida por la arena de la playa; comenzaron luego los murmullos

confusos de grupos bajo el pórtico exterior, y cuando quedó la iglesia desierta, pude a sabor examinarla.

Debo desengañarte, lector, si has imaginado que mi entusiasmo por la vetusta iglesia nace de su imponente arquitectura, de novedad o audacia rara en su traza y edificación, de riqueza en sus materiales, de extensión considerable o de singular hermosura. Su mérito está para mí en la edad, su interés en la época a que pertenece. Levantáronla hombres de caudal limitado, de no primorosas manos, pero empapados en tradiciones puras, arrancando a la vecina montaña el asperón jalde, blando a la labra, ligero al acarreo, al cual presta el sol meridiano ese rico cálido tinte de oro que baña las almenas y escudos de nuestros solares. Su estilo nacía apenas recobrado el universo cristiano del terror de las profecías milenarias: el mundo entraba en su undécimo centenar sin perturbación, sin accidente que a la temerosa expectativa de su fin respondiese, corría por los primeros años del siglo sin extrañas desolaciones, sin monstruos nuevos, sin que aparecieran los horrendos presagios prometidos.

La tierra no padecía otro castigo que la guerra y sus miserias, azote común y añejo, tolerable a pesar de sus horrores, comparado a las plagas anunciadas como mensajeras de la agonía de la creación. El orden admirable de los astros, la luz del sol, los orbes de la luna, la sucesión del día y de la noche; las mudanzas estacionales, la acción fecunda de los elementos, se producían y manifestaban con regularidad constante,según la ley primera y no interrumpida de su ser; y los hombres, volviendo del asombro primero, mejor dispuestos a creer en la misericordia infinita de Dios que los perdonaba, que a renegar la ciega fe en sus profetas visionarios, sentían recrecer su ardor devoto.

Los primeros templos erigidos entonces, los templos nuevos en que se atropellaba la supersticiosa muchedumbre agradecida a la prolongación de días trabajosos e inseguros, pertenecían al estilo de la colegial de Castañeda, al que doctos clasificadores apellidaron mucho más tarde: románico.-¡Cuántas de esas figuras e historias que esparce en muros y capiteles, fueron clara alegoría del estado general de los espíritus en semejantes días! Ingenios perspicaces, ayudados por las meditaciones y el estudio, se han fatigado en buscar su recóndito sentido, y entonces se lo encontraban natural y fácil turbas ineruditas y rudas.

Los artífices de Castañeda no dieron campo a su fantasía; emplearon su estilo en la austera sencillez de sus elementos primitivos; corrieron sus bóvedas de cañón a lo largo de las naves, las partieron con arcos de medio punto, y sobre los cuatro torales del crucero trazaron un tosco arquitrabe anular, cubriéndole de un cascarón esférico, sirviéndose para pasar de la planta rectangular al círculo, de aquellas bovedillas de arquivoltas salientes, concéntricas y a descubierto, rudimento y generación primera de la elegante pechina de Bizancio; pegaron las columnas a los hastiales, coronaron sus fustes con un esbozo de hojas griegas, y sellaron la obra, bordando su coronamiento exterior con cordón de labrados canecillos, y partiendo la seca alzada del ábside con

imposta de escaques y cintas que rodea y dibuja el marco de sus angostas luceras.

Patronos y fundadores de ella se titulaban los condes de Castañeda, marqueses de Aguilar, de la poderosa casa de los Manriques de Lara; fundadores de la colegial, que la iglesia existía un siglo acaso antes de que el linaje de Manrique se ilustrara y hacendase en Castilla(183). Y en liso de tal posesión, don Juan Fernández Manrique, marqués de Aguilar y conde de Castañeda, embajador de Carlos I en Roma, consiguió del papa Paulo III que se suprimiera la colegial, anejándola el año de 1541, con las de Escalada y San Martín de Elices, a la colegial de Aguilar, villa predilecta del magnate.

Este ilustre apellido de Manrique suena en los valles del Mediodía cántabro, como suenan en los valles de Occidente los otros no menos ilustres de Mendoza y de la Vega; los pueblos de una y otra comarca resistieron recibirlos como señores; la nobleza territorial pobre, pero altiva, no quería reconocer superior fuera del rey y sus ministros; tardaron los grandes feudatarios en asentar su dominio en tan ásperas tierras, y nunca lo tuvieron pacífico e indisputado sobre sus más ásperos habitantes.

Citados quedan los dilatados litigios en que sostuvieron por siglos su derecho de vasallos reales sin obligaciones a justicia que no fuera la emanada del rey; y a luz de esta lucha, legal, formalista, se descubre que en tiempos anteriores, y aun en el transcurso del pleito, durante los intervalos de una y otra resolución, de una y otra demanda, el litigio se sostenía en los valles por más enérgica y violenta manera: con guerras de solar a solar, de behetría a behetría, con asaltos y emboscadas que ensangrentaban el suelo y mantenían vivos los rencores y despertaban sin cesar nuevas venganzas.

La huella de estas discordias y su estrago ha de conservarse en los archivos de muchas cosas solariegas: allí ha de buscarlos quien haya de trazar sobre fundamentos ciertos y con colores vivos la interesante historia de nuestros montañeses.

Entre ellos, indóciles y turbulentos, eran un hecho repetido a menudo aquellas memorables palabras de Toledo negándose a recibir corregidor por el rey don Juan II: «Son de obedecer por ser cartas del rey; pero no de cumplir por quanto son contra las leyes destos reynos.»

Con cartas de este rey bajaba de Castilla un ballestero suyo, en días del año 1421, trayendo acaso el mismo camino que yo traje para visitar la colegial esa mañana. De juro no le halló tan acomodado y suave como hoy se encuentra, ni su ánimo, ocupado de la aspereza del terreno y de los empeños de su mensaje, tuvo espacio de solazarse como el mío contemplando la agreste hermosura del paisaje, el prolongado desfiladero de la montaña, la cima del monte Dobra, tallada en roca a manera de altar céltico, y el fresco y verde panorama de las Presillas; él, en cambio, daba que escribir a la crónica y a mí el placer de recordarle al recordarla.

Un año había que el adolescente rey (andaba con los quince años) hiciera merced a Garci Fernández Manrique del señorío de Castañeda con título de conde; el astuto prócer, con la diligencia que convenía a la inseguridad de los tiempos, y del favor de tan tierno príncipe, apoderó a su mujer doña Aldonza, de los reyes de Castilla por línea bastarda, heredera del señorío de Aguilar, para que en su nombre y con autoridad propia tornase posesión de la tierra.

Enojóse el rey que esto supo, o le hicieron enojarse, puesto que había pasado, por falsía de don Álvaro de Luna, del poder del bando del infante don Enrique, al cual pertenecía Garci Fernández, al de sus enemigos los condes de Trastámara y Benavente, y dispuso anular el don e impedir sus efectos.

A esto venía el ballestero; mas doña Aldonza, mujer enérgica y sagaz, había sabido poner de su parte a muchos hidalgos, y entre los que más valían contaba por suyo al arcipreste Pero Díaz de Ceballos, hombre arrojado de quien hay curiosa memoria en instrumentos de la época. Resistieron, pues, al mensajero, maltratáronle a palos, quitándole sus credenciales, el cual, molido y despojado, se volvió a su señor con el cuento consiguiente.

La regia ira y el encono de los adversarios de Garci Fernández subieron de punto con la noticia del desafuero. Tomóla el rey como ofensa a su persona, que merecía ser castigada por su mano; salió en hueste y se puso con sus soldados y los hombres de su consejo sobre Aguilar. De allí envió con mandamientos rigorosos y bien acompañado de peones y lanceros a Diego Pérez Sarmiento, su repostero mayor, y al doctor Pero González del Castillo, su corregidor en las Asturias de Santillana, los cuales hicieron cruda justicia de los apaleadores del ballestero. Unos fueron muertos, otros azotados, allanadas las casas de los que hurtaron el cuerpo con la fuga, y el arcipreste reducido a estrecha prisión en Palenzuela, donde murió.

El nivel de los afectos humanos sube o baja como la marea en la costa; el odio no es en nosotros más duradero ni perdurable que la afición.

Garci Fernández esperó. Mantúvose en el revuelto campo de la intriga, donde batallaban las parcialidades opuestas por el mando, con harta mengua de Castilla, con mengua mayor del rey ardoroso y bien intencionado, pero falto de voluntad y de firmeza. Destrejando hábilmente con el mar de la política, corriendo sus temporales y utilizando sus bonanzas, sin desaprovechar ocasiones de gloria más limpia en entradas de moros, donde el acreditado valor de su mocedad se mostraba, el prudente magnate vió llegar el año de 1429, y con él una oleada próspera que, trayéndole de nuevo a gracia del rey, le confirmó definitivamente y en forma título y señorío.

Pedro de Velasco, otro ambicioso, se querelló de esta merced, pretextando derechos anteriores, cuyo reconocimiento pendía en Chancillería desde luengos años, y el rey, atento a no descontentar a nadie, deseoso de mantener a cualquier precio sus providencias, vergonzoso quizás de tantos trueques y mudanzas, compró a Velasco su desistimiento del pretendido derecho con

encarecidos ruegos y con sesenta mil maravedises anuales de juro, reconocidos en carta de privilegio.

¡Pobre rey don Juan II! Nació con prendas de caballero, generoso, arriscado y vivo: era trovador, galán, jinete, diestro en las armas y aficionado a sus nobles juegos; carecía de firmeza y de voluntad libre. Crióse en atmósfera de privanza, mortal para la fortaleza viril del ánimo; y en semejante ambiente pasó la vida enseñado a no formar juicio acerca de hombres y negocios sin ampararse de opiniones ajenas; presa, por consiguiente, de bandos y juguete lastimoso de favoritos.

Fué el cuarto monarca de aquella dinastía enriqueña, regalada y dadivosa, abierta a la molicie del espíritu, blanda al peso del cetro, inteligente, curiosa de saber, esquiva a las austeridades del soberano prestigio: dinastía que pule y doma la brava rudeza de sus pueblos, crea la corte y prepara y consuma el clarísimo renacimiento de ciencias y letras españolas; pero al mismo tiempo abre cómoda y accesible liza a palaciegos amaños, fomenta con sus inagotables larguezas desmesuradas ambiciones, crea la prepotencia de los grandes feudatarios, y retrasa un siglo, provocando rivalidades y emulaciones, la emancipación de la patria.

Pachecos y Velascos, Mendozas y Pimenteles, preferían a la frontera granadina las antecámaras reglas de Valladolid, de Ávila y Segovia; allí les aguardaban peligrosas heridas, acá seguros aumentos. No contentos de su blasón ganado con sangre de ascendientes suyos, dorábanle con rentas de pingües estados, embozando un heroico apellido en los títulos más soberbios de Haro, Villena, Santillana y Benavente. Así esta edad cierra el período épico de gloria, de sacrificios, de hazañas militares de aquellas familias, y abre el de su magnífico engrandecimiento y dominación tiránica.

No tardaremos en hallar de nuevo a los imperiosos Manriques, aun cuando dejemos su valle de Castañeda por el de Toranzo, que también llamaban suyo.

- II -

Puente- Viesgo. -Episodios y memorias.-Regios desposorios

Desde el empalme de Vargas corre la carretera por una llanada sembrada de altos helechos, en cuya espesura asoman su tostado cerro numerosas vacas, y suenan sus esquilas al compás lento con que pacen golosas la grama. Todavía sobrevive algún castaño viejo de aquellos que daban techo a un rebaño entero bajo su pomposa copa, y casa al pastor dentro del ahuecado tronco.

El camino de Toranzo es de los más frecuentados de la Montaña. A pie o a caballo, en coche o en carreta, las gentes del pobladísimo valle se mueven con actividad suma, y crece el movimiento cuando en la estación serena abren sus

puertas a achacosos y pacientes más o menos disimulados las hospederías de sus célebres aguas medicinales.

Penétrase en una primera garganta, cuya formación y naturaleza, así como la de las rocas grises que encauzan el río, prometen hervideros termales; y efectivamente, a una revuelta del camino aparece Viesgo, su puente todo ojos, su iglesia maltratada y pobre, los baños sobre el Pas, y el caserío amontonado en la avenida del puente o asomado al camino a beber la constante polvareda que mantienen en alto volando llantas y herraduras.

¿Quién estuvo en Viesgo, siquiera pocas horas, que no oyó mentar a Fausta? Este nombre de Fausta allí, simboliza la buena voluntad representada en una ama de huéspedes, voluntad manifiesta a toda hora en actos frecuentes, en la acogida afable, en la asistencia puntual y cariñosa, en consideraciones repetidas, y el uso constante de una paciencia inalterable.

Lector; sin más que acudir a la razón, sea cuanta fuere tu experiencia de la vida, puedes hacer cabal juicio de la suma de paciencia necesaria para recibir y tratar con igual agrado y manera a centenares de personas diversas en carácter, edad, opinión, flaquezas y manías; pero si, por mala ventura, sabes de dolores gotosos o reumáticos, y cómo en sus períodos álgidos alborotan la condición más apacible, agrian la más dulce e impacientan la más calmosa; si has probado el humor vidrioso, irascible, impertinente y desasosegado que enseñorea nuestra alma cuando los humores morbosos de cualquiera especie labran, roen y mortifican nuestro cuerpo, y esa acción irritada, despótica con que parece la materia querer vengar en el espíritu otras insolencias y tiranías del espíritu sobre la materia; en una palabra, si has padecido, lector, y hecho padecer -que no va lo uno sin lo otro- comprenderás qué caudal de condescendencias, dulzuras, mimos, transacciones, halagos, ha de gastar la huéspeda modelo para gozar unánime concepto, y que de su casa no salgan descontentos ni quejosos.

Y aun para contemplar a los sanos, necesitaría tesoros de calma y de indulgencia; porque, ¿has reparado, lector amigo, con qué gusto nos desquitamos en estos hospedajes breves y transitorios, de ciertas contradicciones que toleramos de buen grado y callandito en el hospedaje sedentario o en el domicilio propio? ¿No has advertido qué desahogadamente nos desembarazamos de la buena educación, aun los más presumidos de ella, y a pretexto de cosa pasajera y de poco momento, usamos con aquellos criados y gente menuda modos y lenguaje nunca usados con los nuestros?

Si la educación consiste en la constante vigilancia sobre sí mismo, para no hacer o decir cosa que hiera, moleste o perjudique al prójimo puesto en relaciones de trato con nosotros, se comprende que ese estado de perpetua centinela canse a veces y empezca, y que hombres de educación aprovechen todo punto de darse una tregua, un respiro, como se lo dan a su virtud ciertos virtuosos mal casados con ella, cuando, según familiarmente decirnos, echan una cana al aire. En tales desahogos, unos y otros dan quince y raya al más pintado rufián, y sus extravíos de la pauta honrada parecen a las sandeces de

los hombres de ingenio que se dejan atrás las más sonadas del sandio más acreditado.

Sea en casa de Fausta, excelente repostera, amén de lo dicho, sea en otra parte donde se albergue el bañista, si su dolencia le permite siquiera tanto paseo como al dogo su cadena, pronto repara en un cueto cónico, erguido a la derecha del camino, erizado de árgomas, que entre sus verdes abrojos dejan asomar los azulados muñones de la caliza. Aquel monte está hueco; abierta en el flanco, mirando al Norte, tiene una espaciosa brecha por donde se puede penetrar hasta sus entrañas y estas entrañas son una inmensa caverna partida en estancias de ámbito diferente, donde se oye sin descanso gotear el agua artífice de aquella arquitectura que en unas partes cava y en otras edifica. La vida compleja, múltiple de la corteza terrestre cesa allí, donde sólo permanece activa esa otra vida lenta, imperfecta, perezosa, inmensa en duración y en tiempo, que fué la vida de nuestro planeta en sus primeras edades. Dentro de la insondable sombra de aquellas bóvedas labradas en un bloque, se ven destellar las cristalizaciones como astros de un cielo subterráneo, o surgir las amenazadoras agujas de la estalactita como cabezas de serpiente, cuyo cuerpo se arrolla en profundidades desconocidas, o sale al paso la efigie fantástica, monstruosa o mística de la estalagmita que crece y se transforma por siglos.

Como el tourismo no ha extendido hasta estos parajes su aparato teatral y su lucrativa farsa, se carece, para visitar la cueva, de guías declamadores y patéticos, armados, vestidos y calzados al intento, provistos de cordiales, escalas, sogas y románticas teas. Hay que procurarse para compañero algún muchacho, que nunca falta, más pagado de la honra de acompañar al señor que de la propina que le espera, y cargarle con un paquete de prosaicas velas de sebo, cerillas y ovillos de bramante. Este sabe el camino, ha entrado alguna vez al antro, y acaso afirma de buena fe que la pila de agua recogida en la piedra por la filtración constante, dentro de cuyo cristal sereno se ven con toda limpieza los guijarros caídos de la bóveda o arrojados por el curioso, no tiene fondo. Pero desconoce toda precaución pavoroso, inútil, de estas inventadas para deleite y emoción de audaces ladies y misses. Nunca le ocurrió, ni le aconsejaron, tomar actitudes cómicas, hacer gestos y dirigir al peñasco miradas singulares; elegir determinados sitios para descanso, y lugar donde arrimar el palo, donde encender fuego, hacer señales, consultar indicios, referir casos trágicos o cómicos; ni asomar la antorcha encendida a ciertas cavidades, para prevenir influencias deletéreas de los gases esparcidos dentro, o disparar pistoletazos a boca de las estancias para precipitar el desprendimiento de fragmentos inseguros que pudieran amagar la cabeza de los que entrasen luego; ni ofrecer su brazo o su hombro en ciertos pasos ponderados de peligrosos y resbaladizos, y que la imaginación del viajero encuentra efectivamente resbaladizos y difíciles, cuando todo es imputación calumniosa.

Pero a trueque de estos dramáticos primores tan gratos de consignar en el pocket-book y de referir al regresar en los círculos familiares, la excursión con el

montañesillo ofrece el interés profundo y vivo de una exploración primera, casi de un descubrimiento. Démosla por hecha y continuemos la jornada.

El camino sube siempre faldeando la montaña, opuesto al río que baja. Por su ladera el uno, por su pedregal el otro, porfiando a quién hace más recodos o da más vueltas, se acercan y se separan sin atravesarse nunca.

El camino trae al río cuentos de la mar y de lo que allá le espera, y el río cuenta al camino prodigios de los neveros de Pas, donde nace, y adonde por alientos que tome no trepará nunca el camino. Diálogos entre señor y pechero, bien avenidos y camaradas, aficionado el primero, a pesar de su llaneza a recordar su origen y ascendencia remota, amigo de hacer beneficios, enemigo de diques y frenos que le coarten, y muy hombre para saltar por cima de ellos, si le lastiman demasiado, tremendo cuando la ira le hace espumar y retorcerse, en cuyo caso no hay sitio esperar a que desahogue y calme su furia; pero después de calmada se deja registrar hasta el fondo y saquear el seno de sus bolsillos, donde el pobre, descalzo de pie y pierna, mete la mano desnuda y encuentra, si no dineros, especies que dineros valen, y todo es pescar. El pechero, llano, útil, sufrido, muy hecho a que le pisen, y vengándose a las calladas con hacer sudar la gota gorda a los que abusan; tolerante hasta con los espumarajos del señor, porque, como viene de la costa, sabe dónde y cómo acaban todas aquellas violencias y bramidos; siempre igual, sereno, plácido, pero cauto en su placidez y precaviéndose de las mudanzas de su aristocrático vecino con buenos estribos y paredones. El río, venido de las nubes para tornar a ellas, pasa la vida mirando al cielo, siendo espejo fiel de sus mudanzas, gozando de la poesía de la creación, y es poeta, canta y llora, consuela sedientos, lava miserias, fecunda arideces; el camino va pegado a la tierra sin erguirse jamás, falto de voz, de acción y abrumado del peso de tanta picardía humana como le trilla y le pasea; compensados ambos por la ley de justicia universal; al río nadie le halaga, muchos le temen; a la carretera la componen, la acicalan y es objeto constante de prolijo interés; vigilada sin cesar, tiene quien la arrebole, la cuide y la custodie, ingenieros, peones y guardias civiles. Aquél recibió de Dios la independencia; a ésta la mantienen en tutela los hombres que la construyeron.

Comienza a ensanchar el valle; en la otra orilla un nido de nogales encima del lecho de las aguas es Cerrobárceno. Luego pasa el viajero por Aes, y se pregunta acaso: ¿De dónde esa palabra purísima latina, en tierra cántabra, impenetrable, cerrada siempre al hierro y a la lengua romana?

Enfrente, pasado el río, una torre robusta, cuadrada, dentro de un cerco de almenas, señala el lugar de Penilla, torre de los Bustillos que, en vez de apoyarse en el monte, parece que el monte se apoya en ella; tal es su fortaleza. La roca viva asoma su cabeza dentro del aposento bajo, cual si un esfuerzo de su crecimiento hubiese roto el solado después de construido; la espalda del monte sube hasta el nivel del piso primero; sus malezas penetran por las rejas, y a lo largo de ellas suelen deslizarse las culebras ateridas buscando el calor de la

vivienda. Si un día a la patria montañesa le nace tal hijo novelador y entusiasta como sus memorias y su hermosura piden, la torre de Penilla le dará noble teatro para interesantes escenas.

Más allá se espacia una tendida vega; al medio de ella, arrimado a un bosquecillo de alisos, alza su campanario mutilado el convento de franciscos del Soto.

Una inscripción había en el convento, según autor del pasado siglo, que refería cómo en días de don Alfonso el Católico, yerno y sucesor del gran Pelayo, tras el breve reinado de Favila, una imagen de la Virgen se apareció en estos sitios a Ovechio u Oveco, capitán de los cántabros, el cual, en memoria del suceso, fundó un hospital en los mismos lugares.

En el siglo XVI, la orden dominica, tomando por su cuenta el abandonado territorio de la montaña, intentó varias fundaciones, y una de ellas en este ya santificado sitio, según refiere su historiador Fray Juan López, obispo de Monópoli; mas no llegó por entonces a realizarse el pensamiento. Luego se establecieron los franciscos con devoción general de la comarca, que aun acude a celebrar en la iglesia y su espacioso atrio el célebre jubileo anual de la Porciúncula.

Iruz y Corvera se miran de una a otra ribera, aquél inmediato al monasterio, éste atravesado por la carretera que más allá de su recinto serpea en cuesta a dominar las mieses.-El libro de las Behetrías dice que en Corvera estaba el cillero del rey, esto es, la casa o aposento en que se recogía y guardaba la cilla, tributo diezmal que pagaban en grano los pueblos Cillero del Rey se llamaba San Andrés de Prases, y uno y otro nombre prevalecen en dos barriadas, Cillero y Prases, señaladas por dos santuarios. Blanquea el uno dentro de una sierra verde; el otro, a la vera del camino, da refugio bajo el techo de su pórtico al trajinero sorprendido por la lluvia o agobiado por el calor.

Desde allí, cruzando los ojos el río, descubren en terreno quebrado y espeso la iglesia de Villasevil, puesta sobre alto terraplén vestido de sillería.

Cierto episodio útil al novelador y de fácil empleo entre los que su imaginación le brinde, recordaban el terraplén, el pretil y la calleja a sus pies hundida, a un viejo que gustaba de referirle.-Una noche tempestuosa y cruda de principios del siglo, un jinete llevado en alas de amorosa impaciencia, y en lomos de un bravo potro, cegados los ojos del jinete por el viento, la lluvia y las tinieblas, ocupado su espíritu de más vivos cuidados que el cuidado de conservar su vida, embotado el instinto del bruto por las eléctricas emanaciones de la tormenta, ganan descaminados el borde del precipicio y saltan, o mejor caen en su fondo a impulso del desesperado galope; el cadáver del potro queda allí embazando la trocha, y el mancebo herido, roto, deslumbrado, convulso, sangriento, vivo por milagro de la Providencia guardadora de los intrépidos, llega tarde, pero llega a la cita.

Los sollozos y lágrimas, las explosiones de dolor y de alegría, las ternezas y delirios que pagaron aquella noche temerosa, los riesgos corridos y la leal

constancia del caballero, los hallará el novelador en su memoria si no está olvidado de sus veinte años.

En las arboledas de Villasevil acampaba y en los lugares de sus contornos se hospedaban la escolta y acompañamiento de dos comitivas reales que se habían encontrado aquí al mediar el mes de marzo de 1497. En la una, venía aquel príncipe don Juan, único hijo varón de los Reyes Católicos, despojado por temprana muerte de la gloria y del poder de heredarlos; en la otra, la princesa de Austria Margarita, hermana de don Felipe el Hermoso, destinada a esposa del príncipe don Juan. Había desembarcado la princesa en Santander, venía de la culta y fastuosa corte de Borgoña, y traía consigo los primeros carruajes de lujo y de paseo que se vieron en España, según afirma Gonzalo Fernández de Oviedo.

«Fizose el desposorio en Villasevil, cabe Santander -dice el doctor Toledo, médico de la Reina Católica, por mano del Patriarca de Alejandría y Arzobispo de Sevilla don Diego Hurtado de Mendoza.» Y fué poco venturoso, porque en octubre del mismo año fallecía el desposado; su hijo póstumo don Miguel pasaba de la infancia a la huesa, y extinguida la línea masculina de las dinastías españolas, entraba la austríaca en cabeza del marido de doña Juana la Loca a regir el vasto imperio de ambos mundos.

De la agitación, ruido y fausto que aquí desenvolvía el acto y la grande aglomeración de gentes, da corta idea la feria que se celebra en 28 de agosto, día de San Agustín, donde acude lo mejor del valle y sus comarcanos en riqueza, alcuña, gusto y hermosura.

- III -

Los Villegas.-Campiña.-Ontaneda

Junto a Villasevil, Santiurde: de su antiguo nombre San Jorge, conserva rastro en la advocación de su parroquial. Al amparo del bienaventurado caballero, propio patrón de hidalgos belicosos, al cual el cristiano Don Quijote reputaba «uno de los mejores de la milicia divina», tenían en Santiurde sus concejos y asamblea los procuradores del valle. Centro de vida política del cual salían acuerdos de servicios al rey, demandas en querella de sus merinos y corregidores, mensajes de paz o provocaciones altivas a los valles y señores vecinos.

No está lejos Acereda, solar antiguo de los Villegas, enemigos perpetuos de los Manriques, y émulos de su dominación en el valle. Raza de audaces que ya en el siglo XIV daba adelantados a Castilla(194), y mantuvo siempre vástagos suyos en servicio inmediato de los reyes desde los principios de la monarquía castellana. Mas no de reales donaciones, sino de inmemorial herencia o adquiridos por mano propia, poseía en Toranzo vastos solares y tierras. Suyos eran la torre y palacio del Coterón, en Villasevil; las casas de Castil-Pedroso, encaramadas en la sierra que separa a Buelna y Toranzo, en las que persevera el

apellido, y la fortaleza de Acereda, que papeles de la casa pintan rodeada de muros, fosos y barbacanas.

En Acereda mantenían soldados y monteros, con grande aparato de perros y halcones, que eran los Villegas, a ley de altos señores, aficionados a volar una garza en el llano, a acosar un jabalí en los vecinos acebales y lastreras de Rugómez; y regaba sus parques un arroyo, de nombre rico en sonoridad y colorido, Platarollera, del cual apenas queda un eco lejano en el de Mataruyera, con que hoy corren sus aguas tan limpias, tan melodiosas, tan plateadas como en tiempos de mayor poesía.

Y tan duros contrarios eran, que, para vencerlos, otro Garci Fernández, nieto del primer conde de Castañeda, heredero de sus estados y casa engrandecidos con el marquesado de Aguilar, hubo de meter por sus tierras una hueste ordenada de cinco mil hombres de a pie y de a caballo. No dicen las memorias coetáneas si fué breve o larga la campaña, mas de cierto fué rigorosa; los pueblos inmediatos vieron arder la torre de Acereda, arruinarse hasta el cimiento, y quedar exterminado para no recobrarse nunca aquel temible nido de gavilanes.

Esto pasaba, años más o menos, hacia 1480: reinaban poco había los Reyes Católicos, y ocupados en asegurar su solio y prevenirse a empresas exteriores, toleraban a sus grandes ciertas justicias expeditivas y de mano propia. Todavía la fuerza mayor era decisiva autoridad en las contiendas; no habían tenido espacio ni reposo para fundar aquel ideal de equidad austera, según la cual, al decir del ingenuo cura Bernáldez, «los pobrecillos se ponían en justicia con los caballeros, e la alcanzaban».

Si haces a pie la caminata, y eres, lector, de los que gustan trabar conversación con quien pueda ponerte en cuentos de los lugares que recorres, de algún torancés aprenderás cómo trocada la índole de los tiempos, cambian también el uso de las cosas y su valor y aprecio; cómo se mudan en ocasión de escarnio, de zumba y remoquetes las que lo fueron de temor o de respeto. De la fortaleza natural de Acereda, de su asiento roquero, se burlan los pueblos de uno a otro extremo del valle, con decir que los piamonteses ambulantes no suben a restañar las calderas, faltos de suelo blando en que hincar la bigornia.

En Borleña las lustrosas paseras brindaban en otro tiempo a cruzar el río y descansar a la sombra de un fresco alisal, que el Pas ha devorado; manadas de patos ocupan el paso, ya meciéndose en las anchas ondulaciones del remanso, ya dormidos sobre la grama, o atusándose su plumaje.

Villegar, en cambio, como un atezado hijo del Mediodía, se recuesta al sol, despojado de árboles, rico de praderas y maíces, que extiende y encumbra hasta el monte, como un mercader oriental que hace muestra ostentosa de sus matizadas alfombras y perfumadas telas.

Son las praderas de la montaña, verdadera bendición de Dios, patente siempre a los ojos del aldeano, como una alegría inmortal del cielo, esparciendo en los aires su inagotable fragancia, riendo a los ojos con los infinitos matices de

sus flores, rojas amapolas de mayo, amarillos ranúnculos de junio, azules borrajas de agosto; blancas margaritas, cuyas estrellas de espuma no se apagan cuando el inquieto mar del heno crecido ahoga y sume sus rastreros tallos, ni cuando el hielo invernizo que parece cuajar toda savia, suspender la vida en troncos y tallos, es impotente contra los vivaces retoños de la pradera.

Esos henares, poblados de murmullos, zumbidos y aleteos vivero de mariposas, nido de alondras, en cuya blanda espalda se pintan las ráfagas de viento abatiéndola a su paso, se despliegan en la inmensa onda del valle de una a otra ladera, desde el cueto pronunciado de Castillo-Pedroso, hasta las fronteras cumbres de Posadorio encima de Bejorís.

En tiempo de siega, la aldea entera se traslada a trabajar en ellos. A sombra de los avellanos se establece el hogar: allí duerme el niño en pañales, guardado por el perro, mecido por el agudo pío del fraile gris, esquivo morador del cerrado arbusto, mientras la familia entera participa de la faena: los varones adultos, armados de guadañas lucientes, colodra al cinto, derriban con mano segura la yerba; mujeres y chicos con horquillas y palos la vuelcan y la esponjan para-que sea curada por el sol y el aire.

Entonces por todas partes se oye el seco crujir del acero que hiere las fibras vegetales, el martilleo con que el aldeano iguala las quiebras del dalle, el estridor de la pizarra con que acicala su filo, y el agreste cantar de las carretas, stridentia plaustra, de Virgilio, de voz tan áspera y construcción tan tosca en sus ruedas y macizos ejes, como en los días del geórgico poeta. Y, sin embargo, ese rechinar del carro tan desapacible para oídos urbanos, tiene expresión y melodía para los campesinos. Lo reconoce el viejo reducido por la edad a guardar la casa; y se adelanta perezosamente a abrir las dos hojas del portón para que entre en el corral la triunfadora carga coronada de un fresco gajo de juguetones chicuelos. Lo reconoce la zagala, y siente parársele los brazos, y que se le van los ojos temerosa y ufana hacia el paraje adonde los llama el sonido, y procura por los claros de los setos o las casas descubrir al mozo que guía la pareja.

De Villegar se baja a San Vicente, lugar más considerable, dominado por la torre polígona de su iglesia, alegrado por blancas quintas con ventanaje verde, verjas y jardines. Donde se levanta una de las más aparentes, a la derecha y algo desviada del camino, se levantó la torre de los Manriques, la enemiga victoriosa de la torre de Acereda. Yo me acuerdo de ella: era cuadrada y maciza, con angostas troneras, y tenía guarnición de soldados; fortificaciones de campaña la rodeaban con foso y parapeto; ciudadela erigida durante la guerra civil contra partidas y merodeadores, convertida en amparo del valle después de haber sido su yugo y su espanto, a semejanza de los grandes pecadores, vueltos a Dios, a la caridad, cuando se les acerca la muerte. De ella no queda otro recuerdo que el grabado en alguna imaginación infantil por su aspecto vetusto y sombrío, por el aparato bélico que la cercaba y el pintoresco contraste de su traza y fortaleza antigua con los fusiles y bayonetas empleados ahora en su custodia y defensa.

Un marqués de Aguilar, descendiente de los Garci-Fernández nombrados, llegaba a las puertas de esa torre cierto día del mes de agosto de 1697. Acompañábanle criados de su casa, hidalgos y labradores; y como sin duda la hora convidaba a gozar del fresco de la tarde, apeado del caballo, sentóse en el banco a umbrales de su solar.

En su cortejo parecían sus gentileshombres y servidumbre irritados y recelosos, los toranceses cabizbajos y pensativos, mientras al rostro del marqués salían indicios del mal reprimido despecho. Venía el cortejo de las juntas habidas en el acostumbrado sitio, Santiurde, en las que, engañando esperanzas del marqués, los procuradores del valle habían resistido a sus actos de prepotencia, condenando ciertas prisiones y malos tratamientos ejecutados por oficiales suyos en defensores de las inmunidades y derechos de la tierra, rehusando perseguir a los naturales acusados de haber aliviado los padecimientos de los presos y contribuido a libertarlos.

Eran las eternas diferencias entre el valle y su pretendido señor; impaciente aquél y esquivo a autoridad que no habla reconocido, perseverante éste en el propósito tradicional de su casa, de poseer, además de las rentas, jurisdicción civil y criminal, alta y baja, y mero mixto imperio, como entonces se escribía en autos.

Mas no eran ya los tiempos de los impetuosos fundadores de su señorío; habíanse amansado las costumbres; mas por desgracia, a la vez los bríos de raza desmayaban en todas las esferas sociales. Carlos II era rey, Oropesa o Valenzuela privados, Iglesia y milicia servían a intrigas de poco momento; y en querellas de favor, en unirse sin calor, en odiarse sin energía, gastaban su vida próceres y cortesanos. De éstos era el de Aguilar.

Un Garci Fernández de sus antecesores, reputando insolencia la firmeza de ánimo de los concejos, no los trajera en su cortejo, sino aherrojados, ni se apartara de la junta rodeado como estaba de parciales sin soltar el freno a su franca ira y tentar, acero en puño, desquite de sangre o de fuego; el menguado descendiente, sentado, recogido en sí, dejó hablar su cólera fría en un discurso preñado de amenazas hipócritas y huecas.

«-Haced liga contra mí, señores, concertaos en menosprecio de mi justicia, que no tardaréis en tocar los frutos de semejante descuello. Hay cabezas en Toranzo que se sobreponen y dominan como plantas viciosas; mas cuenta que hay también jardineros cuidadosos del jardín que sabrán cercenar ambiciones e impedir que flores inútiles y soberbias crezcan a expensas de otras humildes robándolas sus jugos.»

«Término doy a los que me ofendieron para ponerse en salvo; hagan cuantos hoy asistieron a la junta por poner la mar en medio; plegue a Dios que se hallen en Indias cuando mi castigo los busque. Teman si no oír en hora inesperada la campana que tañe a juicio, juicio inexorable, del cual no tienen por qué aguardar misericordia. Yo os prometo por mi nombre, que cuando oigáis este sonido habéis de temblar, si para temblar os dan tiempo la cárcel y el cuchillo» -

y sacando de su faltriquera una campanilla que de continuo usaba para llamar a sus familiares, la tañía con agridulce sonrisa.

Testigos del acto cuentan que los montañeses quedaron atemorizados, y su espanto se propagó a los confines del valle. También ellos decaían y les faltaba un arcipreste de Ceballos, un Villegas o un Gutiérrez de Escalante que se pusiera intrépido a riesgo de muerte, respondiendo con obras alas amenazas. Y se dejaron vencer del miedo y cedieron de su derecho.

¿No es cierto que al tenor de la oración en que andan por tan raro modo mezclados el episodio de Tarquino, y su imitación por el rey Monje, nos figuramos al orador menguado de persona, solapado de gesto, frío de ojos, cascado y agrio de voz, ruin en suma, a pesar de su alcurnia? ¡Qué fué de aquellos Manriques membrudos, vellosos, de tan escasa facundia como robusto y ágil y poderoso brazo!

Llegamos a paraje donde vuelven a acercarse las cordilleras y estrechar el valle, anunciando las gargantas postreras, límite de los páramos castellanos; por estos lugares tiene hoy nombre y fama Toranzo, fuera de sus asperezas, más que por ningún otro accidente de su hermosura o recuerdo de su pasado.

O las razas humanas tienen hoy más apego a la vida, o la ciencia descubre nuevos medios de conservársela, o son atormentadas por padecimientos y dolencias antes desconocidos. Siglos y siglos corrieron libres derramándose sobre la superficie de la tierra fuentes y manantiales de aguas intolerables al paladar, perniciosas al riego, sin que el hombre soñara en indagar qué utilidad escondían bajo su apariencia repulsiva. Únicamente la imaginación de los pueblos, tanto más viva cuanto menos sujeta por las austeridades de la razón, herida por ciertos accidentes externos y de fácil percepción, fétidos vapores, intermitencias misteriosas, depósitos calizos que envolviendo los objetos sumergidos los petrificaban, acudiendo a su necesario refugio, dió sobrenatural y maravilloso origen a los fenómenos cuya causa inmediata desconocía; y turbios o cristalinos, hirvientes o glaciales, inodoros o ricos en sulfúreas emanaciones, fueron los manantiales morada de genios benéficos o malhechores, efecto de maldición divina, testimonio de milagros, o respiraderos infernales.

¿Cuál otro origen reconocen las míticas tradiciones de fuentes súbitamente agotadas para castigo de humanos extravíos; la leyenda caballeresca de heridas mortales, curadas por aguas de virtud divina; la frecuente conseja de diabólicas apariciones que al sumirse en tierra dejaron perenne rastro de sí en sulfurosos vapores; la dura espada convertida en frágil vidrio, el báculo ligero en ponderosa piedra?

¿Será, por otra parte, cierto que a la superstición del espíritu corresponde el instinto de la materia? ¿Quién inspiraba a gentes ignorantes, rudas, desprovistas de toda noción fuera de las instintivas, sin más consejo que cierta experiencia de origen inmemorial imposible de señalar, la acción de buscar remedio a sus enfermedades en las aguas misteriosas?

Porque es tradición indudable en todas o la mayor parte de las comarcas termales que, sin arredrarse de largo camino, sin temer a las privaciones y riesgos de un despoblado, acudían pacientes a la milagrosa piscina, a sanar unos, a perecer otros para cuyos males era mortal el específico. De éstos se olvidaba el mundo, guardaba memoria de los afortunados, y ella bastaba a perpetuar la confianza y mantener la peregrinación constante.

Esta fe ciega es hoy todavía común, y sin la ciencia que vela a orillas del medicinal venero, sus cristalinas ondas serían a menudo sepulcro de alucinados y fanáticos.

Dueña ya la ciencia de sus ocultas propiedades, propagadora incansable del beneficio de sus aplicaciones, dió campo a la industria, y ésta no se hizo de rogar para labrarle y aprovechar sus frutos, y del manantial se pobló el yermo, se aumentó la aldea, y el caudal geográfico de las gentes se enriqueció con un nombre propio.

A este caudal pertenece el de Ontaneda. Sus nogales y castaños dan sombra a muchos achaques, a muchos desvelos, afanes y ambiciones, porque en la tregua necesaria que todos buscamos al cotidiano empleo de nuestras horas, de nuestras fuerzas y acción vital, el espíritu no descansa y continúa siempre combatido, o minado, o enardecido y provocado por aquel agente único y principal de su vida, política, negocio, amor, santidad, poesía o gula.

Tiene la iglesia en bajo, para no fatigar los valetudinarios miembros de los fieles; la botica sobre la carretera, pronta a quien necesita sus jarabes y linimentos; esparcidas las viviendas al sol sobre la verde alfombra de la campiña; apretada la población antigua entre la plaza y la parroquia y el palacio; diseminada la nueva, la estacional, la nacida de las aguas, a inmediación de éstas.

Sobre su nacimiento está fundada la más vasta de las hospederías que naturalmente y con propiedad suma lleva el nombre de Casa de baños: fórmanla dos cuerpos en ángulo recto, de dos pisos cada uno; su arquitectura es modesta, o más bien humilde; delante halla el bañista la sombra de algunos plátanos, la compañía de algunas flores, el recreo de un juego de bolos; dentro, habitaciones y menaje medianos, buena sociedad a menudo y excelente mesa siempre. Lo que Ontaneda economizó la industria al manejar las aguas, esparcirlas en pilas, recogerlas en chorros, adelgazarlas en surtidores, lo gastó pródiga en el vecino manantial de Alceda, donde la vena cristalina rueda, salta, ondea, lava y cura a través de ricos mármoles y bruñidos bronces que visten las lujosas termas; pero aquí falta el hospedaje a raíz del baño, el caserío dista un paseo, y esta molestia compensa para algunos otras ventajas.

La vena sulfurosa mina todas aquellas cercanías, y fluye a borbollones en una y otra parte del río. En su orilla derecha se pierde inútilmente un manantial que brota en tierras de Bejorís, pueblo solariego, peligrosamente asentado a la caída de un siniestro torrente. Jonaz -que así se llama-, a modo de los titanes fabulosos, no tiene vida regular y serena, o duerme o lucha; o yace aletargado

sumido en cavernoso lecho, o se derrumba estrepitoso, mugiendo, espumando con irresistible fuerza, amagando sepultar, no en ondas de agua, sino en aluviones de piedra, árboles, edificios y vivientes.

Como a margen de tranquilas aguas ondean en dunas y médanos las arenas arrastradas por la corriente, a margen de Jonaz se encuentra apilada o tendida porción asombrosa de cudones redondeados y bruñidos por la repetida percusión en su extraordinaria caída desde el monte al valle. Si os mueve curiosidad de saber qué fuerza plegó o cernió tan duros y pesados materiales, trepad el despeñadero arriba, y allá, en una grieta obscura de la montaña, oiréis sonar en la roca un hilo finísimo de agua, cuyo frío jamás entibia el sol. Aquel tenue gemido es la voz del agente cuyo brazo amenaza a Bejorís con el suplicio que la ley de pueblos antiguos daba al ladrón de la honra o del caudal ajeno.

En Bejorís tuvo solar el gran Quevedo; años hace le señalaban cuatro arruinadas paredes vestidas de zarza y helecho sobre el áspero declive de un prado llamado el Escajal, cuyos gallardos robles saltea el Pas en sus avenidas y se los lleva de uno en uno, con la tierra donde arraigan. Como hacienda abandonada de su amo, le halló el poeta cuando vino a visitarle, y le pintó con implacable numen satírico:

Es mi casa solariega
más solariega que otras,
pues por no tener tejado
le da el sol a todas horas.

En las blasonadas casas del pueblo, se repite el caballeresco blasón de los Portillas, y su cristiana divisa Credo in unum Deum noblemente sostenida desde la restauración de España por sus hidalgos miembros en la milicia, clero y magistratura española en Flandes y en Portugal, en las Chancillerías de Granada y Ultramar, en la Inquisición de Córdoba y en la silla episcopal de Mallorca.

Ya el valle deja de serio, y cuando llega a Entrambas mestas se divide a Oriente y Mediodía en dos angostas y retorcidas cañadas que sirven de cauce al Pas derramado de la sierra de su nombre, al Luena desprendido de las alturas que marcan el límite de la tierra castellana.

Más arriba son ya regiones alpestres, de estas donde la vena de agua es absoluta señora, como forma inicial de la fuerza creatriz que dió substancia y forma al globo; la vena de agua que fecunda y desbarata, que arruina y hermosea, que taja la roca, abre el sendero, riega la tierra, nutre el árbol, llama al hombre, cimenta la casa y titula el pueblo. Luena se llama el río, Luena la aldea, y cuando la devoción o la desgracia buscó un patrono en el cielo, apellidó al bienaventurado con el nombre del lugar, y llamó a su desdoblada población San Andrés de Luena y San Miguel de Luena.

Más allá serpea el camino a vencer el dorso de la cordillera, a pasar a Castilla; el estudiante de mi tiempo al llegar a aquellos parajes en los asomos del otoño, arrastrado dentro de la pesada mole de la diligencia, saludaba a los valles y costas nativas con pesar acaso, acaso con alegría. ¿No había entre ellos quien más allá del confín montañés hallaba libertad absoluta y varonil independencia, sueño pertinaz del adolescente? ¿No había también quien ya probado el desengaño de esa libertad mentida, vela únicamente al otro lado de los montes el tedio de penosos y difíciles deberes? Desde allí se daba adiós al mar, a los días vagabundos, a la doméstica abundancia y la alegría; desde allí se daba adiós a muchas otras cosas. Dichosos aquellos para quienes ese adiós no fué un adiós postrero.

Pero no olvidemos que nos aguardan otros valles y la estación de Tanos mostrándonos nuevos caminos.

La cuenca del Besaya

- I -

Yermo.-Caldas de Buelna

Subir la cuenca del Besaya es paseo que el curioso de arquitectura hará con fruto y placer.-Era ése el camino por donde comunicaban la Montaña y gran parte de su marina con el riñón de Castilla; por él iban y venían trajineros y soldados, cobradores de tributos y fundadores de monasterios, merinos y abades, corregidores y misioneros; por él la justicia y las leyes; por él la noticia de los progresos y esperanzas de la historia nacional; por él las tradiciones y los principios de arte.

El arte primero que nació de la expansión y libertad del culto cristiano, apenas éste poseyó medios y caudales para establecerse en casa propia sin ocupar desalojadas aras de júpiter o Minerva, dejó aquí duraderos monumentos que aún subsisten, desde el peregrino santuario de Moroso, de ignoto origen e islamita casta, hasta el de Yermo, removido, restaurado en tiempos diversos y firmada su más importante y completa renovación en el siglo XIII por el artífice autor de ella; desde San Lorenzo de Pujayo, consagrado por un prelado de Burgos, hasta la iglesia vieja de Silió, émula de las de Castañeda y Santillana en galas de piedra esculpida.

A la entrada de esta cuenca, cuyos valles les pertenecían, y en su villa de Cartes, habían erigido los Manriques una fortaleza, sin duda contra sus peligrosos vecinos los de la Vega. Y tan oportunamente habían escogido su asiento, que cuando a las antiguas vías desiguales y escabrosas reemplazó el ancho y macizo arrecife moderno, no halló escape y tuvo que ir a pasar bajo los rastrillos de la fortaleza. Por bajo de ella, por su ancha plaza de armas y hondo patio ahumado por las lumbradas de ballesteros y gente de armas, pasamos nosotros, porque si hemos de visitar con holgura y libertad los monumentos y

recoger sus inscripciones, más que los muelles cojines del carruaje, nos conviene la herrada suela del veredero.

Robusto y entero todavía el castillo, fué descabezado; sirvieron sus piedras para edificar en sus cercanías, para establecer viviendas dentro de sus propias entrañas. Tenía su almenaje corrido sobre una cornisa cortada en modillones angrelados, y en los cuatro ángulos de su azotea cuatro redondos cubos, atalayas o garitas empenachadas por la vegetación parásita de los siglos. Tenía sobre sus puertas ladroneras y matacanes que las defendían, y tan altas, que el mandrón o el guijarro caído a plomo sobre el atrevido que se arrimase a aportillarlas, mellaba sin fallir el mejor capacete y rendía el más duro brazo del escudo; y tenla en sus ventanas cruzados hierros, por donde el defensor podía asestar tranquilamente sus saetas, pero que desafiaban los puños y la destreza del escalador más audaz y experto. Arrasado ahora a nivel de los tejados de la villa, no llama, como antes, de lejos al curioso, ni tiene otra cosa que mostrarle más que las gastadas canales por donde caían los rastrillos, y algunas de aquellas impenetrables cifras con que los canteros de los siglos medios signaban sus labores.

Abocado ya a la primera garganta por donde el río viene, está Río-Corvo. Apartémonos a la derecha a visitar a Yermo. Un camino de montaña, partido de hierba y cudones, de agua y hojas, nos lleva en pocos minutos. Yermo tiene en la Montaña supersticioso crédito de antigüedad remota, y lo trae de serie tributaria la iglesia de Santillana, tan reputada de inmemorial y vieja. Vieja es la fundación de Yermo en verdad; no tanto el edificio que ahora subsiste, restablecido con las reliquias de un predecesor suyo, y restablecido como se pudo y dieron de sí los materiales y el ingenio del artífice, no como el gusto puro y la artística ley pedían.

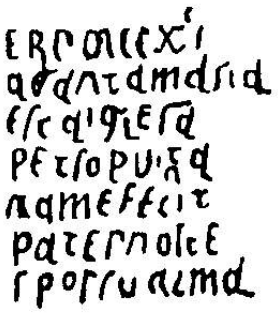
La invasión sarracena y la catástrofe de Guadalete habían despoblado de cristianos las provincias del Mediodía de España. En el común pavor envueltos monjes y prelados, se acogían a las montañas, al refugio postrero de la fe y de la patria, y amparándose en ellas pretendían con nuevas fundaciones compensar la sede perdida y el profanado monasterio.

Así vinieron Ariulfo, insigne obispo de Mérida, y Severino o Severo, que lo había sido de Baeza, y fundaron iglesia en Yermo, en el territorio de Camesa, la cual, con otras que igualmente les pertenecían, cedieron en la era 991 (A. C.-853) a la insigne de San Salvador de Oviedo.

No son de tan añejos días la puerta abocinada, los arcos apuntados que hoy dan entrada al templo; eslo acaso su planta cuadrangular, exigua y orientada. Tampoco proceden del templo primitivo las devotas figuras metidas en nichos, empotrados en el lienzo septentrional, reliquias de monumento fúnebre labrado acaso en la undécima centuria y puestas allí como material de restauración, tan extrañadas de su propio y natural destino; ni el bulto de fiera, leona, pantera o loba con sus cachorros que las acompaña, símbolo probable de maternidad

celosa y formidable amparo, que aceptó la Iglesia y heredó el arte del materno emblema de Roma, adaptándolo al simbolismo nuevo. Las hiladas de sillarejo, interrumpidas y trocadas, dan bastante indicio de las vicisitudes de la construcción y sus varios momentos, y se puede afirmar que no solamente de materiales nuevos sino de materiales antiguos, y de otros que preparados en anteriores tiempos no hablan tenido aún oportuna aplicación, se valió el arquitecto Quintana, que en 1203 se atribuía por boca del mismo edificio su construcción.

En la cara interna del machón diestro, bajo la imposta de la entrada, grabó iliterato escoplo su memoria:



En los capiteles de esta mano se distingue una figura de cabello largo y ropas talares, puesta entre dos, al parecer, leones. Los leones en uno de los capiteles levantan la cabeza hacia lo alto, en el otro la humillan al suelo. ¿Son dos tiempos de un mismo suceso? ¿Representan a Daniel? ¿O una escena de martirio frecuente en los circos romanos, donde a veces la voz o la presencia de la víctima ofrecida a su apetito amansaba y rendía a las fieras? Los capiteles de la otra mano representan sucesos de caballería; en el uno, dos jinetes pelean a vista de una dama; en el otro, dos hipogrifos abren sus alas ociosas; ¿esperan el fin del duelo para transportar al vencedor y a su cautiva o libertada, premio cierto de la victoria, a fantásticas regiones?

En el campo del tímpano retuerce y anilla su larga y escamosa cola un monstruoso dragón de viperina cabeza y saltones ojos; con él pelea un paladín bien armado, San Jorge acaso, al cual asiste y esfuerza un ángel; constante alegoría del arte románico, tal vez cifra y resumen del perenne combate de la vida, el que sostienen dentro del hombre y dentro de la sociedad los dos principios eternos de la naturaleza, cuyas victorias y derrotas son la manifestación constante y evidente de la augusta libertad humana.

Esta fachada de Yermo, que mira al Sur, desaplomada y hendida pesa caduca sobre puntales de madera. Tiene enfrente dos troncos viejísimos de fresno que, desmochados, retoñan con juvenil lozanía; pero la fábrica humana no tiene la savia de inextinguible vida que la madre naturaleza hace correr por las venas de sus vigorosas criaturas.

Al pie del collado de Yermo corre un arroyo, Belmonte, que sale al Besaya por bajo de la carretera en Riocorvo. La carretera se entra en una hoz sombría, en cuyo fondo duerme el río dentro de blancas cuencas de roca, cuyos bordes afilan el sol, el viento y la lluvia.

Ásperos lugares, cuya soledad y tristeza contrastan con la luz y la alegría de la maravillosa vega que acabamos de atravesar, y con el abierto y plácido horizonte de Buelna, que hallaremos presto. Mas antes hay donde nos detengan, amigos acaso, y de cierto recuerdos de doliente sanado y agradecido.

Llegamos a uno de los parajes de mayor devoción en la Montaña y de no corta fama en las restantes provincias españolas. Nacida la devoción de una antigua y milagrosa imagen de María, fiada a la custodia de sus leales servidores los hijos de Santo Domingo de Guzmán; nacida la fama de un prodigioso manantial, en el cual, renovados los bíblicos asombros, se ven cada llora entrar tullidos, mancos y cojos y salir sanados, vencido el mal, recobrada la vida: que la vida no consiste únicamente en respirar y alimentarse; la vida es gozar del pleno ejercicio de sus miembros, tenerlos dóciles y prontos a la voluntad del espíritu, ágiles para el bien común, diestros para su empleo de vencer y dominar resistencias, aprovechando los dones de la naturaleza, explotando sus arcanos, asistiendo a la acción universal humana, al creciente y progresivo movimiento, destino y misión de nuestra terrenal existencia.

Los incrédulos e indiferentes, repuesta la salud, logrado el fin de su venida, parten contentos sin darse a discurrir de dónde traen su virtud misteriosa aquellas aguas en que visiblemente se ahoga el principio morboso que les roía y quebrantaba el cuerpo, si de agentes increados, de ignoto origen y confusa ralea, si de una voluntad superior, divina, anterior al mundo y creadora suya. Los piadosos, las mujeres principalmente, no se alejan sin pagar ni oír una misa a Nuestra Señora de las Caldas.

La subida de la varga es penosa para pies gotosos o piernas lisiadas; por eso es aspiración suprema, ideal de tantos enfermos forzados a permanecer abajo, entre el manantial y la hospedería, presos por la dolencia, la de poder trepar algún día la altura y gozar la fresca sombra de sus árboles, entre los cuales ven con envidia correr y solazarse a otros más afortunados. Arrimados al brazo de otra persona, o a un par de muletas, recostándose sobre el muro del puente o al pretil de los caminos, se los ve fijar tristes la mirada en aquellos parajes, vedados a su impotencia; y más da que compadecer la melancolía de sus ojos, que la vista de sus achaques o de sus heridas.

La historia del manantial se conserva en la memoria de las familias, en el agradecimiento de los dolientes, en los anales estadísticos de la ciencia médica; la del convento está escrita en un libro compuesto a fines del siglo XVII por uno de sus priores, Fr. Alonso del Pozo, calificador del Santo Oficio.

Refiriéndose el historiador al que lo fué de su religión dominica, Fr. Juan López, obispo de Monópoli, cuenta que, venidos a estas montañas por los años

de 1570 misioneros de la orden, halláronlas en tanto descuido e ignorancia, que preguntados sus naturales ancianos sobre la forma de predicación usada en ellas, respondían asombrados: -«¡Yo en mi vida he oído sermón!»- Con semejante noticia, la celosa orden, cuyo especial instituto era la propagación de la fe católica por medio de la predicación de su santa doctrina, pensó en realizar su emblema, plantando aquí la mística antorcha que alumbrase tan lastimosa tiniebla. Y eligió para fundaciones cuatro lugares, los de Potes, Santillana, las Caldas y el Soto. De éste, ya vimos cómo cambió de objeto; de los dos primeros diremos en sazón y tiempo. Sazón y tiempo faltaron al intento de los dominicos, cuya ejecución quedó suspensa por largos años. Pero ya en el de 1605 se fundaba en Santillana el de Regina CSli, y con él tomaba pie y solar en la Montaña la perseverante familia del insigne Guzmán.

Barros, lugar del valle de Buelna y señorío de los marqueses de Aguilar, era dueño de una ermita, en la que con título de las Caldas, tomado del cálido raudal que cerca brotaba, se veneraba de tiempo inmemorial la Virgen. Su efigie era de talla; vistiéronla luego con telas más ricas que oportunas, necesidad de los tiempos o tiranía de la costumbre.

Barros, pues, deseoso de mejor servicio en lo espiritual, y de satisfacer a la constante y general devoción a su Virgen, trató con los dominicos de Santillana cederles su imagen y ermita a cambio de establecer en ésta dos religiosos para las necesidades del culto.

Tales fueron los principios del monasterio, que en capítulo general de la Orden, en mayo de 1611, fué declarado independiente del de Regina CSli, señalando vicario propio con título de prior para su gobierno: eran entonces provincial de la de Castilla el M. R. P. M. Fr. Pedro de Contreras, y prior de Santillana el padre Fr. Juan de Montemayor.

Ya con el calor y energía que infunde el trabajar en cosa propia, comenzaron los frailes a ensanchar y engrandecer su convento; y aunque les ponía coto el corto terreno, limitado por el camino de Castilla y el peñasco, edificaron sacristía, coro y un dormitorio, capaz de cinco o seis celdillas de tablado, dice el P. Pozo.

Con el año de 1663 llegaba para el convento de las Caldas el día de su completo y próspero crecimiento. Del colegio de San Gregorio de Valladolid, salió comisionado por el rector y consiliarios el castellano Fr. Juan Malfaz para hacer las pruebas de un pretendiente montañés, natural del lugar de Rumoroso. De paso por las Caldas, entróse a hacer oración, y movido su corazón por la aspereza y grandiosa soledad del sitio y su conveniencia para la vida religiosa y enseñanza de la doctrina cristiana, determinó emplearse con todo celo y eficacia en procurar y reunir los medios necesarios para que la apostólica cosecha fuese tan rica, pronta y abundante como a sus ojos el estado de la mies prometía.

En conseguirlo puso todos sus conatos, iniciando la empresa a su vuelta a Valladolid. Pero la voluntad individual, por briosa y resuelta que parezca, es limitada en sus medios, y pocas veces alcanza la mano adonde están puestos los

ojos. La del P. Malfaz sola, aunque ayudada por la aquiescencia de sus superiores, acaso hubiera desfallecido y cansádose antes de dar cabo a su propósito, a no verse acogida y cordialmente amparada por la de una dama montañesa, considerable en la tierra por su apellido y sus bienes.

Siguiendo pleito con un su hermano ante aquella Cancillería hallábase en la referida ciudad la señora doña María Ana Velarde de la Sierra, viuda del caballero don Fernando de Herrera, señor de la casa de Miengo. Hija de confesión de los dominicos, puesta en autos de lo que se trataba, excitado su piadoso celo con la esperanza de tamaño beneficio para las almas de sus montañeses, entró sincera y resueltamente en el plan, y escribiendo al provincial Fr. Juan Martínez de Prado, residente entonces en San Esteban de Salamanca, pintóle la necesidad extrema en que sus paisanos estaban de predicación y doctrina, ofreciendo ayudar con su hacienda y limosna, ella y su familia, al sustento de los religiosos.

Con tan eficaz patrocinio, la orden resolvió impulsar la fundación de Caldas, y para ello diputó al mismo Fr. Juan Malfaz dándole por compañero al colegial de Rumoroso Fr. Hernando Menocal, el cual andando los años llegó a ser famoso en el púlpito, conocido entre las gentes con el nombre de Padre de las verdades, por las que decía predicando, y murió prior de su convento de San Ildefonso de Ajo.

Llegaron los enérgicos apóstoles a su destino el 8 de octubre de 1663. Su perseverancia y la de cuantos les ayudaron o sucedieron tantos y tan robustos obstáculos hallaba, que hasta el de 1683 no fueron terminadas las obras del actual monasterio. En tan largo plazo de veinte años, habían tenido tiempo de entregar su alma a Dios, Fr. Juan, en edad verde todavía para el ministerio apostólico (cincuenta y dos años); y doña Ana María, vistiendo el hábito descubierto del Patriarca (orden tercera de Santo Domingo).

Señalada la fecha de la construcción, queda escrito su gusto y proporciones. Época decadente y triste para el arte como para la patria. La tradición del romano Herrera palidecía y se acababa, degenerando, perdiendo la austera grandeza, su calidad ingénita, a favor de la cual en los asombros de la impresión primera no se perciben su fría elegancia y sequedad ascética. La corrección severa del dórico escurialense, o toledano, trocada en licenciosa bastardía, daba ser a un orden espurio, cornisamentos sin arquitrabe, cúpulas sin tambor o cimborrio, pilastras enflaquecidas por recuadros, en vez de las estrías que las visten y aligeran. A tales troncos arrimó sus crespos e inverosímiles ramajes el gusto que del nombre de uno de sus más ilustres secuaces fué llamado churrigueresco, y obedeciendo a tales principios se edificó en los reinos de España durante los siglos XVII y XVIII, herido el arte por la creciente pobreza del Estado, y precisado a medir sus vuelos y proporcionar sus aspiraciones al caudal de que disponía.

La pobre portada, pobre en proporciones y en gusto, autorizada por la imagen del santo fundador vestida de sus hábitos blancos y negros, no anuncia

la nave anchurosa y vasta, cortada por otra menor en cruz latina bajo cuya bóveda, durante tantos años, hicieron las familias hidalgas de la comarca resonar las preces de sus funerales.

Los que no traían a enterrar aquí sus muertos, venían en luctuosa peregrinación, convocados de los valles extremos de la provincia a exequias y aniversarios; así los libros de asiento de esta santa casa debieron ser heráldico necrológico de apellidos ilustres, juntados para la verdad y desengaño de la muerte, contraste de las genealogías y entronques conservados para los fines ambiciosos o soberbios de la vida.

Aquí se recogían también, en señaladas épocas del año, a llevar la penitente vida de los dominicos, a participar de sus austeridades y rezos, muchos varones respetables, arrancándose por algunos días al regalo y dulzuras de la familia.

La hoz de los Caldas abre al Sur sobre el valle de Bucina. Recto, como tiro de artillería, le atraviesa el ferrocarril; a su izquierda deja los pueblos del concejo de San Felices, puestos sobre un alto rellano tajado sobre la vega, a manera de costa sobre desecado piélago; a su derecha, perdido entre desiguales breñas, Cóo, cazadero de corzos; mientras labran el llano, le siegan, le podan y le cosechan Barros, San Mateo, los Corrales y Somahoz, ya a la entrada de nuevo desfiladero, tan quebrantado y retorcido, que por cinco veces en intervalos de segundos, los duros y tenaces carriles entran en las entrañas de la roca y salen de ella como sierpe acosada. Mientras ellos siguen a llenar sus destinos, nosotros, saltando sobre los cudones y lastras que la corriente menguada deja en seco, vamos a nuevas exploraciones.

- II -

San Román de Moroso.-Doña Urraca.-Val-de-Iguña.-Puertos Arriba

Hay un camino que traían los corzos cuando el tráfago humano no los había ahuyentado hasta lo más áspero y despoblado de la comarca, y cuando tomados por nieves y hielos sus claros y enriscados manantiales de las alturas, bajaban a beber al Besaya.

Este camino es, como tantos otros de la Montaña, el cauce abierto en la pena por una vena de agua desgajada de remota cumbre. Viajero o corzo, quien lo tome ha de trepar saltando de la roca al tronco, del tronco a la lastra, de la lastra al manchón de tierra, amasado y sostenido por la raigambre de espinos y zarzas, de helechos y vides silvestres; cruzando de una a otra margen, espantando pájaros y reptiles, oyendo el grato y sonoro vuelo de los unos, y el agrio y repulsivo serpear de los otros sobre yerba y hojarasca; mirándose en las limpias pozas, que señalan durante el estío la interrumpida corriente, y en unas partes reflejan el claro cielo, en otras el rico y matizado follaje de la umbría.

Pero si duro el camino, es amén de pintoresco breve; luego se llega al poblado bosque. Los árboles parecen a los hombres: aquellos que nacieron en quiebras bajas u hondos barrancos, crecen rectos a buscar el sol, sin espaciarse en vago ramaje, concentrando savia y vida en dar a su tronco robustez y empuje; empuje que levante en breve su copa a desembarazada altura, robustez que lo afirme y asegure contra vientos y tempestades: los nacidos sobre orgullosas cumbres, tienden en cambio anchas y opulentas ramas; su fruto, si lo crían, cae al alcance de infantiles manos; su prodigada sombra abriga rebaños y pastores; déjanse quemar el tronco por la hoguera que a sus pies el leñador enciende, y abrasada su entraña, todavía hojecen lozanos y fructifican. En tanto, si fuego o hierro tocan en lo vivo al que sólo en medrar pensaba y subir hasta el cielo, cae y se derrumba entero, y fenecen de golpe su ambición y su vida.

En la margen derecha de la arroyada, sobre un terreno descuajado y cubierto de heno tupido, está lo que fué iglesia del priorato de Moroso. Fábrica de área breve, de planta rectangular partida en dos, a Levante la menos espaciosa, la que en términos de arte se llamaba pronaos o galilea; a Poniente la más ancha y larga, la nave propiamente dicha. Una entrada por el Norte, gallardo arco de herradura puesto sobre dos columnas de fustes cortos y capiteles de labor estalactita o de bovedillas, con imposta de losetas en resalto del capitel al arco; canecillos volados, cuyo perfil lateral dibujan tres círculos de diámetro sucesivamente menor, y un bocel que los termina, son su ornamentación y rasgos fisonómicos. Otro arco idéntico al de la puerta, comunica ambas estancias, y en su intradós aparecen huellas de pintura: la techumbre hundióse, y en las paredes quedan los arranques de la bóveda de cañón.

¿Quién erigió el edificio? Un angostísimo lucero o aspillera abierto en su cabecera oriental, es diámetro de una estrella cuyas ocho puntas abren en chaflán el macizo del muro desde el lucero a la superficie externa; otra cruz semejante corona la espadaña. Este símbolo de la orden hospitalaria blasona aún solares de las cercanías donde la orden tuvo dominio.

¿Serían los caballeros de San Juan los fundadores de Moroso? Ellos tenían en Oriente glorioso predominio: allí guerreaban contra infieles, y de sus despojos erigían templos y hospederías; el arquitecto de Moroso, venido de Palestina, traía en su mente la imagen o el recuerdo tenaz de las construcciones siríacas, y diputado por la religión poderosa en cuyo servicio trabajaba para alzar un santuario, lo trazó conforme con los principios hondamente encarnados en su memoria.

Así se explicaría la existencia en nuestras breñas, vírgenes de dominación o influencia sarracena, de ese gallardo tipo arquitectónico, venerable reliquia que parece arrancada del morisco suelo de Córdoba o Granada, del cual son orgullo y encanto sus análogos y semejantes. Sólo que al labrar las mezquitas andaluzas, sus autores no preveían ni en sueños la cruz plantada luego por la conquista sobre sus almenadas azoteas, y el arquitecto de la mezquita cántabra

la pintaba en sus planos por remate de su obra, la abría en el muro principal y acaso la llevaba sobre su pecho.

Sin embargo, en aquéllas suena todavía la oración cristiana, fervorosa y tierna; de ésta, sólo sube a Dios el himno de la naturaleza, la voz del pájaro que anida en las piedras, el suspiro del viento en las yedras que las desencajan y envuelven, el zumbar del insecto despertado por el rayo del sol que calienta su albergue; suavísima armonía, pero falta del hondo acento agradecido o penitente, alma y vida de la oración humana.

Hasta sus arcas de piedra que fueron ataúdes y hoy recogen las aguas del cielo y las conservan para los pájaros, parecen piscinas puestas a ambos lados de la puerta para las abluciones mahometanas.

Lo cierto acerca de Moroso, ya monasterio, es que en los anos de 1119 pertenecía a la reina Doña Urraca, aquella célebre mujer a quien el docto Mariana llamó en sus historias «recia de condición y brava», y de la cual ya queda hecha mención ligera en este libro.

A 25 de Marzo del citado año hacía donación de este su monasterio de San Román de Moroso, con todos sus anejos y propiedades, al de Santo Domingo de Silos, de la orden de San Benito, la cual lo convertía en priorato.

Una tradición curiosa, viva todavía, perpetúa aquí el nombre de la antigua poseedora y donataria. A la otra parte de una de aquellas soberbias y aterciopeladas cumbres, mirando entre Levante y Mediodía, está Cotillo, pueblo del valle de Anievas: por él pasó Doña Urraca viniendo peregrina al santuario, y en él dejó su comitiva, caballerías y fardaje, sea por llegar a pie y con mayor devoción al monasterio, sea porque tomase miedo a cabalgar en tan agrio e inseguro piso. Al volver hallóse descolados caballos y acémilas: tan mal guardados estuvieron por palafreneros y caballerizos, o tan amañada tenían los de Cotillo su venganza, y tan diestros anduvieron en ejecutarla. ¿De qué se vengaban? Porque tan sangriento ultraje no podía ser bárbaro pasatiempo de las montañas. Calla en ello la tradición, pero dice que a su vez la reina castigó la ofensa, estableciendo por pública escritura y mandamiento real que a nadie de los nacidos en Cotillo, o que de Cotillo tengan su linaje, se diera en tiempo alguno el priorato de Moroso.

Averiguada la época de la venida de Doña Urraca a esta tierra, sería hacedero opinar, con viso de certidumbre, acerca del origen y significado del supuesto acaecimiento.

¿Dice relación con el cuento de sus extravíos, tema a la sazón de cotidiana plática en los hogares castellanos, porque siempre gustó el pueblo de entretenerse a costa de las flaquezas de sus príncipes y señores? Sería, ¿ya invención o ya hecho positivo, una protesta que gentes de corazón honrado y hábitos feroces levantaban contra el disimulado adulterio o el escandalo manifiesto?

¡Cuántas veces el pueblo, falto de medios para ejercer su justicia, para saciar su odio o probar su agradecimiento, creó la tradición, y en ella, alumbrada por

la luz de la pasión popular, parece ésta o la otra figura histórica tan diferente de la conservada en las memorias y papeles de que doctos y eruditos han hecho autoridad irrecusable y definitiva! ¡Cuántas veces la tradición se engendró de gérmenes impostores, de un hecho, de una palabra, forjados por el interés de un hombre o de una corporación, o de un bando; semilla que puesta en tierra rica, viciosa y a ninguna otra obra de fecundación distraída, se desarrollaba penetrando su raíz a honduras donde la extirpación era imposible, trepando al aire y esparciendo tan generosa pompa de apretadas hojas y vistosas flores, que a su sombra se acogieron y vivieron creencias, ilusiones, la vida entera del corazón y de la mente!

Pero ni amigos ni contrarios de cuantos dejaron o hicieron memoria escrita de Doña Urraca, señalan entre las vicisitudes de su existencia andariega y agitada una que la trajese a penetrar tan adentro en asperezas sospechosas entonces y mal conocidas.

Metida en guerras, ya con su marido don Alfonso de Aragón, ya con su hijo, que fué después de ella séptimo Alfonso en Castilla, cruzó una y otra vez las fraguras asturianas y las parameras de Campos, en son de fuga o en son de arremetida, nunca en paz y con sosiego bastante para explayarse en inútiles visitas de santuarios.

Obedecía entonces, como es sabido, la tierra montañesa al conde don Rodrigo González de Lara, hermano de aquel don Pedro, supuesto amante o marido de Doña Urraca, y las historias del tiempo no registran discordia asaz fuerte entre ambos hermanos que explique la afrenta hecha en tierras del uno a la regia amiga o consorte del otro. Habría en tal caso precedido a los días de favor del conde don Pedro, que principiando hacia el 1113, puesto que al año inmediato era ya pasto de la general maledicencia(214), duraron hasta el fin de los de Doña Urraca en 1126.

Entonces la bajada de la reina y suceso de Cotillo hubieron podido ser acaecidos dentro del 1111, cuando vencida por los aragoneses en Viadangos y salvado a duras penas su hijo, por el obispo Gelmirez de Santiago, tomó por trochas y atajos, buscando rodeo seguro para refugiarse en Galicia. Entonces podría suponerse que la Montaña se inclinaba a la parte del aragonés, adelantándose a no pocos de los castellanos, los cuales, inclinados a la reconciliación, buscada tiempo adelante por el rey batallador, daban a la inquieta matrona la culpa mayor en sus lamentables disensiones.

No es probable que retrogradando a tan remotos tiempos la crítica se emplee en ventilar causa de tampoco momento en la historia general, cuando curiosidades y misterios de mayor actualidad o más grave trascendencia reclaman su atención, su sagacidad y su constancia; mas el peregrino en las soledades de Moroso, no evita el recuerdo ni deja de recogerse a meditar en ello.

Tampoco está apurada por los historiadores la cuestión del carácter y procederes de la desventurada reina Doña Urraca. Llámola desventurada,

porque rompiendo la espesa capa de doblados siglos que sobre su tumba pesan, surge y retoña el temeroso relato de sus pecados y flaquezas, cometidos o supuestos. Es naturaleza de la virtud la de transfigurar al virtuoso, de suerte que al recordarle las generaciones, lo hacen como de criatura beatificada, desnuda de lo mortal y libre de mortales miserias y dolores, mientras el ser sellado por la mancha lastimosa del delito, vive con todos los accidentes de su terrestre existencia, vulnerable, sensible, blanco de oprobios, ocasión de escándalo, en cuya vergüenza se complacen los vivos.

Lo cierto es que nada consta en mengua de su recato mientras vivió esposa de don Ramón de Borgoña, y aun en los pocos meses, que dos años no cumplieron, de su viudez, hasta que casada por razón de Estado con el rudo Alfonso primero del nombre en Aragón, comenzaron las bocas maldicientes a cebarse en su fama con ocasión de la asistencia en la corte del conde castellano don Gómez González. La razón de Estado no por serlo es infalible, y yerra con harta frecuencia en disponer y realizar enlaces sin tomar en cuenta la voluntad y condición de los sometidos a infrangible yugo.

El generoso Berganza, al tomar sobre sí la defensa de la ultrajada reina y la confusión de los testimonios seculares contra ella alzados, se ocupó eruditamente en batir prueba con prueba, instrumento con instrumento, sin cuidar de cuanto no le guiase a negaciones absolutas de los textos enemigos, y afirmación completa de su redentor propósito. Acaso si en días más recientes viviera el monje de Cardeña, no desdeñara acudir para robustecer su argumentación al sondeo del corazón humano, y de cuantos extravíos dimanan de un yerro primero; de haber torcido su inclinación si la tenía, o haber fiado de que en inclinación había de tornarse la indiferencia, o de que la inclinación había de nacer allí donde sólo causas de mortal e incurable desvío prevalecían.

No era mansa de condición la reina de Castilla; veleidosa, de lo cual la justificaban su sexo y el no hallarse mayor firmeza en los barbados varones que la asistían con su consejo o llevaban su seña, y acaso no muy tierna de entrañas, pues no la empeció la sangre para lidiar con su hijo, ni el agradecimiento para hacerse enemiga del insigne prelado de Compostela y terciar entre los que fraguaban su muerte.

¿Pero era abonado para la difícil y mañosa tarea de domar tal voluntad sin herirla, de plegarla sin romperla, el rey aragonés, desesperado paladín, esquivo a pacíficos tratos, malavenido con el sosiego, para quien parece hecho aquel valiente romance:

mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear,

rudo acosador de la fortuna bélica, a la cual maltrajo de campo en campo de batalla, amarrada al arzón de su guerrero palafrén, hasta que en la postrera de sus lides se le huyó de los ensangrentados brazos, llevándole vida y victoria?

Tan marcado sino de luchar trajo al mundo, que hasta su doméstico hogar era para él tela de liza; allí reñían hierro contra hierro ambas voluntades, y como iguales en temple y en dureza se repelían sin quebrarse, mas no sin que al agrio choque despertasen de su dormida lealtad atónitos los súbditos; no sin que las chispas lanzadas inflamaran la hoguera en que fenecían consumidos honra, buen nombre y alteza del regio tálamo.

Quejóse la reina de brutales violencias, y la Historia conserva las dolientes frases de su lamento, puestas en la lengua culta y oficial del tiempo: «Non solum enim me jugiter turpibus dehonoravit verbis, verum etiam faciem meam suis manibus sordidis, multoties turbatam esse, pede suo me percusisse, omni dolendum est nobilitati».

Si fueron ciertas concedamos a la ofendida causa suficiente para odiar sin tregua ni lástima a su ofensor. Pueden provocaciones femeninas buscar tales ocasiones y vestir tal forma procaz y agresora que levanten el brazo de hombre poco sufrido y pronto a la ira; Pero ya no cabe paz ni conciliación sincera entre la mujer por tan soez modo ofendida y quien la señaló el rostro. Doña Urraca solicitaba el divorcio; la razón de parentesco, válida ante el fuero eclesiástico, había perdido de su fuerza para el fuero interno de las gentes con no haber sido alegada durante algunos años de matrimonio, y se quería reforzarla con otra más poderosa ante los fueros de la moral común, que ante los de la Iglesia.

Subiendo la falda Sur de la frondosa hoya en que está Moroso, parece la aldea de Bustronizo o Bostronizo, que decían nuestros mayores, los que dictaban la donación urraqueña, o Brustranizo, como los que siglos después ordenaban el libro de las behetrías de Castilla, inscribiéndole con título de «logar abbadengo del abbat de Santo Domingo de Silos... «todavía en su centro conserva la iglesia la advocación de Santa Olalla de los días de Doña Urraca; junto a su pórtico crecen los dos únicos árboles que cuenta el pueblo, y enfrente, dentro de una bóveda que semeja la de un humilladero, mana su solitaria fuente; la lancha caliza sobre que asienta el caserío, en vez de gastarse y pulirse con el uso, se despedaza y suelta en cantos que ruedan sonoramente por el escueto pavimento; las paredes posan, no cimentan, amenazadas de que el viento impetuoso de las alturas, si no las derriba, las empuje y haga resbalar sobre el terso piso. Todavía parecen muchos los dos árboles medrados y vivos en tan duro y árido suelo, y del solo manantial diríase que parece milagro ejecutado en la roca para probar la fe, o recompensarla, de los naturales.

Fatigado y sediento llegué yo una tarde a su exhausta pila un hombre la agotaba, aguardando sosegadamente que la empobrecida vena fluyera, y apenas se tendía un tenue velo de agua sobre el pardo limo, lo tomaba cuidadosamente con una chata escudilla y con ella llenaba su cántaro de barro.

Larga y penosa marcha traía; embebido en la embriaguez del movimiento habla pasado desdeñosamente cauces y umbrías, sin acordarme de agradecer a Dios el espeso abrigo de éstas y el claro caudal de aquéllos, y ahora la sombra escasa de dos chopos, y el rumor débil de sus macilentas hojas, un sorbo de agua entibiada y turbia eran para mi inapreciable, altísimo favor del cielo, restauradora medicina para seguir mi jornada, cuya duración y término ignoraba.

El sol había pasado del meridiano y comenzaba a declinar. ¡Oh cuán lejos están los días en que la tarde y sus rojos celajes, el crepúsculo y sus crecientes tinieblas, la noche y sus luces melancólicas y frías eran encanto, gozo y bálsamo del alma!

Tan sobrada se siente la juventud de vida, que para gozar a punto de ella y saborearla necesita templar su energía en los enervadores efluvios de la noche; así se templa la luz para que alumbre y no ciegue, así se templa el calor para que abrigue y no abrase, para que conforte y no disuelva. Mas luego sobrevienen días en que la más intensa luz de una mañana estiva, con todos sus fulgores, no suple los soles apagados en el alma, ni es pábulo bastante al moribundo fuego de la vida. Entonces es la noche aborrecida y triste; entonces espía con ansia el deseo los albores de la mañana, y se deleita el pecho en los rayos ardientes del medio día. Báñase en ellos con intenso gozo, consolado por la engañosa plenitud de vida que le traen, y a par que ellos se entibian y oscurecen, se entibian y oscurecen también las fugaces alegrías que fingieron. Con ellos cae el alma en el ocaso y siente de nuevo venir su noche, la noche de los viejos: tinieblas, soledad, insomnio y frío.

Había subido por el camino por donde vamos a bajar ahora, no menos agrio Y pendiente que el descrito para llegar a Moroso, aunque más ancho, y aunque las dos profundas rodadas que mellan a ambos lados sus retorcidos tramos, indican que sirve a las carretas cuando, colmadas de heno en verano y de panojas en otoño, traen a entrojar la pobre y difícil cosecha de los montañeses.

El Val-de-Iguña se despliega a los pies del caminante; su cuenca desigual y angosta se abre de Septentrión a Mediodía entre cumbres que se escalonan y tejen, subiendo a Poniente hasta el soberbio cueto de Tordías, separando a Levante los valles de Anievas y Toranzo; por el fondo corren el ferrocarril de Alar, la carretera de Palencia y el Besaya, tan murmurador y tan poco en paz con las piedras vecinas que le cortan el cauce o salen a atajarle el curso, que a desmedida altura ya se oyen las quejas y el paloteo de sus riñas.

Al pie de la varga, Las Fraguas. Una antigua casa solariega sobre el camino tapa y disimula su fisonomía propia y añeja, tras de una fachada galana y rica de quinta italiana y dórica arquitectura. ¿De dónde vino a la anciana el pensamiento de echar sobre sus veneradas tocas el gallardo y costoso arreo que sienta sólo agente moza y puesta a merced de toda veleidad y mudanza en usos y hábitos?

Vestida de sus yedras, engalanada con su mal labrado pero expresivo escudo, había vivido años y años, habitada unas veces, huérfana otras de sus dueños y señores. Un día, ¡quién sabe!, acaso oyó decir que el ferrocarril iba a llegar a-sus puertas, a establecerse en sus umbrales, y espantóse de que la invención nueva, reciente, petulante y vocinglera, la encontrase acurrucada entre su portalada y su capilla, cuidando las hortalizas de su jardín, anudada a la garganta la blanquísima bengala con que cubría la más blanca nieve de su cabeza, como una de tantas abuelas del país, sobre las que se acumulan los años sin abatirlas, que ven pasar generaciones, desaparecer y fundarse familias, sin que se entibien ni palidezcan las dos religiones que guardan en el alma, la de Dios y la del linaje solariego. Espantóse, temió al intruso y novel invento, su audacia, sus burlas, y acaso tocóle en su amor propio de montañesa la idea cruel de desmerecer y ser tenida en menos, cuando ojos y oídos, curiosidad e interés, caudal y aplauso, fuesen todos para el recién venido; y se cubrió de adornos al uso, disimulando con ellos las honradas arrugas de su tez, escondiendo su rústica traza tras el airoso y juvenil arreo. Así tapa el postizo su ancha y patriarcal solana, y el volado alero donde entraban a anidar las golondrinas, ave sagrada del hogar, compañera de la familia, partícipe de las conversaciones de la tertulia y de las migajas de la mesa.

Dos escudos pareados puestos sobre el ático del bramantesco hastial, parecen mal sentados en el alto friso donde encajan, y dispuestos a resbalar y bajarse a lo largo de cornisas y arquitrabes, dejando tan eminente lugar a quien le pide por derecho, al antiguo blasón raído por las lluvias, borrado por los musgos, que durante siglos habló al caminante la oscura pero sonora lengua de sus piezas y figuras.

Dentro de aquellos muros accesibles y penetrables a cuanto en el mundo actual tiene voz y merece oído, retoña vivaz y generosa la sangre y la belleza de la raza antigua.

Este es uno de aquellos parajes en que el juglar de los siglos medios, posando su bordón y desceñido el recado que siempre llevaba al cinto, dando tregua al caminar y al ocio del espíritu, desdoblando el terso pergamino, hubiera tomado gustoso el hilo de la narración interrumpida en sus trovas o en sus romances.

Pasaban los gloriosos vagabundos, y al pasar un rumor les hería el oído. En el claustro donde se acogían a dormir, en la hostería donde entraban a comer, el caballero aventurero que les pedía nuevas de gentes y países, el aldeano que se las daba, la fama, la voz común, les hablaban de juventud, de inocencia, de hermosura, de bondadoso afecto para los amigos, de caridad inagotable para los pobres, de alteza de pensamientos, de merecimientos y virtudes, compendiados en un ser, juntos en un alma, sobrentendidos en un nombre, y sentían movido el corazón, y a compás de sus latidos la ardorosa agitación del numen.

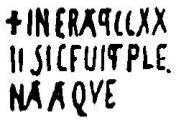
No pedían satisfacción a los ojos, no necesitaban ver; hijos de la inspiración, que es fe; del entusiasmo, que es revelación, cantaban la belleza oculta tras de

las piedras y las celosías, cantaban la dulce confianza de la infantil mirada derramada sobre el mundo, y su contraste con las impenetrables nubes, el porvenir incierto de la vida. Cantaban generosamente ajenas dichas, esperanzas, ilusiones, deseos vagos, aspiraciones infinitas, todo lo que la vida al alborear promete, ellos que tan a fondo sabían lo poco que da la vida en sus fases sucesivas y diversas.

No pasaba su canto las piedras y celosías; extraños uno a otro, se apartaban el cantor y la doncella, sin hallarse nunca, sin conocerse jamás, y al cabo de siglos la inspiración melancólica y vaga del peregrino, venía a resonar en el corazón de las distantes generaciones. ¡Misterios del alma y de la poesía!

Estamos en tierra de caballería, esto es, que dice relación a aquellas altas caballerías que asombraron al mundo en los siglos medios, y cuya huella perdurable subsiste todavía y trasciende en nuestros usos, decires, virtudes y miserias. Dícelo San Juan de Raicedo con su título; dícelo más adelante el lugar de la Serna y sus paredes selladas con la cruz de ocho puntas y su cubo aislado, palomar o rollo, pero símbolo, bajo una u otra atribución, de señorío.

Ve, ¡oh curioso de inscripciones viejas!, apresura el paso, toma tina cuesta que la carretera te ofrece, y a la entrada del pueblo de Molledo hallarás la iglesia y su cementerio; entre ambos una imagen, la más elocuente de la robustez y de la vida, un olmo de blanca corteza, a cuya sombra habrán nacido, cristianádose, medrado, encanecido y muerto generaciones humanas, y cuyas hojas verdean y cortan el viento con la viril frescura y el airoso brío de la más lozana juventud. El cementerio ocupa el área de la parroquia antigua; pero los trozos de muro han sido en ocasiones varias remendados y compuestos: junto a la puerta, en un sillar volcado, empotrado en los mampuestos, leerás este latín:



La piedra está desportillada al término de la primera línea; habría lugar para. otra X. ¿Leerás entonces la era mil doscientos treinta y dos, o sea el año de 1194, o te quedas con lo visible y lees el año de 1184?

Con uno y experiencia de epigrafista ha de ser posible determinar si la piedra es memoria de alguna inundación, plaga común de la comarca, y fijar el tiempo en que fué asolada por tan espantoso azote, que espantoso parecerá a quien quiera que desde la altura contemple el paisaje, y se diga que llegadas las aguas a tan desmesurado nivel, quedaban en su seno envueltos y sin mortal remedio ni salvación posible, aldeas, mieses, prados, caseríos, sin que sobre ellas pareciese más que las cimas insuperables y despobladas de los montes. Horrible desolación que no tenía otros espectadores vivos que la salvajina acorralada en

las cumbres escuetas, y las aves que despavoridas volaban desconociendo el suelo movible, mugidor e inseguro sobre que se cernían. La piedra ha sido movida; ¿lo fué de un edificio a otro, o solamente de lugar en el mismo edificio en que originariamente se puso?

Desde Molledo, en un seno que hacen las sierras de la varga oriental, se descubre Silió, nombre eufónico de desinencia triste al oído; ¿qué significa?

Pasemos el río por la pintoresca fábrica de Portolín, constantemente arrullada por el agua -así la envuelven hojas y flores-, no para averiguarlo, mas para visitar la iglesia y estudiar su ábside. A la manera usada en el siglo XI, levanta sobre su planta semicircular dos cuerpos, sencillo el primero, partido perpendicularmente en tres divisiones por estribos cuadrangulares, separado del segundo por una imposta abocelada de jaqueles. Correspondiendo a los estribos, parten simétricamente el segundo cuerpo otras tantas columnitas con capitel y basa historiados, subiendo de la imposta citada al alero. Otra imposta igual las ciñe por su tercio inferior, corriendo de columna a columna, y volteando sobre la arquería de tres ventanas abiertas respectivamente en cada una de las divisiones del ábside.

Adornan estas ventanas ligeras columnitas con capiteles de labor esmeradísima; uno de ellos representa multitud de cabezas humanas con expresivo gesto de dolor entre cabezas de animales; otro las representa con gesto beatífico entre hojas y frutos: ¿son traslado y figura de la bienaventuranza y del tormento, del infierno y de la gloria? Hase de notar aquí, como vamos a notar luego en Bárcena y en Pujayo, que la escultura más común en los elegantes canecillos de la cornisa, representa figuras de músicos tañendo o embocando instrumentos. ¿Son representación del coro angélico?

En el atrio de Silió, a la sombra de dos chopos, sostenido por dos animales tendidos que parecen lobos, hay un ataúd de piedra, tronco tendido de pirámide irregular y oblicua: sobre la arista superior tiene esculpida una espada de cruz sencilla, parecida a las usadas en el siglo XIII; repetidos en sus caras blasones de Mendoza, de Bustamante, y otro cuya pertenencia ignoro (cortado, águila volante en jefe, fajas en punta) y en la cabecera esta inscripción de fácil lectura, a pesar de algunos nexos y abreviaturas: «aqui yase iohan: sanches de bustamante. finó: x ij: dias: de: febrero: año: &: mill: CCCC: LXXXX: ij: años:» -¡1492! ¡El año de la conquista de Granada! Quizá venía de ella el caballero, quizá le traían a la tierra natal mortales heridas, fatigas de la campaña; porque ese apellido suena en aquellos tiempos, en aquellas huestes, en aquellas cortes, en aquel guerrear constante de España, que sintiéndose pujante, entera, indomable, hace suyo su propio territorio, antes de ensancharse a tomar territorios nuevos, inmensos, todavía extraños y de nadie conocidos.

De esta piedra me contaron que estaba dentro de la iglesia, y el cura, celoso, dispuso ponerla en el atrio, más a mano y discreción de los curiosos.

Pues volviendo a pasar en Portolín el río, y junto a una peña que el ferrocarril taladra, entramos en un vallecillo en cuyo fondo está Bárcena, último pueblo en llano, más allá del cual alza la naturaleza los rudos bastiones con que le plugo defender a Cantabria, y cuyas revueltas y ahogadas golas cierra cuando le place en un breve intervalo de sol a sol con insuperable relleno de apretada nieve, tan maciza y firme, que el hierro blandido por manos de hombre es impotente contra ella, y únicamente el rayo soberano del sol la funde y la deshace.

De estos admirables montes, tristes de esa tristeza muda de todo lo excelso y sublime, bajan dos arroyos a acaudalar en Bárcena el Besaya. Dejemos al Torina que viene de Sudoeste por el Galerón que baja del Vendaval. Cerca de su margen está la vieja parroquia, sólido monumento románico en estado de conservación admirable, y más admirablemente teñido de oro por los años y la luz del cielo. El dórico griego no produjo obra más noble, acabada y severa que este ingreso de cuatro arcos cuadrangulares sobre sencillas impostas y pilastras de traza igual, ni labró moldura más limpia y gallarda que la de rombos en punta de diamante que destaca el pórtico sobre la lisa fachada. En dos caras de la pilastra externa de la izquierda, repartidas estas letras que divide la arista viva:

ISTA ECLESIA CONSECRATA EST
IN HONORE SCORM. COSME(217).
ET DAMIANI

Faltó grabar la cifra del año de la construcción; la del siglo de la fábrica parece XI.

A lo largo del Galerón seguía yo una mañana, no poco molido del sol y del andar. Un soberbio nogal de redonda copa, inclinado como para mirarse o dejar caer sus nueces en el agua, un puentecillo rústico parecieron delante de mi camino; y al pie del nogal tina visión del libro de los libros españoles.

¿Te acuerdas, lector, de la aparición de Dorotea en Sierra Morena a los dos fieles amigos que van en busca y remedio de Don Quijote? «Suspendióles la blancura y belleza de los pies» -dice el incomparable narrador-, «pareciéndoles que no estaban hechos a pisar terrones, ni a andar tras el arado y los bueyes... » «los pies, que eran tales que no parecían sitio dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido». Suspensos quedáronse contemplando a la que por sus hábitos les parecía mozo de granja, y al soltar sus cabellos mostró ser mujer, la cual sosegadamente bailaba sus pies en el agua.

Mi Dorotea no vestía disfraz de mancebo labrador, sino lutos de doncella en cabello; ni tenía junto a sí bulto de ropa, sino un perrillo blanco y negro que asistía con indiferencia cabal a las abluciones de su señora. Mas a pesar de la extrañeza de tal persona en tal ocupación, en tal lugar y tal hora; a pesar de la

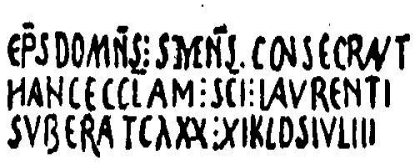
magia irresistible del relato de Cervantes, bullente en mi memoria, no me ocurrió imitar a los curiosos personales de su deliciosa aventura, ni ocultarme a aguardar el término de la inesperada escena.

Ocurrióseme, sí, que forzosamente iba a pasar junto a la doncella, y la necesaria confusión y vergüenza de ésta, y para evitárselas, no teniendo tiempo que perder ni rodeo posible a mano, hice sonar el hierro de mi bordón sobre las piedras.

Al estrépito respondió con su acción Dorotea; recogió sus blanquísimos pies, dejando caer sobre ellos el ruedo de su falda, sin apartar los ojos del agua y de sus círculos y de las chispas de luz que el sol encendía en ella a través de las hojas del nogal. El perro fué quien, ofendido, se vino ladrando hacia el importuno, y mostrándole sus poco temibles presas, como ladra tantas veces el mundo y se embravece contra quien anda en él atadas manos y lengua por el comedimiento y la prudencia.

-Buenos días -fije al pasar detrás del tronco, y no sé si ahogada por el murmullo del arroyo, no llegó a mi oído la respuesta.

El Galerón viene de Pujayo, una villa sepultada en las angosturas de la montaña; y entre Pujayo y Bárcena, pasa cerca de la ermita de San Lorenzo, modesta construcción románica que vino a consagrar un obispo de Burgos, según cuenta setecientos cuarenta años ha al transeúnte, esta inscripción, abierta en su muro meridional:



Doce años después, en el de 1144, aplicaron al muro antiguo un trozo de muro, dentro del cual quedó la puerta realzada por un arco sobre Dos columnas de fuste grueso. Este postizo, que sube hasta los dos tercios de la alzada total de la fábrica, parece levantado a intento de apoyar un tejado saliente, que, abrigando el ingreso, formase pórtico o atrio cubierto; limítanlo a derecha e izquierda dos recios estribos: en el segundo tiene su fecha: IN ERA TCLXXXII.

Citando solo y a pie en estas gargantas desiertas y fragosas, perdido como átomo inapreciable de la creación en medio de tan espléndida naturaleza, oyes rugir la potente locomotora, la ves cruzar de uno a otro monte, encaramarse a sus cumbres, sumirse en sus entrañas, dejando en pos un eco vibrante y una estela de humo, y vibración y estela, y sonido y humo, se ahogan y desvanecen en el ambiente, entonces sientes la fuerza creadora del espíritu humano, la grandeza de sus concepciones, el poder de su energía y su perseverancia.

¡La voluntad humanal ¡Qué cosa tan sólida y tan impalpable, tan elástica y tan incoercible, tan concentrada y tan vaga, tan rápida y tan lenta! ¡Qué palanca y qué peso, qué ariete y qué muro, qué masa y qué velocidad, qué brazo y qué ojos, qué alcance y qué empuje! ¡Qué misteriosa causa segunda, qué admirable medio de trasmisión, trasformación y aplicación del movimiento primero, increado, original, a la vida, a la historia, a las fases sucesivas de la tierra, al desarrollo de las razas, a la forma, organismo y extensión de las sociedades!

Y ¡qué admirable manifestación de esa fuerza constante e irresistible, esta vía asombrosamente trazada en tan quebradísimo suelo!

El ferrocarril, la voluntad prepotente, irresistible; la carretera, la resignación pasiva y callada, la paciencia; la voluntad entera, original, virgen, capaz de todo; la voluntad, que mide el globo, le pesa, le parte y le atomiza, rendidora de toda fuerza, vencedora de todo obstáculo; la voluntad, que, como el Adán de Espronceda,

Piensa alcanzar con la mano
Donde alcanzó con la vista.

Ahí va la paciencia siguiendo a la tierra sus dificultades y asperezas, plegándose a ellas, trepando a lo alto, escurriéndose a lo hondo, osando apenas hender la roca que la ataja, rellenar el barranco que la corta, echando sobre el arroyo el tímido compás de un arco, precaviéndose con pretiles y marmolillos del mareo de la altura, del vértigo del abismo. La voluntad, en cambio, va recta a su fin: álzasele enfrente un monte, lo taladra; crúzasele un caudal de agua, lo recoge, como recoge el salvaje la liana que quiere enredarle los pies, se lo echa a la espalda, y pasa por debajo sin embarazo, mientras el caudal atónito, corriendo por nuevo y artificioso cauce, va a caer en el precipicio sobre piedras, atónitas también del golpe y del insólito riego.

Allá sube dominando abismos, franqueando de un tramo las hondonadas, retorciéndose como culebra por los tajados declives de la montaña, apareciendo y desapareciendo, no como obra regular y ordenada de la acción humana, sino como meteoro sobrenatural, sujeto a incógnitas leyes aún no sorprendidas por la perspicacia tenaz del hombre. Los años y la costumbre no gastan su soberano prestigio; su ronco resuello, su crujir pavoroso, detienen el paso del caminante, el brazo del labrador, el estudio del letrado, la meditación del asceta; siembran espanto en el rebaño, azoran al perro, distraen súbitamente la vida en la muchedumbre, rompen diálogos, requiebros, quimeras y conciertos, sorprendiendo y dominando la acción y el impulso de las diversas pasiones.

Allá va corriendo de pueblo en pueblo, de hoya en hoya, de cima en cima, hasta que se hunde en el seno de la tierra, y dentro de él se revuelve y cruje; y cuando nos vamos creyendo llevados a las entrañas del globo, y despedidos de la luz del sol para indefinido tiempo, brota de nuevo el día, y nos muestra la ancha y despejada llanura de Reinosa.

Aquí pudiéramos reconocer y estudiar la cuna del Ebro en Fontibre, los vestigios de Juliobriga en Retortillo y aquellas memorias que recuerda Flórez(219), de los términos que dividían terrenos dados a veteranos de la legión IV y la campiña de los Juliobrigenses. Pero no son objeto nuestro los llanos de tierras adentro: solo las Costas y las Montañas.

Camino de Santillana

Puente-San-Miguel.-El roble hendido.-Las marzas

Cuando desde la estación de Tallos, ¡oh paciente compañero de mis jornadas!, procuraba yo con frías y ociosas palabras describirte el panorama que un lampo sólo de la viva luz que le ilumina ha de pintar con más honda huella en tu memoria que la más atildada y colorista pluma, no te señalé un lugar del paisaje, predilecto asilo y posada mía, descanso de mi aventurero y no pocas veces fatigado pie. No te lo señalé porque hubiera sido cansar tu oído y rendir tus ojos, trayéndolos inútilmente de uno a otro accidente del terreno, para fijarlos en sitio imposible de descubrir, como no lo descubra el corazón.

Más allá de Torres y más allá de Ganzo, entre las manchas varias en color y en contorno que el arbolado pinta, hay una recortada y espesa a manera de copa de gigantesco rebollo; a su amparo asómase apenas sobre las cercas una casa de pajizas paredes y ventanaje verde. Cuando pasas frente de ella, por el camino y la otra orilla del Saja, ves flamear las blancas cortinas de sus balcones; si te llegas pasando el viejo puente que llaman de San Miguel, ves columpiarse las rosas, caballeras de sus tapias; si entras más adentro, hallas en los rosales, al alcance de la mano, nidos de jilguero, cuyas madres se dejan mecer sosegadamente por la brisa, seguras de no ser ofendidas ni perturbadas. Y el tarín y el verderón que andan cazando moscas por las enredaderas de la fachada, se entran persiguiéndolas por salas y gabinetes con familiar franqueza y sin recelo.

¿De dónde vienen esos pájaros cuya voz aguda y lejana nos hace levantar los ojos y buscarlos mucho antes de que su menudísima sombra se dibuje en la diáfana luz ambiente? Aunque vistos nacer sobre el plumón del nido, aunque vistos criar al cebo de sus padres, ¿quién sabe adónde los llevan después sus alas y en qué sublimes y misteriosas regiones del aire penetran? ¿Quién sabe a qué distancia del cielo suben? ¿Quién sabe lo que del cielo han visto? ¿Y quién sabe lo que del cielo traen cuando visitan un hogar de donde volaron ángeles al cielo, dejando su cuna vacía, y esparcida en torno aquella tristeza sin par, angustiosa, que de una deshecha y yerta cuna se esparce?

Volaban las golondrinas sobre el Calvario, gimiendo en la agonía de Cristo, ansiosas de aliviarle, arrancando a porfía las espinas hincadas en su martirizada cabeza: ¿quién sabe si ese manso batir de plumas, esos píos y gorjeos que regocijan el aire, no son arrullos de tantas agonías diversas como se suceden en los infinitos calvarios de la vida?

No llama dolor a esa casa, donde sin llamar han entrado muchos dolores, que se vuelva sin oído y sin consuelo. Alguna vez llama disfrazada con él la superstición; pero se queda a la puerta, y si el dolor quiere entrar entra solo.

Tal sucedió una mañana de San Juan.

El dolor venía con su semblante más desesperado y triste, con el de una madre que traía moribundo a su hijo en pañales. Y para remedio pedía el tallo de un roble, nacido de semilla, flexible y tierno, fácilmente hendible a lo largo de sus tiernas fibras. El saludador había dicho que haciendo pasar al niño enfermo entre las dos rajas del árbol, en la mañana del día del Precursor, y con ciertas palabras y conjuros, el niño sanaría. Negósele a la superstición el roble; ofreciéronse al dolor palabras cariñosas, médico y medicina.

¡Jirón de añejas nieblas que obscurecieron y obscurecerán largo tiempo aún la mente del pueblo!

Hubo siglos en que la fuerza del odio, hábilmente excitada, hacía al guerrero ver en el limpio acero de su espada la imagen de su enemigo y el género de venganza apetecido; siglos en que el varón eclesiástico aplicaba por los vivos las preces de los muertos, creído de su mortal influjo, de que a su fuerza no resistían, y cedían rotas, las prisiones terrenas del alma. Cuando tan ciegos y flacos se mostraban los que eran fuerza y luz, brazo e inteligencia, los magníficos, los soberbios, los doctos y los cautos, ¿qué harían los medrosos por instinto, los abatidos por estado, los ignorantes por necesidad?

Hay, sin embargo, en estos despojos de la fe ciega o la ignorancia antigua, un elemento de poesía, cuyo valor a nadie se esconde, mas cuyo momento y causa de ser encarnado en la superstición popular, son de averiguación laboriosa y difícil; tarea para superiores y perspicaces ingenios. ¿Cabe extrañeza en que el campesino, constante testigo, observador involuntario de la vegetación silvestre, analogista por instinto y por costumbre, admitiese el influjo saludable de la savia nueva, fresca y sana, circulando en las venas del roble, sobre la sangre que arrastra empobrecida y lenta por las venas del niño enfermo? -La santificación de la naturaleza, de sus fuerzas vivas, de la acción favorable o adversa que sobre la economía humana ejercen, fué siempre inclinación y atributo común de nuestro espíritu, al cual no basta el limitado mundo visible, y necesita de la comunicación con otro inmaterial y soberano para satisfacer su inquietud constante, sus dudas y sus aspiraciones.

Hacía él gentil morada de sus deidades el seno de las aguas y de las rocas, el tronco del árbol; y el cristiano pone bajo la tutela de sus bienaventurados sus mieses, sus huertas y sus ganados.

No es más claro a mis ojos, aunque necesariamente más moderno, el origen del romance que, en otra estación del año, venían a cantar los mozos del pueblo a puertas de esa casa, como es añeja costumbre en la tierra.

Las tibias noches del mes de Marzo, embalsamadas por el rico florecer de la campiña, convidan a rondar. La ronda pasea uno y otro pueblo, corriendo en ocasiones largas distancias; se detiene a la puerta de los señores y de las mozas que tienen partido, esto es, concepto de hermosas, y recita sus marzas con voz plañidera, sin acompañamiento alguno y en un ritmo sencillo de dos frases, parecido al canto llano de la liturgia católica. Es imposible desconocer en estos romances, aunque adulterados con interpolaciones y empobrecidos con la repetición del mezquino pedir, la procedencia de romances viejos, contemporáneos acaso de aquellos ingeniosos y dulcísimos cantares que el ilustre ciego Salinas recogía en su libro de Música.

El modismo prosódico que consiste en amortiguar la dureza del consonante agudo, añadiéndole una e, «maiore, menore»: la sobria manera de retratar una figura con un rasgo, «la del pelo largo»: las señas del «cuello de oro» y del «puño dorado», aunque viciado el concepto y oscurecido, son vestigios de aquella clásica forma de nuestra poesía nacional, como lo es de estilo original y primitivo la acepción propia del verbo acreditar, usado en sentido de fiar, acepción que no hallo en el Diccionario de la Academia que tengo a la vista.

Mas, ¿quién desprovisto de plena y minuciosa erudición en las fuentes y primeras formas de la poesía popular, del conocimiento cabal de las épocas y transformaciones varias que tuvieron los conceptos e ideas primitiva y sucesivamente adoptados por ella, seria capaz de distinguir y señalar en el fárrago bastardo de las marzas montañosas, la pertenencia y origen de sus elementos varios, y en qué momentos y a qué propósito los tomó del romance caballeresco, del rústico, de la canción amatoria, la serranilla y el villancico, al cual pertenece sin duda la última estancia de las insertas?.

- II -

Excursiones.-Los Jándalos.-Hespérides cántabras

Bonum est nos hic esse; gocemos de la buena sombra: hagamos una mansión breve en estos parajes, empleándola en rápidos paseos, que al caer del sol nos traigan de nuevo a la paz y al descanso de este hogar cariñoso.

El paisaje es amenísimo; el lecho del Saja va por aquí hundido y silencioso, haciendo anchos pozos en que el salmón habita y se pintan, distintos y claros, árboles de la orilla, celajes del firmamento. Caminando a par del río van, por su orilla derecha, la carretera nueva; por su orilla izquierda, las trochas y veredas antiguas; y van hacia ocaso buscando ya los senos de los postreros valles cántabros y la raya de la tierra heroica de Asturias.

Tomemos por estos caminos, donde el peón deja al jinete y la carreta seguir la dura lastra y sueltos cantos, y se entra cómodamente por el blando sendero de la mies y el prado. Una aldea risueña, con aire de holgada vida y bienestar

cumplido, nos mira desde un ribazo: Villapresente; más alta todavía por encima de las tejas y las copas de sus árboles, nos mira su hermana Cerrazo.

Enfrente y al Mediodía, encaramada sobre un cerro, Quijas, cuyo caserío ondea con el suelo en que asienta. Desde Cerrazo al río hay una mies de gruesas panojas, donde gustan de abrigarse las libres; desde Quijas al río un bosque soberbio, un despeñadero vestido de apretados y robustos árboles, cuyos misterios vigila en lo alto una atalaya, cuya entrada defiende en lo hondo un palacio solariego.

Si cruzas el río y te llegas al palacio, leerás en su fachada y debajo de un escudo cercado de lambrequines y trofeos: «Vi las armas relumbrantes-en los franceses blasones-de los fuertes Bustamantes-que vienen de emperadores-azules trece roeles-en campo de gran limpieza-y en orla de vencedores-las tres celestiales flores.»

Así compendiaban los genealogistas del siglo XV, en malos versos, la historia de las familias y el tradicional origen de sus armas. Así escribían Gratia Dei, Damián de Góes, y otros cronógrafos de artificioso y fantástico nombre.

Ya entonces el poder y la gloria de Castilla se concentraban en el trono y en la muchedumbre palaciega que le envolvía; ya olvidados del solar primitivo los descendientes de las heroicas tierras del Septentrión, se pagaban mejor de su título castellado, de sus ópimas tierras andaluzas tomadas al moro y hasta del nuevo apellido ganado en el asalto de una villa que de su fosca torre perdida en las breñas cántabras, asturianas o gallegas, que de la caduca casa-fuerte, maltratada en las guerras intestinas. Ni gloria ni añejos timbres ayudan a sostener el cortesano atuendo, como ayudan pingües estados y rentas. Satisfacíanse los genealogistas con decir que el linaje traía su origen y su divisa de la clásica tierra, y para salvar dificultades de crítica y oscuridades densas, lo relegaban a tiempos de fábula. No se cuidaron del elemento histórico encerrado en cada una de esas reliquias venerables, y para lisonjear al poderoso bastóles encarecer los hechos y grandezas de épocas ilustradas por los inmediatos ascendientes suyos.

Queda, pues, por escribir el libro curioso de los blasones montañeses, como queda el que dijimos de las atalayas, o sea la dramática historia de la comarca en los siglos medios, como queda el de sus santuarios sin número, el de su organismo social, de sus concejos, juntas y behetrías y de sus hermandades marítimas.

La parte mayor de esas casas derramadas por nuestro horizonte, deben su enlucido, ampliaciones y restauro a caudales hechos en Andalucía.

Los montañeses de esta parte occidental de la provincia tienen hereditaria afición al Mediodía. Menos ambiciosos o no tan aventureros como sus hermanos de Occidente, no se dejan tentar por la vaguedad del Océano y la misteriosa lejanía y apartamiento de las provincias americanas. Tiéntales, en cambio, poderosamente aquella otra comarca que sus progenitores ganaron a lanzadas y de la cual oyen contar maravillas a sus contemporáneos.

El hombre, como la planta, no vive fuera de su clima nativo sin modificar su naturaleza, tomando cualidades propias del suelo en que arraiga y de cuyos jugos bebe. Así el jándalo es rumboso, enamorado y ponderativo. Menos paciente que el indiano, aguijado su amor propio y su amor a la patria por la menor distancia y las facilidades de salvarla, no aguarda para visitar su aldea más que a poder presentarse con el conveniente lucimiento y majeza.

Dispone su jornada y mide el tiempo de camino para bajar en sazón y punto de celebrarse la más nombrada feria o romería de su valle o del valle vecino. Y en hora de la tarde, en que agotadas las emociones, embotada la curiosidad por el calor y la fatiga, se hallan los vecinos mejor dispuestos a saborear mejor lo inesperado y nuevo, hele aquí apareciendo jinete en una jaca de Zapata o del Saltillo, trotando largo, encogido sobre el arzón y renegando para sí de la frondosidad de los castaños, cuyas ramas bajan a besarle su rico y aplanchado sombrero de calaña, estorbando el ademán gallardo, la enhiesta apostura con que se prometió aparecer en la tela.

Llega apartando gentes a lo más apretado del concurso, y allí se para y endereza el busto; amigos y conocidos acuden a felicitarle y darle la mano; él, afable, se deja lucir y da tiempo a que las mujeres deletreen a sabor su porte y vestido; a que las viejas, acurrucadas en círculos, le admiren diciendo: « ¡Gran mozo está, bendito sea Dios!»; a que los chicos envidien sus patillas de chuleta y los mozos su cadena de reloj y su vistosa faja de colores.

En tanto los inteligentes pasan la mano por las ancas de la jaca, te pulsan los belfos y averiguan la edad del bruto, cuyos ijares laten agitados por la carrera; sus finos remos, acostumbrados al blando piso de los arrecifes andaluces, tiemblan azorados del brusco choque de las durísimas camberas y los cudones montañeses; pero menos tarda en sosegarse, que sus admiradores y críticos en ponerle tachas y recorrer sus primorosos jaeces de campo, obra de algún famoso talabartero jerezano.

Aquellos momentos son solemnes, decisivos a veces, memorables siempre en la vida del jándalo.

Nunca sintió más fresco el cerebro, más alegre el corazón, más expedita la lengua; sírvele dócilmente su labia, habla mucho, tiene ocurrencias, hace gracia; se ve aplaudido y celebrado por el corro de los mancebos, por el enjambre de los chicos, por un cordón más apretado de muchachas casaderas puestas en fila, que sonríen meciendo con indolencia los abanicos y moviendo con el aire los flecos, enredados en las varillas, de su pañuelo de Indias pajizo o colorado, que las cruza el pecho. Luego se fijan en ellas los ojos del jándalo, aunque no falte quien diga o suponga que desde su llegada, y aparentando mirar a todas partes, no veían otra cosa; las interpela, ellas se ruborizan, callan y apresuran el abaniqueo; él no las tiene todas consigo, pero se serena preguntando a los que tiene cercanos el nombre de la una, la familia de ésta, el lugar de la otra, y se va reconociendo y recordando antiguas relaciones, y pregunta a las conocidas y

echa una flor -¡bendita lengua española!- a la más guapa, y para no suscitar enojos remata el coloquio con un «¡Vaya un manojito de rosas!», que las aturulla y hace subir a cárdeno purpúreo el rubor de las mejillas.

Y en tal hora puede acontecer que desde el jinete a una de las coloradas pase y vuelva y torne a pasar una centella fugaz, invisible, que apenas tiene cuerpo y forma en el pensamiento, y, sin embargo, aprisiona y liga dos almas tan de firme que, para haberse de soltar, han de sudar lágrimas y llorar sangre, y así y todo, no lo consiguen sin quedarles heridas que nunca sanan ni se curan.

Se apea el jándalo, no sin dar dos vueltas a la mano de las riendas para que la jaca se revuelva y pompee su cola y estremezca las crines y salpique de blanco con su resuello a los más inmediatos. A pie y descalzos han venido siguiéndole los chicos de su lugar, sin más ambición ni esperanza que la de tenerle el caballo. El que logra tamaña fortuna no se trocaría por nadie en el mundo, como no fuese por el mismo jándalo, ideal insuperable, blanco de toda admiración, extremo de toda envidia.

Entonces acuden las vendedoras ambulantes de la fiesta, arvellaneras y rosquilleras. -El jándalo convida; hace colmar dos pañuelos anchos como manteles de una y otra golosina, brinda con ellos sucesivamente a la concurrencia, teniendo el uno pasado al brazo y suspendido de los nudos, mientras ensancha la boca del otro con su mano para que la de cada obsequiada entre abierta y salga cerrada con holgura y sin aprieto. Y durante esta ofrenda ceremoniosa se confirma, sella y remacha el lazo aquel tejido y armado por los ojos, a lo que bastan las sencillas frases: -Vamos, una rosquillita. -Gracias. -Ea, sin cortedad. -Ya que usted se empeña. Porque en la feria, como en la corte, uno se tañe y otro suena, y en achaques amorosos, rústicos o palacianos, valen los vocablos lo que quieren labios que los dicen y oídos que los escuchan.

Pero en amores cortesanos nacidos del ocio, el más dilatado y paladino galanteo, no supone compromiso ineludible y grave; citando entre campesinos, cuatro diálogos en el corro, media docena de encuentros voluntarios o casuales, en la fuente o en la mies, establecen a los ojos de propios y de extraños una promesa tácita que dura años y años y raras veces rompe alguno de ambos contrayentes.

Por eso decía que su entrada en la feria y el abocarse con el risueño grupo de las mozas suelen ser lance decisivo en la suerte del jándalo.

Años después acaso, redondeado su haber, saldadas cuentas con la tienda de Jerez o de Sevilla, restituido definitivamente a la tierra patria nuestro jándalo, repetirá su triunfal entrada en la romería; pero no solo, sino regaladamente acompañado, montando bestia de mayor pujanza y brío y más galán arnés; trayendo a la grupa una almohada y sobre la almohada una de aquellas mozas, la más gallarda o la más ruborosa, rodeada una mano al busto del galán, asida la otra a las correas de la baticola, usanza y cortesía de la morisca Andalucía transportada a la céltica Cantabria.

Puestos ya en los ejidos de Cerrazo, aquella lejana cumbre de Cildad que notamos desde Torrelavega, nos provoca con la indispensable curiosidad que toda cumbre excita, la de ver lo que hay a la otra parte.

Lo que hay a la otra parte es uno de los más curiosos lugares que encierra la Montaña, Novales, pueblo sin horizonte, reducido y breve, pero de singulares y no imaginados detalles. Había oído yo hablar infinito de él, sin haber tenido ocasión de estimar lo que pudiera ser apasionamiento o exageración de imaginaciones fértiles, cuando una tarde, traído a este lugar sin plan ni rumbo fijo, me ocurrió que más allá de la cumbre había casa donde yo podía llamar con mi apellido y seguridad de buena acogida, y seguí el camino.

Llegué a la cumbre de Cildad cuando el sol ya tomaba la roja tinta precursora de su declinación. Su luz hería de lleno la ancha faja de mar ceñida a la costa, y vibrando en las olas, deslumbraba los ojos y les escondía hacia el ocaso la línea del horizonte que al Norte cortaba limpiamente su azul profundo sobre la descolorida púrpura del cielo.

A mis pies se abría una cuenca circular, semejante al vasto cráter de un volcán extinguido; por la azulada caliza de sus paredes se desplegaban irregulares manchones de yerba segada, o asomaban su fosca greña árgomas y helechos, y, en su fondo, al cabo del camino que bajaba culebreando y partía una mies granada y opulenta, se parecía el pueblo cimentado en rojiza tierra, guarnecido de verdes copos de follaje, a semejanza de búcaro andaluz sobre cuyo borde rebosan y cuelgan los redondos cogollos de la albahaca.

Enfrente divisaba los suaves collados, asiento de Cobreces, émula de Novales, y hacia la derecha, bajando a la marina, las torres gemelas de Cigüenza, que dan fama en la comarca a su iglesia y vanidad a sus moradores.

¡Enérgico paisaje! Mar y cielo hervían en destellos y fulgores como si los gérmenes vivíficos encerrados en la luz solar acelerasen visiblemente su obra de fecundación; y la tierra lucía sus matices varios, desapacibles, crudos, contraste de la mansa serenidad del cielo, del rumor melancólico de la tarde que flotaba en el ambiente, suave acento de vida regular y pacífica.

Poco espacio tenía para meditaciones y estudios, y bajé la retorcida cuesta.

El amigo de familia, a quien yo tenía obligación de dar las buenas tardes en Novales, era un capellán, sujeto popular, estimado en muchas leguas a la redonda por la franqueza de su trato y el desembarazo de su carácter. Excusándome, pues, de preliminares, pregunté a un aldeano que se me acercó curioso mientras yo examinaba la iglesia, dónde hallaría a tales horas a don Román, que así se llama el cura. El aldeano repitió mi pregunta, o más bien, la gritó a una mujer que remendaba ropa a la puerta de una casa vecina; ésta, a su vez, interpeló a otra moza que pasaba tras de un par de vacas, la cual, dándome por guía a mi arrapiezo de pocos años que llevaba consigo, me hizo encontrar a quien buscaba. Hallámonos a media altura del áspero declive de la montaña, a cuyo pie sonaba un limpio arroyo, por cuya pendiente culebreaban viejas

paredes sobre las cuales rebosaban, frescos, lozanos, opulentos los naranjos y limoneros.

Y dije a mi reciente amigo la curiosidad que tenía de penetrar en aquellos misteriosos y espesos huertos, más frondosos y sombríos, más ricos en fruto y en azahares que los mismos de la ribera feliz del río Grande de Sevilla.

El capellán, con voz sana, gritó: -¡Martín!- y cayendo, que no bajando, a guisa de canto desgalgado del monte, un rapaz de hasta doce años de tiempo, y en mangas de camisa, vino a dar a nuestros pies.

Don Román puso un gesto grave, y le dijo:

-¿Es este modo de presentarse delante de gentes? Ande usted a asearse y vuelva en seguida.

Sin replicar el muchacho, penetrado de lo justo de la reprensión, siguió bajando, llegó al arroyo, metió en el agua sus pies descalzos, y arremangándose los brazos, dió principio al cumplimiento del mandato. Hechas sus abluciones generales, sonoramente acompañadas de bufidos, resuellos y carrasperas, compitiendo en estrépito con los patos que a par de él se solazaban, volvió a nosotros, sacudiendo las manos, chorreando el pelo, y como si respondiera a la llamada del cura, dijo: -¿Señor?

Visiblemente satisfecho de tan cabal sumisión y obediencia al capellán, le puso cariñosamente una mano sobre la cabeza, sin esquivar la humedad, y continuó su interrumpido discurso:

-Anda a casa, y trae la llave del huerto.

Martín desapareció en cuatro brincos-, pero aún no estaba muy lejos, cuando volvió a sonar la voz robusta e imperiosa:

-¡Martín!

Martín vino, otra vez, a la carrera, respondiendo:

-¿Señor? -Y pareció dar cabo a su tocado y afeite, sorbiendo algo más que aire con las narices, y aplanchándoselas luego con la mano hacia arriba para desembarazar el órgano por completo.

-Toma y di que lleven azúcar -y alargó don Román una peseta.

El corzo tornó a saltar por la aspereza arriba, y por tercera vez la voz «¡Martín!» le atajó en su fuga, y por tercera vez le atrajo a responder: ¡Señor! con el mismo acento sumiso, aunque más agitado que en las dos primeras. Y para mayor agilidad, sin duda, corrió un ojal del único tirante que suspendía su holgado y no medido pantalón, el cual quedóle encaramado hasta los sobacos.

¡Admirable concierto de voluntades! Indudablemente Martín era el brazo derecho del capellán, obediente, flexible, mudo o punto menos, con la ventaja, además, de alargarse adonde el brazo no alcanza, por ejemplo, a hacer mandados como los que por cansa mía le traían ahora al retortero.

-Di que hagan agua de naranja, que luego vamos.

Y fuimos, en efecto, después de sestear largo rato en uno y otro vergel, y de conversar amenísimamente tratando el ameno asunto de la cultura, cuidados y

explotación del árbol que es allí suma y compendio de la vida, afanes y hermosura del pueblo. Y ya nos aguardaban sobre la mesa, en mi aposento bajo de la casa del capellán, sendos vasos y sendas jarras rebosando de la fresca bebida. Porque allí, tratándose del áureo fruto, todo pasa a la manera homérica, sencilla y grandiosa; y las porciones mesuradas que bastan al más sediento en nuestros cafés y botillerías, parecerían mezquinas y cosa de reir. Ni para obsequiar al visitador se atrevería el franco don Román a ofrecerle a la mano media docena de sus riquísimas naranjas. Yo le vi llegarse a uno de los frondosísimos árboles, y cogiendo la rama que le pareció más copiosamente cargada, la desgajó, ofreciéndomela para recuerdo y compañía del camino.

- III -

Cabezón de la sal.-Treceño.-Una venganza.-Juan de Herrera

Cerca de Novales, tomando al Sur, se encumbra el monte de los Anades; más lejos la peña de los Monteros. Por tan fragoso y escueto camino puedes pasar del alfoz de Lloredo a Val-de-Cabezón, si no prefieres, descansando en Puente-San Miguel, tomar con calma y espacio la pintoresca carretera. Esta te traería, atravesando Quijas, a caer desde la ermita y alto de San Benito, a la mies de Carranceja, pasando bajo la roída peña de Barcenaciones, que gotea agua sobre el viajero como aviso de que algún día caerá ella misma a cerrar el paso. Así tantos la miran con saludable miedo y se santiguan al entrar bajo el formidable alero.

Del esfuerzo hecho para roer y pasar la peña descansa el camino tendiéndose a lo largo del valle. Sobre los castaños de Casar de Periedo, entre sus troncos, descubres a tu derecha un solar que, aun cuando puesto a la moderna, conserva mucho del señoril aspecto antiguo. Reemplaza con abierta verja de hierro su maciza y huraña portalada; convierte el zaguán en jardín, sustituye con césped su mosaico de guijas y lo planta de magnolias y o dorífícos arbustos; pero alza intactos sobre el primitivo asiento sus labrados dinteles, impostas y cornisas, entre la capilla y la torre, la cruz y el blasón, la humildad y la soberbia. Este era el plan general de las mansiones solariegas, que el pueblo apellida palacios. Otras muchas hemos hallado que aun le conservan intacto; pero aquí me detienen recuerdos infantiles y el afecto de los años maduros. Ya te diré quién la vive, cuando venga la ocasión, que no tardará, de citar su apellido.

Daban los solares, entre otras cosas, la hora al pueblo, y en su lugar más aparente, en la esquina de la torre, sobre el timbre del escudo a veces, tenían su cuadrante. Ahora ves aquí que reemplazan el gnomon caldeo, inseguro, inútil de noche y en los nublados meses invernizos, con relojes de mecanismo superior y marcha constante, en cuya esfera regulan los aldeanos sus horas y sus faenas, cuya campana les mide y reparte las de la noche.

Vamos corriendo el valle del Saja, un valle parecido a cuantos hemos visitado, como se parecen los hijos de una madre, los hermanos de una familia. Arboles y prados, robles y maíces, aguas y rocas; pueblos esparcidos sin límite ni término visible, sin que pueda el transeúnte decirse dónde el uno acaba y el otro empieza; molinos hundidos entre las altas márgenes y la vegetación de sus cauces, y el río corriendo por medio parándose a descansar en los remansos y desahogos, precipitándose en los pedregales y estrecheces. El río nunca desamparado de los alados moradores de su ribera; la siempre inquieta y pintada nevatilla de trémula cola, que al revolotear de una piedra a otra, parece un puñado de hojas o de plumas arremolinado y revuelto por el viento; el martín, de espléndido traje y silencioso vuelo, que cuando posado e inmóvil sobre la raíz somera y desnuda del aliso, no se sabe si medita o acecha; el tordo de agua, o cinclo, buzo incansable en la espuma, y el hervor de los rabiones, sobre cuya negra espalda se ven lucir y rodar perennemente las diamantinas gotas.

La populosa villa de Cabezón da nombre al valle. Dentro de sus calles parte la carretera al Sur hacia el valle de Cabuérniga y al Noroeste a entrar en Valdáliga.

Todavía manan en Cabezón y en Valdáliga los pozos de sal que vemos figurar en las cláusulas de innumerables instrumentos antiguos, herencias, donaciones, cambios, ventas y contratos de toda especie. Todavía manan, y explotados de inmemorial y simplicísima manera, llevan recogido su caudal a caer en hondas calderas puestas al fuego, donde vaporizada el agua, deja posar su cristalino sedimento.

Paredes desmoronadas, cercas rotas, piedras esparcidas son en Treceño testimonios vivos de población más grande, de que no es título usurpado el de villa que en los registros lleva cuando el viajero le da ingenuamente el de aldea. Las hiedras hallaron en estos parajes substancia provechosa y alimento; sus troncos gruesos y entretejidos dicen la antigüedad de las ruinas, y en pomposos tallos, esmaltados de corimbos negros, albergue y pasto de pájaros cantores, guarnecen la esbelta ojiva de un puente, cubren los blasones de muchos solares y envuelven el desbaratado almenaje de la torre fuerte alzada en medio del poblado a la vera del camino.

Esta torre tiene leyenda, la perpetua leyenda consagrada en toda tierra antigua a establecer los desafueros y violencias feudales y la vengativa osadía de los populares. Y que, por tanto, más parece símbolo de remoto estado social que cuento de histórico y positivo acaecimiento.

Solariego o extraño, señor de estado o caudillo aventurero, vivía la torre un hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido, a desear y conseguir sin más limitación ni freno que el insuperable de los posibles humanos. Puso los ojos en una zagala del lugar, casta y bella; no usaba dejar largo término entre poner los ojos y poner la mano en la prenda codiciada, fuese mujer, joya, heredad o almena enemiga, y por fuerza o por astucia hízose dueño de la doncella.

Herido quedó en lo mejor de su alma un mozo de las cercanías, rondador galán de la cautiva, y tan herido, que, ya no tuvo vida, discurso, acción tú sentimiento sino para la incurable llaga y sus acerbos dolores. Puesta la mano sobre el lastimado pecho, descolorido y mudo, insensible y sordo a toda pregunta, mandato, consolación o consejo, vagaba por el valle y las colinas.

Hallábasele a menudo en la fuente o junto al río, fijos los ojos contemplando su desconocida imagen en las aguas; y cuando en las calles del lugar era perseguido con voces y piedras por los muchachos, con palabras lastimeras por las mujeres, tan indiferente parecía a la compasión como al escarnio.

Cierta mañana llegó a la puerta de la torre, y hallándola abierta, en vez de pasar de largo, según acostumbraba, se entró por ella. Las gentes del señor, o no vieron al loco o no se curaron de él; tomó por la escalera arriba y llegó a un aposento, sobre cuyo suelo, de recio castaño, posaba sin ruido sus pies descalzos. Puesto de bruces sobre el alto alféizar de una ventana, contemplando la campiña florecida y verde, meditando acaso hazañas, acaso maldades, estaba el caballero, vestida con gala militar la impenetrable cuera, ceñido el ancho puñal a la espalda. Su pie derecho batía en cadencia con el talón el piso, como recordando el compás de una canción, y la breve pluma de su gorra palpitaba al paso de la brisa montañesa, como si aun viviese prendida en el ala del ave que voló con ella. El loco se llegó callada y cautelosamente, y con agilidad y fuerzas sobrehumanas le echó una mano al cuello, apretó el sujeto busto sobre la piedra, y desnudando con la otra el colgante hierro se lo hundió una y otra vez en la garganta. Las gentes que cruzaban al pie de la torre oyeron un aullido ronco, un gemido, un estertor, y cuando alzaron la vista descubrieron el cuerpo del señor doblado sobre el alféizar; caíanle hacia fuera los brazos, trémulos y convulsos todavía, y le salía copiosa sangre del cuello, corriendo por la pared y goteando hasta el suelo.

Sobre la trágica ventana cuelgan su flotante pabellón las trepadoras; por el labrado hueco entran y salen las golondrinas, huéspedes de la deshabitada torre, y del alféizar bajan a negros rieles hondamente estampados en la piedra: quizás son rastros de las lluvias, quizás huellas de la sangre vertida por el vengativo aldeano.

Tan vagas son las memorias del suceso, que en ellas no queda indicio de nombre ni de fecha. ¿Tendrán relación con él los Guevaras, señores de Treceño, por aquella doña Mencía de Ceballos, de quien hablamos al saludar las torres doradas de Escalante?.

Aquí nació Fray Antonio de Guevara, franciscano, obispo de Guadix y de Mondoñedo, cronista del emperador, pacifica figura en aquella encarnizada y breve discordia de las Comunidades, con más pasión juzgada, si cabe, por la posteridad que por los contemporáneos y participantes en ella. Fiel a su hábito penitente, Guevara predicaba la paz; con fueros de pariente trató de mover el corazón del ambicioso Acuña, e inspirado por su alto sentido del mundo y de los hombres, le escribía: «que era imposible que si los unos no se arrepentían y

los otros no perdonaban, se pudiesen remediar estos reinos ni atajarse tantos daños». Vana predicación a los oídos del pertinaz prelado que se había puesto en las mientes trocar su modesta mitra de Zamora por la espléndida primada de Toledo, y de la guerra únicamente y del triunfo de la bandera popular esperaba logrado su deseo.

Más allá de Treceño, el camino hace una cuesta, y al desembocar sobre una abierta hondonada, en cuyo verde fondo corre un arroyo, descubre a su mano izquierda y arrimado a una loma, que le guarda de Norte y Este, un barrio del pueblo de Roiz llamado Movellan.

Es cuna del célebre Juan de Herrera, glorioso arquitecto de Felipe II. De aquí marchó adolescente apenas, puesto que, según sus propias palabras, «no había entrado aún bien en el uso de la razón», adonde llamaba entonces a todo español alentado el espíritu de los tiempos, a Italia. Era, sin embargo, tan niño, que tres años después, en el de 1551, se veía precisado a volver a España «por no tener edad -dice él mismo- de poder servir en las cosas de la milicia, a que naturalmente me aficionaba».

Cumpliósele este gusto de ser soldado al cabo de dos años, y en 1553 volvió a Italia, sirviendo en la compañía del capitán Medinilla. Hubo de distinguirse en las campañas de Piamonte y Lombardía, puesto que pasó a la guardia de arcabuceros a caballo de don Fernando de Gonzaga, siguiendo a este insigne capitán a Flandes, cuando las necesidades de la guerra le llevaron a desempeñar marido en aquellos países. Vuelto Gonzaga a Italia, pasó Herrera a la guardia del emperador, en la cual y en la del rey don Felipe II continuó sirviendo hasta que en 1563, sin decirnos la causa, trocó el caballo por el andamio, y el arcabuz y los frascos por el compás y el nivel, entrando a ayudar al famoso don Juan Bautista de Toledo en la fábrica maravillosa del Escorial.

Caso singular el de un soldado que lleva bajo la coraza vocación de artista, que aprovechaba los ocios de la tienda y del alojamiento en delinear y aprender los elementos de la construcción civil; pues tanto es frecuente el comercio y vida común de armas y letras, tanto es poco vista la unión de armas y artes. En nuestra España tan rica en vocaciones dobles, apenas hallamos otro ejemplo fuera de aquel famoso pintor y capitán Juan de Toledo, y aun éste, dando paso a lo militar sobre lo pintor, mereció llamarse Toledo el de las batallas, porque eran ellas asunto preferido y casi único de sus lienzos.

Ni es la profesión de arquitecto fácil y para improvisada, y si el guardia del emperador era estimado capaz de ayudar al principal maestro y proyectista de San Lorenzo, y aun de sucederle poco tiempo después y ocupar su lugar en la dirección superior del monumento, sin duda venía preparado de sólida manera a merecer tan rápido y feliz concepto.

Mas si, como parece probable, asistió a los desmanes de la guerra, si vió el ningún respeto que a sus furores y tiránicas realidades inspiran las maravillas de la arquitectura, y fué tal vez testigo o actor en el estrago de curiosos y

venerables edificios, ¿cómo persistía en el marcial oficio, en tales violencias dolorosas sin duda para su alto ingenio y corazón de artista?

Acaso entre las artes del diseño es la arquitectura la que menos pide al corazón; la invención y el gusto, que Mengs ponía como condiciones esenciales de ella, proceden de sosegada y fría especulación. Es también por su índole especial la que mayor distancia pone entre la concepción y la obra, entre la idea y la forma, entre el cerebro y la fábrica. El discurso del alarife y la mano del obrero no están como los del pintor y el estatuario en comunicación íntima y directa con el cerebro inventor, donde los gérmenes bullen y la creación se condensa y define lenta y cuidadosamente, tal vez a medida que se va traduciendo en formas visibles, y hallando quizás en su desarrollo sucesivo avisos que la corrigen y mejoran, medios que facilitan el término y perfección del trabajo.

Cean supone que en Bruselas se entregó Herrera a su afición a las proyecciones, trazas y demás artificios geométricos; ¿pero cabe imaginar que la estancia en Italia no influyera en organismo tan maravillosamente dotado para la arquitectura? Desgraciadamente justifican la suposición del ilustre crítico, o por lo menos la omisión de juicio alguno de su parte sobre la influencia italiana en el genio del insigne montañés, sus obras mismas, de cuya admirable solidez y regularidad exclusivamente preocupado, no supo o no quiso vencer la sensación fría que ambas cualidades, cuando solas y entregadas a sí mismas, producen en el observador.

Es verdad que Herrera no llegó a Roma, no pudo ver las obras de Bramante y de San Gallo, tan armoniosas y suaves tan risueñas a pesar de su austero clasicismo; pero anduvo en Génova, donde reinaba Alessi, y sin duda visitó a Verona, donde acababa de florecer frá Giocondo, donde vivía San Micheli: y acaso llegó a Vicenza, donde era señor y privaba el preceptista de la época, rector y maestro del arte en el renacimiento greco-romano, Palladio. Y si asistió a la guerra de Sena, como Cean cree, pudo ver las obras del purista Peruzzi y conservar la impresión de la gracia que animaba al que por algunos ha merecido ser llamado el Rafael de la arquitectura. Pero acaso su genio, como el de Miguel Ángel, era refractario a esa cualidad misteriosa y delicada que, unida a la fuerza, constituye el ideal acabado de lo bello.

La gracia es precisamente la condición negativa de la arquitectura de Herrera. En el templo escurialense mostró cuanto, se le alcanzaba en proporción y armonía, y los fresquistas le ayudaron a templar la glacial severidad de su numen; en el alcázar de Toledo es modelo acabado de majestad y elegancia; en la puerta célebre del puente de Córdoba adivina el no sé qué singular de los monumentos romanos, mezcla de cualidades diversas, difíciles de demostrar y largas de exponer; y en todas partes se muestra constructor audaz, físico experto y geómetra prodigioso. Sin embargo, algo falta en sus obras que se halla en aquellos admirables palacios de Roma; Farnesio, que ideó San Gallo y labraron después de él Buonarotti y Vignola; Massimi, que labró Peruzzi; en

aquel templete maravilloso de Bramante en San Pedro in Montorio, construido a expensas de nuestros Reyes Católicos, joya de gallarda, primor y ligereza, erigida dentro de un cerrado claustro, como en cautela de las manos de un salteador atrevido.

En tanto razonamos acerca del inmortal arquitecto, el camino nos lleva a una altura desde la cual, a la derecha mano, descubrimos risueño horizonte, y blanqueando en él la iglesia de Udías, u Odias, que consagró, en 1099, el obispo de Burgos don García de Aragón. En Udías parecieron hace años minas de explotación romana; argumento a geógrafos e historiadores para situar la frontera de cántabros y asturianos. A la izquierda asoma uno de los interesantes términos de nuestro viaje: los Picos de Europa, sublime corona de Cantabria, diadema de hielos con la cual lucha el sol sin vencerla, antes haciéndola fulgurar al herir sus eternos cristales, publica a lo lejos su pujanza, su gloria y su hermosura.

Caminando adelante vamos a ver la mar y los esteros de San Vicente.- Saludémoslos de lejos, puesto que otro ha de ser el camino que allá nos lleve.- Saludémoslos hasta dentro de poco, y tornemos a tomar en Puente San Miguel el triste y solitario camino de Santillana.

Santillana

- I -

Historia y novela.-La locura claustral.-Blasones y divisas

De Santander a Santillana, por la mañana; de Santillana a Santander, después de comer.

Sí decían nuestros padres, faltos de la comodidad que nosotros hemos alcanzado y puestos en obligación de cabalgar para el despacho de sus quehaceres y negocios entre la villa antigua y la ciudad moderna. Y efectivamente, haciendo su jornada como el popular decir ordena, tomábales el sol por la espalda, tanto al ir como al volver, prevención sabida y comodidad añeja de caminantes.

En los orbes de la realidad y de la ficción, en el mundo de los hechos y en el de la fábula, en los fastos de la vida y de la fantasía, vive Santillana, merced a dos caracteres diversos: real el uno, imaginado el otro, pero dotados ambos por la naturaleza y el ingenio de aquella energía vital, persistente, que cura de la muerte y preserva del olvido: el Marqués y Gil Blas.

Pocos son los españoles ciertos, a sabor, de la no existencia de Don Quijote. De la primitiva existencia de Gil Blas de Santillana no dudaba ninguno de los gallardos oficiales que mandaban aquellos soldados ingleses cuyas devastaciones en Monte-Corbán hemos referido. Así es, que venidos a la villa con pretexto de visitar su célebre colegiata, y con razón de ejercitar su fortaleza

de jinetes y de lucir sus soberbios caballos, no se descuidaban en pedir a los naturales noticias de la progenie y morada del aventurero personaje.

Vivía entonces la villa uno de los más respetables e ilustres caballeros de ella, don Blas de Barreda, y deslumbrados por la paridad del nombre y la pronunciación confusa de los extranjeros, no vacilaban los preguntados en dirigirles a la casa de los Barredas. Y se cuenta que ciegos de aquel entusiasmo isleño que a las veces y en remotas partes del mundo ha tomado vandálica fisonomía, rascaban las paredes para llevarse reliquias del revoque, o desencajaban peladillas del zaguán, empedrado en mosaico de guijarros, a la manera usual de la tierra.

Ignoro si preguntaban por la casa de Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, pero de juro era apellido notorio para los curiosos, si entre ellas los hubo, de literatura española, pues con los de Mena y Manrique compendia la poesía castellana de su siglo, para cuantos no han tenido ocasión y holgura de penetrar en el populoso Parnaso de los Cancioneros.

A bretones y cántabros, a extranjeros y nacionales, siendo de aquellos cuyo espíritu inquieto presta oído a la voz apagada y moribunda de las recuerdos, no han de faltarles dentro del recinto de la solariega villa impresiones y sorpresas, ni ocasión de meditar en presencia de una piedra labrada soltando el vuelo a la fantasía sobre sus dos poderosas alas, sentimiento y memoria.

Tienen las poblaciones, como los individuos, su arreo y traje, en que revelan sus gustos y sus hábitos, cuando no sus vicios y virtudes. Así aparecen a los ojos del viajero, militar un pueblo, comerciante otro, jovial Sevilla, agrícola Córdoba, veleidosa Cádiz, ascética Burgos, levítica Toledo; así hablan con la lengua de sus ángulos y contornos, de su verdura o su austeridad, de sus hojas o sus piedras, vergeles, palacios, campiña, murallas, agujas y chapiteles; así tras de la fábrica muerta aparece el hombre, y bajo el techo silencioso de la vivienda se dejan penetrar la pasión, el juicio, la creencia, la opinión y el sentimiento.

Santillana, en las proporciones de villa a ciudad, de casa solar a palacio, de colegiata a catedral, de caballero aventurero a prócer palatino, señor de horca y cuchillo, recuerda ciertas ciudades italianas, magníficas, soberbias un tiempo, ya despobladas y ruinosas, que en su abandono presente parecen más altivas y ceñudas que lo fueron en días prósperos y gloriosos; que en su construcción y traza conservan la huella de una historia intestina, agitada, febril, nutrida toda de odios, de celos, de enemistades y venganzas.

Yo no sé qué austera grandeza respiran sus dos calles costaneras, desiguales, que se unen para salir por un extremo al campo de Revolgo, y se apartan luego en abierto ángulo para terminar en la casa comunal y torre del merino la una, en la colegiata la otra. Parecen los caminos por donde enemigos bandos salían al campo de batalla, al de tregua; por donde volvían a retirarse mal calmadas las iras, latente el rencor y vivo; caminos donde los linajes antiguos dejaron colgados y en orden sus escudos, como están en militar museo las armas y banderas de los guerreros.

El campo de Revolgo suena en los papeles particulares de Santillana, y en las historias de los hidalgos sus moradores, como lugar de no interrumpida pelea entre familias y poderes rivales, el merino del señor contra el del abad, y ambos contra el corregidor del rey. Allí, después de la batalla, reconocía el vencido la ley del más afortunado, y allí venían los procuradores de las villas y los valles a jurar en manos del regio enviado una obediencia, levantada algunas veces por la violencia feudal, lealmente conservada más a menudo a precio de lágrimas y sacrificios. Hoy cubren el campo copudos árboles de anchos troncos, y la fuente cristalina que mana copiosa en medio de ellos, parece hecha brotar por Dios para limpiar el sitio de la sangre vertida en estériles discordias domésticas.

Sombra y frescura, grato rumor de aguas y de hojas acogen al viajero en este pintoresco atrio de la villa, y con paz y reposo le convidan; luego el camino se torna calle para penetrar por medio del caserío, cuyo ingreso le abren una ermita a la izquierda, un monasterio a la derecha. Forma peristilo a la ermita su ancho tejado, bajando hasta apoyarse en toscas columnas de asperón jalde, cuyos fustes parecen sostenerlo apenas, carcomidos por la lluvia, gastados por los aldeanos que acicalan sobre ellos sus cuchillos durante las horas de ocio, en días de domingo o de mercado.

El convento presenta su fachada pobre, mohosa y húmeda, teñida de ese color sombrío con que bañan la piedra en estos climas los vientos inclementes del Norte. Otro más soleado y risueño se alza a sus espaldas: son los de Regina-cSli y San Ildefonso, de la Orden dominica.

El camino antes de llegar a Revolgo viene costeando la huerta de Regina-cSli; descuellan en ella dos cipreses, en la de San Ildefonso un pino: los árboles perdurables, de inmarcesible hoja, tardos en crecer, lentos en morir, parcos de sonrisas y halagos, constantes y firmes. Arboles que planta quien piensa en los que han de sucederle, quien no tanto quiere árbol para sí como árbol para sus hijos, monje o caballero, fundador de solar o de cenobio; árboles que hallarás siempre en la clausura, habitada o desierta, junto a la fuente corriente o enjuta, y arrimados a la torre montañesa, mirando al blasón acompañando a la capilla.

Tiempo ha, en medio de esa huerta, había una casilla aislada de construcción ligera. Vivíala una pobre reclusa, demente. Después de consagrada a Dios en la flor de sus años, cuando parecía enajenada por la claridad espléndida de una vocación cumplida, las tinieblas habían invadido su cerebro. Una idea sola había sobrevivido en el naufragio de sus ideas, una idea singular, permanente, de explicación dudosa, confianza o desesperación, plegaria o lamento, gemido al cielo o súplica a la tierra.

Llegábase apenas podía cautelosamente a la cuerda de la campana, y la tañía convulsa y desesperadamente. La campana es la voz de la clausura, voz con que habla al cielo y a la tierra, a Dios y a los hombres; es su comunicación con el mundo externo, infinito o limitado.

¿A quién llamaba la reclusa? ¿Parecíale poca y débil la voz de su corazón para rogar a Dios, que oye y comprende la oración en deseo, antes de ser

formulada en frase, antes de ser traducida en letra? ¿O era que ese ¡ay! de su corazón pretendía herir oídos no divinos? ¿Solicitaba la redención del alma o la libertad del cuerpo? ¿Pedía la muerte o el desencarcelamiento?

¡Quién sabe las alegrías del cenobita, del extático, del Penitente absorbido en el amor de Dios, en la contemplación de su gloria infinita, de las recompensas sublimes de su justicia! ¡Y quién sabe tampoco sus tristezas, cuando en la hora del último dolor, de la agonía, sobrepuesta la humana flaqueza al religioso imperio, siente su soledad, la tibia atmósfera del amor místico, y echa menos la atmósfera cálida del hogar y la familia, y pide y no encuentra los cuidados tiernos inspirados por el corazón y no por la regia, aquellos consuelos inefables de la hora suprema, que enjugan el sudor y templan el padecer, y sostienen el alma y suavizan el rigoroso tránsito, aquella presencia de los amados, aquel adiós postrero de los seres queridos, que aun el hombre-Dios quiso tener en su agonía llevando a su madre al pie de su patíbulo!

Fué fundación el monasterio del caballero Alonso Velarde, y su tiempo los últimos años del siglo XVI.El blasón del fundador, esculpido profusamente en la nave dórica de su iglesia, manifiesta la antigüedad de su linaje; es de aquellos que parecen nacidos de la confusa tiniebla de los siglos medios, en que la imaginación heroica del pueblo daba fabulosa forma a hazañas oscuras y mal conocidas; representa la batalla de un caballero armado contra un endriago cerca de un castillo en presencia de una mujer, explicado el suceso en esta leyenda: VELARDE, EL QUE LA SIERPE MATÓ, CON LA INFANTA SE CASÓ.

No cabía entonces detenerse a buscar símbolos ingeniosos, ni acaso había en aquella sociedad ruda y batalladora gentes letradas, que en la paz de sus estudios compusieran heráldicas alegorías; la gracia del caudillo a quien seguía, la aclamación de los soldados que guiaba, la propia autoridad a veces, daban ocasión a una de esas páginas de historia jeroglífica, y el aventurero o el paladín la hacían escribir representando sencillamente el suceso y narrándole a la par. La cultura de siglos posteriores al reproducir estos monumentos nobles y leales de la historia, alteraba la cándida rudeza de las figuras y el lenguaje, que juzgaba tosco, de las empresas.

¡Qué admirable libro de la sociedad antigua fuera aquel que nos conservara en su forma original y primera, bárbara o culta, explícita o misteriosa, romance o latina, la serie escrita de los hechos de nuestros padres en motes o divisas!

En la piedra de sus fachadas tiene escritas Santillana algunas de las hojas de tal libro: el curioso templa el paso y va leyéndolas.

Allí encuentra el águila de los Villas, agonizando de un saetazo que le pasa el pecho, recibido en defensa de buena causa, disparado tal vez por mano regia, o por mano amada, puesto que dice su divisa: UN BUEN MORIR HONRA TODA LA VIDA.

En otra parte las fajas de los Ceballos y su leyenda: ES ARDID DE CABALLEROS, CEBALLOS PARA VENCELLOS; linaje al cual pocos disputarán antigüedad y soberbia, si habla verdad el romance viejo.

Luego alrededor de un brazo armado, el anónimo testimonio de la participación de los montañeses en las empresas ilustres de la política y las armas españolas: BRAZO FUERTE, A ITALIA DIÓ TERROR YA ESFORCIA MUERTE.

Más lejos estas misteriosas letras BETH, arrimadas a atributos de la Pasión, cruz, columna y azotes, letras que son acaso las de la segunda consonante hebrea, expresión de la idea de casa, hogar, domicilio, acaso iniciales de una frase ya perdida, como las célebres F. E. R. T. de la guerrera casa de Saboya.

Y, por último, el resumen y compendio del código del caballero cristiano: DA LA VIDA POR LA ONRA Y LA ONRA POR EL ALMA.

Ahora los que sabéis leer en las memorias de los tiempos antiguos, códigos, anales y sellados pergaminos; los que podéis vencer el glacial ambiente de indiferencia que los envuelve, y sustraeros al ambiente vivo de las nuevas cosas, de las nuevas ideas, de los nuevos gustos, y dominar la corriente que nos arrastra, y en tan opuesta dirección nos lleva, decidnos la generación y origen de tales inscripciones, la idea que contienen y el momento que representan. No faltará en la muchedumbre quien os escuche.

Pero los blasones nos distrajeron de las reclusas de Reginacceli, los blasones me apartaron de San Ildefonso, y de decir en lugar oportuno cómo lo fundó de sus rentas para las hijas de Santo Domingo el canónigo tesorero de la colegial de Santillana, don Alonso Gómez del Corro, ilustre apellido que hallaremos en San Vicente de la Barquera, del cual las dió posesión en junio de 1670(235). Sigámoslos ya, que siguiéndolos, estudiándolos, pasando de uno en otro a lo largo de la sonora y desierta calle nos llevarán hasta la joya artística de Santillana, hasta su iglesia abacial, en la cual, si no te causa mayor impaciencia, lector amigo, nos vamos a detener un rato.

- II -

La Colegiata

Sobre algunas gradas y un atrio espacioso, cuyas entradas guardan mutilados leones, descansa el venerable templo. Cinco arcos concéntricos cuya moldura ahogó el mortero de las reparaciones, cuatro columnas de purísima generación oriental, de fuste cenceño y capitel historiado de gran desarrollo, dejan hueco al arco moderno de la puerta. A la derecha el cubo románico del campanario, rodeado de impostas jaqueladas, abre sobre el atrio un ajimez en su cuerpo más alto, a cuyo nivel corre la fachada una galería de sombrías arcadas, aligerando

el sólido frente, desde la torre del crucero a la del reloj, que en su piso bajo encierra la pila bautismal.

Hartas lluvias han corrido por sus sillares para mellarlos y roerlos; hartos soles los han calcinado; hartos huracanes han barrido sus átomos segregados por la sequedad y el tiempo. Las figuras que el arte cristiano ponía a las puertas de sus templos para atraer al devoto, para preparar su espíritu a la contemplación de su interior, a los consuelos fervientes, a las místicas elevaciones del sagrario, están en Santillana desmoronadas, rotas, despojadas de miembros y atributos, sin palma el mártir, sin cayado el pastor, sin tiara el Pontífice, sin aureola el escogido, sin alas el arcángel.

Distinguese, empero, sobre el dintel del tímpano al Eterno glorioso, principio de todo ser, origen universal de la vida. Sienta en su regazo el libro de vida, ley de salvación, compendio de la divina sabiduría, e; que se da al hombre consejo, guía, haciéndole artífice de su ventura. Los ángeles sostienen el nimbo de su autoridad santísima; la luz radia en triples haces de su cerebro, centro y resumen de lo infinito; su diestra bendice al que se acerca; la solícita bondad de Dios sale al umbral de su mansión sagrada a perdonar y acoger al penitente, a ofrecerle la vida, el soberano bien, sin pedirle más pago que el de venir a tomarla de sus manos divinas.

Una losa negra puesta a mano diestra del ingreso trae unas letras que dicen: ESTA IGLESIA SE FIZO A ONRA Y GLORIA DE DIOS, ERA DE CCCXXV. Osada afirmación de tradiciones vagas, no establecida sobre auténtica prueba o testimonio. Hacia tal tiempo, la tierra española se preparaba a beber caudalosa sangre vertida en suplicios. Había sido feracísima a la predicación evangélica, y era necesario proporcionar el filo del hierro y el vigor del brazo a la riqueza y espesura de la mies. Diocleciano ocupaba el solio imperial de Roma, asociándose a Maximiano, a quien daba en gobierno las provincias de Occidente: ambos nombres iban a eternizarse con el sangriento resplandor de aquella persecución terrible, al cabo de la cual, creyendo exterminada la nueva doctrina, podían esculpir en sus piedras triunfales: NOMINE CHRISTIANORUM DELETO; «borrado habemos el nombre de cristiano».

La historia eclesiástica de nuestra provincia durante aquella «era de los mártires», no es menos oscura e ignorada que su historia política. ¿Cuándo y por qué vías había llegado a la Montaña la propaganda de los siete apostólicos discípulos de los de Cristo, inmediatos depositarlos de la tradición divina, y encargados de difundirla por las tierras españolas? ¿Había sido evangelizada la comarca cuyos diezmados pobladores vivían entre el odio a los romanos y su tiranía? ¿Era la fe nueva tan poderosa ya y robusta en aquel siglo III, que promoviera fundaciones de parte de gentes pobres, zahareñas, aún no curadas del estrago de las guerras antiguas, y entretenidas en sus perennes luchas fronterizas?

No hay supuesto ni razón que no condene la fabulosa fecha. Aun el nombre y la existencia de la villa son posteriores a ella.

En las costas asiáticas de la griega Propóntida, en aquella ciudad de Nicomedia, famosa por la juvenil depravación de César, una doncella de singular hermosura y claro linaje, solicitada para esposa por el senador Eleusio, poníale por condición de su consentimiento la de que, apartado de la idolatría, abrazara a par con ella el símbolo cristiano. Semejante confesión y semejante resistencia eran prenda segura de martirio. Sufrióle Illana sin desfallecer, doloroso y lento; su victoria más difícil no fué, sin embargo, sobre los tormentos. La tradición cristiana pone en manos de cada uno de sus confesores un instrumento de su sacrificio para acrisolar a los ojos del pueblo el padecer y la constancia; retrata a Santa Illana dueña de un dragón aherrojado, emblema de tentaciones soportadas sin desmayo, de ternezas y halagos, sutil engaño y peligroso cebo de la apostasía, evitado y huido con austera fortaleza.

El ilustre Flórez, sobre fundadas y prudentes razones, pone en el siglo VI y su segunda mitad la traslación de estas reliquias a España. ¿Cuándo vinieron a dar nombre a un santuario de Planes, cuya devoción, trayendo pobladores nuevos y arrimando al santuario los del lugar antiguo, engendraba la villa nueva, preparando el yermo del solar de Planes y la mies que ahora le enverdece y hermosea?

Ni el interior de la iglesia nos dice otra cosa más que la época de su fábrica suntuosa, el siglo XII, si no nos engañan la traza y estilo.

Ocho arcos peraltados, que se apoyan en ricos capiteles, redondos pilares y macizas basas la dividen en tres naves, cuyas cabeceras cierran tres ábsides semicirculares, prolijamente adornados exteriormente, con ventanas de floridas arquivoltas, impostas y canecillos.

Arquitectura monástica, que ofrece los caracteres señalados, la fisonomía potente, ruda acaso, pero vigorosa y acentuada, de las huestes religiosas que la usaban. Conserva la planta latina, como conserva el monje la lengua que le sirve para orar y para escribir, para comunicarse con el cielo y con los hombres; se engalana con símbolos y figuras, como se engalana el tonsurado para el santo sacrificio. Y así como en los misterios del altar alhajas y ropas, oro y seda, cera e incienso tienen su significación mística, perdida hoy para pueblo, más familiar y conocida sin duda en los días antiguos de la fe y del culto, así la tenían cada una de sus galas esculpidas, sus ramajes y sus historias, la flora natural y la fauna fantástica de sus capiteles, sus palmeras y sus vides, sus tarascas y sus quimeras, sus ángeles y sus réprobos, sus vírgenes y sus encubertados. Hoy la conserva, aunque adulterada, o más bien la interpreta la tradición, y en vano la busca el pueblo, poeta perennemente consagrado a perpetuar la memoria de cuanto ha herido en bien o en mal su inteligencia y su sentimiento, a engañarse noble e ingenuo con sus propias ficciones, como se engaña a veces el niño candoroso con el espantajo que dispuso para amedrentar o sorprender a sus compañeros.

El templo románico recoge y templa la luz exterior, como la recoge y templa la cogulla sobre la frente del cenobita, y dentro de la nave la esparce y dilata

hasta los extremos como mirada contrita constantemente empleada en reconocer y sondear los hondos términos del corazón y la conciencia, para alejar de ellos todo átomo de impureza, toda sordidez y toda mancha.

En las columnas más apartadas del tabernáculo pusieron sus artífices los monstruos y guerreros, los combates y heridas, lenguaje necesario de una edad robusta y belicosa; y en las que van acercándose al altar truecan las escenas profanas por emblemas religiosos. Traducen el acanto gentílico en cristiana palma, y siembran entre fantásticas e ignotas creaciones alegóricas claras y consoladoras; el ave phenix, regenerada por el fuego para nueva vida, y enfrente de la caída de nuestros primeros padres, la redención prometida, los milagrosos frutos traídos a Moisés por sus exploradores de la tierra bendita de Chanaan(240).

En el centro de la iglesia, cercado de hierros, está el sepulcro de la santa, viejo zócalo toscamente labrado con la efigie de la mártir, pintado de letras restauradas en tiempos diferentes antes de ser borradas las antiguas, oscuro jeroglífico que enoja al curioso y le aleja. La reliquia yace en el presbiterio a la parte del Evangelio, donde fué trasladada en marzo de 1453 por mandato del célebre don Alonso de Cartagena, obispo de Burgos.

Otro lucillo de grave y antigua forma puesto sobre dos leones arrimados al muro de la nave diestra, ha sido ocasión del aventurado supuesto de que encierra el cuerpo de una infanta de Asturias, doña Fronilde, fundadora de la colegiata. El maestro Flórez, sagaz y certero escudriñador de genealogías y descendencias reales, niega la existencia de tal princesa y con presencia de las escrituras de Santillana, expone que hubo una dama de alto linaje y nombre Fronilde, gran bienhechora del existente monasterio.

Cubre la mesa del altar mayor un espléndido frontal de plata cincelada con dorados rieles, y encima de ella reposa el gótico retablo. Obra, acaso, de mano extranjera, flamenca o borgoñona, don probable de algún poderoso de la casa de Mendoza, abad o señor, que regía la iglesia o los estados de Santillana a últimos del siglo XV. El oro mustio y apagado de fajas, pilarcillos y doseletes corta y separa las iluminadas tablas: las dos inferiores pintan a ambos lados del sagrario escenas de la vida y martirio de Santa Juliana; las cuatro superiores representan a Cristo recién nacido, adorado por los reyes en el establo, aclamado por las turbas a las puertas de Jerusalén, y desclavado del suplicio por sus fieles discípulos. El estilo llano, el color flojo de estas tablas son indicio de su antigüedad: su composición, el movimiento y vida de sus figuras pertenecen a un arte superior al que por entonces mostraban los españoles Luis Dalmau en su célebre cuadro de los concelleres de Barcelona (1445) y Pedro Gumiel, Sancho de Zamora y Pedro de Córdoba en los retablos de Toledo (1475).

Cuatro curiosos relieves en los plintos del retablo, en su predella, a la altura de la mesa del altar, detienen al anticuario. Representan los cuatro evangelistas

en actitudes de su ministerio, familiares y diversas. Lucas corta la pluma, Juan la moja, Marcos escribe y Mateo examina al aire los puntos de la suya, con ademán naturalísimo; el león de San Marcos es un león heráldico; las sillas, atriles, ropas y menaje son curiosísimo estudio de arqueología e indumentaria.

Haz, diligente viajero, que el sacristán levante el frontal argentino, y detrás de él, empotradas en la fábrica, descubrirás cuatro figuras de apóstoles, iguales en proporciones y estilo, semejantes de dos en dos en actitud y disposición, y que parecen haber pertenecido a un sepulcro, no de tan remota edad como la iglesia. ¿Era el de la santa? En el claustro hallaremos luego otros dos trozos de escultura que representan la Virgen con el Niño en brazos, uno; Santa Juliana con el dragón, otro; la semejanza en el gusto y mano de obra de unas y otras esculturas, las junta mentalmente en una sola construcción fúnebre. Las llaves y un libro abierto donde se lee «Petrus», con otras letras de interpretación insegura, titulan ya una de las figuras apostólicas; la larga barba, la cartela desplegada, atributo de escritor, definen en otra a San Pablo; San Juan es denunciado por su aire juvenil y rostro imberbe; mas no me atrevo a dar nombre a la cuarta.

Vamos ahora al claustro, por cuyas crujías no han de pasar ya muchas generaciones. Vamos al claustro, joyel precioso del arte románico, cuya vida está hondamente amagada, cuya impresión primera vivirá en tu corazón, lector que lo visitas, como vive en el mío, si al pisar sus melancólicos ámbitos viene la risueña luz del día a dar triste realce a las añosas piedras, a las memorias funerales, al tétrico recinto en que se juntan la ruina y la muerte, la huesa y el escombro, la destrucción del hombre y la de sus obras.

El sol partía diagonalmente el patio, proyectando en su centro la sombra negra de la torre del crucero; el viento mecía la hierba larga y lustrosa como nacida en tierra húmeda, mezclada con otra planta rastrera sin flor, cuyas hojas anchas ofrecen el siniestro y trabajado perfil de las de la cicuta. En un ángulo crece un cerrado grupo de cañas, palmera sonora de los arroyos del Norte, en la cual parece vivir el armonioso espíritu que hizo de su hueco tallo instrumento músico para los pueblos pastoriles; en otro levanta su grueso tronco una vid robusta que, tendiendo sus brazos por uno y otro lado de la alquería, se apoya en los capiteles y penetra entre los fustes de las columnas gemelas y cuelga en los vanos el pabellón pomposo y fresco de sus hojas y sus pámpanos.

Sirvieron las galerías de este claustro, y aun sirven, de cementerio; a una de ellas se asoma la boca del repleto osario. No sé qué causa conmovió las paredes; oí detrás de mí un ruido extraño, y volviendo la cabeza vi rodar un cráneo que del osario rebosaba y se detenía tropezando en la tierra mal trabada y floja del piso.

Allí están arrimados, enteros unos destrozados otros, los viejos ataúdes de piedra, donde el polvo de los siglos, llenando los huecos abiertos por el cincel, ha borrado la huella del arte, devolviendo a la materia su primitivo aspecto informe y bruto. Ya en el siglo XVII no eran legibles sus epitafios, según

testimonio de Sota. «Por su mucha antigüedad -escribe el benedictino- están gastadas las más de sus letras, a cuya causa no se pueden leer, ni saberse los nombres de los que en ellos están sepultados; pero se saben sus descendientes que por derecho hereditario los poseen; y son las casas de Calderón, Velarde, Villa y Polanco.» «Los Barredas -añade- tienen capilla particular dentro de la misma iglesia.» Y es por cierto una fábrica sencilla, curiosa y ligera, del siglo XV al parecer, consagrada a San Jerónimo.

La ordenación arquitectónica de este claustro consiste en un zócalo corrido a lo largo de las cuatro crujías, cuadrangular y liso, cuyas aristas superiores están amortiguadas en chaflán acanalado. Los arcos semicirculares, catorce por lado, de moldura lisa (toros y filetes), descansan en columnas cortas, que de cuatro en cuatro se aparean con otra gemela, y en cuyos capiteles lució la escultura del tiempo su maravillosa variedad y riqueza: sobre ellos vuelan hacia el interior de las galerías los arranques de las bóvedas de cañón, suplidas por toscos y desvencijados alfarjes. Quizás se arruinaron, quizás no llegaron a cerrarse nunca de piedra.

Pero, ¡qué prodigioso e interesante museo el de los capiteles y sus historias! Huellas del arte babilónico o asirio, el centauro con la típica mitra asaeteando una fiera fantástica, junto a una latísima y rara expansión del arte cristiano, como acaso no hay otra prueba semejante de tiempos en que dominaba el tímido simbolismo, y el común respeto no aventuraba la representación del sublime drama cristiano. El calvario y sus cruces, y su tragedia y el lloroso cortejo de las santas mujeres, y el tropel inhumano de los verdugos; el juicio final o quizás su indicación primera, su representación elemental en la ley nueva, el descenso de Cristo al seno de Abraham. Martirios en una parte, cacerías en otra; aquí los inextricables tejidos funiculares del cincel bizantino, allí las hojas lánguidas y flexibles de los mármoles griegos.

Esculpido parece el claustro para proclamar y establecer con pruebas la unidad del arte, la existencia de un elemento generador único, y el orden y la variedad sucesivos de su desarrollo. Al capitel rudimentario, tronco de pirámide invertido, desbastado apenas, se arrima en un segundo período un tallo pobre, escueto y sin hojas, como desarrollado sin luz y sin agua, a cuyo extremo se ensancha apenas la yema fructífera y fecunda. Ya en la generación tercera la planta se vigoriza y multiplica sus tallos ricos de anchas y alternadas hojas, y tanto los revuelve y traba, que luego pierden su silvestre y frondosa fisonomía para trocarse en fantástica y vertiginosa combinación de líneas geométricas, de cintas y listones. O dando abrigo y sostén a las criaturas menores del reino animal, se pueblan de insectos, de pájaros. Y sin detenerse la zoológica progresión, llega hasta la figura humana, y las escenas animadas y diversas de la vida social, último y supremo momento del artístico génesis.

Aquel mundo animado que se despliega a la altura de nuestros ojos, hace olvidar ese otro mundo inanimado que yace debajo de nuestros pies.-¿Quiénes

fueron? decimos de éstos, indolente y pasivamente. -¿Quiénes son? decimos de los otros.

- III -

Abades y señores.-El marqués de los proverbios

Dos y medio siglos antes de que dominase en las artes el estilo que luce su actual abadía, ya tenía abades Santillana. ¿Era monasterio de regulares, como parece indicarlo la fórmula fratres, aplicada en algunos instrumentos a los eclesiásticos que le habitaban? ¿Fué monasterio dúplice, como algunos quieren deducir de ciertas cláusulas de donaciones personales de conversos de uno y otro sexo, y de esta frase: In presentia abatissae Fronildi roboravi, contenida en la escritura de heredamiento de ciertas viñas en Liébana, que firma el abad Juan, año de 1021?. Flórez conjetura que la secularización e instituto de colegial se debe a Alfonso VII; pero confiesa que en una escritura de días de San Fernando, año de 1238, es donde por primera vez encuentra la calificación de canónigos aplicada a la comunidad de Santillana.

En 1209, y a semejanza de lo que había hecho en Santander, Alfonso VIII dió fueros a la villa, entregándola al señorío del abad. El señorío abadengo perseveró íntegro hasta los tiempos de Alfonso XI. Este rey emprendedor y resuelto, necesitando para el apresto de sus expediciones militares mayor caudal del que sus arcas le ofrecían, levantaba ciertos tributos, justificándolos con la patriótica razón de sus felices campanas. En 1327 preparaba su primera y juvenil empresa contra el moro de Granada, al cual había de tomar victoriosamente la villa de Teba y los castillos de Cañete y Priego, derrotando al celebrado Osmín, general de su caballería. El Papa le había concedido las tercias de las iglesias y el diezmo de las rentas del clero, los Estados reunidos en Madrid los servicios y monedas, y en el mismo tiempo, y ya comenzadas las operaciones militares, expide desde Sevilla su real ejecutoria al abad de Santillana para que no cobrase el yantar que por señorío le era debido, sino que fuese entregado a su Adelantado mayor de Castilla.

No es de creer que pasada la ocasión de la necesidad, los pueblos quedasen desahogados del nuevo tributo, ni tornasen a los señores sus cedidos derechos, pues tal sucedió siempre con toda pensión y carga de dinero, cuando ha de renunciarla el mismo que la aprovechó y goza; y así mermado el señorío vino a encontrarse con las dificultades que le suscitaba necesariamente la casa de la Vega, engrandecida como atrás vimos con el territorio de las cercanías en cabeza de Gonzalo Ruiz.

Acogido el abad al regio patronato, pretendía escudarse con la autoridad del soberano, cuyo representante se llamaba; pero sabido es el ningún respeto que a los próceres imponía el trono en aquellos siglos.

Así en el «Pleito de los valles» tantas veces citado, dice un testigo que «vido, siendo alcalde en Santillana (puesto por Gomez Arias, corregidor del rey) Juan Perez de Piñera, porque avia dado algunos mandamientos para emplaçar y prendar algunos vasallos del almirante, y doña Leonor, y el dicho almirante á Santillana y entrar en casa del dicho Juan Perez alcalde, y tomarlo y quererlo echar por las varandas a baxo, llamandole villano, ruyn; que quien le mandava meter en su jurisdicion. E que todavía le echara por las varandas abaxo: salvo por ciertas personas que ende estavan. E que vió al dicho almirante dar al dicho alcalde con el puño y la mançana de la daga quatro ó cinco golpes buenos y bien dados en la cara: fasta que prometió y juró no entrometerse á juzgar entre los vasallos del dicho almirante. Y que oyó decir á personas que nombra, que Garcilasso, padre de doña Leonor avia ido á Santillana á prender á Juan Tacon, porque diz que se avia entrometido á conocer de pleitos entre vasallos del dicho Garcilasso, y que lo prendiera y lo fiziera degollar en la plaça de la dicha villa».

Y no trataba con mayores miramientos al propio corregidor real aquel terrible Diego Hurtado, porque otro testigo cuenta cómo «estando en Santillana assentado á juicio, el dicho almirante le avia dado ciertos palos, porque avia entrado á corregir en sus valles. Y que oyó decir á dicho almirante, que si supiesse que el dicho Gomez Arias entrava otra vez á corregir en los dichos sus valles, que le faria matar por ello... y que el dicho corregidor non osava andar fuera de su posada; antes dice que estaba abscondido en casa del herrero de Valles, donde el dicho corregidor posava, que es en la dicha Santillana».

Así iban las cosas en la villa cuando Iñigo López de Mendoza entró a suceder en la herencia de doña Leonor, su madre, en 1432. No mejoraron por ello, ni fueron deslindados y más claramente establecidos los poderes y atribuciones de cada autoridad y los derechos de cada señor, porque en 1436 dice el pleito: «Sobre la jurisdiccion del mayordomazgo ovieron ruydo é pelea en uno Fernan Gonzalez del Castillo corregidor que á la sazon era del rey en Asturias de Sanctillana, y Sancho Lopez de Guinea alcalde, por el dicho Iñigo Lopez en la casa de Vega... en el cual ruido murieron hombres de ambas partes».

No descuidó el cortesano magnate medios más suaves y eficaces que el rigor y la violencia para lograr sus fines; acudió con éxito a ganar las voluntades, y consiguió que en el otoño de 1439 los valles de Reocín y Cabuérniga revocasen los poderes dados a sus procuradores, «porque querian fazer ó procurar algunas cosas contra el señor Iñigo Lopez de Mendoza en contrario de la jurisdiccion que demandava de los dichos valles», y pidieron al rey que le reconociese el tal señorío y jurisdicción.

Mas ni aun el título de marqués de Santillana, extendido a favor del Íñigo López por el rey don Juan II, a 19 de Mayo de 1445, puso temor a los montañeses ni les movió a mayor obediencia, pues cuenta el octogenario Pero Alonso, vecino de Lamadrid, que «el marquesado se alzó y no le querían obedecer por señor». Y añade que, «despues le rescibieron por señor en el campo de Revolgo, y que traía el marques un collar colorado y que era hombre

de gran cuerpo. Y que vinieron delante la posada del dicho marques, que es en la dicha villa, muchas gentes del marquesado con paveses y vallestas y otras armas, y que les dixo el dicho marques:

«-¿Aun todavía venis con recelo?

«Y que les mandó poner las armas en el suelo, y las pusieron y le besaron pié y mano.»

Para quitar todo pretexto a los inquietos y díscolos, en septiembre del mismo año de 45 obtenía el marqués dos cédulas reales que le conferían el señorío de Santillana con todas sus rentas y jurisdicciones.

Algún poder, aunque escaso, conservaron los abades; pero mantenida esta dignidad cuidadosamente en la casa de los Mendozas casi durante un siglo, no hacía gran sombra ni obstáculo a los opulentos jefes de ella, la cual, sin embargo, cuidó de llamar a sí aun los menores vestigios del antiguo señorío por medio de un convenio celebrado en Guadalalara entre Íñigo López de Mendoza, segundo duque del Infantado, nieto del primer marqués de Santillana, y el abad don Martín de Mendoza por los años de 1511.

Es curioso ver designado por los montañeses al primer marqués de Santillana con el nombre de marqués de los Proverbios. ¿Era esto en odio y protesta del título que le constituía en señor de ellos y les dolía reconocer? Yo prefiero admitir, aunque en ello ceda nuestra opinión de altivos y tenaces, que le llamaron así porque era más nuevo, para ellos un título literario en sujeto de tanta alcurnia, que el de la más alta dignidad de la andariega corte; yo prefiero imaginar que con el cuento lejano de las intrigas palaciegas, con el rencoroso relato de las discordias civiles, con el rumor espléndido de las hazañas militares, llegaba también a nuestras breñas el eco sonoro y limpio de la musa castellana. Nuestros antepasados habían leído u oído leer que

a los libres pertenesce
aprehender
donde se muestra el saber
e floresce.

Habían leído u oído leer:

¡Benditos aquellos que quando las flores
se muestran al mundo desçiben las aves
e fuyen las pompas e vanos honores
e ledos escuchan sus cantos suaves!
¡benditos aquellos que en pequeñas naves
siguen los pescados con pobres traynas!
ca estos non temen las lides marinas
nin cierra sobre ellos Fortuna sus llaves.

Habíanse enternecido con la historia del triste Macías, y deleitádose en estos ecos suavísimos del inmortal toscano profética voz en su tiempo, oráculo y resumen de toda fe y de, toda poesía:

La mayor cuyta que aver
puede ningún amador,
es membrarse del placer
en el tiempo del dolor.

Y asombrados todavía de la catástrofe de don Alvaro de Luna, oían hablar al célebre privado por boca del que le había sucedido, si no en el cariño y confianza regios y en el político prestigio, en el lugar más visible de la corte y del consejo:

Cá si lo ajeno tomé
lo mío me tornarán;
si maté, no tardarán
de matarme, bien lo sé.
Si prendí por tal pasé,
maltray, soy maltraydo,
anduve vuscando ruydo,
basta assaz lo que fallé.

No les cogían de nuevo los bríos militares del frontero de Agreda y de Granada, del valerosísimo soldado de Araviana y Huelma; ni las mudanzas del magnate tornadizo, que ora terciaba en el bando del rey, ora en el de los grandes, ya seguía la legítima bandera de los leales, ya la de los inquietos infantes de Aragón; ni la descubierta ambición que tomaba para sí despojos de otro prócer su igual, caído de favor y desvalido, ni la interesada cautela que ajustaba en precio de su ayuda al apurado Juan II, la merced de los valles de Santillana. Tales actos de virtud y de flaqueza, de grandeza de ánimo y de vulgar codicia éranles familiares; constituían entonces, sin velo ni disimulo de hipocresía alguna, la vida pública y común de grandes y pequeños, proporcionando su evidencia, su magnitud, su importancia, su escándalo a la alteza y valor del sujeto que los cometía.

Pero leer, escrito por mano de uno de los primeros de Castilla, como llevamos apuntado, que «a los libres pertenece aprender»; a los libres, esto es, a los poderosos, a les exentos de la servidumbre del trabajo por su nacimiento, o pir su suerte, doctrina generosa tan poco admitida y menos usada, no ya en siglos oscuros de feudal prepotencia, sino en días de pretenciosa emancipación y claridad del espíritu; verle proclamar «que no embota la ciencia el fierro de la lanza, nin face floxa la espada en mano del caballero», en días en que lanza y espada eran cuidado excelente de los hombres, la más pulida joya de su

hacienda, el primer alfabeto de sus hijos, debía poner al guerrero magnate en tan nueva y seductora luz a los ojos de este pueblo apartado, perspicaz e inteligente, que no pudiera confundirle entre la magnífica y deslumbradora muchedumbre titulada que hervía alrededor del trono, y fascinaba a Castilla con el ruido de sus hazañas, de sus pretensiones, de sus discordias y de su engrandecimiento.

Entre ambas Asturias

- I -

Comillas.-San Vicente de la Barquera

Al Noroeste de Santillana surge un monte por el cual trepa el camino. La ruina solariega, habitual detalle del paisaje cántabro, viste su cima con el torreón descabezado y la quebrantada cerca de mampostería robustecida por macizos cubos que las hiedras minan. Un parque secular, enrarecido por los años y el podón, derrama sus robles macilentos y cansados sobre la vertiente septentrional, desde cuyas revueltas descubren los ojos fértiles marinas. En su centro, solitaria sobre un campizo, blanquea la iglesia de Oreña, y de su ancho umbral parten serpeando a lo largo de la verde mies las sendas que traen hasta los sagrados ámbitos a los feligreses de sus seis apartados barrios: Viallán, Caborredondo, Padruno, Bárcena, Torriente y Perelá.

Cuando crece el mar en la pre cesión del equinoccio, suena con bronca insistencia dentro de un cóncavo de aquellos peñascos. La lúgubre voz se toma como infalible anuncio de extraños rigores invernizos: la tierra reconoce la autoridad del agüero en un dicho popular y extendido en la comarca: Cuando ruge la cueva de Oreña, unce los bueyes y anda por leña.

Baja el camino al llano y corre al Oeste hacia Toñanes para pasar entre Cigüenza y Cóbreces, lugares que vimos desde la dramática altura de Cildad. A la primera luz del alba veía yo el paisaje; paisaje soñoliento todavía, fuera del mar cuyas aguas mantiene en perpetua vela, ora la brisa que viene de sus misteriosas soledades, ora el viento que baja de las cumbres aleteando por cauces y encañadas. Los parajes entrevistos a esa luz incierta, quedan con sus contornos vagos, con sus formas indefinidas, pegados a esos jirones de idea, vagos también e indefinidos, con que comienza el día del pensamiento. La religión ha santificado ese momento crepuscular consagrándolo a la Madre de toda caridad y de todo consuelo. Levántase el día con su escondido caudal de penas y alegrías que con próvida y ordenada mano va a repartir a los hombres, y la campana nos advierte de que no es a los hombres a quien hemos de agradecer las unas, ni lamentarnos de las otras.

Andadas más de dos leguas se llega a Comillas. Labróse sobre la cresta de un cerro, en cuya suave vertiente meridional esparce su caserío y limpias calles, y

que tajado al Norte domina los muelles del puerto y el arenal donde descansan encalladas, entre dos mareas, las lanchas pescadoras.

La villa, apacible y risueña, tiene la fisonomía de un trabajador enriquecido y satisfecho; goza de legítimo sosiego, comprado a costa de sudores e inquietudes, y vive tranquilo, y no exento de cierta altivez propia de quien se basta a sí mismo y no pide ni espera mercedes de más poderosos.

Cuando la fiebre minera invadió el territorio, los montañeses, malcontentos con el premio tardo y seguro que su labor les ofrece, se dieron a sondear las entrañas de sus montes y arrancarles ópimas, fáciles e instantáneas riquezas. Abrió Comillas su puerto a un tráfico animado y productivo; a lo largo de sus avenidas y caminos chirriaban los convoyes de carretas acarreando calamina; ensanchóse su población por las cercanías, estableciendo hornos y almacenes; y en sus aguas fondeaban y se sucedían fustas y galeotas de variado aparejo y pabellón extranjero, que en su ancho vientre transportaban el mineral a las fundiciones de Francia y Bélgica.

De este comercio, persistente aunque limitada su actividad a proporciones que le aseguran mayor duración y consistencia, dan testimonio los dinteles de tiendas y bodegones rotulados en lenguas extrañas, novedad curiosa en semejantes parajes.

Sobre la fachada del viejo consistorio conserva la villa en escudos votivos la memoria de sus hijos ilustres y bienhechores. Túvolos insignes, que brillaron especialmente en el vasto teatro del nuevo mundo, cuando era regido por leyes españolas; fuéles propicio el suelo americano, tanto que por diversos caminos pudieron realizar en él la sonada sentencia del filósofo: *fortuna labori comes*.

Todavía en el de la contratación y azares mercantiles les sonríe próspera estrella a pesar de la ruina de nuestra grandeza indiana. En el de las dignidades eclesiásticas dejaron clara huella sus letras y virtudes.

Arzobispo de Lima fué don Juan Domingo González de la Reguera, que murió octogenario en el de 1805, dejando numerosas fundaciones pías de escuelas, dotes, fuentes y abundantes limosnas. Un paisano amparó su mocedad y estudios en la capital peruana, el docto fray Pedro Cotera, prior de los Benitos de Monserrat, y otro, don Gregorio de Molleda, arzobispo de Charcas, abrió las puertas a su dilatada carrera, proveyéndole de un curato en Talavera de la Puna. Exaltado a la metropolitana limeña, el agradecido montañés volvió los ojos a su patria, y quiso a su vez pagar los beneficios recibidos. Mejoró y enriqueció la iglesia, suntuosamente edificada por los vecinos en 1675; costeó la traída y servicio de abundantes aguas, y aprendida, acaso por experiencia propia, la conveniencia de allanar al hijo de su tierra, despierto e indigente, los difíciles pasos primeros de las profesiones liberales y mandó construir y dotó con rentas un Seminario cantábrico, destinado a segunda enseñanza.

Subsiste el edificio, levantado por el arquitecto don Cosme Antonio de Bustamante en 1804: obra de buenas proporciones, de gusto clásico, alterado por cierta manera que prevalece en las construcciones civiles del país, blasonado su frente principal con el Pastoral escudo del fundador, y convertido en cuartel y viviendas particulares, usos harto ajenos a los fines y designios de su origen.

No es éste el único nombre con que Comillas ilustró el episcopado americano. Por igual tiempo gobernaba la diócesis de Sonora otro natural de Comillas, don Bernardo Martínez.

Los oficios que debía al reverendo Cotera, hízolos a su vez el ilustrísimo de Lima con otro mancebo de su misma patria y estado. Aprovechando la protección y siguiendo el ejemplo, llegó el doctor don Rafael de la Nava a merecer, en 1806, la silla arzobispal de Guatemala. Interesante es la historia de este prelado y trágico fué su fin. Tocóle regir gentes movedizas, alteradas ya por deseos y planes de emancipación. Era tan honda la inquietud de los ánimos en aquellas remotas provincias, y tan profunda y extensa la llaga abierta en sus hábitos de sumisión y obediencia, que la viciosa lepra cundía a las autoridades y tropas españolas, excitándolas a sediciones y rebeldías, desmintiendo la honrada tradición de su lealtad y sus virtudes. Las del eminente Nava eran cenobíticas; hacíanle respetado de todos: y ayudadas de su palabra fácil y amorosa, tuvieron evangélica eficacia, tanto al predicar misiones, como para sosegar motines. Su austeridad, sin embargo, recibíase mal dentro de su propio palacio, donde era reprensión mansa y tácita, pero constante, de costumbres menos puras. Y no faltó, de los castigados por el ejemplo del apostólico varón, quien abrevió con tósigo sus días.

¿Cómo contando Comillas hoy no menos ilustrados hijos, no tiene un librito manual que imponga al viajero del origen de las suntuosas construcciones y de las causas del culto aspecto que en el pueblo admira y nota? ¡Cuán de menos lo echaba yo corriendo sus calles y tendiendo la vista desde el Calvario que domina su puerto!

Sale el camino a occidente entre tiernos chopos y amenos huertos, para llegar pronto a terreno de diverso aspecto. Del monte de la Corona, encaramado a siniestra mano, baja un arroyo de breve curso y turbulentas aguas, que falto de espacio y tiempo para cansar su furia desde su nacimiento a su muerte, la gasta arremolinándose sobre sí mismo en ruidos vanos y huecas espumas. Su rapidez excesiva parece haberle apellidado en antigüedad desconocida, si no miente al oído la desinencia de su nombre, común a otros caudales en situación parecida. La Rabia se llama, y es pesquería de excelentes ostras, servidas a los glotones madrileños.

Estas bocas de río cuando no han sido capaces de un puerto y población acomodada, tienen suma tristeza y monotonía. La corriente, embalsada por las tierras que ella misma arrastra y acumula, fluye perezosamente, buscando por largos y repetidos rodeos la salida al mar; en la marina yerma y desolada,

apenas si una ruina de ermita, molino o garita quiebra la uniforme línea de los bancos y dunas; apenas si entre los juncos y légamos verdes de la playa blanquea una gaviota o garza solitaria.

Luego se sube a una sierra, donde se ofrece al peón, avaro de horas y de fatiga, el camino antiguo más caído hacia la costa. Al cabo de una hora se une a la carretera sobre los altos que dominan el ancho estero de San Vicente de la Barquera.

Partido el mar en dos brazos, ciñe un peñasco cuyo arenoso asiento ocupa la población, cuya cima corona la iglesia, y rodearon los muros de su fuerte castillo. El que entra derecho por las tierras al Mediodía, lleva sobre sus arenas treinta y dos arcos de un puente, que la tradición bautizó romano, y trae su fundación de era harto más reciente y más gloriosa para nuestra gente. Al extremo del puente, dominando la ría con sus galerías abiertas al Sur y a Levante, un convento francisco, edificado, como sus, hermanos, de limosna -dice Gonzaga-, año de 1468.

La Casa de Guevara, que poseía como sabemos los inmediatos estados de Treceño, tomó para sí el patronato de este convento; dotóle de capellanías, labró la capilla mayor e hizo el retablo y el coro, con un aposento para que se alojasen sus señores, que se llamó «la celda de los Guevaras». «Y alternativamente -dice el Memorial citado a los principios de este libro desde entonces se entierran unos señores allí y otros en Escalante.»

Las casas de la villa, levantadas sobre solemnes pórticos, ennoblecidas con balconaje de hierro, escudos y portadas, abrigan el silencioso puerto. En las lejanías de su embocadura, al pie de los merlones de Santa Catalina, y del venerado santuario de Nuestra Señora de la Barquera, se ven agitar las bulliciosas ondas que dan voz a la soledad y acento a las ruinas; pero a la ribera llegan calladas y adormidas, cual si ya su fuerza, su ayuda, su flexibilidad y movimiento fueran inútiles para la muerta navegación y el desaparecido comercio. Algún cabotero fondea en la rada que armaba arrogantes escuadrillas balleneras, y que pretende haber sido cuna de los bajeles guiados por Bonifaz a la empresa de Sevilla.

Encarámase el viajero a buscar la iglesia, guía elocuente en los pueblos viejos, abierto libro que de ellos cuenta la edad en su arquitectura, los linajes en sus sepulcros, las costumbres en sus exvotos, la piedad en su conservación y aseo, las grandezas en su ornato, los dolores en su aparato fúnebre, en la llama perenne de sus lámparas y cirios. La de San Vicente ocupa el cabo meridional del peñasco, al que yacen agarradas las viviendas como una generación de crustáceos alimentados de marinos jugos y aire salado. El descarnado lomo de la peña tiene nombre de Calle Alta, cuyo ámbito bordan desmoronadas paredes, edificios deshabitados: avenida melancólica que guía hasta el templo, como guían los sepulcros hasta la cruz alzada en el centro de un cementerio.

Las tres naves de la iglesia, cerradas sobre ojivas anchas del siglo XIII, arrancan de una fachada, cuyo portal trae filiación del XII, y mueren en un

crucero y ábside del XIV o XV. No escapó, a pesar de la jerarquía del lugar, a la necesidad y pobreza de los tiempos; su edificación fué corno la de otras muchas, lenta y sucesiva. Bien es verdad que las obras de la paz sólo en largo plazo de sosiego y abundancia llegan a cumplido término, y los tiempos de la ojiva, tormentosos y duros, daban vagar limitado al arte, interrumpiendo a menudo, con escaseces o violencias, el pacífico trabajo.

Más agitada España que otras naciones, empeñada en su secular guerra religiosa, menos propensa a ciertas vanidades y deleites, apenas tuvo espíritu, caudal, espacio y voluntad para construir otra cosa que iglesias o castillos. Príncipes ni magnates se cuidaron de sus propias moradas, ocupados en aumentar y enriquecer la casa de Dios. «Honra singular» -dice el ilustre Ozanam- de la realeza y de los nobles castellanos».

En la capilla de San Antonio llama la atención un trozo de excelente escultura, al parecer italiana; una estatua de eclesiástico reclinada sobre una urna, puesta la mejilla sobre la mano, en actitud de leer: obra naturalista, viva y acabada. La urna, enriquecida con castizas molduras, obedece al gusto del Renacimiento; en sus ángulos dos geniecillos llorosos desarrollan cartelas en que se lee, partida, esta inscripción: el que aquí está sepultado no murió / que fué partida su muerte para la vida; y en su centro una figura de ángel, gótica en su actitud, expresión y dibujo, sostiene el blasón de los Corros, sus fundadores.

Dice el epitafio de este entierro: HIC IACET LICENCIATUS ANTONIUS DEL CORRO, VIR PRECLARUS MORIBUS ET NOBILITATE, AC PERPETUÆ MEMORIÆ DIGNUS, CANONICUS HISPALENSIS AC IBIDEM CONTRA HERETICAM PRAVITATEM A CATHOLICIS REGIBUS FERDINANDO ET ELISABETH USQUE AD SUUM OBITUM APOSTOLICUS INQUISITOR ET HUIUS ALMÆ ECCLESIÆ TANQUAM NATURALIS UTIQUE BENEFICIATUS, QUI OBIIT VIGESIMA NONA DIE MENSIS JULII ANNO 1556 ÆTATIS VERO SUÆ 84.

Inmediatos yacen sobre un tosco plinto de labor románica dos bultos de diáfano alabastro, más curiosos que el del inquisidor: vestido el caballero de armadura completa y sobrevesta, la dama con tocas, capotillo corto sobre la ropa y cuello recto; trajes y plegado andan con los días y costumbres del siglo XIV. La dignidad del inquisidor conseguida en edad temprana, muestra su valor en una corte donde tenían poca acción intrigas y favores. El de su familia en San Vicente lo prueba la presencia de sus armas en los edificios más importantes, en pie unos, caídos otros a lo largo de la Calle Alta. El más aparente y conservado, labrado de esa arenisca tostada, rica de tono y fina de grano, tan común en la montaña, es elegante tipo del renacimiento imperial. Sobre un cuerpo sin otro adorno que su frontón toscano encima de la puerta, alza otro calado por tres balcones flanqueados de columnas jónicas estriadas; un recio cornisón remata la fachada, cuyos aristones se tornean y desenvuelven en

pilares cilíndricos. Desde el arquitrabe habla el fundador al transeúnte en esta inscripción abierta en tres trozos sobre los tres balcones: PAUPERIBUS UT SUBVENIAT * HANC EX VETUSTISSIMA REEDIFICAVI DOMUM * PULCHRAM SED PULCHRIOREM QUÆRAMUS; y en ella revela el primer destino de su obra, destinada a asilo de pobres.

Los restos de su muralla, comidos de musgo, embozados en yedras, amenazadores y enhiestos en una parte, derribados en otra, completan la romántica y noble fisonomía del peñón de San Vicente. Persevera el cimiento de la robusta fortaleza, señalando su planta, sus recintos, entradas y galerías; aún se ven escaleras que trepaban al almenaje, o guiaban a subterráneos, silos o calabozos: las embovedadas cuadras son viviendas de inofensivos labradores o marineros. Asunto curioso a pintores y arquitectos retratar las armoniosas líneas, el colorido fresco y suave de la ruina y la roca, estudiar la disposición estratégica de las defensas, y restablecer el perfil ceñudo, grave, reposado del castillo en la integridad de su fuerza y poderío.

Aquí de nuevo nos hallamos al imperial navegante, al frecuente bojeador de estas marinas, al huésped de Santander y de Laredo. Pero si al saltar en los muelles de la hidalga Laredo, traía Carlos de Gante su espíritu castigado por la experiencia, rendido al desengaño, propuesto al sacrificio de las pompas y deleites terrenos, las arenas de San Vicente y su breve y sosegada bahía le recibían mozo, extraño a las costumbres españolas, inexperto en nuestra habla, abierto el corazón a todas las grandezas humanas, capaz de poblar y enriquecer la región más desierta y vasta y miserable con las ilusiones y bríos de su ánimo esforzado.

Había desembarcado en un puerto de Asturias, mas «por no poder estar la armada en Villaviciosa», escribe el historiador Sandoval, «pasó a Santander, y el rey fué por tierra a San Vicente de la Barquera, donde estuvo algunos días».

Entre uno y otro desembarco había corrido la vida del glorioso príncipe.

Méjico sujeta, Francia derrotada, Roma cautiva, atajado el turco a orillas del Danubio, todo poder y región respetable o temible por su autoridad y su valor, por su robustez y número, dominados y puestos a su obediencia o amistad forzosa; una serie incomparable de triunfos y venturas, de ocasiones de valor y constancia nunca desmentidos; un espléndido cortejo de hombres insignes, ministros de su poder, centellas de su gloria; Francisco de Borja, y Teresa de Jesús, crisol de virtudes; Alba y Leiva, espejo de capitanes; Vives y Loyola, ejemplar de teólogos y políticos; la dulce voz de Garcilaso y de León, amansando la bélica fiereza de la corte; la pluma de Ocampo y de Mendoza, consagrando lauros antiguos y hazanas recientes; la palabra ardiente de los maestros Ávila y Granada, vertiendo desde el púlpito en los corazones españoles vívido germen de heroísmo, desprecio de la muerte, obediencia a la ley, ambición del cielo; y Cortés y Pizarro, abriendo escuela de héroes; Orellana

y Cano, a bordo de las infatigables urcas; y Juanes, y el Mudo y Morales, reflejos vivos de Rafael y Leonardo; y Berruguete, el de la inagotable fantasía; y Covarrubias, Machuca y Mora, que sellan en la suprema elegancia de sus construcciones la grandeza de los ánimos, la magnificencia de los tiempos y la bizarría de las costumbres: he aquí los tesoros reservados por la Providencia al porvenir del mancebo que cabalgaba por estas asperezas, entregado todavía a la rapacidad y codicia de Xevres y sus flamencos, ignorante del valor de la tierra que su bridón pisaba y había de ser pródiga en darle la copiosa sangre necesaria para alimentar la fama y el terror de sus arrojadas naves e invencible infantería.

Sublime visión de gloria, ¿no es cierto? Sublime visión que al cabo de tantos años, y a través de tan profunda decadencia y postración, todavía tiene calor bastante para encendernos el pecho y luz para inflamar con claridad inextinguible los sagrados horizontes de la patria, y prestigio para dar yo no sé qué sonoridad augusta, mágica y consoladora que enorgullece y eleva, que atropella la sangre al corazón y el llanto a los ojos, a este nombre bendito de «españoles».

- II -

Río-Nanas.-Desfiladeros.-La Hermida

Sé indulgente, lector, con esta incurable flaqueza mía de partirme lejos del presente y de las realidades inmediatas de la vida. Sé indulgente, y nunca imagines que estas escapadas y digresiones nacen de no hacerse mi espíritu cuenta de los gustos ajenos, ciegamente regido por los gustos propios.

¡Si supieras cuán al contrario sucede! ¡Si supieras qué tímida y vacilante anda mi pluma, sospechosa siempre. de enojarte, queriendo adivinar tu semblante y gesto, atajándose, volviéndose, mudando súbitamente de acento y de asunto apenas recela que van a aparecer el disgusto en tus ojos, el bostezo en tus labios, el cansancio en todo el ademán y movimiento de tu personal

Por eso nunca me dirijo a tu pensamiento, del cual sé que, entregado a sí mismo y puesto a meditar sobre cualquiera de los incidentes de nuestra jornada, al punto aventajaría en alcance y en acierto a mi discurso; diríjome a tu corazón, y tu corazón no puede mostrárseme zahareño ni riguroso, porque una es nuestra fe, nuestro culto y unos nuestros amores.

Tú tienes patria, un pedazo de tierra donde naciste, donde hallaste la paz de tu alma, el premio de tu trabajo, la compensación y reposo de tus afanes y de tus dolores. Tú tienes Dios, porque tuviste madre que te enseñó su nombre y a invocarle; porque si pudieras haber olvidado a Dios a quien habías de pedir por ti, no puedes olvidar al Dios a quien has de pedir por ella. Tienes Dios y patria, porque sin ellos ya te hubiera cansado y héchose molesta para ti la compañía y

conversación de un caminante que en ellos lo fía todo, así las esperanzas y las posibles dichas internas de su alma, como el fruto de su caminar y su trabajo.

Sin ellos fuera ocioso suplicarte ahora, porque antes de llegar aquí y desde las primeras hojas, hubiera caído este libro de tus manos.

Pronto vas a dejarle: plegue a Dios no sea de hastiado, sino de leído.

No puedes figurarte la poca gracia que me hizo hallar en cronistas, que el Emperador no había cabalgado por estos caminos que de San Vicente llevan a Asturias de Oviedo, y que yo había seguido absorto en los recuerdos, en las saudades que dicen nuestros hermanos de Lusitania, en la nostálgica melancolía de los grandes días de España. Por eso mantengo el texto que de antiguo había recibido como único y bueno y era para mí entonces histórico evangelio. De otro modo pareceríame no haber visto estos lugares. ¿Cómo suplir, por otra parte, mi completo olvido de los nombres que pudieran describirlos a tus ojos?

Pero ya llegamos a Pesués y a pasar el impetuoso Nansa.

Hoy hallamos un cómodo puente novísimo. Yo hallé los escombros del antiguo, caídos dentro del agua que, como fiera vencedora, sanguinaria e insaciable, todavía los hoza y golpea. Hízonos pasar un barquero de raza aquerontea, viejo, amojamado, lloroso de ojos y encendido de párpados, votador y gruñón.

Esas aguas revueltas y amarillas que han nacido en remotas alturas, cerca de Peña Labra, han pasado por el valle de Polaciones y visto en Tresabuela la cuna del ilustre jesuita Rávago, confesor del pacífico rey don Fernando VI.

Con criterio diverso ha sido juzgado el papel que le tocó hacer en la sociedad de su tiempo, así como su participación indudable en el gobierno del Estado. Niéganle algunos condiciones de político, acaso con más pasión que autoridad. No podrán negarle la corona del concepto que necesariamente ha de asistir al varón que gobierna la conciencia de un soberano, cuando los actos de éste responden siempre a las exigencias de la dignidad y de la justicia; cuando, haciendo de su palacio honrado ejemplo para el hogar doméstico de sus súbditos, hace de la cámara de su consejo perpetuo centinela y escudo del sosiego, la grandeza y la prosperidad de la patria.

Hay que reconocer en el P. Francisco de Rávago cualidades de las que merecen enaltecer al hombre, si no hasta las cumbres de la celebridad, hasta las del común respeto. La sinceridad de su vocación que renuncia la primogenitura de su casa y señorío en su segundo hermano don Juan; su vasta ciencia que le alzó a las famosas cátedras del Colegio Romano y de la Sorbona parisiense. A fuer de hombre de grande y elevado corazón, perseveró en su misión de enseñar y corregir a sus semejantes, a pesar del desengañado conocimiento que de ellos tenía. Nuestra provincia le debe su emancipación administrativa, la creación de su obispado, la elevación de su capital de villa a ciudad. Por eso acordaron, el ayuntamiento colocar en el salón de sus sesiones, una memoria

del popular agradecimiento al padre jesuita; el cabildo catedral su retrato en la sala capitular, y ni uno ni otro lo cumplimentaron. Gratitud de corporaciones, que tiene su razón, si no su excusa, en las mudanzas de los tiempos, en las corrientes sucesivas de la atmósfera política, encontradas y diversas de entonces acá, pero nunca favorables al instituto de Loyola; argumento a los que profesan que las colectividades tienen a las veces dineros y brazos, pero nunca entrañas, nunca corazón ni cerebro.

Aún zumba en nuestros oídos el violento rumor de las ondas del Nansa, cuando vemos reflejarse el cielo en otro caudal mayor y más sosegado, el Deva, rico en salmones. En una barca le cruzan por Unquera los caminantes de Asturias. Nosotros sin embarcarnos seguimos hacia Mediodía.

Tomando cauce arriba va el camino por la orilla derecha del Deva, apartándose a trechos de ella y encaramándose con más bríos que necesidad a San Pedro de las Vaderas, para bajar de nuevo y entrar en las Asturias de Oviedo cerca del lugar de Buelles.

Por el río bajan troncos y suben barcas, navegación singular, incompleta y difícil que se torna en arrastre en los pedregales someros, donde las tripulaciones, echándose al agua, empujan el barco, y a fuerza de pecho le hacen vencer la opuesta riguridad de la corriente y el roce de los cudones.

Atravesamos un pintoresco vallecillo; en su centro levanta Panes su caserío teñido del cárdeno polvo de la calamina, los anchos colgadizos en que el mineral se quiebra y se cierne, las altas cabrias que lo cargan y descargan.-En la ribera opuesta la atalaya de Siejo, hendida de la almena al cimiento como herida de un fendiente por la invencible colada de un Cid fantástico; la atalaya puesta entre las amenazas que suben de la costa y las que bajan del monte; la atalaya que sigue a las bajas y fáciles marinas precede a las quiebras y espesuras impenetrables.-No miente el anuncio: poco más arriba de la confluencia del Cares, de ático nombre, entra la carretera en una brecha angosta y profunda, de aquellas que, pasada la catástrofe diluvial, se abrieron las aguas depositadas en las altas concavidades del globo, para fluir al Padre Océano y restablecer el perturbado equilibrio de la estremecida creación.

Largo y romancesco tránsito cuando bajan sobre él los inexplicables terrores de la noche; cuando desde el fondo del solitario tajo, metidos entre las dos tenebrosas fajas de roca, descubrís en lo alto la luminosa claridad del estrellado cielo, lejano, inaccesible, mientras la angostura parece estrecharse, juntar sus inmensas moles y ahogaros, y esta mental angustia os mengua la respiración, os enflaquece el brío y acelera el paso. Cuando oís un eco de pisadas, que no sabéis si os siguen o si vienen a encontraros, y volvéis la cabeza, y sondeáis inútilmente las tinieblas; el pisar no cesa, como que es el pisar vuestro, os acompaña, os agita los pulsos, os irrita los nervios, suena más claro o más confuso, más recio o más débil, como de persona que no camina al azar de su jornada, sino sujeta a un propósito, propósito desconocido, de persecución o acecho; que quiere disimularse a veces, a veces correr; ya acercarse, ya dejaros

largo trecho adelante; y hay momentos en que imagináis que su pie va a pisaros los talones, en que esperáis sentir una mano extraña sobre el hombro, y una voz más extraña en el oído que os detenga y os cuaje la sangre.

Y ¡qué nombres tienen aquí los arroyos!:el Rúmenes, que se desentierra, o mejor dicho, se desenroca para caer al Deva; el Urdón, que baja de Tresviso arrastrando las escorias de sus hornos.

El ruido de la piedra que se desgalga la montaña abajo, el salto de la trucha en el agua estremecen y despavorizan, y más si al pasar sabéis que un pozo opaco y sombrío se llama el pozo del Infierno; si os cuentan que en otro pareció ahogado al romper de una mañana un mozo mensajero, cuyo paradero se ignoraba y se inquiría.

Un sonido rústico, tenue al principio, desigual, que a medida que avanzamos se gradúa y crece, viene a disipar visiones y espantos. Es la esquila de los bueyes que rumian acostados delante de la «Posada de Gabriel de Cué».-Un candil colgado de un balcón nos hace leer este rótulo.-Estamos en la Hermida.

Cuando amanezca verás la áspera grandeza de estos sitios; preguntarás por el manantial prodigioso que brota humeando de las entrañas del suelo, y cuyas aguas han de reposar buen trecho al aire ambiente antes de que los paralíticos y lisiados que entran a dejar su mal en ellas, puedan soportar su altísima temperatura; y verás que aquel elemento de salud, de fama y de riqueza, se pierde pobre, obscurecido, disfrutado de pocos; que la tristeza y desamparo del lugar, que la descomodidad del alojamiento son para sufridos por sanos, no por enfermos; son para sufridos por gente robusta, que no valetudinaria; por gente moza, animosa, jovial, que consigo lleva el sol y la alegría, y la abundancia de todo, y ésa, a fe mía, ni necesita ni busca remedios al reuma y a la gota. Pero a bien que la naturaleza no es ahorrada ni cicatera: ahí estará haciendo fluir el manantial años y aun siglos sin menguar ni agotarse, curando necesitados y pordioseros, hasta que llegue el día de fundarse las termas para los opulentos y vanagloriosos. Entonces el yermo se habrá convertido en poblado, y crecerán árboles en las rocas, y se habrán mudado en pilas de rico mármol los cavados troncos, a manera de piragua salvaje o ataúd civilizado en que ahora se bañan los pacientes.

Cuando amanezca, oirás acaso tañer a misa y retumbar el tañido en el cóncavo del peñasco. Yo te desafío a que descubras dónde está la campana, sin ayuda de más prácticos ojos que quien los tuyos. Es un pobre santuario encaramado en un cueto al parecer inaccesible, una iglesia en cuya bóveda tocas, a poco generosa que haya sido la naturaleza contigo. En su altar se venera San Pelayo, un santo de prodigiosa devoción, que llora piedras gigantescas como esas que han rodado al cauce del río y llaman las gentes «lágrimas de San Pelayo». Es verdad que las lloró sobre el moro; y si así fué, y el moro no anduvo listo, bien pudo con cada lágrima de aquéllas dejar aplastados y yertos un centenar de paganos descreídos. Aunque visten al santo con dalmática y estola,

no sé yo si aquellas piadosas gentes están muy ciertas de que su santo llorón no fuese el mismo que en Covadonga y contra los mismos infieles acudió a razones más positivas que el llanto y el sollozo. Al cabo tampoco en aquel lance dejaron las piedras de figurar cumplidamente, si bien para ser arrojadas por los puños aunque fornidos de cántabros y astures, no pudieron ser talludas como las lloradas por el patrono de la Hermida.

Aquí haremos noche, lector. Conviene descansar para nuestra postrera y fatigosa jornada de mañana, al cabo de la cual hemos de despedirnos, acaso para siempre.

Aquí en el balcón nos servirán la cena; truchas del río, patatas del huerto, pan moreno y sentado, pero no menos sabroso. Tan sosegada es la noche, que la, llama del velón no oscila. Al rumor de las aguas del Deva, al amor de la paz y de la soledad nocturnas, yo te contaré, mientras cenamos, algo de lo mucho que hay más allá de estas solitarias gargantas, en la tierra curiosa donde acaba ese camino.

- III -

Liébana.-Un parricida.-La vez de santo Toribio.-El oso y el buey

Este camino, que pasa por bajo del balcón, va a entrar en Castilla por el puerto de Piedrasalbas, después de cruzar el término libanense. Construyóse para desahogo de este país extraño, tierra feraz que no se niega a producción alguna, y de la cual se había quizás confundido la variedad con la abundancia, riquezas ambas, pero de índole diversa, más esencial y positiva la segunda, tanto que en el orden económico apenas lo es la primera, si no va pareja con ella para ayudarse y hacerse valer.

Liébana es uno de los recintos de aquel alcázar soberano que la Providencia labró a España para asilo de su libertad, de su independencia y de su gloria; de aquel alcázar cuyos escarpes arrancan de Covadonga y de Subiedes, que tiene por fosos las cavas del Nansa y el Sella, y al cual sirven de torre de homenaje y pedestal de su bandera los gigantes picos que, descollando en las lejanías del cielo a los ojos del navegante ansioso, le gritan: «¡Europa!», con los sublimes destellos de su glacial corona.

Es parte de aquella noble entraña, del corazón de la patria, centro y resumen de su vida; nido de la española esperanza, la cual, inclinada hacia su ruda breña, persiste y no desfallece, ni se huye al cielo, en tanto oye su latir inquieto y percibe su calor generoso por mucho que opriman lo restante del cuerpo los fríos letales de la esclavitud y el miedo.

Ante esas rocas se detiene la invasión, cesa la conquista, se quebrantan los yugos, toma treguas la muerte.

Por eso se acogen aquí los soldados de la redención desde el siglo VIII al siglo XIX; desde Pelayo hasta Porlier. Los vencidos y desbaratados en otras partes, los aterrados y fugitivos, al pisar este suelo sienten curado su espanto y renovado su esfuerzo; aquí descansan y alientan, se vendan las heridas, afilan las melladas armas, tornan a ser soldados, como si en este aire salubre y puro hubieran aspirado desconocida esencia de valor y denuedo indomable. Esta tierra de los fuertes es también la de los afables y sencillos; esta patria de los intrépidos cazadores de osos es la de los huéspedes obsequiosos, de los complacientes e infatigables guías.

Rápido va a ser nuestro paso por esta comarca, a lo cual nos ayudan los caminos blandos y suaves, y la costumbre local de hacer las jornadas a caballo, por fáciles y cortas que sean.

La carretera nos ha traído a Potes, capital de la Liébana, villa hospitalaria y triste, abrumada bajo el sublime panorama que a su Noroeste despliega la sierra de Andara o Andra, estribación meridional de las Peñas de Europa, junto a su iglesia ojiva tiene otra greco-romana, limosna de piadosos y opulentos hijos, no cerrada ni ungida todavía, a pesar de los lustros que han pasado, e inician la ruina antes del término de la edificación; en lo más hondo de su solar, y encima de un castro, alza una fortísima torre, blasonada con el escudo de los Mendozas de la Vega, señores de Liébana; en una de sus entradas luce la fundación dominica de San Raimundo, vasta iglesia y monasterio pobre, obra del siglo XVII; y derrama su caserío de sólida cantería y heráldicos adornos sobre los cauces de dos arroyos que en el centro de la villa confluyen y se juntan.

De esa torre maciza, propia decoración de romancescos lugares, cuentan que fué premio de guerra y de victoria. He aquí cómo. En ella aposentaban y se fortalecían los Orejones de la Lama, familia que con el inmemorial derecho de la fuerza y de las armas ejercían formal y positiva dominación en Liébana.

Venidos aquellos estados a la casa de Mendoza, Íñigo López, futuro marqués de Santillana, probó inútilmente por cartas y mensajeros a reclamar su obediencia, haciendo valer la mejor razón que le asistía.

Los Orejones, feroces y valerosos, so pretexto de conservar los lugares por el Rey, le desafiaron a que viniese a tomar por sí posesión de la disputada tierra, y sabedores de que el intrépido prócer, aceptado el reto, enviaba contra ellos su hueste, salieron a encontrarle en la raya de Castilla. Dióse una recia batalla, en que ayudó la suerte a los Orejones. Los soldados mendocinos venían mandados por el primogénito del marqués, Diego Hurtado de Mendoza, futuro duque del Infantado. Aunque mozo todavía, no le eran extrañas las artes de la astucia, y probó a remediar con ellas su marcial aciago. Ganó con oro a García, hijo de su vencedor Garci González Orejón, y el hijo vendió a su padre. Dormía éste tranquilamente sobre un escaño en Ventanilla, lugar de Palencia, no lejos de Cervera de Pisuerga, cuando fué sorprendido por los soldados de Mendoza. No se forjó ilusión alguna acerca de su destino, y pidió desde luego a sus verdugos le consintieran ordenar su testamento y morir como cristiano. Con ánimo

sereno dictó su cláusula primera, que empieza: «En el lugar de Ventanilla, estando yo Garci González de Orejón el cuchillo a la garganta, en poder de mis enemigos, ordeno este mi testamento.» -Así que le hubo otorgado y firmado, le cortaron la cabeza. Horrible historia, que anubla la memoria del prócer que en provecho suyo excitó el parricidio. Y, sin embargo, aquel magnate tan redomado y frío de entrañas llevaba esta hermosa divisa: Dar es señorío, y recibir servidumbre.

Acaso por las fatigas que le costó o por sucesos particulares que le recordaba, amó don Íñigo, con especial amor a esta tierra; y cuando para descansar su mano de la espada tomaba en ella la pluma, explayando su pensamiento por las regiones serenas de la dulce poesía, llevábale natural inclinación a pintar el territorio lebaniego, a mencionar oteros y lugares, haciéndolos teatro de sus fábulas y recuestas amorosas.

Así escribía:

Moçuela de Bores
allá do la Lama,
púsome en amores
. . . . . .
dixo: «Caballero,
tirat vos afuera;
dexat la vaquera
passar al otero:
ca dos labradores
me piden de Frama,
entrambos pastores.»
. . . . . .
E fueron las flores
de cabe Espinama
los encobridores.

Pero al oír el nombre del Deva y su murmullo, ¿cómo no recordar los primeros y terribles días de la redención de España, y las palabras del cronista que los historia?

Contado lleva el milagroso triunfo de Covadonga, y pintando la desordenada fuga de los sarracenos, dice: «Alcanzaron la cima del Auseva, y por las quebradas del monte que las gentes llaman Amosa, cayeron desordenadamente al territorio de Liébana. No evitaron, a pesar de ello, las divinas venganzas; pues al cruzar una cumbre erguida sobre la orilla del río Deva, cerca de una hacienda rústica, dicha Casegadia, una parte del monte movida de su asiento se derrumbó encima de ellos».

«Todavía ahora -añade el venerable prelado de Salamanca-, cuando las crecidas invernales del río socavan la ribera, descubren sus armas y sus huesos.»

«Todavía ahora», en días de nuestros abuelos, se hallaron en el paraje que la tradición designa monedas de aquellos remotos tiempos, sepultadas por el aluvión un día, y luego por el aluvión descubiertas. Todavía en Mogrovejo, frontero a monte de Subiedes, donde aconteció esta postrera catástrofe del ejército musulmán, era pocos años ha la reliquia mejor de su iglesia el asta del pendón que uno de los de aquel apellido habla tremolado, alférez de los cristianos, en aquellos combates supremos.

El torreón de Mogrovejo, su romancesca fisonomía, su estado presente trasladan el espíritu a los tiempos lejanos en que sirvió de abrigo a inquietos señores, y tuvo papel principal en las oscuras y mortales contiendas que forman la historia de los siglos medios.

Todavía gira en sus rudos engarces el angosto y macizo portón aserrado en el robusto tronco de un castaño, atrancado por dentro con un grueso barrote de madera, sin otro aparato de llaves ni cerrojos; los escalones interiores, sólidamente cebados en la mampostería de los muros, trepan de piso en piso, y en el postrero de éstos al cual sirve de techo la almenada azotea, yacen esparcidos miembros de armadura, petos, espaldares y morriones, comidos de moho, mellados del tiempo como por armas enemigas, derramados sobre el suelo, caídos sobre los lisos cantos del Deva, que forman el alféizar de los ajimeces.

¡Si supieras qué franca y agradable hospitalidad se recibe al pie de ese torreón bravío, y dentro de la misma cerca de su solar! ¡Si supieras que en aquella región remota, última estancia posible del hombre, vecina de las nieves perpetuas, te acogen, además del rostro risueño y la mano tendida, los primores y refinamientos de la más exquisita cultura!

Bajábamos de Mogrovejo con una tarde de otoño plácida y tibia; en los colores del paisaje dominaba el tono cárdeno y mate de la tierra, sombrío un tanto, mas no ingrato a los ojos, porque parece indicio de fertilidad y sustancia.

Más veloces que nosotros, bajando por las veredas, nos alcanzaron dos muchachos como de trece a quince años; saludaron, y mi guía les preguntó:

-¿Vais a Santo Toribio?

-Allá vamos -dijeron, y continuaron su carrera.

Pocos pasos habíamos andado, cuando otra pareja semejante nos cruzó el paso, y saludaron. cortésmente.

-¿Adónde vais?-preguntó mi curioso compañero.

-A Santo Toribio -respondieron los chicos sin detenerse, y pasando adelante.

Adelante íbamos nosotros cuando emparejamos con otro par de mozuelos, que también iban a Santo Toribio, y alzando los ojos vi que por diversas partes y senderos altos y bajos, de dos en dos, o de cuatro en cuatro, o de seis en seis,

alegraban el paisaje con su caminar regocijado y vivo, número razonable de muchachos.

-¿Qué es esto? -pregunté a mi compañero.

-Esto es la vez de Santo Toribio. ¿Va, que no sabe usted lo que es la vez de Santo Toribio?

-Por mi fe, que lo ignoro.

-Pues es costumbre inmemorial, nacida de un voto antiguo o promesa de Liébana, enviar dos hombres de cada uno de sus lugares a hacer oración en la iglesia del Santo determinado día de la semana. Turnan por veces los valles, y hoy, por lo visto, es la vez de Val-de-baró, que es este que atravesamos.

Santo Toribio es efectivamente la gran devoción de Liébana. Es monasterio de antiquísima fundación: las crónicas benedictinas lo ponen en tiempo de su Santo Patriarca, principio de las religiones en Occidente(288). Pero si no trae orígenes tan remotos, ya dos siglos después, en los principios de la monarquía asturiana, le da nombre y gloriosa fama uno de sus monjes, Beato, saliendo en 785 a defender victoriosamente la pureza de la doctrina apostólica contra la herejía de Elipando, arzobispo de Toledo, y Félix, obispo de Urgel(289). En aquellos días no se llamaba Santo Toribio el monasterio, llamábase San Martín, advocación común de las primeras fundaciones benedictinas. Un Toribio le había fundado, sin embargo, varón eminente, que después de haber tenido oficios públicos en el Estado, desengañóse del mundo, y buscó lugar retirado donde entregarse a la oración, al estudio y a la penitencia.

Una cruz se destaca sobre el claro cielo, hincada en el filo de una peña. Allí -dicen- llegó el Santo, y perplejo ante la rigurosa escabrosidad de los lugares, lanzó abajo su báculo, determinando establecerse donde el báculo se detuviera en su caída.

Los últimos años del siglo X o los primeros del siglo XI alzaron sobre aquel solar primitivo la iglesia que hoy subsiste, aquella adonde iban a orar los mozalbetes del Val-de-baró. Es una nave de sobria y bien proporcionada arquitectura, firme bajo el peso de sus años, y dispuesta a cobijar durante muchos otros las devotas generaciones lebaniegas. Uno de sus arcos cruceros arranca de dos impostas labradas: una representa la cabeza de un oso, otra la de un buey. Y la leyenda une ambas esculturas, como une otras semejantes en templos coetáneos del de Santo Toribio.

El buey paciente y manso, obrero robusto e infatigable, ayudaba a la construcción de la iglesia; acarreaba piedras, arrastraba troncos, porteaba tierra de la cava al terraplén, y con el pisón de su ancha pezuña apelmazaba el firme de los caminos; ni el domingo era para él de provecho, porque en tal de reposar como los hombres, tocábale bajar a la villa y subir con su provisión de víveres para ellos. Un día el oso, el rey de las espesuras de Liébana, el solariego de sus bosques y malezas, el que tiene en el país tradición e historia, tradición e historia parecidas a las de otros tiranos, de ferocidad y gula; que cuenta allí

razas y generaciones señaladas y catálogo de individuos ilustres, con su nombre propio, grotesco a veces, a veces heroico, según la ocasión de su celebridad, la naturaleza de sus hazañas o la genialidad del cazador o montañés que le bautizara(290); el oso, en fin, o hambriento en demasía, o irritado de la presencia de un cuadrúpedo corpulento como él, y como él macizo, en lugares que tenía por suyos, y donde no consentía émulos ni competidores, desembocando improvisadamente de la maleza, se arrojó sobre el indefenso buey y le mató. No había consumado su carnicera obra, cuando el santo varón que presidía a la fábrica, insensible al terror de sus compañeros, se irguió con solemne ademán y dirigió al oso la doble fascinación de sus inspirados ojos y su inspirada palabra: «Ciego agente de la naturaleza bruta, intentas despojar al hombre de los medios que su inteligencia se procura para obedecer a Dios y servir sus altos designios; pues de parte de Dios vivo serás a tu vez instrumento dócil de su voluntad omnipotente y obedecerás al Señor de todo lo criado.» Y manso el oso, vino a ocupar el lugar del buey y a suplirle en los oficios que prestaba al bienaventurado artífice.

Diríase que la vida pura y austera de los primeros cenobitas los restablecía en aquel estado de gracia en que vivieron nuestros primeros padres antes de su culpa, cuando entera la creación animada les obedecía. Y parece que el símbolo encerrado en la sencilla leyenda corresponde a la idea que llevaba a los solitarios a sumirse en los lugares más ásperos y bravíos de las más apartadas regiones. No iban a desafiar los rigores y peligros de la salvaje naturaleza, iban a vivir en paz con ella, a ganarla con mansedumbre y perseverancia para el hombre, para que poblada toda un día, la gran familia humana cubriera la tierra que es su patrimonio, y no hubiera rincón de donde no pudiesen alzarse a Dios la noble frente, los agradecidos ojos del hombre.

- IV -

Peñas de Europa

Entre las cuatro provincias limítrofes de León, Palencia, Oviedo y Santander, como un núcleo de su formación geológica, como robusto hito central del que parten y se derivan sus cuencas, valles y cordilleras, se encuentra una masa de rocas desnudas cuyo perímetro mide muchas leguas, cuyos laberintos y senos nadie conoce, cuyas cimas culminantes suben casi hasta diez mil pies sobre el mar, a corta distancia de sus riberas.

Desde los más lejanos valles de aquellas provincias, como desde los páramos de Campoo, se descubre el coloso, magnífico siempre, ya fulgurando a Mediodía con el vivo centelleo de sus nieves eternas, ya recortando sobre los rojos celajes del ocaso el contorno fantástico de sus excelsas cumbres. Es visión sublime del país cántabro que comparte con el mar aquella grandeza de sus

horizontes que abruma el ánimo, pero ensancha el corazón; que seca las frases en la garganta, entumece y ataja la más suelta y galana pluma, y a par causa dentro del pecho yo no sé qué intenso sentimiento partícipe del placer y del agradecimiento. Visión augusta que se deja admirar, mas no se deja definir; que toma tanto del alma y le da al alma tanto que no la deja libertad para entrar en sí, dominarse y encerrarla artificiosamente en el limitado campo del concepto, de la idea.

Esa visión era la de mi sueño mientras dormía al pie de los montes, en la modesta posada de la Hermida. No quiero detenerme a imaginar si mi palabra descolorida e incierta es traidora a la visión tanto como a la realidad. Cúmpleme únicamente que ella sea leal al corazón, y que del corazón venga, lector, a tus ojos sin preparaciones ni artificios que la desnaturen o falseen. Lo que aquí no te dijere la simple frase de un relato sincero, no te lo dirán tampoco retóricas amplificaciones. Se presenta a veces la obra de Dios tan grande en su unidad sencilla, que todo comento humano la empequeñece y desfigura.

Iba a penetrar el misterio de aquellas montañas tantas veces contempladas desde Santander con la curiosidad infinita del espíritu. Montañeses y asturianos, habitantes de los valles tendidos en torno del impenetrable gigante me hablaban de él, como en las primeras edades humanas debieron los ribereños hablar del mar que navegaban, pero a cuya inmensidad ignota no se atrevían.

Los tenaces acosadores de osos llegaban al confín de las lomas arboladas, donde el haya dura vive sobriamente de un resto de tierra olvidada por el aluvión en las hendijas del peñasco; subía el pastor a sestear durante el estío en los puertos cubiertos de menuda y apretada grama, verde alfombra y última alegría de la naturaleza, próxima a vestir majestad austera, y el atrevido cazador de rebezos se aventuraba a espiar sus abrevaderos en la desnuda región del agua y de la piedra, donde el manantial fluye silencioso, como si su voz se ahogara en aquella soledad sin término; pero nadie iba más allá.

Inexplorados estaban los torcidos desfiladeros y levantados picos, desmesuradas labores de aquella gigantesca corona sobre la cual el cielo deja de tiempo en tiempo caer un velo de nubes que la arrebozan y esconden, celoso de conservar su augusto prestigio al Titán que la ciñe.

El espíritu humano, sin embargo, invasor y expansivo, parece recordar y pretende mantener constantemente su prístino fuero de rey universal de la creación, y ocupa y enseñorea de memoria y con su fantasía aquellas regiones que no puede de más positiva manera; y de memoria las labra, las fecunda, las puebla, las ilumina, las hermosea o las enhorridece. Y para hacer acto de posesión, las nombra y apellida. Pero ese nombre que singulariza, concreta y determina lo nombrado, no quebranta los obstáculos que lo aíslan, ni penetra el misterio que lo envuelve, antes da ocasiones frecuentes a que, engendrándose de él la leyenda, condense la sombra y acrezca la oscuridad en torno a lo desconocido.

Eso pasaba con las Peñas de Europa.

Allí abrigaba sus criaturas la rica imaginación del pueblo; allí había dado sepulcro y apoteosis a una hija del Olimpo griego, como si al genio fecundador de Oriente no hubiese límite vedado ni rincón desconocido, y con el día que en sus aguas nace llegase el rayo de su poético numen a hermosearlo todo; allí escondía tesoros sin suma y sin dueño, guardados, a pesar de ello, por fieras y peligros, símbolo del deseo humano.

Los falsos cronistas, tomando aquel nombre para atribuirle mitológica procedencia, supusieron y contaron que a estos parajes había sido traída a terminar sus viajes y aventuras aquella princesa fenicia Europa, célebre por su hermosura y por la pasión impetuosa de Júpiter.

Si estos montes hubieran sido titulados por los navegantes que traían rumbo de los mares americanos, como los positivistas aseguran, el nombre sería reciente cuando los falsarios le interpretaron a su guisa, y tan reciente, que mal pudieran sustituir a su generación propia y verdadera otra artificial e impostora.

Aquellos tesoros que al decir de la conseja encerraba la cueva de la reina, sí que son ciertos; aquellos tesoros que el paladín legendario hubiera ganado a punta de su lanza y a golpes de su maza, y que hoy si bien por otras gentes, son buscados a punta de hierro, aunque la lanza se llame barreno, y la maza azadón o martillo.

No son piedras preciosas ni el oro rey, sino un metal blando, común, deslucido y opaco, el cine, lo que llena las entrañas de estos montes. Pero es tan rico el criadero y tanta la bondad de su veta, que la industria metalúrgica ha plantado aquí sólidamente sus explotaciones, y a pesar del rigoroso clima que desaloja sus cimas a todo viviente durante ocho meses del año, desde octubre a mayo, y se apodera, con sus invencibles nieves, de minas, edificios y depósitos, porfía, trabaja, y popularizando el nombre de las Peñas de Europa, cambia su prestigio fabuloso y legendario, por el formal y positivo de manifiestas utilidades materiales.

Hora es ya de que emprendamos la jornada. Disponte, lector, a sentir emociones diversas, a pasar repentinamente de la niebla al sol, de Oriente a Occidente; a considerarte perdido en medio de la soledad, sin rumbo ni guía, sin indicio local alguno que esclarezca tu discurso, en una región nueva, ante una naturaleza que podrá no ser de tu agrado, pero que de seguro te sobrecoge, te sorprende y no se te olvida.

Con agria pendiente, y carretero a pesar de su angostura, arranca el camino a trepar por la aspereza y encaramarse sobre los cuetos más esquivos del peñascal; pronto revuelve por cima de una loma, penetra en la estrechez de los desfiladeros, y a los ojos del viajero desaparecen la Hermida y el Deva, sepultados en su sima de piedra.

El agua que baja de las alturas se despeña recogida dentro de un cauce estrecho, remansa en las mesetas, vistiéndolas de larga hierba, o se desliza bajo

apretadas malezas al pie de un solitario aliso, salvada una y otra vez su corriente sobre ligeros puentes de madera.

Al remontar una de las vueltas que serpean por la montaña oímos son de cencerros, y mirando abajo vemos cómo con lento y seguro callo sube a distancia tras de nosotros la recua empleada en abastecer de vitualla las minas. Caminan las acémilas sosegadas y solas; su conductor ataja por riscos, mas sin perderlas de vista; y si alguna vez el macho cabecero se para distraído por tal cual penacho de heno meciéndose a la vera del camino, un áspero silbido que estremece a la bestia, hácela arrancarse al improviso regalo y recobrar su paso y su jornada.

En un rellano yace Beges: anchas piras circulares de calamina y leña, prontas a recibir fuego, y los barracones de tabla arrimados a sus casas de piedra seca, dan a la aldehuela semblante especial. Tipos y trajes de otros reinos abigarran su población, cuya mansa vida antigua pastoril y labradora, agitan y transforman afanes y ruidos, causados por otra más codiciosa y nueva.

Parece la primera mansión, del pueblo subido a las supremas cimas de la ingente masa caliza para horadar su seno y arrancarle su riqueza, y dispone los ojos y el ánimo, a manera de preliminar bosquejo, al cuadro extraño y magnífico que han de contemplar más tarde.

Pero antes de llegar a tan prodigiosa muestra de la perseverancia y labor del enjambre humano, todavía hemos de hallarnos a solas con la vasta naturaleza, desierta, majestuosa y soberana.

Beges disfruta la sombra de los últimos nogales; su mies y sus praderas están abrigadas por montes que rodean la cerrada cuenca: al cierzo el cueto de la Robre coronado de bosque; al Mediodía, y señalado por una trocha que muere en su garganta, el puerto de Pelea, cuya denominación diríase conservada de las épicas luchas mantenidas en torno del impenetrable alcázar.

Más allá arrastra el camino sobre peña viva. Hase escondido el sol, y sentimos sobre nosotros el húmedo peso de las nubes henchidas de agua; el viento, huésped constante de las alturas, nos acompaña, y se le oye mugir allá en los lejanos picos, airado de su resistencia, o lastimado de sus heridas. Paisaje adusto; propia región de águilas. Fija sobre una roca, inmóvil, lanzada adelante su chata cabeza, aparece una de ellas, pronta a calar al fondo del abismo; distínguese su pardo plumaje, el negro becoquín que cubre su aplastada frente, y la muceta blanca con que viste su espalda y los nervudos codos de sus alas; ábrelas al acercarnos, déjase pesar sobre ellas, y remontando el vuelo, sube a cernerse, solitaria, en el inmenso espacio.

Cuando hemos perdido de vista a Beges, cércanos por todas partes un horizonte de piedra con sus tonos uniformes, opacos y cenicientos; empero la gota de rocío que se detiene en las grietas de la caliza, el chispazo de sol que la sorbe y bebe a través de su niebla, fecundan misteriosos gérmenes de donde brotan en rizadas hebras los infinitos matices del musgo. Sobre su blando terciopelo descuella el rododendro alpino, y una flor modesta y suave, la

clavellina morada, que generosa crece sobre los peñascos como en las arenas, y pudiera ser símbolo de la tierra cántabra, cuyos términos alegra, cuyos accidentes más tétricos embellece, pálida, olorosa y frágil, resistiendo humilde y vivaz, así la sal de las olas como el hielo de las cumbres. Las nubes quedan ya bajas, y al ambiente húmedo sucede seca y tamizada bruma.

Toda vegetación arborescente parece haber cesado; la niebla corre atropellada por el vendaval; siéntesela como polvareda glacial rozar el cutis, y en limpios diamantes se cuaja al paso sobre la barba del jinete y las crines del caballo.

Súbitamente entre las flotantes gasas se destacan algunos troncos, más numerosos y espesos a medida que avanzamos, y pronto nos hallamos dentro de un bosque cuyos árboles desfilan a derecha e izquierda del camino. Entre mutilados cepejones, cuyo abierto corazón todavía retoña en algunos parajes, crecen las hayas retorciéndose a buscar el sol, tendiendo sus ramas al aire y a la nube que las alimenta. Su raigambre, asida al árido peñasco, apenas cumple otra misión de vida que la de afirmarlas y sostenerlas sobre el suelo, al cual tan de firme se abrazan y aprietan, que cuando caen derribadas por los años o el temporal, le rompen y arrastran consigo poderosos trozos. Como la mano del soldado muerto ase convulsa el puño de la espada, las raíces del árbol caído y yerto conservan agarrada la piedra, testimonio de la fuerza extraña, inmensurable, que tuvo en vida.

Entre el gayo y trémulo follaje destácase a trechos inmoble y lúgubre el tejo, cuyo zumo letal extraían los antiguos cántabros para ser, en trances de fortuna adversa, dueños de su porvenir y de su vida.

Reliquias de aquellos bosques sepultados en secular olvido y abandono que daban nombradía a esta región occidental de la Montaña, donde parece que un exceso de vida ha empobrecido la savia y ahogado los árboles, donde yacen los troncos caídos, amortajados por el musgo y el liquen, que tienden sus verdes pabellones de una a otra rama, y cierran la impenetrable y misteriosa espesura.

Después de nuevos desiertos y nuevos zig-zags del camino, una ráfaga de aire desvanece los torbellinos de niebla; los últimos riscos del gigante aparecen sobre cielo azul, y en el seno de ellos, abrigada y recogida la nueva población, sus almacenes, viviendas, oficinas; a una parte el huraño almacén de pólvora con su bandera enarbolada como enemigo en campaña, y levantada sobre el frente del Sur la capilla de Santa Bárbara coronada de la cruz cristiana.

Es la hora de mediodía, hora de silencio y calma en parajes donde se vive la vida de trabajo regular y ordenado. El pueblo minero derramado por las cercanías, yace entonces callado y escondido, repartido alrededor de sus repletas ollas; y la vasta plaza encerrada en el cuadrilátero de los edificios, permanece desierta. No hay allí ociosos que hagan tiempo, y a la sazón sólo pueden ocuparla con sus ruidos y sus diálogos los viajeros que llegan y algún convaleciente que, vendada su cabeza, se apoya en el quicio de la puerta del hospital.

Hospital y cuartel de la Guardia civil, centinelas de la caridad y centinelas del orden, apostados por la previsión y la humanidad, ya que por alto que suba el hombre y se aproxime al cielo, mientras su planta toque a la tierra, con él van siempre y no le abandonan los dolores de su cuerpo y las flaquezas de su alma.

Cierto día del año, el 15 de agosto, cobra la plaza animación y movimiento, llénase de gente, se cubre de mercaderes y buhoneros, se viste de banderas y guirnaldas para festejar a su santa patrona y abogada, en cuyo limpio altar, resplandeciente de luces, se celebra, con litúrgica pompa y religiosos cánticos, el santo sacrificio. Acuden entonces los comarcanos valles asturianos y montañeses con su mocedad gallardamente ataviada, precedida de rústicas orquestas; tamboril y gaita los del Norte y de Poniente; pandero y castañuelas los de Levante y Mediodía. Llevan muchos cuatro horas de jornada por precipicios y ventisqueros, que habrán de desandar de sol a sol; mas de fatiga o de quebranto no muestran señal el robusto pulmón de las cantadoras ni el jarrete acerado de los bailarines.

Fiesta singular, curiosa, sin parecido acaso en el universo, por lo extraño y sublime de la región en que se celebra, por lo escogido y vigoroso de la muchedumbre que la solemniza: obreros de la mies y de la mina, miembros de la familia de la reja y la familia del azadón, probados, curtidos, superiores a todo cansancio, a todo descaecimiento, como flor de soldados que, salvos del hierro y del plomo, reliquias de las batallas, sobreviviendo al duro rigor de las armas, a las miserias del hospital, a las intemperies del campamento, forman la hueste veterana cuya firmeza y enérgico sosiego asombran, seducen y hacen pensar en fabulosas empresas y hazañas imposibles.

A esa fiesta acudirán, andando el tiempo, cuando más esparcida su fama, cuando más dilatado su nombre de original y desusada, curiosos sin cuento; y con ellos, no por curiosas, sí por entusiastas y capaces de toda admiración, de comprender los portentos de la creación, como sienten la poesía de sus risueñas galas, las damas que no teman fiarse al manso lomo y al seguro callo de las hacaneas del país.

Retratadas luego por vivas imaginaciones femeninas la austera belleza y majestad del extraordinario paisaje, sin perder su vago hechizo de lejanía y de misterio, mostraránse a los ojos de las gentes con riqueza de color y realce de contornos, que acrezcan su inexplicable prestigio.

No faltan a la expedición atractivos de toda especie.

La hospitalidad de los mineros de «La Providencia» es amplia, cordial y aun pródiga. Como la del marino, parece originada en hábitos de prolongado aislamiento, de perenne azar, de porfía incesante contra fuerzas ingentes, desmesuradas e irresistibles de la naturaleza. Para ellos el manjar raro, el licor añejo, como la hoguera bien atizada en climas glaciales o estación rigurosa, nunca tienen sabor más exquisito que compartidos con un amigo llegado impensadamente, o el comensal improvisado por el acaso. Cosas buenas tiene

la vida, compensación de sus amarguras y desengaños; y una de las mejores es esta de encontrarse a distancia de años, después de vicisitudes y acasos de toda especie, en ocasiones y parajes inesperados, los amigos de la infancia, los compañeros de las cavilaciones y travesuras de la escuela.

De éstos era para mi Benigno de Arce, acreditado ingeniero, director a la sazón de los trabajos de «La Providencia». Llegamos a sorprenderle cuando sentado al luego de una chimenea, aguardaba, en compañía de su excelente ayudante don Miguel María Masso, el momento de ponerse a comer.

Pronto se ensanchó la mesa, cubriéndose con ciertos regalados manjares y bebidas, reservados para extraordinarios casos.

Y apenas satisfecha la picara necesidad humana, montamos a caballo.

Muchas horas de galope necesitamos para recorrer los varios y torcidos ramales de camino que comunican los puntos de explotación. Dice el venerable Granada: «que el corazón humano sin grandes promesas no se mueve a grandes trabajos», ¡Cuáles serán los que la próvida ciencia aquí descubre, cuando sin arredrarse la especulación humana emprendió y sostiene tan activa lucha con esta terrible naturaleza!

Al ruido de la galopada salían de sus chabolas los mineros, y en verdad que al ver a uno de aquellos vigorosos euskaros, empuñando un barreno frente a frente de la roca, tan firme sobre sus pies, tan ancho de espaldas, tan robusto de brazos, con el sosiego y la confianza de la fuerza retratados en la paz de su rostro y de sus ojos azules, parecía la roca poco enemigo y obstáculo, a pesar de su grandeza, de su solidez, de su durísimo y consistente aspecto.

Y visitamos el hondo lago de Andara, sus aguas inmobles, frías, su caudal inmanente e inalterable, sombrío y triste como las aguas muertas o que muertas parecen a nuestros ojos por la imponderable lentitud de su movimiento, por la ingente extensión de cada momento de su vida. Y hallamos la nieve de inmemoriales días depositada en los huecos de la roca, ennegrecida por los años, imposible de reconocer por quien sólo la ha visto reciente, blanca y Cristalina.

Si nuestros guías hubieran querido abandonarnos al revolver de uno de aquellos mogotes, nos hubiéramos hallado completamente perdidos. Tan nuevo y extraño se hace aquel ir y venir sobre un suelo de sonora piedra, entre moles diversas y que todas se parecen, salvando gargantas y siguiendo hoyas donde un manto de bruma impide súbitamente toda orientación y reconocimiento.

Como todo lo sobrenatural e ignoto, la mayor parte de aquellos riscos carecen de nombre. Tiénenle algunos de los que son visibles desde la habitada hondura. Tendránlos todos un día si la raza minera hace asiento y se perpetúa en ellos: porque zapadores y canteros, cuyo mudable norte es el sol y su aguja la sombra, necesitan propia geografía para orientarse y reconocerse, y a esta necesidad responde admirablemente el popular instinto.

Su tajado perfil y torreada forma hicieron llamarse Castillo del Grajal al más aparente peñón inmediato a la plaza; por áspero y esquivo y apartado, sobre la inexplorada altura, apellidóse otro pico de las Malatas, en siglos en que la malatía era sentencia de proscripción y desamparo para el mísero leproso, si ya no fué teatro de tradición olvidada; mas ¿dónde tuvo origen el bárbaro apellido de Mancundio, que tanto pare ce nombre de primitivo caudillo, como confusa e informe abreviación de antigua frase, anatema, maldición o desafío? ¿Qué suceso, creencia o tradición perdida encierran sus letras?

Ahora salpican las alturas con denominaciones de reciente origen y más fácil inteligencia, tomadas de un santo o de la abundancia o proporción en que pagan las fatigas del beneficiario los frecuentes pozos o galerías abiertos para la explotación de sus ricos senos: Evangelista, Inagotable, etc.

Unas veces aparece la calamina aglomerada en disformes masas, que llaman bolsadas, otras palmeada y oprimida entre dos lastras paralelas y tendidas. Aquí arrancan el mineral abriendo en la peña zanjas a cielo abierto, allá raen con anchos socavones su áspero flanco; en otra parte, persiguiendo el filón que culebrea, se entierra, se esconde y vuelve a aparecer como si quisiera escapar a la mano que le alcanza, taladran, largas galerías cuyos pisos se sobreponen o se cruzan siguiendo las ondas y recodos del filón.

Tajadas perpendicularmente por su parte meridional las tremendas rocas, hay parajes de ellas donde, como desde la tronera de una fortaleza, pueden avizorarse los hondos y apartados valles. Abocados a una de tales angostas quiebras, nuestros ojos presenciaron un espectáculo inesperado y nuevo.

El vasto territorio de Liébana, sus valles y sierras, y sus impenetrables bosques, yacían en el fondo de un mar de vapores que los anegaba y cubría, y cuyas blancas ondas, arrastradas por el viento, se desgarraban y rompían a nuestros pies, dejando sus blancos jirones, como el océano sus espumas, en las asperezas de las rocas. Fantástico mar que se agitaba y hervía sin rumor ni estruendo, de vertiginosa blancura, jaspeada de largas estelas de púrpura y oro por algún rayo de sol descarriado entre vanos e impalpables copos. Visión genesíaca, cuadro de los días primeros del mundo, cuando al contacto del candente granito, resueltas en vapor las aguas, cubrieron el globo con reciente e incontaminada atmósfera, y era sólo la bosquejada creación roca y niebla.

El vértigo y terror causados por la mar no son comparables al vértigo y terror causados por la niebla. Los despojos que flotan, la imagen que se refleja, el sonido mismo, el choque de los cuerpos que caen dan al agua cierto carácter de resistencia y sustentación, de que carece la niebla, donde todo es abismo siniestro, todo caída interminable, todo invisible e inevitable muerte.

De tanto en tanto se formaban remolinos parecidos a los sumideros de un río; algún ser sub-nebular batía las nieblas, eran las alas de alguna ave poderosa acaso, y aguardábamos verla surgir dominando el espacio y destacando en él su pardo bulto; nada aparecía, los remolinos se apagaban y el siniestro y cuajado

mar seguía flotando, corriendo silencioso, opaco, desgarrándose en las rocas, desapareciendo a lo lejos sin desvanecerse ni consumirse jamás.

Extendíanse las blancas bramas sin límites aparentes; sobrenadando en ellas se divisaban lejos, muy lejos, cimas y tierras de otras comarcas, cuyo perfil oscuro destacaba en un cielo de soberana nitidez y transparencia; el gigantesco Peña-Labra, monarca fluvial, rey de las aguas ibéricas, que desde su olímpica alteza alimenta los tres mares que ciñen la Península: el Atlántico por los afluentes de Pisuerga y del Duero, el Mediterráneo por el Híjar y el Ebro, el Cantábrico por el Nansa, sepulcro del glorioso paladín Bernardo; los montes leoneses, la mesa de Aguilar, frontera liza en la restauración cristiana, los soberbios Urrieles asturianos, y la erguida Peña-Vieja, cuya cima aguda aún no ha consentido pie de explorador o de Curioso.

El lugar y el momento son, lector amigo, oportunos para que nos separemos. En ningún otro paraje ni ocasión has de estar más dispuesto a la indulgencia; en ningún otro ha de ser más fácil a quien te ha acompañado tanto tiempo dejarte absorto en el espectáculo que te rodea, sin que cuides de su presencia o de su falta.

Al recobrarte de tu asombrada contemplación, quejoso y todo como puedes mostrarte, no me dirás con justicia que no mantuve mi promesa. No te he dado la historia del pueblo montañés; pero hallándole al paso, ocupado unas veces en explotar su hacienda, o en meditar los medios de aumentarla o adquirirla, otras en recordar a sus mayores, o en asistir a culto de sus bienaventurados, o detenido en hojear sus anales viejos, he procurado pintarlo a tus ojos con el fiel colorido de su fisonomía y de su arreo, con la luz que le dan el cielo y los hermosos horizontes de su patria.

Ni pretendo que esa patria tan honda y sinceramente amada se reconozca en mis turbios y pálidos borrones. Bástame que sienta y confiese en ellos la mano y el corazón de un hijo.

FIN